La colonia

AUDREY MAGEE

TRADUCCIÓN DE **INGA PELLISA**



Table of Contents

La colonia

Audrey Magee

Traducción de Inga Pellisa



sextopiso

Título original
The Colony

Publicado originalmente por Faber & Faber en 2022
Primera edición: 2024
Traducción
© Inga Pellisa
Imagen de portada
© Kaan Kayhan Atik, Tudem Publishing Group

América 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México
Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com
Formación
Grafime
ISBN: 978-84-10249-04-2



Este libro fue publicado con el apoyo de Literature Ireland



El apoyo de la Comisión Europea a la producción de esta publicación no constituye una aprobación del contenido, que refleja únicamente las opiniones de los autores, y la Comisión no se hace responsable del uso que pueda hacerse de la información contenida en ella

A la memoria de John Magee

Las verdades son ilusiones que hemos olvidado que lo son.

Sobre verdad y mentira en sentido extramoral,

FRIEDRICH NIETZSCHE

Le pasó el caballete al barquero descolgándolo por el muro del embarcadero.

¿Lo tiene?

Sí, señor Lloyd.

Sus pinceles y pinturas iban guardados en un baúl de caoba envuelto en capas de plástico blanco y grueso. Lo acercó al borde.

Esto pesa, dijo.

Tranquilo, señor Lloyd. Pásemelo.

Se arrodilló en el hormigón y deslizó el baúl a ras de muro hacia el barquero, con el plástico blanco resbalándole entre los dedos.

Se me escapa, dijo.

Suéltelo, señor Lloyd.

Se sentó en los talones mientras el barquero metía el baúl y el caballete debajo del asiento de proa y los ataba uno a otro con un cordel azul chillón.

¿Están bien sujetos?

Descuide, señor Lloyd.

Espero que estén bien sujetos.

Le digo que esté tranquilo.

Se levantó y se sacudió el polvo y la suciedad de los pantalones.

El barquero alzó un brazo y le tendió la mano.

Pues ya solo queda usted, señor Lloyd.

Lloyd asintió. Le pasó el paquete de lienzos al barquero y apoyó el pie con cautela en la escalerilla del ruinoso embarcadero.

Dese la vuelta, señor Lloyd. De espaldas a mí.

Miró abajo, a la barquita, al mar. Vaciló. Se detuvo.

Tranquilo, señor Lloyd.

Se giró y buscó a tientas el peldaño con el pie derecho, agarrado al metal oxidado, la pierna colgando, los ojos cerrados con fuerza, para ahuyentar las posibilidades

de engancharse la piel

cortarse los dedos

mancharse las manos
de resbalar
en los peldaños
cubiertos de alga y verdín
de caer
caer al mar

Tiene el peldaño debajo, señor Lloyd.

No lo encuentro.

Relaje la rodilla, señor Lloyd. Más abajo.

No puedo.

Tranquilo.

Estiró la pierna y encontró el peldaño. Se detuvo, agarrado muy quieto a la escalerilla.

Dos más y ya está, señor Lloyd.

Bajó las manos por los peldaños, luego las piernas. Se paró en el tercero. Miró hacia abajo, a la distancia entre sus pies y la chalana.

Está demasiado lejos.

Usted alargue la pierna, señor Lloyd.

Lloyd negó con la cabeza, con el cuerpo. Volvió a mirar abajo, a su mochila, su caballete, su baúl de pinturas, enlazadas ya a ese viaje por mar en una barca artesanal. Bajó la pierna derecha, luego la izquierda, pero siguió aferrado a la escalerilla.

autorretrato I: caída
autorretrato II: ahogamiento
autorretrato III: desaparición
autorretrato IV: bajo el agua
autorretrato V: el desaparecido

Suéltese, señor Lloyd.

No puedo.

Tranquilo.

Se estampó contra la barca y la hizo escorarse. Se empapó los pantalones, las botas y los calcetines, y el agua se le coló entre los

dedos de los pies mientras el barquero batía la pierna derecha contra el remolino de mar que entró salpicando por el costado de la embarcación, moviéndola febrilmente hasta que el currach recuperó el equilibrio. El barquero dobló la espalda para descansar el peso en las rodillas. Jadeaba.

Tengo los pies mojados.

Dé gracias de que sean solo los pies, señor Lloyd.

El barquero señaló la popa.

Vaya a sentarse, señor Lloyd.

Pero tengo los pies mojados.

El barquero recuperó el aliento.

Es lo que tienen las barcas, señor Lloyd.

Lloyd fue hasta la popa de la barca arrastrando los pies y agarró las manos encallecidas del barquero para darse la vuelta y sentarse en un tablón estrecho y astillado.

No soporto llevar los pies mojados.

Alargó las manos hacia el barquero.

Ya llevo yo la mochila. Gracias.

El barquero le pasó la mochila, y Lloyd se la colocó sobre las rodillas, lejos del agua que chapoteaba todavía en el fondo de la barca.

No le pondré ningún pero si cambia de idea, señor Lloyd. Y no le cobraré nada. No todo, al menos.

Seguiré como acordamos, gracias.

No es habitual ya. Cruzar así.

Lo tengo presente.

Y puede ser una travesía complicada.

Lo he leído.

Más complicada que en ninguna otra parte.

Gracias. No se preocupe.

Se abrochó los botones del abrigo encerado y se puso su gorra nueva de tweed, cuyos tonos verdes y marrones se fundieron con el resto de la ropa.

autorretrato: dispuesto para la travesía

Deslizó las manos por las piernas y se sacudió las perlas de agua de los pantalones, los calcetines, los cordones de las botas.

¿Piensa quedarse mucho tiempo, señor Lloyd?

El verano.

Con eso le basta y le sobra.

Lloyd recolocó la mochila en el regazo.

Estoy listo.

Bien, pues.

¿No deberíamos ponernos en marcha?

En un rato.

¿Cuánto rato?

No mucho.

Pero nos vamos a quedar sin luz.

El barquero se echó a reír.

Estamos en junio, señor Lloyd.

¿Y?

Queda luz de sobra en ese cielo.

¿Qué dice el tiempo?

El barquero alzó la vista.

Un día tranquilo, gracias a Dios.

Pero podría ser que cambiara.

Podría ser, señor Lloyd.

¿Y cambiará?

Ah, desde luego, señor Lloyd.

Entonces tendríamos que salir ya. Antes de que cambie.

Aún no, señor Lloyd.

Lloyd suspiró. Cerró los ojos y levantó la cara hacia el sol, sorprendido por su calidez, cuando no había esperado más que frío del norte, lluvia del norte. Se impregnó de aquel calor unos minutos, y luego volvió a abrir los ojos. El barquero seguía de pie en el mismo sitio, mirando a tierra, con el cuerpo balanceándose al ritmo del agua que

chapaleaba suavemente contra el muro del embarcadero.

Lloyd suspiró de nuevo.

De verdad creo que deberíamos salir.

Aún no, señor Lloyd.

Estoy ansioso por llegar. Por instalarme.

Todavía es pronto, señor Lloyd.

El barquero se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un cigarrillo. Le arrancó el filtro y lo lanzó al mar de un capirotazo.

Se lo podría tragar un pez, dijo Lloyd.

Podría ser.

Eso no es bueno para los peces.

El barquero se encogió de hombros.

Iré con más cuidado la próxima vez.

Lloyd cerró los ojos, pero los abrió al momento.

Quiero salir ya.

Aún no, señor Lloyd.

Le he pagado mucho dinero.

Sí que es verdad, señor Lloyd, y se lo agradezco.

Y me gustaría salir ya.

Lo comprendo.

Pues en marcha.

Como le he dicho, aún no, señor Lloyd.

Pero ¿por qué no? Yo estoy listo.

El barquero le dio una profunda calada al cigarrillo. Lloyd suspiró soltando el aire entre los labios y le dio unos golpecitos a la barca clavando los talones y los dedos en el armazón de madera recubierto de lona y brea.

¿La construyó usted?, preguntó Lloyd.

Sí.

¿Le llevó mucho tiempo?

Sí.

¿Cuánto?

Bastante.

autorretrato: conversación con el barquero

Sacó un pequeño bloc de dibujo y un lápiz del bolsillo lateral de la mochila. Buscó una página en blanco y empezó a dibujar el embarcadero, achaparrado y sin gracia, pero incrustado de balanos y algas que relucían al sol, con los caparazones y las frondas todavía húmedas por la marea matutina. Dibujó el cabo que iba del embarcadero a la barca, y estaba empezando con el armazón del currach cuando oyó la voz del baquero.

Ahí está. Nuestro hombre.

Lloyd levantó la vista.

¿Quién?

Francis Gillan.

¿Quién es?

El barquero tiró la colilla al mar. Ahuecó las manos, se sopló las palmas y las frotó una con otra.

El camino es largo, señor Lloyd.

¿Y?

Que no puedo remar yo solo.

Tendría que habérmelo dicho.

Es lo que acabo de hacer, señor Lloyd.

Francis bajó por la escalerilla hasta el currach y aterrizó con ligereza en el suelo. Sus movimientos apenas perturbaron el agua.

Lloyd suspiró

grácil

sereno

movimientos distintos a los míos.

Saludó a Francis con la cabeza.

Hola, dijo.

Francis soltó el cabo de la anilla dando un tirón.

Dia is Muire dhuit, dijo.

El primer barquero se rio.

No le sacaremos una palabra de inglés, dijo. Al menos, esta mañana no.

Los barqueros asieron unos palos largos y finos, uno en cada mano.

Nos vamos, dijo el primero.

Lloyd volvió a guardar el bloc y el lápiz en el bolsillo de la mochila.

Por fin.

Los barqueros hundieron los palos en el agua.

¿Eso son remos?

Sí que lo son, señor Lloyd.

No tienen hojas. Palas.

Algunos tienen. Otros no.

¿No hacen falta?

Para ir allí no.

Los hombres se impulsaron contra el muro, y Lloyd se aferró a los bordes de la barca, con los dedos hundidos en la lona y la brea, en la tosca precariedad de una barca artesanal, mientras se internaba en el océano Atlántico, en la extrañeza, en lo desconocido

no en

ríos bordeados de sauces

las voces de los timoneles

hombros musculosos, piel bronceada

gafas de sol, gorras y demás

no ahí

en lo conocido

no

Avanzaron hacia la embocadura del puerto por entre barquitos pesqueros y botes de remo con motores fueraborda. El barquero señaló una embarcación más pequeña que los pesqueros pero más grande que el currach.

Ahí irán sus maletas, dijo.

Lloyd asintió.

Así es como cruzan los otros visitantes.

¿Hay muchos visitantes?

No.

Me alegro.

Iría mejor en ese barco, señor Lloyd.

Lloyd cerró los ojos para acallar la voz del barquero. Los volvió a abrir.

Estoy encantado en este.

El grande es más seguro, señor Lloyd. Tiene motor y velas.

No se preocupe por mí.

De acuerdo, pues, señor Lloyd.

Salieron del puerto y cruzaron junto a rocas ennegrecidas y pulidas por las olas, con gaviotas posadas en su superficie estancada que los contemplaron cuando pasaron remando.

autorretrato: con gaviotas y rocas

autorretrato: con barqueros, gaviotas y rocas

¿Cuánto tardaremos?

Tres horas, cuatro. Depende.

Está a diez millas, ¿verdad?

Nueve. Con ese otro barco mío se tarda una hora y pico.

Me gusta este. Está más cerca del mar.

El barquero tiró de los remos.

Vaya que sí.

Lloyd se inclinó hacia un lado y metió la mano en el mar, desplegando los dedos para rastrillar el agua.

autorretrato: convirtiéndome en un isleño

autorretrato: adoptando las costumbres del lugar

Se secó la mano fría en los pantalones. Levantó la mochila y la colocó a su espalda.

Eso es arriesgado, dijo el barquero.

No pasa nada, respondió Lloyd.

Se recostó en la mochila y movió los dedos como si estuviese dibujando a los barqueros remando

hombres menudos
hombres delgados
caderas, hombros, espaldas
meciéndose
sobre las piernas ancladas

Su barca no tiene la misma forma que las de mi libro.

Para cada sitio, barcas distintas, señor Lloyd.

Esta parece más honda.

Para sitios más hondos, barcas más hondas. Las planas son ideales para islas cercanas.

¿Para esta no?

No, demasiado lejos.

¿Es segura?

¿Esta barca?

Sí.

El barquero se encogió de hombros.

Un poco tarde para preguntar.

Lloyd se echó a reír.

Supongo que sí.

autorretrato: adoptando las costumbres de los isleños

¿Y les entra agua?

Sí, señor Lloyd.

La brea del tejado de mi garaje siempre gotea.

Suele pasar con la brea.

¿En esta barca también?

La sellé hace poco.

¿Y alguna vez se hunden?

Ah, sí que se hunden.

¿Se ha hundido esta?

El barquero negó con la cabeza muy despacio.

Bueno, vamos subidos en ella, señor Lloyd.

Sí, dijo, supongo que sí.

Buscó a su espalda y volvió a sacar el bloc y el lápiz de la mochila. Miró el cielo y empezó a dibujar
gaviotas
girando y serpenteando
planeando y escorando
surcando
el cielo despejado
serie isleña: vista desde la barca I
Contempló entonces el mar
ondeando hacia la orilla
las rocas, tierra firme
ondeando de un
azul ribeteado de blanco
a un
gris ribeteado de verde
serie isleña: vista desde la barca II
A su lado, un pájaro alzó el vuelo desde la superficie
plumas negras
salpicadas de blanco
patas rojas
rojo vivo
una todavía colgando
serie isleña: vista desde la barca III
Cerró el bloc.

¿Eso era un frailecillo?

Un arao, señor Lloyd. Negro.

Parecía un frailecillo.

¿Usted cree?

Me gustaría mucho ver un frailecillo.

Puede que vea alguno, señor Lloyd. Si se queda bastante tiempo.

¿Cuánto?

Un mes al menos.

Había metido un libro sobre aves en el equipaje, una guía con fotografías, medidas, nombres, cantos, plumaje de invierno y de verano, información sobre la cría y la alimentación, detalles sobre aves buceadoras, rasantes, zambullidoras, detalles con los que diferenciar a los charranes de las gaviotas y especies distintas de cormoranes, detalles que le permitirían dibujarlas y pintarlas, fundirlas en un paisaje marino, en un paisaje terrestre

crearlas

tal como ya son

¿Y focas hay?

Por aquí, alguna que otra, pero en la isla hay una colonia.

Son unas criaturas maravillosas.

Sueltan unos ronquidos tremendos.

¿Sí?

Una escandalera.

La barca dio una sacudida adelante, lo lanzó contra las rodillas del barquero y la mochila le golpeó la espalda. Se incorporó, se colocó la mochila otra vez en el regazo y guardó el bloc y el lápiz en el bolsillo. Una ráfaga de agua le azotó la cabeza y la cara. El barquero gritó.

Aguante.

Lloyd clavó los pies en las costillas de la barca, con las manos en los costados. Respondió también a gritos.

Le dije que tendríamos que haber salido antes.

Esto es el océano Atlántico, señor Lloyd. En un currach, dijo el barquero a voces.

Las olas zarandeaban la barca a la izquierda, luego a la derecha, y lo arrojaban de un lado a otro, rebotando, golpeándose, revolcándose, torciéndose el cuello, la espalda.

Se acostumbrará, señor Lloyd.

Clavó las manos y los pies aún más hondo.

No quiero acostumbrarme.

Podemos dar la vuelta, señor Lloyd.

No. No. Seguimos adelante.

Iría mejor en el otro barco.

Quiero hacerlo así.

Como prefiera, señor Lloyd. Usted manda.

Lloyd contempló a los dos hombres, remando de una ola a la siguiente.

serie isleña: los barqueros I

nervudos

fuerza briosa

en una barca achatada

serie isleña: los barqueros II

manchas del sol en las manos

remos finos

batiendo el océano

serie isleña: los barqueros III

encorvados hacia tierra firme

y luego atrás

al frente y atrás

serie isleña: los barqueros IV

la mirada clavada

en el mar por delante

en la infinitud

Cerró los ojos.

Es mejor con los ojos abiertos, señor Lloyd.

Él negó con la cabeza.

Como usted quiera, señor Lloyd.

Se arrancó la gorra nueva de la cabeza, se asomó por la borda y vomitó. Se secó la boca y la barbilla con la manga del abrigo nuevo. Las gaviotas llegaron y devoraron lo que había sido suyo, embistiendo intermitentemente con los picos.

Son unas criaturas repugnantes, dijo.

Al menos no tienen manías, respondió el barquero.

Lloyd volvió a cerrar los ojos.

¿Cuánto queda?

Acabamos de salir, señor Lloyd.

Ya, claro.

Como he dicho, señor Lloyd, podemos dar la vuelta si quiere.

No. Aguantaré.

Se desplomó en la popa.

Odio los barcos, dijo. De siempre.

Igual tendría que haberlo considerado antes, señor Lloyd.

Vomitó una segunda vez. Las gaviotas se lanzaron de nuevo en picado.

No esperaba que estuviese tan encrespado.

Es un día tranquilo, señor Lloyd. Un poco de viento agitando, nada más.

Parece peor.

Así son los currachs.

Otra ráfaga de agua se estrelló contra la proa, sobre el baúl de las pinturas.

¿Están a salvo mis pinturas?

Tanto como nosotros, señor Lloyd.

Qué tranquilizador.

autorretrato: en el mar

Me gustaría que cantaran, dijo.

Nosotros no cantamos.

Pero necesito algo en lo que concentrarme. Contar, o cantar.

En esta barca no será.

Leí en un libro que ustedes siempre reman cantando.

Pues no es muy buen libro entonces, ¿no, señor Lloyd?

Fue lo que me trajo aquí.

El barquero miró a espaldas de Lloyd, a tierra firme.

Necesita un libro mejor, señor Lloyd.

Eso parece.

Lloyd echó un vistazo alrededor, a la extensión de mar.

¿Cómo saben el camino?

La verdad es que con niebla puede ser complicado.

¿Y si cae de pronto?

Entonces, adiós.

¿Y quién lo sabrá?

El barquero se encogió de hombros.

Verán que no estamos a la hora del té.

Y ya está.

Ya está.

autorretrato: ahogándome I

olas festoneadas de blanco
tragándose la barca

autorretrato: ahogándome II

agua fría y salada
infiltrándose en las pinturas
en la carne

autorretrato: ahogándome III

diluyendo la pintura
fragmentando la carne

autorretrato: ahogándome IV

estelas de
gris marrón
rojo amarillo
azul verde

¿Cuánto queda?

Un rato aún, señor Lloyd.

La esposa del agente de Policía espera a una amiga en la puerta. Es la tarde del sábado 2 de junio. Se van de compras a Armagh, como todas las semanas. Brilla el sol. Sus cinco hijos corretean por la casa, y su marido, David, está en la calle delante de ella, vestido de uniforme, apoyado en la ventanilla del coche de su amigo, charlando.

Pasa un vehículo oscuro. La esposa oye un fuerte estallido y supone que ha chocado, pero David se agarra encorvado a la puerta del coche de su amigo, con la sangre derramándose por la pechera de la camisa blanca. Cae al suelo. David Alan Dunne, protestante de treinta y seis años, está muerto. Su amigo, David Stinson, protestante de treinta y un años, casado y con tres hijos, también.

El Irish National Liberation Army reivindica el atentado.

¿La ve, señor Lloyd?

¿El qué?

Justo delante.

Vio una ola frente a él, más grande de lo normal.

Aguante. La pasaremos.

Los hombres remaron hasta lo alto de la cresta, y fue entonces cuando divisó una roca enorme rodeada de océano.

¿Es eso?

Es eso.

Desapareció al instante, tras una pared de agua.

Esperaba más. Algo más grande.

Eso es todo.

Fue atisbando en los resquicios intermitentes de las olas, viendo cómo la isla crecía en tamaño y en color, el gris de la roca fragmentándose a medida que se acercaba, atravesado por tramos de hierba verde, franjas de arena amarilla y motas de casas encaladas.

Están totalmente a su suerte, aquí.

Así es, señor Lloyd.

En los confines de Europa.

Exacto, señor Lloyd.

autorretrato I: de novo

autorretrato II: ab initio

¿Hablan inglés?

Algo. Se hará entender.

Pero usted sí que lo habla.

He estudiado más que la mayoría.

Le saldrá más trabajo, supongo. Por saber inglés.

Remar es igual en cualquier idioma, señor Lloyd.

Distinguió una ensenada, una grada y una playa. Vio restos de casas junto a la ensenada, y colina arriba, alejado del mar, un cúmulo de casas más nuevas, con las puertas de vivos colores y tejados de pizarra gris. Y también burros, en un campo al borde de la isla.

serie isleña: vista desde el currach.
Una ola azotó la barca y lo dejó aturdido. Los barqueros intercambiaron gritos.
Agárrese, señor Lloyd.
Una ola los embistió desde el otro lado. Los barqueros se levantaron sobre los asientos y clavaron los remos más hondo en el agua, tensando hombros, cuellos y caras. Lloyd se aferró mejor a la barca y escondió la cabeza entre los hombros. Le gritó al barquero.
Me quiero bajar.
Esa es la idea, señor Lloyd, respondió también gritando.
Los dos hombres siguieron batallando contra el mar, que cambió de azul a gris y de gris pizarra a negro mientras la superficie y el fondo se agitaban y mezclaban para empujar y zamarrear la barca, sacudiéndolos y manteándolos de una ola a la siguiente; los barqueros, incapaces de remar contra la fuerza del agua, solo de usar los remos como balancines frente a las turbulencias e impedir que la barca volcara.
Lloyd se tiró al suelo, en el agua sucia y estancada, con la mochila todavía en el regazo, los dedos todavía agarrados a los costados de la barca. Vio hombres y mujeres que se desparramaban desde las casas hacia el acantilado. Hacia el camino que llevaba a la ensenada. Un banco de agua se abalanzó sobre la barca, aterrizó sobre él y le dejó la cabeza y el pecho empapados
la balsa de géricault
el puñetero currach de lloyd
Vomitó una tercera vez, bilis y una espuma biliosa chorreándole por el pecho y la mochila, pero sin ningún interés para las gaviotas. Se restregó la boca en el hombro de la chaqueta.
Odio las puñeteras barcas.
Les gritó a los barqueros.
Odio esta puta barca.
Pero ellos estaban concentrados en aquella roca hendida en el océano,

que cortaba, astillaba, hacía jirones el agua, zarandeaba la barca de un lado a otro, de adelante atrás, tenían las venas y las arterias del cuello hinchadas mientras bregaban por guiar la barca hacia los ancianos y las mujeres que los saludaban desde la grada de la ensenada. Lloyd quiso saludarlos también, para anunciar su llegada, pero una ola golpeó la proa de la barca y la abalanzó a un torbellino, a un tumulto de mar, cielo y tierra que giró a su alrededor, más y más rápido, vueltas y vueltas, mientras los barqueros bramaban, gritaban

esa lengua

gutural

hasta que escaparon remando del torbellino y entraron en la quietud de la ensenada; los isleños desperdigados por la grada, con ropa oscura, hombres, mujeres y niños, la mirada fija y en silencio. Los barqueros soltaron los remos y se desplomaron sobre sí mismos, abandonaron el currach en manos de los ancianos que se adentraron en el agua

zapatos

nada de botas

de agua por aquí

Los ancianos recogieron el caballete, el baúl y los remos. Los barqueros salieron de la barca, pero Lloyd se quedó donde estaba, en el suelo, sentado en un charco de agua, con las uñas hundidas en la brea. Un viejo de la isla se dirigió a él.

Amach leat anois.

Le hizo gestos a Lloyd con la mano.

Amach leat anois.

Lloyd asintió, pero no se movió del sitio. El viejo le hizo señas de nuevo.

Fuera.

Asió la mano del hombre, y luego el brazo, y agarrado a una chaqueta de lana áspera plantó el pie en la losa de hormigón picado, las piernas temblándole, luego dobladas.

autorretrato: como un potrillo recién nacido

Se apoyó en el acantilado, cubierto de balanos huecos y liquen, y vio cómo los ancianos de la isla alzaban la barca del agua y la volteaban para llevarla bocabajo sobre la cabeza y los hombros, tal y como aparecía fotografiado en su libro sobre la isla.

serie isleña: la barca andante

Los barqueros y los isleños abandonaron la grada y siguieron a los viejos con la barca a cuestas, con los remos, el caballete, el baúl de pinturas y pinceles, pero él se quedó atrás para lavarse la cara, el pelo, aliviado al sentir aquella frescura salada en la piel. Mojó la manga en el agua y restregó las manchas del abrigo y la mochila, y luego se alejó de la ensenada tras ellos, con el abrigo y el pelo goteándole mientras los ancianos colocaban la barca en lo alto de la grada.

Siguieron caminando, subiendo la cuesta hasta el pueblo, Lloyd a la cola de una fila dispersa y silenciosa que se encaminó a una casa. Entró. Una mujer lo saludó con un gesto y le indicó la cabecera de una mesa de madera pintada de azul, con una superficie de melamina inserta en el marco y migas de comida antigua atrapadas, pudriéndose, entre la resina y la madera.

Le colocó delante taza, platillo y plato y le sirvió té de una tetera grande de metal. Una segunda mujer, más joven y con el pelo cobrizo y ondulado cayéndole por el pecho, le ofreció pan.

An mbeidh greim aráin agat?

Lloyd negó con la cabeza. Ella se alejó

el pelo

cayéndole

acuarelas y tinta

tonos marrones

líneas sencillas

suaves

Los barqueros cogieron un par de rebanadas cada uno y empezaron a charlar mientras untaban el pan con mantequilla y luego con

mermelada, el mismo cuchillo para ambas cosas, hasta que quedó mantequilla en la mermelada y mermelada en la mantequilla.

Lloyd se sirvió de la jarra, más grande y pesada de lo que esperaba. Té con leche derramado sobre la mesa. Buscó una servilleta y no vio ninguna. Le hizo un gesto con la mano a la mujer mayor, pero estaba de espaldas a él. Chasqueó los dedos. Ella se volvió, se quedó quieta un segundo y regresó a la mesa con una taza limpia. Y un platillo. Limpió la mesa, le sirvió más té y añadió la leche. Lloyd bebió, encantado con aquel calor astringente.

Les he dicho que ha venido usted a pintar.

Francis Gillan le estaba hablando a él.

Así es.

Y que se quedará hasta finales de verano.

Correcto también.

Quieren saber qué piensa pintar.

He venido a pintar los acantilados. Nada más.

No quieren que los pinte a ellos.

Entonces no los pintaré.

La mujer sirvió más té y más leche. Lloyd bebió. Entraron aún más hombres en la cocina, se llevaban las gorras de la cabeza al bolsillo y tomaban asiento. Miraban a Lloyd, bebían té y comían pan.

autorretrato: cosificado

Apartó la vista de los hombres, todos ellos ancianos, y también de Francis, y se volvió hacia el primer barquero.

¿Cuánta gente vive en la isla?

Noventa y dos personas, señor Lloyd. Doce familias.

¿Y cuántos de ellos hablan inglés?

Los niños lo tienen bastante controlado.

¿Y los adultos?

Los que tenían buen inglés se han ido.

Rechazó de nuevo el pan.

¿Y qué tamaño tiene la isla?

Cinco kilómetros de largo y casi uno de largo.

¿Dónde me alojaré?

Ya se lo enseñaré.

¿Cuándo?

Vamos a tomarnos el té primero, señor Lloyd.

Los barqueros se pusieron a charlar con los viejos de la isla, bocas desdentadas, enfundados en americanas acartonadas de suciedad y salitre, arrugas profundas en las caras,

grabadas por el viento y el salitre

como al pasar la uña por el óleo

El mar se encrespó de nuevo y lo recorrió de arriba abajo. Cerró los ojos para apaciguar el estómago, pero las olas siguieron embistiéndolo, mezclándose con los sonidos guturales de aquella lengua que no comprendía, ahogando los olores de la turba ardiendo y la carne estofándose.

autorretrato: náuseas

Se levantó. Bruscamente. Le hizo una seña al primer barquero.

Necesito echarme.

Un minuto, señor Lloyd. Ya acabo.

No. Ya.

El barquero dejó la taza en la mesa y se levantó despacio. Se encajó la gorra y se despidió con la cabeza del resto de hombres, de las mujeres, que estaban junto al fuego, la más joven, Mairéad Ní Ghiolláin, con un cucharón colgando lánguidamente de los dedos. Siguieron a Lloyd con la mirada al salir y reprimieron su risa hasta que el barquero y él estuvieron fuera y dejaron atrás las tres ventanas que recorrían la longitud de la casa. Las carcajadas de Mairéad fueron escandalosas. La más mayor, Bean Uí Néill, llevó otra tetera recién hecha a la mesa.

¿Habías visto cosa igual?, dijo.

Creía que Micheál le iba a soltar un puñetazo, respondió Mairéad.

Tiene suerte de que no lo hayamos ahogado, dijo Francis.

Se echaron todos a reír.

La pura arrogancia de ese hombre, dijo Bean Uí Néill.

Y con todo el pecho vomitado, apuntó Mairéad.

De nuevo se echaron a reír.

Odioso es lo único que se le puede llamar, dijo Bean Uí Néill.

Increíble, dijo Mairéad.

¿Y tú has visto cómo me ha chasqueado los dedos?, preguntó Bean Uí Néill. ¿Lo habéis visto?

Sí, señora. Como si fuera usted un criadito indio.

En mi propia casa, Mairéad. Pero ¿quién se ha creído que es?

Los viejos se rieron con la boca abierta, echando la cabeza atrás.

No perdonas una, dijo Francis.

Puede dar gracias de que no le haya echado el té por la cabeza, dijo Bean Uí Néill.

Y de que yo no le tirara el pan a la cara, dijo Mairéad.

Francis alzó los brazos al cielo.

Ah, basta ya, exclamó.

¿Qué?, dijo Mairéad. Se cree que somos todos lerdos.

Pobre hombre, dijo Francis. Es un visitante.

Que somos analfabetos, dijo Mairéad. Que no sabemos palabra de inglés.

Pobre hombre, repitió Francis.

Mairéad lo miró fijamente.

¿Es Francis Gillan este que siente compasión por un inglés?

Venga, Mairéad, es la primera vez que pisa este lugar.

Eso no le da derecho a ser grosero con nosotros.

La primera vez que se sube a un currach, Mairéad.

Porque él ha querido, Francis.

Bah, estáis siendo muy duras con el pobre hombre.

La sala se quedó en silencio. Inmóvil.

Francis chasqueó los dedos.

Los isleños estallaron en carcajadas.

Tendríais que haberlo visto en la barca, dijo.

Francis levantó la taza y Bean Uí Néill se la llenó. Le dio más pan.

Se ha pasado todo el viaje vomitando, dijo Francis. Y hablando solo. Murmurando como una vieja.

Tal como lo he visto en la ensenada, ya me hago una idea, dijo Bean Uí Néill. Estaba es un estado lamentable.

¿Por qué lo ha hecho, Francis?, preguntó Mairéad.

No lo sé.

Podría haber cogido el otro barco, como todo el mundo, dijo Mairéad.

El tío no se considera igual que el resto del mundo.

Pero en un currach…, dijo Mairéad. Eso es muy distinto.

Y ha pagado un ojo de la cara por darse el gusto, dijo Francis.

A Bean Uí Néill le dieron escalofríos.

Ni por todo el dinero del mundo me meto otra vez en una de esas barcas, dijo.

A mí también me ha costado, dijo Francis. Hacía mucho tiempo.

Ya nos hemos dado cuenta, dijo Bean Uí Néill. Y ahí entre las rocas.

Francis se recostó en la silla.

Uno se acostumbra muy rápido al motor.

Menos mal que habéis llegado bien.

Él se encogió de hombros.

No ha sido nada, Bean Uí Néill.

Espero que haya valido la pena, dijo ella.

Sí que ha valido.

¿Cuánto?

Ni lo sueñes, Bean Uí Néill.

Venga, Francis. ¿Cuánto?

Él negó con la cabeza. Bean Uí Néill reunió los platos, platillos y tazas en una pila frente a ella.

¿Cómo dijiste que se llamaba?

Señor Lloyd, respondió Francis. De Londres.

¿Tiene algo que ver con el banco ese?

Debe ser, respondió Francis, visto lo que ha pagado por cruzar.

Se echaron a reír, pero callaron de golpe. Micheál estaba pasando por delante de las tres ventanas, camino de la puerta.

Ah, viene con cara de malas pulgas, dijo Mairéad.

Micheál abrió la puerta bruscamente.

Su señoría quiere que le cambien los muebles de sitio, anunció.

Está hecho un perla, dijo Bean Uí Néill.

Y quiere que desmontemos la cama.

¿La cama?

Si, Mairéad. La cama. Vamos a necesitar herramientas.

Esto no nos había pasado nunca, dijo Bean Uí Néill.

No, respondió Micheál.

Los visitantes siempre están encantados con la cama.

Pues este no. Esta ahí quejándose de todo.

Francis y dos de los viejos acompañaron a Micheál a la cabaña y entraron con él en una habitación con un tosco enyesado y olor a moho. La pared encalada estaba llena de ampollas y se caía a trozos por la parte de abajo. Encontraron a Lloyd junto a una ventanita que daba al mar; el visillo mohoso le rozaba la mejilla.

Le dije que necesitaba una casa con luz.

Tiene los quinqués.

Para trabajar.

Le traeré más quinqués.

Lloyd negó con la cabeza y los hizo pasar al cuarto de al lado, amueblado con una cama de matrimonio cubierta con una colcha verde descolorido, un armario ropero y un tocador que se había quedado sin espejo. Las paredes no estaban tan húmedas, pero la ventana era igual de pequeña que la otra.

No vamos a subir ese armario por las escaleras, señor Lloyd.

Sáquenlo de este cuarto.

Pinte usted arriba, señor Lloyd. Hay una habitación vacía.

Arriba no hay nada de luz.

Dice que aquí abajo tampoco, así que ¿qué diferencia hay?

Lloyd arrastró el colchón hasta dejarlo en el suelo.

En marcha. Por favor.

Los cuatro hombres desmontaron la cama y la llevaron arriba. Hicieron lo mismo con el tocador, pero el armario lo empujaron hasta la sala principal, en la que había un gran hogar para cocinar, una mesa y seis sillas.

¿Le vale así, señor Lloyd?

Está un poco mejor.

Muy bien, entonces vale así.

Los hombres se marcharon, y Lloyd abrió las puertas y ventanas. Descolgó todas las cortinas y las tiró en una esquina de la sala, detrás de la puerta. Plantó el caballete en el dormitorio, en el que ya no había ninguna cama, y lo colocó casi perpendicular a la ventana, en un ángulo que recogiera la luz sin proyectar ninguna sombra. Sacó el cajón más estrecho del tocador y lo puso sobre dos sillas de cocina a la izquierda del caballete. Llevó el baúl de caoba, todavía húmedo de mar, desde la puerta de entrada hasta su taller y retiró el plástico, conteniendo la respiración mientras abría el cerrojo y levantaba la tapa

las pinturas intactas

indemnes del mar

inmaculadas

Soltó un suspiro y trasladó los contenidos del baúl al cajón: paletas, espátulas, ocho pinceles de pelo de cerda, ocho pinceles de pelo de marta, tres botellas de trementina, tres de aceite de linaza, una de apresto, trapos, cinta adhesiva, tarros, frascos, imprimaciones, lápices, rotuladores, tintas y carboncillo, así como un cortaplumas, tijeras, cordel y un delantal, negro para absorber la luz del sol. Y luego las pinturas, naranja, amarillo, rojo, ocre

girasoles

tejados rojos

puestos de mercado
el calor apretando
inservibles aquí
tierra fría y húmeda de grises,
de verdes, marrones y azules

¿Eso son pinturas?

Dio un brinco. Un muchacho a su lado
más hombre
que muchacho
pero un muchacho todavía

¿Eso son pinturas?

¿Tú no llamas a la puerta?

No.

Bueno, pues deberías. Ahora esto es mi taller.

El té está listo.

No tengo hambre.

¿Son pinturas?

Sí. ¿Cómo te llamas?

James Gillan.

El artista le tendió la mano.

¿El hijo de Francis Gillan?

No. Es mi tío.

James señaló el cajón.

¿Puedo probar?

No. Son para trabajar.

Bueno, el té está listo.

Gracias, pero ya picaré algo más tarde.

No hay más tarde.

Lloyd suspiró.

En tal caso, debería ir ahora, como propones.

Lloyd lo siguió de vuelta a la casa. James llevaba el plástico blanco que este había tirado.

¿Tú vives aquí?

Sí. Es la casa de mi abuela.

¿De quién es la casa en la que me alojo yo?

Del hermano de Micheál.

¿Dónde vive?

En América.

Eso no está en la isla.

No, respondió James. Tiene dos casas aquí. Las alquila. Gana un montón de dinero con personas como usted.

Un casero ausente.

Un casero irlandés.

¿Cambia algo?

A mí ni me va ni me viene.

Se sentó en el mismo sitio de antes. Micheál y Francis ya estaban en la mesa. Bean Uí Néill sirvió platos de pescado frito, puré de patatas y col hervida. Lloyd jugueteó con la comida, pero no probó nada.

Debería comer, señor Lloyd, le dijo Micheál.

No tengo hambre.

La comida es a la una en punto todos los días, señor Lloyd, y el té, a las seis y media.

¿Entonces esto es el té?

Exacto.

Parece una cena. ¿Cómo es la cena?

La cena es el té.

Lloyd se rio.

No sé yo si le cogeré el tranquillo.

Es muy fácil, señor Lloyd. Casi siempre hay lo mismo de comer.

Mairéad sirvió té y Bean Uí Néill cortó una tarta de manzana. Lloyd comió y bebió.

Le sentará bien, dijo Micheál.

Sí.

El artista se puso en pie y se despidió con la cabeza de las dos mujeres

que estaban junto al fuego.

Gracias.

Ellas le devolvieron el gesto.

Tá fáilte romhat.

Voy a dar un paseo, dijo. Para ubicarme.

Hace buena tarde para pasear, respondió Micheál.

¿Cuál es el mejor camino?

El que usted quiera.

Quiero ver los acantilados.

No se perderá, señor Lloyd.

Es bueno saberlo.

Aunque podría caerse.

Gracias. Lo tendré presente.

Cogió el abrigo, el sombrero, el bloc y el lápiz y cruzó el pueblo colina arriba, por entre los viejos apoyados en un murete, con cigarrillos en las manos, en los labios, perros tumbados a sus pies. Lo saludaron con la mano, le sonrieron y lo siguieron con la mirada mientras enfilaba el camino, inseguro del rumbo, sabiendo solo que debía irse, alejarse de esos ojos que lo observaban, de esas bocas que hablaban de él, el aliento y el paso más rápidos de lo que resultaba cómodo, pero solo se calmaron cuando estuvo lejos del pueblo, andando junto a pilas de turba cubierta de plástico azul, naranja y blanco, atado con cuerdas pero aleteando de todos modos con el viento vespertino. Pasó cerca del huerto, al lado de las hileras de patatas, coles y cebollas envueltas en capas de algas en descomposición, con las gallinas picoteando el suelo. Dejó atrás a tres vacas, dos cerdos, más gallinas sueltas, cuatro burros y un rebaño de ovejas pastando a sus anchas en la hierba cada vez más espesa que crecía en el camino, un camino que se convirtió en sendero conforme se alejó del pueblo y se adentró en el paisaje agreste de la isla; el suelo húmedo bajo sus pies, pero la hierba seca y amarillenta, arrancada y quemada por el viento. Divisó conejos saltando, brincando, y pájaros que se alzaban de la hierba cantando

mientras volaban hacia el sol del atardecer. Se puso a silbar y siguió andando hasta que el sendero se desvaneció, oculto entre la hierba. Miró alrededor buscando un camino, pero no vio ninguno, de modo que continuó adelante por la hierba sin pisar hacia la parte más empinada de la isla. Se detuvo a dibujar un árbol que el azote del viento había convertido en una bola prieta de ramas retorcidas y tronco, y de nuevo para dibujar un pequeño lago; el sol resplandecía en el agua. Subió tarareando la colina, persiguiendo esos acantilados que había venido a pintar; notó cómo el suelo tomaba más pendiente, cómo presionaba en la parte posterior de sus piernas mientras se dirigía hacia el margen occidental de la isla, hacia el sol del atardecer, todavía alto en el cielo, más alto de lo que estaba acostumbrado. Sintió mariposas en el estómago

expectación

emoción

autorretrato: cita a ciegas

Llegó al borde del acantilado, inclinó el cuerpo hacia delante y cerró los ojos

en el libro

algo cierto

barca andante

algo falso

el canto de los barqueros

mentira

verdad

uno a uno

los acantilados desempatarían

Abrió los ojos y contempló los acantilados desde lo alto. Pateó la hierba quemada por el viento

tonos pastel

azul

verde

toques de rosa
pintores domingueros
y rejas de parque
no merecía
los óleos
el moho
la lluvia y el frío
la col
la patata
y el pescado frito
Se desplomó sobre la hierba y hundió la cabeza entre los brazos.

autorretrato: cita a ciegas, el después

Calculó las pérdidas, el dinero gastado en barcos, trenes y autocares, la fianza de la casa, y el gasto reciente de viajar al sur
para ver girasoles
tejados rojos
tierra reseca
mar espejeante
cuadros ya pintados
Se levantó y contempló los acantilados otra vez, esperando que se le aparecieran distintos, como salían en el libro. Negó con la cabeza y volvió hacia el pueblo por la linde de la isla, batallando contra un viento que iba arreciando. Se metió la gorra en el bolsillo, contrariado por aquella ferocidad, mientras seguía subiendo en busca de un camino, recorriéndolo todo con la vista para encontrar la senda de vuelta a su cabaña, recoger sus cosas y partir con los barqueros, para regresar una vez más
con los satisfechos
los engreídos
los marchantes
sus favoritos
auerbach

bacon
y freud
los favoritos de los marchantes
y la marchante favorita
El viento se volvió huracanado y cayó de rodillas al suelo, incapaz de encontrar el camino. Subió a gatas a lo alto de una cuesta, al mismo filo de la isla, con la esperanza de ver las luces del pueblo. Miró abajo. Los acantilados. Tal como salían en el libro, pura belleza, escarpada, violenta, el océano estrellándose atronador contra la roca sesenta metros más abajo de sus manos y rodillas. Se tumbó sobre la tripa y se asomó un poco más al borde; la fuerza del océano batiendo la roca retumbó en su carne, hasta los huesos
belleza
revelada
nunca vista
nunca pintada
digna
de los óleos
Se rio
del moho
del frío y la lluvia
de la col
la patata
y el pescado frito
Siguió allí bocabajo, viendo cómo el sol de poniente iluminaba el acantilado del oeste, un espectáculo lumínico que reveló los rosas, rojos, naranjas y amarillos incrustados en la roca, colores que no había esperado encontrar tan al norte. Los dibujó en su bloc y se arrastró a cuatro patas por el borde del acantilado para echar un vistazo a las grutas y los arcos que había tallado el océano, para dibujar las gaviotas argénteas, los cormoranes y los charranes, graznando y alfombrando las rocas con un rico fertilizante blanco que estas no

podrían absorber, para esbozar la caída de la luz aquí tan al norte, sabiendo que al amanecer sería distinta, igual que lo sería al mediodía, a las cuatro de la tarde, con lluvia, con niebla, en invierno, en otoño, en verano, en primavera; las interacciones entre sol y roca ilimitadas, infinitas.

Rodó hasta quedar bocarriba y contempló el cielo, que ya oscurecía, tarareando

una verdad

dos verdades

tres verdades

los hombres sí que cantan al remar

solo

que

no

para mí

Por la mañana, después del desayuno de gachas, té y pan, le hizo una pregunta a Bean Uí Néill. Habló muy despacio, articulando cada sílaba.

¿Sabe a qué hora llega el barco del correo?

Ella apagó la radio y llamó con un grito. James llegó corriendo.

Bí ag caint leis, dijo la mujer.

¿Qué es lo que necesita?, preguntó James.

El barco del correo. ¿A qué hora llega?

Mañana, señor Lloyd.

Creía que venía hoy.

Hoy es domingo.

Pero necesito mi equipaje.

Los domingos no hay barcos, señor Lloyd.

¿Y qué se supone que tengo que hacer hasta mañana?

James se encogió de hombros.

Esperar.

Lloyd sacó una silla fuera y la colocó en la losa de pizarra que había

incrustada en el suelo frente a la puerta de su cabaña. Abrió el bloc y comenzó a dibujar el pueblo, las cabañas, las casas, los hombres y las mujeres que iban de puerta en puerta, los perros, los gatos y las gallinas que rondaban por cada calle. Dibujó el mar, el camino que bajaba hasta el mar. Dibujó a James acercándose con una taza y un plato, té y pan, con la leche ya añadida, una fina capa de mantequilla y mermelada.

Esto le dará energía, señor Lloyd.

Gracias, James.

Aceptó la taza y el plato.

¿Qué planes tienes para la mañana?

Misa.

No he visto ninguna iglesia.

La escuela.

¿Y el cura?

Bean Uí Néill sabe lo suficiente.

James se marchó, y Lloyd dibujó de nuevo a los isleños, ahora mejor vestidos, los hombres de traje, con el pelo repeinado hacia atrás, las mujeres con vestido, cárdigan y pintalabios.

escena isleña: misa de domingo

Micheál agitó el brazo y lo llamó.

¿Viene, señor Lloyd?

No es lo mío.

Cogió el abrigo y la gorra, se guardó el bloc y el lápiz en el bolsillo y echó a andar por el borde de la isla, con el sol al sur y al este, y las cuestas más benévolas con sus piernas. Se sentó en la hierba y recorrió con la vista la extensión de mar que rodeaba la isla; la luz del sol reluciendo en su superficie, los pájaros zambulléndose y escorando en el aire; se empapó de esa lejanía de Londres, de los demás, de ellos, de sus exposiciones, críticas, aplausos, de su mundillo

de ella

ahí

en su órbita
la marchante favorita
esa órbita suya
de los otros, de ella
no mía

Se tumbó. A esperar. Pero el viento le dio frío. Se incorporó y contempló de nuevo la vastedad del mar, más gris que antes.

autorretrato: en el filo

Volvió al pueblo y se sentó en el mismo sitio para la cena. Los barqueros seguían ahí. Francis se inclinó hacia él.

Ha estado dibujando a los isleños.

Sí. Yendo a misa.

Dijo que no los dibujaría.

¿Ah, sí? Lo había olvidado.

No le ha llevado mucho tiempo, señor Lloyd.

¿El qué?

Olvidar.

El coronel al mando de los Queen’s Own Highlanders da una voz y les ordena a los dos policías de South Armagh que no den un paso más. El comisario Stanley Hanna tiene cuarenta y ocho años, y su colega, el agente Kevin Thompson, tiene veintidós y está prometido. Ambos son protestantes.

Los policías hacen el gesto de haber oído al coronel, pero siguen avanzando de todos modos, por un camino rural de Clonalig, recién pasadas las nueve de la noche del domingo 3 de junio. Se detienen junto a un muro para examinar una lechera. La lechera contiene noventa kilos de explosivos. El IRA está vigilando.

El IRA detona la bomba, que explota en la cara de los dos policías y los mata en el acto.

Después de desayunar le preguntó a James cuándo llegaría el barco del correo.

En una hora, respondió. Dos. Tres. Depende.

¿De qué?

De muchas cosas. Sobre todo del mar.

¿Cómo puedo saberlo?

Mire el mar, dijo James. Y lo sabrá.

¿Ya está?

James se encogió de hombros.

Ya está.

Lloyd bajó a la ensenada, el aire todavía fresco. Escudriñó el mar en busca de movimientos, de velas, de un motor, pero no vio nada. Deambuló entonces por las ruinas de lo que en su día fueron casas y bajó a trompicones hasta la playa, donde descansaban docenas de focas, indiferentes a su presencia. Dibujó la ensenada, el camino del acantilado, las casas, las ruinas y, por último, las focas; una página nueva cuando una, más grande que las demás, se alejó de la manada y fue arrastrándose hasta el agua, con los músculos ondulantes para arrastrar su mole por la playa

piel de pescado

la fricción de la arena

alegría anfibia

Lloyd dibujó a la foca en la orilla, esbozos mientras aleteaba contra la arena mojada, mientras se impulsaba hacia las olas hasta que el agua fue lo bastante honda para sumergirse. Agachó la cabeza, dobló el lomo y se zambulló elegantemente en el agua.

serie isleña: metamorfosis

Cerró el bloc y subió por el camino del acantilado hasta su cabaña. Volvió a plantar la silla en la losa de pizarra y se sentó, sin saber qué hacer, cómo esperar en un lugar en el que no sucede nada

un lugar

sin necesidad

de

sucesos

Se puso otra vez a dibujar a los isleños, las mujeres de casa en casa intercambiando herramientas, cestos de la colada, planchas, cacerolas, y los viejos reunidos junto al muro, fumando pipas y cigarrillos. Micheál y Francis se les unieron. Francis encendió un cigarrillo y echó una mirada a la cabaña del artista. Lloyd cerró el bloc y se levantó. Volvió adentro, al taller, y estuvo revolviendo las pinturas del cajón, acariciando los tubos de aluminio

presencia

futuro

posibilidades

Sacó los lápices y carboncillos de sus cajas y los colocó en el caballete, listos para empezar, primero el lápiz, luego el carboncillo; usaría su suavidad y fluidez para estudiar los contornos de los acantilados y la caída de la luz sobre la roca, y saltaría luego, cuando estuviese preparado, al cuadro, al papel, al lienzo.

Miró de nuevo el mar por la ventana, buscando una vez más sus maletas, cargadas con ese papel y con ese lienzo. No vio nada. Regresó a la silla de fuera y siguió vigilando desde ahí; gaviotas surcando el cielo, gaviotas arremolinadas en la linde de la isla.

A las once James llegó con té y una rebanada de pan, de nuevo con mantequilla y mermelada.

Gracias, James. ¿Hay noticias del barco?

El chico lanzó un vistazo al mar.

No.

¿Tienes idea de cuánto tardará?

No

Lloyd miró la taza y el plato.

¿Cuántos años tienes, James?

Quince.

¿Sigues yendo al colegio?

Él se encogió de hombros.

No lo sé. Puede.

¿Qué significa eso?

Lo quiero dejar.

¿No te gusta?

No les caen bien los isleños.

¿Por qué no les caen bien los isleños?

Creen que somos pobres e ignorantes.

Eso no está bien.

Como los suyos. Ustedes piensan todos lo mismo.

Lloyd dio un sorbo de la taza.

Es un buen té.

Lo hace la abuela. Nadie más tiene permiso.

¿Por qué?

Por nada. Es una regla.

Qué mujer tan ocupada, James. Se encarga de la misa y del té.

Sí.

En fin, es un buen té, James.

James asintió.

Un té divino, señor Lloyd.

Se echaron a reír. Lloyd le ofreció el plato a James.

¿Te apetece un poco?

Me apetece.

James se sentó en el suelo, a cierta distancia de Lloyd, con los ojos clavados en el mar mientras masticaba.

¿Qué lo ha traído aquí, señor Lloyd?

Los acantilados.

¿No tienen acantilados en Inglaterra?

Como estos no.

¿Qué diferencia hay?

Aquí son escarpados, agrestes.

Lloyd dejó la taza y el plato en el suelo; la cerámica chirrió contra la

grava y las piedrecillas.

Me gusta estar en los márgenes, James. Lejos de Londres.

serie isleña: metamorfosis II

James se levantó y se dirigió al camino de la ensenada.

¿Adónde vas?

El barco, señor Lloyd.

Escudriñó el horizonte. No vio nada. James negó con la cabeza.

¿No lo ve?

No.

Tiene que afinar ese ojo de artista, señor Lloyd.

Las puertas de las casas se abrieron y la gente comenzó a desfilar hacia la ensenada. Lloyd seguía observando el mar, incapaz de distinguir ningún barco. Siguió a los isleños hasta la grada. Micheál y Francis estaban en la orilla, junto al currach, viendo cómo arribaba la embarcación a motor.

No lo veía, dijo.

¿El qué?

El barco. Mar adentro.

¿Ahora lo ve?, preguntó Micheál.

Lloyd frunció el ceño, examinando todavía el mar.

Sí. Solo necesito práctica.

Eso es todo, señor Lloyd.

Lloyd señaló el currach, una caja con libros y frascos vacíos de medicamentos que había bajo la proa, pero sin atar.

¿Se vuelven?, preguntó Lloyd.

Sí, respondió Micheál.

Otra vez a bregar con los remos.

Micheál negó con la cabeza.

El barco tiene motor, señor Lloyd.

Los barqueros y los viejos de la isla amarraron dos currachs al barco, y luego volvieron con tres maletas de piel a juego y las cajas de plástico y cartón de la compra semanal: harina, azúcar y té, bolsitas de tabaco,

cartones de cigarrillos, botellas de cerveza, medicamentos, chocolate, pastel, pasta de dientes, champú, pilas, bolígrafos, lápices, libretas, cartas, postales, periódicos y libros. Los isleños recogieron lo que habían encargado y le entregaron el dinero a Micheál, que zarpó con el currach amarrado al barco.

Los viejos subieron las maletas de Lloyd hasta el pueblo. Él iba detrás, caminando con James, que llevaba una caja de comestibles y un par de libros encima de la compra. Lloyd los cogió, una novela, *El lado oscuro del sol,* y una historia de los nativos americanos.

¿Son para ti, James?

Sí.

¿Son buenos?

Aún no lo sé. Me acaban de llegar.

Lloyd hojeó los dos.

Me manda dos cada semana.

¿Quién?

La bibliotecaria.

Impresionante.

James se cambió la caja de brazo.

Siempre una novela y un libro de historia o de geografía. De ciencia, a veces. O sobre la naturaleza.

¿Y te gusta lo que escoge?

Normalmente, sí. Y, si no, le dejo una nota.

Lloyd volvió a colocar los libros en la caja.

Le podría pedir un libro sobre pintura, dijo James.

¿A tú madre también le mandan libros?

Ella no es muy lectora. Dejó el colegio a los doce.

¿Y tu abuela?

No sabe leer. Ella, la radio.

La oigo. Está siempre encendida.

Siempre, señor Lloyd. Es para volverse loco.

Los viejos dejaron las maletas justo al otro lado de la puerta de la

cabaña. Lloyd las llevó al taller, las abrió y suspiró, aliviado de encontrárselas como las había dejado
todo está
como estaba
indemne
intacto
Desembaló el trípode, los blocs de esbozos, los lienzos, el papel, los bastidores con tela, el caballete pequeño y la caja rectangular de teca que llenaría de pinturas y se llevaría a los acantilados. Sacó también las botas, los chubasqueros y los pantalones impermeables, los libros, los prismáticos, el termo y la cámara, y su colección de materiales sobre la obra de otros
como viajaba Gauguin
al oeste
al norte
al sur
libros, postales, recortes de periódico, de revistas, de catálogos, así como fotografías y dibujos. Las clavó en las paredes, en las puertas, en la planta de arriba, en la de abajo, y luego colocó el bloc grande en el caballete. Fue a la puerta y contempló el taller.
autorretrato: artista residente
James entró en la cabaña con la silla que Lloyd había dejado fuera.
Te dije que llamaras a la puerta, James.
He llamado. Con la silla.
Llamar como es debido.
Está a punto de llover.
Tendrías que llamar con la mano.
Lo haré cuando no llueva.
James arrimó la silla a la mesa.
Me gusta la decoración, señor Lloyd.
Gracias, James.
Pero aquí dentro huele fatal.

Ya.

Y hace frío.

Sí.

Tiene que dejar el fuego encendido, señor Lloyd. Todo el día.

¿De verdad?

Hasta cuando hace un calor abrasador.

Dudo que eso te moleste mucho, James.

¿El qué?

Un calor abrasador.

¿Sabe encender el fuego, señor Lloyd?

¿Con turba?

Es lo único que hay.

No, James.

Le enseño.

Gracias.

Salió detrás de James por la puerta trasera y fueron hasta una pila de turba y ramitas.

Esto es suyo. Coja de aquí para encender el fuego, pero de ningún otro sitio.

¿Qué pasaría?

James se quedó mirándolo.

No ha pasado nunca, señor Lloyd. Aquí nadie hace eso.

Levantó un tipi de turba sobre un montón de ramitas y bolas de papel de periódico. Lo encendió.

Usted vigile que no se apague, dijo James. Se llevará el olor y el frío.

Gracias, James.

Y cúbralo con ceniza por la noche. Así prenderá fácilmente por la mañana.

James miró alrededor, a las tres maletas apiladas al lado del armario.

Ha traído un montón de cosas.

Sí.

¿Para qué necesita tantas?

Para mi trabajo. ¿Quieres ver el taller?

James lo siguió hasta el cuarto que había sido antes el dormitorio.

Me gusta más así, señor Lloyd.

Se paseó por la estancia tocando el caballete, las pinturas, los pinceles; acariciándolos.

¿Puedo probar, señor Lloyd?

Tal vez. Hoy no.

James se marchó, y Lloyd, con las puertas y ventanas cerradas, el fuego ardiendo, se puso a trabajar. Colocó papel en el caballete, asió el lápiz y trazó unas largas líneas cruzando la página de arriba abajo. Un leve tarareo se escapaba de sus labios mientras los dedos y la mano recorrían la hoja, buscando recrear el primer encuentro, la primera visión de aquella fiera belleza, página tras página de luz y oscuridad, de claros y sombras, enfrascado hasta bien entrada la noche y de nuevo al despuntar la mañana, saboreando la quietud del pueblo, de la isla, con las puertas y ventanas abiertas para que la luz, los sonidos del mar, el canto de los pájaros, inundaran la cabaña.

James llegó con un cuenco de gachas, una tetera, pan con mantequilla, una taza, cubiertos y una segunda taza con leche.

Se ha saltado el desayuno.

Gracias, James.

Se fue a la cama muy tarde. Y se ha levantado muy temprano.

¿Me estás espiando?

No tiene cortinas. Las quitó.

Claro.

Pero lo sabríamos igualmente. Aunque hubiera cortinas.

Entonces, ¿no hay donde esconderse?

No.

Lloyd se sirvió té.

¿Y cómo es, James?

¿El qué?

Vivir en un sitio en el que todo el mundo lo sabe todo de ti.

El chico se encogió de hombros.

Solo creen que te conocen.

Lloyd le ofreció la tetera.

¿Te apetece un té, James?

Ya puestos.

Lloyd fue a buscar un tarro de vidrio al taller, vertió la leche dentro y le tendió la taza a James. Se sentaron a la mesa uno al lado del otro, mirando el cielo por la ventana.

No hace mal día, dijo James.

¿Qué vas a hacer hoy?

Luego me esperan para pescar.

No pareces muy entusiasmado.

No.

¿No te gusta pescar?

No me gustan los barcos.

Eso es un inconveniente, para un pescador.

Lo es, señor Lloyd.

Se encogió de hombros.

No soporto estar en el mar.

Yo tampoco.

James se rio.

Lo sabemos.

Lloyd sirvió más té.

¿Tu padre es pescador?

Lo era.

¿Lo he conocido? ¿Dónde está?

En el fondo del mar. Con mi abuelo y con mi tío. Los tres. Faenando.

Qué horror.

Sí.

¿Qué edad tenías?

Era un bebé.

Entiendo que no te guste salir a pescar.

No me gustaría igualmente.

Apuró la taza.

Debió de ser un golpe terrible para tu madre.

Sí. Su marido. Su padre. Su hermano.

Es una absoluta desgracia.

Sí que lo es, señor Lloyd.

¿Tienes más tíos, James? Aparte de Francis.

Él negó con la cabeza.

Aquí no. Él es el único que vive en la isla.

Pero Francis no vive aquí, dijo Lloyd.

James se encogió de hombros.

Hace como que sí.

Se levantó. Recogió los platos.

¿Cómo se llama tu madre, por cierto?

Mairéad.

Tiene un pelo precioso.

Se lo diré.

Lloyd se echó a reír.

No. No se lo digas. ¿Y tu abuela?

Bean Uí Néill. Señora O'Neill, en inglés. ¿Le gusta el conejo?

Mucho.

Entonces igual voy a cazar uno.

¿Cómo se caza un conejo?

Tengo varios métodos. Y también cazo pájaros. Y cojo huevos de los nidos.

No pasarás hambre, James.

Procuro que en casa no falte de nada, señor Lloyd.

Más me vale ser amable contigo, pues.

Muy amable, señor Lloyd.

James se marchó con los platos, y Lloyd preparó papel, lápices y

carboncillo para llevárselos a los acantilados y trabajar más allá de recuerdos y primeras impresiones. Cogió también la guía de aves y luego cruzó la isla, con el viento soplándole en la cara, por entre el pelo, por debajo de la ropa, la chaqueta hinchada y las mejillas rojas.

autorretrato: en los confines de europa

Miró abajo, a aquellas rocas la primera noche oscuras, identificando los azules oscuros, los azules claros, los rosas y plateados, los colores reluciendo al sol. Se tumbó bocabajo, en la hierba todavía húmeda de rocío, viendo cómo el sol alumbraba el acantilado, cómo iluminaba diminutas partículas de roca y arena compactadas millones de años atrás, cómo delineaba también la antigua estructura de la cara del acantilado, plana en algunos puntos, escabrosa en otros; los perfiles cortados, serrados y fruncidos que había dejado en la roca la violenta separación de tierra firme

agonía

rodando todavía

a través del agua y el viento

Empezó a dibujar, apresurado, antes de que las nubes regresaran con capas grises y pardas. Primero las líneas del acantilado, el mar espumoso a sus pies, y luego los pájaros, que se posaban y alzaban el vuelo, la roca como refugio, aunque lo confundían las gaviotas y los charranes, toda aquella variedad de aves negras, ya que no todas eran cormoranes. Buscó en la guía y encontró imágenes de cormoranes moñudos y poco más, porque era una guía de las aves de los jardines y los acantilados ingleses. Tiró el libro a la hierba

ninguna guía

Aunque puede que James lo sepa.

¿Saber qué?

James estaba de pie a su lado, con un conejo muerto colgando de cada mano.

¿Cómo?

Ha dicho que puede que James sepa no sé qué.

¿Eso he dicho? ¿Te puedo dibujar, James? Así tal cual.

Francis dijo que no nos podía dibujar.

¿Eso dijo? Será un momento.

Pasó a una página en blanco; el lápiz afanándose por capturar el vigor de la juventud y la muerte, el pelo oscuro del chico, los ojos azules, la camisa mal abrochada y los pantalones demasiado cortos, los dedos agarrando las patas traseras de los conejos con los ojos desorbitados, los cuerpos todavía flácidos, el hilillo de sangre que colgaba de sus bocas todavía por coagular, el lápiz frenético, y él tarareando con la garganta hasta que su respiración cambió y un gruñido animalesco le brotó del pecho, una señal de que lo había logrado. La mano se relajó, y Lloyd completó la cara del muchacho, sombreó los ojos, la boca

ningún triunfo

todos los días

cazar para comer

Dibujó la piel del chico, un blanco cremoso con motas de rosa en las mejillas.

Como tu madre, James.

¿Qué?

Te pareces a tu madre.

James se inclinó hacia el suelo.

¿Ha terminado? ¿Puedo soltar ya a este par?

Lloyd dejó de dibujar.

Sí. Gracias. He terminado.

James tendió los conejos en la hierba, uno encima del otro.

Ha ido bien la cosa, James.

No ha estado mal.

Sin escopeta. Sin cuchillo. ¿Cómo lo has hecho?

Tengo mis métodos.

Ya imagino.

Le dio la vuelta al dibujo para enseñárselo a James.

¿Qué te parece?

James lo observó atentamente un rato.

¿Así se me ve?

Lloyd le dio la vuelta para mirarlo de nuevo.

Es lo que yo veo.

Tengo una pinta muy desaliñada, dijo James.

Lloyd se encogió de hombros.

Igual no te vendrían mal unos pantalones nuevos.

Entonces, mejor que le pague más a mi abuela.

Miró una vez más el dibujo.

Pero está muy bien, señor Lloyd.

Lo pintaré y lo titularé *James con dos conejos.*

¿Me lo podré quedar?

No lo sé. Depende.

¿De qué?

De muchas cosas.

Lloyd cerró el bloc.

En fin, cuéntame qué sabes de pájaros, James. Ese libro no sirve para nada.

Sé un poco. Bean Uí Fhloinn me enseñó.

¿Cómo?

Bean Uí Fhloinn. Mi bisabuela. Sabe muchísimo de pájaros.

Hablaré con ella, entonces.

James negó con la cabeza.

No sabe nada de inglés.

¿Nada?

Ni una palabra.

¿Y los demás?

Algunos lo entienden, pero no lo hablan, otros hablan un poco.

¿Y tu madre?

Sabe un poco, pero no lo habla.

¿Por qué no?

No lo sé. Prefiere no hacerlo.

Entonces, ¿cómo puedo hablar de pájaros con tu bisabuela?

No puede.

Tendrás que enseñarme.

Lloyd dejó el bloc al lado de los conejos; el viento de la mañana había secado la hierba. James lo recogió y pasó las páginas hasta que encontró el dibujo.

¿De qué depende?

¿Cómo dices?

Mi retrato. ¿Por qué no me lo puedo quedar?

Lo he dibujado yo.

Pero me ha dibujado a mí.

Es obra mía, James.

Deberíamos compartirlo al menos, señor Lloyd.

No funciona así.

¿Cómo funciona?

Lloyd señaló los conejos.

¿No tienes que despellejarlos?

Sí.

Pues será mejor que te vayas. Igual se queda la piel pegada a la carne.

Tengo tiempo de sobra todavía, señor Lloyd.

Bueno, a mí me queda trabajo por hacer, James.

Estaré callado. Solo miraré.

Preferiría que te fueras.

Lloyd no se movió hasta caer la tarde, cuando las rocas y el acantilado se oscurecieron de nuevo. Volvió al pueblo, se aseó y fue a la cocina a tomar la cena. Bean Uí Néill estampó un plato de estofado de conejo y puré de patatas en la mesa, frente a él.

Gracias.

Se ha metido usted en un lío, señor Lloyd.

¿Qué he hecho?

Dibujarme. Dijo que no lo haría.

¿Eso dije?

Cogió el cuchillo y el tenedor.

¿Es mi última cena, James?

Podría ser.

Probó un bocado.

Es una última cena muy rica, James, dijo.

Y luego alzó la voz.

Un conejo delicioso, señora O'Neill.

James tradujo. Bean Uí Néill alzó la barbilla hacia el artista.

Me he metido en un buen lío, James.

Pues sí, señor Lloyd.

Se echaron a reír.

Bueno, ¿y cómo cazas los conejos?

Ya le enseñaré algún día.

Me gustaría.

Pero tendrá que dejar de hablar solo. Ningún conejo va a salir de la madriguera si está usted ahí fuera mascullando.

Supongo que no.

Y tarareando, además. ¿Sabe que tararea?

¿Ah, sí?

Sí. Hace mucho ruido para ser un hombre tan callado.

Me gusta hacerme compañía.

No hubo postre, y el té estaba frío y espeso.

Continúa mi castigo, James.

Desde luego, dijo James. Combina bien con el té.

Lloyd se levantó.

Gracias, señora O'Neill.

Se marchó a la cabaña, cerró la puerta y retomó su tarea, el dibujo de James con los conejos. Trabajó hasta la noche sentado a la mesa de la cocina, con el lápiz y luego con el carboncillo, girando y retorciendo la muñeca para no emborronar; una hoja tras otra de imágenes del chico.

James llegó con el desayuno.

Estoy por todas partes, dijo.

Echa un vistazo, James. Dime qué piensas.

James fue examinando con cuidado los dibujos de sus ojos, sus manos, sus labios, de los ojos y bocas de los conejos, de la sangre coagulando; el chico isleño como cazador, recolector, yo como cazador, recolector, como chico isleño.

Está todo muy bien, señor Lloyd. Pero es raro.

¿Verte a ti mismo?

Puede ser.

Seguro que sí.

Lloyd comió y sirvió dos tazas de té.

Toma un poco, dijo.

El artista reunió los dibujos en una pila y los deslizó por la mesa, lejos del té. James se sentó.

¿Qué tal tu abuela hoy, James?

Sigue renegando de usted.

Ah.

Cree que, de tanto mirarme a mí mismo, se me subirá a la cabeza.

Lloyd añadió leche a su té.

¿Y tú qué opinas?

No lo sé. Pero es distinto. Verte a ti mismo, de esa manera.

Contemplaron el mar por la ventana, sentados uno al lado del otro, tomando té.

¿Cuál es el plan hoy, señor Lloyd?

Me voy a poner con los lienzos.

¿Me dibujará otra vez?

Hoy no.

Rellenó las tazas.

¿Y tú qué harás, James?

Poca cosa.

Puedes echarme una mano si quieres.

¿Haciendo qué?

Preparando los lienzos. Imprimándolos.

James se encogió de hombros.

Vale. No hay otra cosa que hacer.

Estupendo. Enciende el fuego, James.

El chico reavivó las ascuas y prendió la llama. Lloyd acercó el apresto al calor y se agachó junto al fuego, palo en mano, removiendo la mezcla gelatinosa en un cazo ennegrecido

las estancias

de los antiguos maestros

como esta

frías

oscuras

pero holandesas

La mayoría de artistas no hacen esto, dijo Lloyd.

¿Qué hacen los otros?

Los compran listos para pintar.

Lloyd repartió el contenido del cazo y le pasó un pincel a James.

¿Qué tengo que hacer?, preguntó James.

Haz como yo.

Lloyd colocó dos lienzos sobre la mesa, mojó el pincel en el cazo y empezó a darle una mano al lienzo, comenzando por la esquina izquierda y hacia la derecha. James lo imitó en el otro lienzo.

No tiene color, dijo James. Nada.

Eso vendrá después. Cuando esté seco.

¿Qué sentido tiene pintar si no tiene ningún color?

Eso mismo dice mi mujer.

Debería hacerle caso.

James pintó como Lloyd le había enseñado. Las pasadas del muchacho eran rítmicas y uniformes, su respiración se suavizó hasta rozar el silencio, la puerta abierta a los sonidos del mar y las aves, la brisa ligera suficiente para refrescar la cabaña sin perturbar las cenizas de la

chimenea.

autorretrato: preparando los lienzos con el muchacho isleño

Dejaron lista una docena de lienzos. James limpió los pinceles con aguarrás, como Lloyd le enseñó.

Entonces, ¿por qué lo hace, señor Lloyd, si puede comprarlos ya preparados?

Me gusta el ritual. Hacerlo como se ha hecho durante cientos de años.

¿Por qué?

Para que todo sea obra mía, supongo.

El lienzo no lo fabricó usted, señor Lloyd.

Cierto, pero toda la labor de pintura es mía.

Ahora ya no. La pintura es mía.

Lloyd asintió lentamente.

Es verdad, James.

¿Irá a los acantilados hoy, señor Lloyd?

Sí.

¿Puedo ir con usted?

No.

James recogió el cuenco de gachas vacío.

¿Ha terminado con el té?

Sí, ya está.

Recogió también las tazas y la tetera.

Gracias, James.

No hay de qué, señor Lloyd.

Mañana le daremos la segunda capa.

¿Y luego podré pintar?

Puede.

Alexander Gore, miembro a tiempo completo del Ulster Defence Regiment, está apostado frente al cuartel de Malone Road, en Belfast, justo después de las once de la mañana del miércoles 6 de junio. Tiene veintitrés años, es protestante y lleva cuatro meses casado. Su esposa, de diecinueve años, está embarazada de su primer hijo.

Un camión pasa por Malone Road en dirección al cuartel. Dos hombres del IRA abren fuego desde el interior del camión y matan a Alexander Gore.

De camino a los acantilados, la gorra de tweed en la cabeza, las manos enterradas en los bolsillos del abrigo oscuro, una anciana vestida de negro lo saludó con la mano.

Dia dhuit, señor Lloyd.

Él le devolvió el saludo; el aire frío en la mano.

Hola.

Se echó a reír a carcajadas.

bretaña, 1889

bonjour monsieur gauguin II

autorretrato

Siguió adelante, silbando

irlanda, 1979

dia dhuit mr lloyd

autorretrato

John McKee va caminando, el sábado 9 de junio, a una carnicería de Belfast, cerca del salón recreativo de Castle Street en el que trabaja de portero. Tiene treinta y cuatro años, es católico y miembro del IRA Oficial. Dos hombres de la Ulster Defence Association paran detrás de él montados en moto y le asestan cuatro tiros en la nuca mientras accionan el acelerador para ahogar el ruido de los disparos.

Usó el carboncillo, recogiendo y soplando los fragmentos que se desprendían del palillo, los dedos esforzándose por capturar el baile de luces y sombras que, una vez perfeccionado, le permitiría comenzar con los óleos, azul, gris, verde, negro y beige para los acantilados
belleza remota
avanzadilla del continente
confín del imperio
y negro, gris, azul oscuro, azul claro, blanco y plateado para el mar espumoso, reluciente, y azul para la infinitud del cielo, un azul celeste, azul cielo, azul turquesa, azul genciana, azul cobalto, azul de Prusia, azul persa, azul Francia, en capas, denso, índigo, gris de Payne, negro de Marte, negro marfil, extendiéndose hasta el infinito.

Se arrimó al borde y dibujó los contornos del acantilado y una línea casi en lo alto de la página. Por encima de la línea, fuera del marco, dibujó el sol tal como estaba en el cielo, prácticamente encima de su cabeza. Siguió la caída de la luz sobre la cara del acantilado y la trazó en la hoja, copiando la forma en la que el sol oscurecía e iluminaba los afloramientos, las grutas, los pliegues y surcos de la roca. Siguió la trayectoria de la luz como si cayera directamente sobre el acantilado, como filtrada y fragmentada a través de una nube pasajera, cada instante de sol y de sombra distinto al instante anterior.

Saltó a una hoja en blanco y dibujó de nuevo los perfiles del acantilado. Cambió el carboncillo por un lápiz y se concentró en la base de la roca escarbando, buscando recrear el momento en el que la isla corta en dos el mar, en el que el granito gris secciona el océano en su travesía por la tierra, un rugido atronador que catapulta el agua por el cielo y la convierte en espuma, efervescencia, en perlas y destellos al sol de media mañana.

Una sombra cayó sobre la hoja. Levantó la vista. Hacia el cielo. Buscando nubes. Pero la sombra llegaba desde atrás. Se dio la vuelta. Era James, de nuevo, esta vez con un termo y un paquete envuelto en un paño de cocina. Lloyd tiró el lápiz. La mina se partió contra una

piedra.

¿Qué quieres?

No ha cogido nada de comer.

¿No?

No.

James dejó la comida en el suelo.

Y se marchó sin desayunar.

¿En serio?

¿No está muerto de hambre? Yo estaría muerto de hambre si no hubiera desayunado.

Lloyd soltó el bloc en la hierba y se puso de espaldas al acantilado.

¿Eso es té?

Sí, señor Lloyd.

Un poco de té estaría bien.

James le sirvió.

He traído otra taza, señor Lloyd. Por si acaso.

Muy inteligente por tu parte.

James se sirvió también.

Entonces, ¿no está muerto de hambre, señor Lloyd?

Algunos días puedo pasar sin comer. Debo de tener algo de camello.

James se tendió en la hierba.

Hay también brack, señor Lloyd. Con el bocadillo.

¿Qué es brack?

Pan de pasas.

¿Eso significa que tu abuela me ha perdonado?

Lo ha hecho mi madre para usted.

¿Le han dado permiso para preparar el té?

Mi abuela se negó.

Lloyd sonrió.

Debo de estar metido en un lío muy gordo.

Así es.

James señaló el paño de cocina.

Me encanta comer brack con el té, dijo.

¿De verdad?

Sí.

¿Quieres un poco, James?

No le diría que no. Si me ofrece.

Comieron y bebieron.

Coincido contigo, dijo Lloyd. Está muy rico con té.

James cogió el bloc.

Un trabajo impresionante, señor Lloyd.

Gracias, James.

Bean Uí Fhloinn dice que el mar está subiendo.

¿La anciana vestida de negro? ¿Tu bisabuela?

Sí.

La he visto. Una mujer muy mayor.

Esa es.

¿Cómo lo sabe? Lo del mar.

Ella le dirá que se lo han contado las hadas. Que tienen miedo de ahogarse.

¿La crees?

James se rio.

Es de fijarse en las rocas. En las diferencias desde que era niña.

¿Han cambiado mucho?

Muy poco a poco. Pero ella lo ve.

Lloyd sirvió más té y contempló el mar.

Aquí arriba deberíamos estar a salvo, James.

Al menos por hoy no hay que preocuparse, señor Lloyd.

James pasó las páginas y miró el resto de dibujos.

Algunos los ha garabateado por encima.

Sí. Es lo que hago.

¿Por qué?

No son lo bastante buenos.

¿Cómo sabe uno cuándo son lo bastante buenos?

Lo sabe.

Pero ¿cómo?

Se siente contento. Satisfecho.

Viendo esto, debe de ser usted un desgraciado.

Lloyd se echó a reír.

¿Me pintará hoy, señor Lloyd?

No, hoy a ti no, James.

¿Por qué no?

Estoy trabajando en los acantilados.

¿Cuándo me terminará?

Cuando haya pintado los acantilados.

James se tumbó en la hierba.

Me puedo morir esperando, entonces.

Cerró los ojos.

Se está a gusto aquí, dijo. Lejos de todo el mundo.

Mucho, James.

El Ejército británico y la Royal Ulster Constabulary (RUC) interceptan a efectivos del IRA en un camión de ganado cerca de Keady, South Armagh, a última hora de la tarde del sábado 9 de junio.

La Policía cree que el IRA estaba posicionando el camión para cometer un atentado con lanzacohetes. Estalla un tiroteo entre los soldados británicos y los hombres del IRA subidos a la caja del camión. El vehículo huye a toda velocidad, y los soldados británicos afirman haber alcanzado a los hombres del IRA y haber oído gritos en el interior.

Un funcionario de prisiones también abre fuego contra el camión de ganado en un incidente posterior, y dispara tres veces con su escopeta contra los hombres del IRA.

Los hombres del IRA huyen al otro lado de la frontera, a la República de Irlanda. Prenden fuego al camión de ganado en una cantera y, cuando cae la noche, dejan a tres de sus hombres en la puerta del hospital de Monaghan. Dos están heridos, pero Peadar McElvanna, católico de veinticuatro años, de Convent Lodge, Armagh, llega muerto.

Vio el barco en el horizonte y bajó a la ensenada, pese a que no tenía nada que recoger, ningún motivo para sumarse a los isleños que se congregaban ya en la grada; las mujeres con vestido de verano y cárdigan, bien peinadas, los labios pintados, los hombros rectos, esperando erguidas entre los ancianos, que chupaban sus pipas chasqueando los labios con un ruidito audible entre el estrépito del mar y los pájaros.

autorretrato: aclimatándome

autorretrato: convirtiéndome en un isleño

James estaba en la orilla. Saludó al artista con la cabeza.

Un día ajetreado, señor Lloyd.

Eso parece.

Lloyd se apoyó en la pared del acantilado, en el liquen y los balanos, y siguió atento el curso de los acontecimientos.

serie isleña: llegada del barco del correo

Dibujó a los isleños, la ensenada, el barco del correo, el mar, y luego a Mairéad, con un pañuelo verde reluciente en el pelo, la tela cayéndole entre las ondas cobrizas, y luego a sí mismo, dibujándose a sí mismo dibujándolos a ellos.

autorretrato: con los isleños y el barco del correo en la ensenada

autorretrato: compañía sin compromiso

autorretrato: satisfacción

Los isleños empezaron a saludar agitando los brazos, con más ímpetu a medida que el barco se acercaba y vieron a un hombre en la proa, alto y bronceado, que los saludaba también.

serie isleña: la bienvenida de los isleños

El hombre, con el pelo aclarado por el sol, saltó a la orilla desde el barco, y todavía en el agua se puso a estrecharles la mano a los hombres, a besar a las mujeres en las mejillas, primero la izquierda, luego la derecha. Les revolvió el pelo a los niños, y a las niñas las hizo girar en volandas, entre risas que resonaron por toda la ensenada. Lloyd hundió la espalda en el liquen y los balanos y se deslizó con

sigilo por el acantilado, lejos de aquel encuentro, de la emoción.

autorretrato I: esto no es para mí

autorretrato II: esto no es para mí, el inglés

El hombre, todavía en el agua, se dirigió a Lloyd. Subió a la grada chorreando agua de mar en el hormigón. Le tendió la mano.

¿Así que usted es el sasanach?

¿Cómo dice?

El inglés. Así lo llaman.

¿Es un cumplido?

Depende de la postura política, supongo.

Se dieron un apretón de manos.

Jean-Pierre Masson.

¿Es usted francés?

Sí. De París.

Es un buen cambio, entonces.

Mason se encogió de hombros.

Vengo todos los veranos.

Un lugar curioso para venir de vacaciones.

Lo mismo podría decir de usted.

Yo no estoy de vacaciones.

Yo tampoco, señor Lloyd.

Masson subió por el camino a la cabeza de los isleños, cantando en francés, las niñas girando y brincando detrás de él, las mujeres arrimándose unas a otras entre risitas, Mairéad entre ellas. Lloyd los siguió, caminando detrás de los viejos, y entró con ellos en la cocina, donde la mesa esperaba repleta de tartas de manzana y de ruibarbo, pan de pasas y scones, la mermelada y la nata en cuencos decorados, y la leche repartida en jarritas. Bean Uí Néill sentó a Masson a la cabecera y dejó a Lloyd que se buscara sitio él mismo. Se acomodó a mitad de la mesa, cerca de Micheál. Bean Uí Néill sirvió el té mientras Mairéad ofrecía los scones. Lloyd cogió uno.

Gracias, dijo.

Lo cortó por la mitad y se lo comió sin mermelada, sin nata.

¿Cuánto tiempo se quedará, señor Masson?

Llámeme JP.

Prefiero señor Masson.

Como usted quiera.

Y bien, ¿cuánto tiempo se quedará?

Tres meses. ¿Y usted?

Lo mismo, más o menos.

Me encanta este lugar, dijo Masson. Es el cuarto verano que paso aquí, ¿sabe?

Lloyd se volvió hacia Micheál.

Menuda fiesta se ha montado aquí hoy, le dijo.

Siempre que llega JP, respondió Micheál.

Eso veo.

Y a usted ¿qué tal le va, señor Lloyd?

Bastante bien, gracias. James está cuidando de mí.

Me han dicho que Bean Uí Néill anda furiosa con usted.

Se le pasará, estoy seguro.

Micheál sonrió.

No cuente con ello.

Lloyd saludó con la cabeza a la anciana, que estaba en un rincón, al lado del fuego. Ella levantó la mano en respuesta.

Dia dhuit, señor Lloyd.

Hola.

Era más vieja que los demás viejos, pero tenía el cutis más fino, las grietas no tan pronunciadas, la pálida cremosidad de las mejillas fragmentada por capilares diminutos reventados por el viento

puntitos de

pintura roja

por la

crema densa

a la rembrandt

El francés estaba sacando regalos de su bolsa, cajas de bombones envueltas con papel plateado y cinta azul. Lloyd bajó la vista a sus manos y se limpió el carboncillo de los dedos
no vine
a congraciarme
a complacer
vine
a pintar
Se frotó los nudillos, con la cabeza gacha, pero siguiendo con los ojos a Masson mientras recorría la estancia repartiendo bombones y besos entre las mujeres, demorándose en Mairéad, el pelo cobrizo y el verde reluciente cayéndole por la espalda, riendo al darle las gracias. Masson se sentó de nuevo.

Son una gente maravillosa, dijo.

¿Habla usted el idioma, señor Masson?

Sí, estudio irlandés. Gaélico, como prefieren llamarlo ustedes.

No tengo preferencias.

Entonces lo llamaremos irlandés.

Masson dio un sorbo de la taza.

Soy lingüista, señor Lloyd, y mi especialidad son las lenguas en peligro de extinción.

¿Y ha venido usted a salvar el gaélico?

Masson colocó la taza en el platillo lentamente.

Quiero ayudar, sí.

¿Cómo podría ayudar a una lengua que está casi muerta?

Estoy escribiendo un libro.

Lloyd estiró los brazos arriba, a la derecha y luego a la izquierda.

Le diría que usted y su libro llegan cincuenta años tarde, señor Masson.

Sí, es lo que a los angloparlantes les gusta pensar.

¿Y qué piensan los franceses, señor Masson?

Que el irlandés es una lengua antigua y hermosa merecedora de

nuestro apoyo.

Lloyd alzó la taza para que le sirvieran más té.

La gente joven quiere inglés, señor Masson.

La gente joven quiere muchas cosas, señor Lloyd.

Bean Uí Néill le sirvió té.

Las lenguas mueren porque los hablantes renuncian a ellas, dijo Lloyd.

Ese factor puede contribuir, sí.

¿Y no es eso elección del hablante? ¿Su libre albedrío?

Esa elección, esa libertad, suele ser más acotada y compleja de lo que tal vez imagine.

¿Usted cree? Abandono el irlandés porque el inglés tiene más ventajas para mí. Puedo conseguir un trabajo mejor, viajar más lejos.

Como he dicho, es más complejo de lo que propone.

Masson se recostó en la silla.

¿A qué clase de arte se dedica, señor Lloyd?

Paisajes. He venido a pintar los acantilados.

Ah, otro pintor que quiere ser Monet.

Eso es algo grosero.

¿No intentan emular a Monet todos los pintores de acantilados?

Yo no intento emular a nadie. Y mucho menos a Monet.

Masson aceptó el scone que le ofrecía Mairéad.

Supongo que Monet es demasiado refinado para usted, señor Lloyd. Demasiado sutil.

Demasiado aburrido. Demasiado amable. Demasiado burgués. Insufriblemente francés.

Masson soltó un suspiro.

¿Cómo lo hace?, preguntó.

¿Cómo hago qué?

Pintar lo que otro artista ha plasmado ya de forma tan definitiva.

¿Cómo puede usted escribir otro libro más sobre la desaparición del gaélico?

Mi libro es distinto.

Mi arte es distinto.

Micheál se levantó.

Tendríamos que ir preparando lo tuyo, JP. Instalarte.

¿Dónde se aloja?, preguntó Lloyd.

Micheál se puso la gorra.

Estará a su lado, señor Lloyd.

Lloyd se pasó las manos por los muslos alisando la pana verde de sus pantalones.

Pagué para estar solo.

Y está solo, señor Lloyd. Tiene una casa entera para usted.

Pagué para estar solo aquí.

Alquiló la cabaña, señor Lloyd. No la isla.

Masson se levantó. Cogió su bolsa y señaló a Lloyd.

Y a mí me tendrían que haber dicho algo de él.

¿Qué pasa con él, JP?

Un angloparlante en la isla, Micheál.

Vienen muchos angloparlantes a la isla, JP.

No para tres meses.

Todo el mundo es bienvenido, JP. Hable el idioma que hable.

Masson negó con la cabeza.

Ahí está el problema, Micheál, por eso se muere vuestra lengua.

Se marchó. Micheál salió tras él y la estancia se vació; el té había terminado. Lloyd se quedó sentado, sorbiendo su té, frío ya, y luego se marchó también. Las mujeres cayeron rendidas en las sillas vacías, en su propio idioma.

No ha ido tan mal, dijo Mairéad.

Se rieron brevemente.

A finales de verano, serán uña y carne, dijo Francis.

Bean Uí Néill tiró de la cinta y abrió la caja de bombones, decorados con cristales de azúcar rosa y azul, copos de chocolate y trocitos de nuez.

Son preciosos, dijo. Casi da lástima comérselos.

Se metió una trufa blanca y redonda en la boca.

Yo me reservo los míos, dijo Mairéad.

¿Para qué?, preguntó Francis.

Para cuando esté preparada.

¿Preparada para qué? O te apetece un bombón o no te apetece.

Pero luego llega el momento, Francis.

Ya estamos. ¿Qué momento, Mairéad?

El momento en el que ya no quedan. Si no me los como, me lo ahorro.

Contigo no puede haber nada sencillo, ¿verdad? Ni un puñetero bombón.

Ella se encogió de hombros.

Algunas cosas sí, Francis.

Bean Uí Néill deslizó la caja de bombones por la mesa para acercárselos a su madre, Bean Uí Fhloinn. La anciana negó con la cabeza.

Demasiado dulce para mí.

Bean Uí Néill cogió otro bombón y cerró la caja.

Bueno, ¿estamos preparadas para un verano con esos dos?

Va a ser pura diversión, dijo Mairéad.

¿Sí?

Un espectáculo, mamá.

No me hace gracia. Dos forasteros al mismo tiempo.

Tú ponte cómoda y observa, mamá. Disfruta.

Se van a pasar todo el verano a la greña, dijo Bean Uí Néill.

Lucha de egos, dijo Francis. Francia contra Inglaterra.

Se creen los dueños del lugar.

Eso no es ninguna novedad.

Bean Uí Néill suspiró ruidosamente.

No me gusta tener dos.

No es tan grave, mamá.

Sí que lo es. Sé bastante inglés como para darme cuenta.

Bah, solo se han puesto tontos, dijo Mairéad.

Bueno, a mí no me hace gracia.

Irá todo bien, mamá.

No, Mairéad. Uno está bien. Dos es más de lo que podemos manejar.

Solo habrá que cocinar y limpiar un poco más.

Bean Uí Néill negó con la cabeza.

No me hace gracia. No quiero esto.

Acabamos de salir del silencio del invierno, mamá. Te acostumbrarás.

No. No me acostumbraré. Y no me gusta que ese inglés ande dibujando a James.

Ah, mamá. No empieces otra vez. Solo están pasando el rato, nada más.

Francis levantó la taza. Bean Uí Néill le sirvió té.

Tu madre tiene razón, Mairéad. No debería dibujar a James.

Déjalo, Francis. No es cosa tuya.

Soy su tío.

Mairéad abrió la caja de bombones, se comió uno, luego otro. Y un tercero.

Nos acostumbraremos a ellos, mamá. Y ellos se acostumbrarán el uno al otro.

No me hace gracia.

Y nos hace falta el dinero, mamá.

Sí, Mairéad. Sobre todo porque este hijo tuyo se niega a faenar.

Mairéad se levantó. Rebañó la mermelada y la guardó en el frasco, y la nata sobrante la volcó en un cuenco.

Lo usaré como mantequilla, dijo.

Bean Uí Néill le cortó a Francis otro pedazo de tarta de ruibarbo y le añadió nata del cuenco.

Me pregunto cómo le estará yendo a Micheál, dijo.

Yo diría que lo deben de estar poniendo a caldo, respondió Francis.

Bueno, pues se lo merece, dijo Bean Uí Néill. Por cogerles el dinero y engañarlos.

Bueno, a ver, dijo Francis. No los engañó.

Sí que los engañó, Francis.

Más bien no les dio toda la información.

Se echaron a reír.

Tendríamos que haber avisado a JP de que venía el inglés, dijo Mairéad.

¿Y arriesgar el dinero de tres meses?, respondió Francis. Ni por asomo haría eso.

No, supongo.

Pero él mañana se larga otra vez, dijo Bean Uí Néill, y nos deja a nosotras con sus follones.

Venga, vosotras también sacaréis un buen pellizco, dijo Francis.

No tanto como Micheál.

Eso nadie, mamá.

Mairéad recogió los platos y tazas, pasó la bayeta por la mesa y se lo llevó todo a la recocina. Preparó té de nuevo y volvió a la mesa. Le sirvió una taza a Bean Uí Fhloinn.

¿Qué piensa usted de todo esto, Bean Uí Fhloinn?

La anciana tamborileó con los dedos en el reposabrazos de madera del sillón.

La verdad es esquiva cuando hay dinero sobre la mesa.

Mairéad se rio y le dio unas palmaditas en el hombro a la anciana.

Sí que lo es, Bean Uí Fhloinn.

Va a ser un verano extraño, desde luego, Mairéad.

La anciana dio un sorbo de té.

Ah, usted adora a JP, Bean Uí Fhloinn.

Sí. Y ya lo conocemos bien a estas alturas. Sabemos a qué rutina atenernos cuando está aquí.

Sí, respondió Bean Uí Neill. Y lo disfrutamos.

Mairéad les pasó el té a su madre, a Francis.

Pero no sabemos cómo irá con él y este inglés, siguió diciendo Bean Uí Fhloinn. Para nosotros es nuevo. Algo que no conocemos.

¿Entonces qué hacemos, mamá?, preguntó Bean Uí Neill.

Dejar que se encargue Micheál de momento, respondió Bean Uí Fhloinn, y luego ya veremos.

Bebieron té y esperaron casi en silencio hasta que Micheál regresó.

¿Y bien?, preguntó Mairéad. ¿Cómo ha ido?

El sasanach quiere trasladarse. Dice que quiere una casa más apartada y con más luz.

¿Y tú qué le has dicho?

Le he dicho que, más allá de descuajar la casa y arrancar el tejado, no podía hacer nada por él.

Se echaron todos a reír.

¿Y JP?, preguntó Mairéad.

Bien, hasta que ha descubierto que comparte la pila de turba con Lloyd.

¿Qué problema hay?

Para él, ha sido la puntilla. Se ha puesto a despotricar, que no quiere ver a un inglés ni de lejos. «He venido por la lengua irlandesa», decía. «Necesito inmersión absoluta».

¿Y qué has hecho?

Lo he tirado al mar, Mairéad. Inmersión absoluta.

Rieron de nuevo. Mairéad le sirvió té.

En serio, ¿qué has hecho?

He tenido que dividir la pila en dos. Un lado para JP y el otro para el sasanach.

Figúrate, dijo Mairéad. Un francés y un inglés peleándose por nuestra turba.

Llevan siglos peleándose por nuestra turba, dijo Francis.

Supongo que sí.

Se inclinó hacia ella, le susurró.

¿Te gustaría, verdad que sí, Mairéad?

¿El qué?

Que se pelearan por ti.

Ella lo apartó de un empujón.

No, no me gustaría, Francis.

Bean Uí Néill se levantó.

Venga, tenemos una comida que preparar. Fuera todos.

Mairéad se quitó el pañuelo de la cabeza, se hizo un moño y salió al patio a recoger turba, apurada porque Lloyd y Masson estaban ya fuera, al otro lado de la tapia, echando terrones de turba en sendos cestos raídos, dándose la espalda y el trasero el uno al otro; Lloyd trabajando aprisa pero torpemente, Masson más lento y meticuloso en sus movimientos, agachado aún cuando Lloyd anunció que había terminado y se volvió a su cabaña con el cesto medio lleno. Cerró de un portazo, echó el cerrojo y le gritó desde dentro al francés.

A tomar por saco.

Masson chasqueó la lengua.

Quel mec, dijo.

Siguió llenando el cesto. Recogió los terrones que habían quedado desperdigados por la línea divisoria que había trazado en el suelo el talón de Micheál.

Quel idiot.

Cuando tuvo el cesto lleno, lo dejó en la puerta trasera de la cabaña y cruzó por el hormigón hasta el cobertizo, pegado al retrete, donde encontró el escobón que usaba todos los años para limpiar el patio; las cerdas gastadas, la madera ajada, el mango roto y astillado. Tal como antes, dijo. Tal como siempre. Se puso a barrer, a adecentar el patio como hacía al comienzo de cada verano, recogiendo los restos de turba, el polvo, el barro. Como un perro acomodándose en su canasta, dijo. Barrió a lo largo de la línea de Micheál, pero no por encima; con cada pasada dividía un poco más el hormigón, gris claro a un lado, gris oscuro al otro. Barrido. Sin barrer. Limpio. Sucio. Recogió la turba que había quedado sobre la línea y la metió en su cesto. Mía, Lloyd,

porque yo llegué primero. El patio entero es mío. Siempre ha sido mío. Maldito seas. Por estar aquí. Por entrometerte. Y maldito tú también, Micheál. Por no decírmelo. Por coger mi dinero, más dinero que el año pasado, y no avisarme de que estaría aquí. Un inglés. Este, que es mi último verano. No debería estar aquí, en esta isla, ni en este patio, porque este es mi sitio, mi refugio, donde me siento, solo, al final del día, oculto por la tapia encalada del resto de la isla, de los isleños; el sol de la tarde dándome en los párpados cerrados mientras disecciono el lenguaje del día y analizo las expresiones e inflexiones, las entonaciones y préstamos, buscando influencias del inglés, indicios de ese idioma extranjero infiltrándose en la isla, en las casas, en las bocas y las lenguas de los isleños, rastreando esas ínfimas palabras que advierten del cambio, identificando el comienzo del fin del irlandés en la isla; esos pensamientos, este conocimiento, cercados y protegidos por la pequeñez y la quietud de este patio, nada más que los pájaros oyéndome murmurar, igual que en el patio vallado de la casa de mi abuela, a las afueras de aquella aldea lejos del pueblo, más lejos aún de la ciudad, sentado yo solo en la mesa redonda de hierro forjado, a la sombra del sauce, con los pájaros revoloteando sobre mi cabeza, a mi alrededor, testigos de mi murmureo infantil aquellas mañanas de principios de verano; mis padres, mis tíos, mis primos todavía durmiendo, mi abuela en la cocina, canturreando mientras me preparaba un chocolate a la taza, con una lozanía y una suavidad en sus movimientos que más tarde, a medida que envejecía el día, se tornaban irritados y endurecidos, pero ahí, a primera hora, conmigo sentado fuera, solo en el patio, y ella removiendo el chocolate en polvo en la leche templada, era dulce, y sonreía al dejar el cuenco azul y blanco sobre la mesa, delante de mí, y seguía sonriendo cuando regresaba de la cocina con una cestita de pan, con mantequilla y mermelada, con una cucharilla, un cuchillo, una servilleta y un vaso de agua, y me lo colocaba todo delante, y me revolvía el pelo y me decía lo feliz que estaba de volver a verme, de que me quedara con

ella, y yo, consciente ya entonces de lo transitorio de nuestra intimidad, le besaba la mano, la piel todavía no vieja, pero camino de serlo, y la retenía hasta que ella se soltaba y se volvía a la cocina, con las chanclas chasqueando en las baldosas del suelo que más tarde calentaría el sol, y me dejaba otra vez solo con los pájaros. Como era antes aquí. Como estaba yo antes aquí. Solo, en este patio, hasta ahora, con la llegada de ese inglés hablando inglés. Masson levantó el escobón y lo estampó contra el hormigón del suelo. Maldito seas, Lloyd. Este patio es mío. Será imposible sentarme aquí fuera, meditar en silencio sobre el día contigo ahí, en la puerta de al lado, haciendo ruido y, peor aún, hablando inglés, una arrogancia que ahora yo tendré que incorporar a mi trabajo, porque tu presencia interfiere en los resultados, en las conclusiones, y socava todo lo que he hecho, y me rebela, Lloyd, me rebela tu soberbia, tu intromisión, tu dominancia, que hayas dado al traste con los años que he dedicado a documentar la desaparición de esta lengua, años de inviernos fríos en una cabaña húmeda y mohosa que, tan pronto la restriego y blanqueo, veo cómo invade otra vez la negrura, ahí sentado a la mesa de la cocina, rebuscando leves giros lingüísticos en este idioma antiguo y moribundo, rastreando los cambios, minúsculos pero significativos, de un verano a otro para demostrar la incorporación generacional del inglés en el irlandés, una tendencia progresiva pero perceptible hacia el bilingüismo y, en último término, imagino, el monolingüismo, pero progresiva, Lloyd, ¿te enteras? Una evolución lingüística que evolucionaba lentamente hasta que apareciste tú y te cargaste mi trabajo, porque ahora el salto al inglés será brusco y repentino, más en la línea de la historia lingüística de las ciudades irlandesas y sus áreas de influencia que en la de una isla remota. El irlandés aquí era casi puro, Lloyd, contaminado solo por los colegiales que aprenden inglés, por las visitas esporádicas de los emigrantes que llegan de Boston y Londres con su sofisticada otredad, y por los mercenarios de la intermediación lingüística, hombres como Micheál, que solo busca

comunicarse, indiferente al medio o a la necesidad de protegerlo hasta que un día se da cuenta de que la pérdida del irlandés y el auge del inglés merman sus posibilidades de hacer dinero, de ser el enlace, el mediador, el que puede encogerse de hombros y aducir un malentendido cuando el patio que siempre había sido mío me es arrebatado sin previo aviso o discusión, cuando un inglés se muda justo al lado, sin previo aviso o discusión, Micheál el Intermediario destruyendo con indiferencia cinco años de trabajo, no, más de cinco, porque me llevó mucho tiempo encontrar esta isla y aprender su variante del irlandés, y él, indiferente, porque saca provecho de ello, se llena los bolsillos, mejora su suerte a mi costa, a costa de mi trabajo.

Masson pasó el escobón por el reborde de turba para terminar de barrer polvo y restos y los amontonó en una pila. Volvió al cobertizo a por una pala que tenía cemento incrustado y pesaba más de lo normal. La inclinó y recogió los desperdicios con ayuda del escobón, pero se colaron por debajo porque el borde era demasiado alto y demasiado irregular, y esto le hizo preguntarse, como todos los años, si no debería haber traído escobas y recogedores para las mujeres de la isla, para Bean Uí Néill y Mairéad, que usaban pedazos de cartón, o la paleta negra de la chimenea, maldiciendo mientras volvían a esparcir hollín por el suelo barrido, pero decidió otra vez que no y optó por los bombones, pese a que eran más caros, porque él estaba en la isla para observar, no para interferir, para tomar nota y no para cambiar nada.

Masson levantó la pala y arrojó el polvo y el barro a la pila de turba del inglés.

Y entonces oyó a James, que gritaba, en inglés.

El té está listo.

James llamó a la puerta y entró en el taller.

Está servido en la mesa, señor Lloyd.

Lloyd continuó pintando.

Puedes traérmelo aquí, gracias.

James jugueteó con el picaporte.

No puedo hacer eso, señor Lloyd.

Es lo que haces con el desayuno.

No es lo mismo.

No veo por qué no. Os pago a todos lo suficiente.

El chico dio media vuelta para irse.

Tráeme aquí la cena, James.

No puedo, señor Lloyd. No me dejan.

¿Quién no te deja?

Mi abuela. Tendrá que hablar con ella.

Lloyd suspiró lentamente.

Me tiene ya en la lista negra.

Sí, señor Lloyd.

Se secó la pintura húmeda de las manos.

O sea que o voy contigo o me muero de hambre.

Eso es, señor Lloyd.

¿Estará ahí ese francés insoportable?

No hay otro sitio donde comer.

¿Micheál sigue aquí?

Sí.

Eso ayuda.

Y Francis también, dijo James.

Eso no ayuda tanto.

Lloyd recogió la gorra y el abrigo.

Iré a los acantilados después de cenar.

Tiene pinta de llover.

Entonces me mojaré.

No olvide cubrir los rescoldos, señor Lloyd.

Ya me da igual, James.

Los hombres habían empezado a comer cuando Lloyd se sentó. Bean Uí Néill le puso un plato delante, caballa frita, puré de patatas y col.

La omnipresente col, dijo Lloyd. Como en París.

Masson se encogió de hombros.

No estamos en París, señor Lloyd.

Ya me había dado cuenta.

Se puso a comer.

¿Y no le importa?

A mí me importan muchas cosas, señor Lloyd.

No le importa comerse esta comida.

No he venido aquí por el menú, señor Lloyd.

Bien hecho.

Lloyd tanteó la comida con el tenedor, la caballa nadando en un aceite que no era el suyo, el puré todavía grumoso, la col insípida, demasiado rato hirviendo. Soltó un suspiro y aplastó el pescado junto a la patata, y luego añadió la col presionando con el tenedor hasta que los tres ingredientes se mezclaron, relucientes de grasa. Se llevó la masa a la boca

cuerpo de pez entrando

en cuerpo de hombre

carne fría

grasa fría

solidificándose

lengua y dientes

solidificados

Tragó y contuvo una arcada

discreto

correcto

muy bien lloyd

Dejó el tenedor y el cuchillo en el plato sin saber cómo seguir, pese a que estaba hambriento y la comida tenía la misma pinta y el mismo sabor que el resto de las noches. Aplastó la mezcla de nuevo y le añadió sal y un poco de pimienta blanca grisácea. Se la embutió en la boca y tragó

sin paladear

sin pensar
muy bien lloyd
Se terminó el plato y miró a ambos lados de la mesa: los isleños fascinados con el relato de Masson, el francés hablando en irlandés, pero con gestos y movimientos propios de su idioma.
autorretrato: forastero
Empezó a toquetearse la pintura de las manos, a arrancar vetas de azul y gris, a rascar los salpicones de blanco, la cabeza gacha, concentrado en la tarea, en la pila creciente de raspaduras de pintura sobre la mesa. Micheál estaba hablando, le hablaba a él. Levantó la vista.

Señor Lloyd, ¿prefiere que hablemos en inglés?

Eso estaría bien.

Masson negó con la cabeza. Siguió hablando en irlandés.

En esta isla se habla irlandés, dijo.

Y hay un visitante que habla inglés, respondió Micheál.

Fue él quien decidió venir.

Y estamos encantados de tenerlo aquí.

Decidió venir a una isla en la que se habla irlandés.

También hablamos inglés, JP.

¿Eso le dijiste, Micheál, para convencerlo de venir?

Micheál cambió de nuevo al inglés.

JP tiene pasión por el irlandés, señor Lloyd.

También Masson cambió de idioma.

No como Micheál.

Es mi lengua, JP. La puedo usar como quiera.

¿Y qué pasa con Mairéad y Bean Uí Néill?

¿Qué pasa con ellas?

No hablan inglés.

Entienden más de lo que tú te crees, respondió Micheál.

Es su casa, dijo Masson. Y ellas hablan irlandés.

Ya te he dicho que se las apañarán.

Bean Uí Néill llevó una tarta de manzana a la mesa.

Estás matando tu propio idioma, dijo Masson.

La mujer hundió el cuchillo en la tarta, y la hoja golpeó el plato.

El irlandés es más fuerte de lo que crees, dijo Micheál.

Es más débil de lo que tú piensas.

Micheál se encogió de hombros.

De lo que te gusta pensar a ti.

Bean Uí Néill le sirvió a Lloyd el primero y llenó su taza de té

su gracia

y

su favor

son míos hoy

Es cosa suya si quieren matarlo, dijo Lloyd. No le atañe.

Masson negó con la cabeza.

Usted no puede opinar. Llevan siglos intentando aniquilar esta lengua, esta cultura.

Lloyd pinchó su porción de tarta. Le dio dos bocados y tomó un sorbo de té.

Francia tiene por qué callar, respondió Lloyd. Mire Argelia. Camerún. Las islas del Pacífico.

Está desviando el tema.

Lloyd se encogió de hombros.

Aquí se trata de Irlanda, dijo Masson. Se trata de la lengua irlandesa.

¿Y los irlandeses tienen voz y voto en su gran proyecto para salvar la lengua?

Los ingleses desde luego no, respondió Masson.

Lloyd se terminó el té, la tarta, y salió a caminar bajo la lluvia que James había predicho. Soplaba viento también. Desistió del plan de visitar los acantilados y se volvió a la cabaña. Estaba fría. El fuego se había apagado

esos fuegos latentes

de la isla
incomprensibles para mí
Construyó una vez más un armazón de papel de periódico, ramitas y turba, y se agachó a ver cómo se movía el fuego por la estructura, cómo las llamas lamían la madera y la tierra seca y liberaban un humo empalagoso que impregnaba la estancia y se adhería a su ropa, a sus libros, y aplacaba el olor a humedad y moho que iba echando raíces en la superficie de sus zapatos y botas
en mi piel
y me embadurna
de olores
sus olores
su pasado
presente aún
en la turba que arde
agravios antiguos
enterrados en esta tierra en llamas
boñiga de vaca
excremento de cerdo
patatas podridas
huesos famélicos
la sangre fétida de la guerra
de la pobreza
de la culpa
ahogándome
sofocándome
lavanda inglesa
tweed de tintorería
pero él huele todavía
a parís
a café
a chocolate

su turba intacta

Oyó gritar a Masson. Estaba llamando a James. El chico respondió también a gritos.

Hostia puta.

Golpeó la chimenea con el atizador.

Masson gritó más alto.

Lloyd golpeó la chimenea una y otra vez, la escandalosa protesta resonando por toda la aldea, y no se detuvo hasta que Masson apareció en la puerta del artista.

Deje de montar ese jaleo.

Estoy intentando trabajar, respondió Lloyd.

Nadie se lo impide.

Usted. Hablando.

Tengo derecho a hablar.

Necesito silencio para mi trabajo.

Masson se echó a reír.

Ya lo veo.

Lloyd soltó el atizador.

Hace demasiado ruido, dijo. Tiene que callarse.

Masson negó con la cabeza.

Este hombre es increíble.

Yo necesito silencio, dijo Lloyd. Por eso estoy aquí.

Y yo necesito conversación.

Pues tenga esa conversación en otra parte.

Mi espacio de trabajo, señor Lloyd, está justo aquí.

Solo le pido que respete mi trabajo.

Lo mismo le pido yo a usted, mon arriviste.

Que le jodan.

Lloyd se metió en el taller, el cuarto más alejado de la cabaña de Masson, y cogió una hoja en blanco. Dibujó círculos, pequeños, grises, círculos lentos que se fueron haciendo cada vez más grandes, más oscuros, más rápidos, la mano y la muñeca girando frenéticas hasta

que la furia se disipó y se fueron calmando. Cogió entonces el carboncillo y se puso con James, la mano tranquila sobre el papel, la mente acomodándose en la soledad de la tarea a medida que iba trazando la forma de la cabeza, el pelo, las orejas, la nariz, los labios, los ojos
piel lustrosa
ojos brillantes
mataconejos
ladrón de huevos
Llenó hojas y hojas con los ojos y los labios del chico, esforzándose por encontrar un equilibrio entre la ternura de su edad y la dureza de la vida en la isla. Lo envejeció dibujándole unas arrugas debajo de los ojos
rembrandt
envejeciendo a titus
pero no mi hijo
sino
un muchacho irlandés
por un artista inglés
Tachó los ojos y empezó otra vez, volvió con el lápiz, pero siguió dibujando unos ojos que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes, demasiado oscuros, demasiado arrugados, no lo bastante arrugados. Pasó a otra hoja en blanco y dibujó a James entero. Remplazó los conejos por un par de rifles
un hombrecito duro
placer en londres
fama
Suavizó los rasgos del chico
un rebelde aniñado
placer en nueva york
fortuna
Empezó de nuevo en la enésima hoja en blanco, pero recuperando los

conejos, los dedos del chico asiendo suave pero firmemente las patas muertas
serie isleña: james con dos conejos
indiferencia
londres
anonimato
nueva york
pobreza
Masson se asomó a su ventana gritando. Lloyd dejó caer al suelo el lápiz y el bloc.

Esto es imposible. Absolutamente imposible.

Salió, pero Masson ya no estaba y la lluvia había cesado. Agarró la gorra y el abrigo y aprovechó los últimos coletazos de luz para acercarse a los acantilados, se agachó cerca del borde y contempló las olas que azotaban las rocas. Dibujó el mar, las rocas, el sol menguante, trabajó hasta que la luz se apagó y luego se volvió a la aldea, iluminada por los quinqués de queroseno titilantes y los fuegos de turba. Fue hasta la casa de Bean Uí Néill y llamó a la puerta. Le hicieron pasar y lo invitaron a sentarse con ellos a la mesa; un corro, que incluía a Masson, en torno a una botella de whisky.

¿Quiere un vaso?, le ofreció Micheál.

Gracias.

Bean Uí Néill le señaló una silla. Lloyd se sentó. Micheál le sirvió whisky.

Vengo de los acantilados.

Bonita noche para visitarlos.

Sí. La luz era maravillosa.

Micheál sonrió.

Me alegro, señor Lloyd.

El artista alzó su copa.

Salud.

Bebió y dio un respingo, poco acostumbrado a esa pureza. Se le

pusieron los ojos llorosos. Micheál se echó a reír.

No es el típico whisky de Londres, señor Lloyd.

No, Micheál, es un poco más fuerte.

Se lo terminó de un trago.

Quiero un taller en los acantilados, dijo.

Micheál resopló burlón.

¿Un taller?

Un cobertizo. Una tienda. Lo que fuese: un lugar en el que trabajar en silencio.

Ahí no hay nada, señor Lloyd, dijo Micheál.

Lo sé, pero le pagaré por partida doble: una parte por el alquiler de la casa y otra por el taller en el acantilado.

No puede alquilar algo que no existe, señor Lloyd.

Ni siquiera a Micheál, soltó Masson.

Se echaron a reír. Masson le rellenó la copa.

Sería mejor que me instalase lejos de la aldea, dijo Lloyd.

Pues sí, dijo Masson.

Necesito estar solo.

James apareció de entre las sombras de la chimenea y se plantó al otro extremo de la mesa.

Está la antigua caseta de vigilancia. Se podría quedar ahí.

Pero si se cae a trozos, James, dijo Micheál.

No está tan mal. Yo paso algún rato a veces. Cuando llueve.

¿No entra agua?, preguntó Lloyd.

No.

¿Podría quedarme a dormir?

La gente antes se quedaba. Pero no hay cama.

Yo puedo hacerle una cama, dijo Micheál.

Gracias. No necesito gran cosa.

No lo será, señor Lloyd.

Lloyd apuró el whisky.

¿Me la podrás enseñar mañana, James?

Claro, señor Lloyd.

Gracias.

Llovió toda la noche, y al otro día siguió a James por la hierba todavía húmeda de un sendero apenas distinguible.

No había pasado por aquí, dijo Lloyd.

Nadie viene.

Eso quiero yo.

El sendero desapareció, se hacía complicado cruzar las matas de hierba, tenía las piernas cansadas cuando llegaron al fin a un acantilado estrecho y alargado rodeado de agua.

La lengua de la isla, dijo James.

No tenía ni idea de que estuviese aquí.

¿Cómo iba a saberlo?

Subieron una cuesta, la pendiente resonando en las pantorrillas de Lloyd. En lo alto había una caseta de hormigón, encaramada al filo y rodeada de mar.

Las vistas son impresionantes.

Sí que lo son.

¿Y en invierno?

No lo sé.

James empujó la maltrecha puerta roja, salida de los goznes, y Lloyd entró con él a la luz lóbrega y apagada del interior. La caseta era diminuta y estaba dividida en dos: una cocina de gas, una mesa, una chimenea, dos cubos y tres estantes en la parte delantera; cuatro estantes y una mesilla de noche en la trasera.

Es perfecto, James.

James se rio.

Ah, y tanto, señor Lloyd. Perfecto.

Lloyd rio también.

Es perfecto, James.

Esto es duro, señor Lloyd.

Me lo imagino.

Sobre todo cuando el tiempo se vuelve en contra.

Estaré perfectamente, James.

Volvieron afuera, a la luz, y rodearon la caseta de hormigón pisando los añicos de cristal de las ventanas.

¿No hay lavabo?

No, señor Lloyd.

¿Agua corriente?

No.

Esto va a ser interesante.

Ya lo creo, señor Lloyd.

¿Alguna vez te has quedado aquí?

No. Solo vengo algún rato. Para alejarme de todos.

¿Pero no para dormir?

No hay cama.

Tendré una, dijo Lloyd, y podrás usarla cuando me marche.

¿Cuánto tiempo se quedará?

Hasta finales de verano.

¿No piensa moverse de aquí?

Ya veremos.

Se acercaron al borde del promontorio y miraron abajo, al mar, con el cuerpo encorvado contra el viento cada vez más fuerte.

Es perfecto, James. Absolutamente perfecto.

Se sentaron.

Este puede ser tu escondite de invierno, James.

El chico negó con la cabeza.

Tendría que venir a cuatro patas, señor Lloyd. Aquí en invierno es imposible caminar.

¿Y quién guía a los barcos?

En invierno tienen que apañárselas solos. Siempre ha sido así.

Pues como puesto de señales no es que sea muy útil.

Al menos en invierno no.

¿Quién lo construyó?

Los suyos, respondió James. Querían el punto más elevado.

Nada como recurrir al saber local, ¿eh, James?

Deberíamos volver, señor Lloyd. Antes de que llueva.

La lluvia comenzó a caer cuando llegaban ya a la aldea, clavándose afilada en sus caras. Bean Uí Néill les tendió unas toallas ásperas pero calientes.

Gracias, señora O'Neill.

Ella asintió.

Me gustaría trasladarme a la caseta lo antes posible, dijo.

James lo tradujo y su abuela lo mandó a buscar a Micheál.

Llevará como una semana organizarlo, señor Lloyd.

Me parece bien, Micheál.

Usted me paga las reparaciones.

De acuerdo.

Y el alquiler. La mitad de lo que paga por la cabaña.

¿De quién es la caseta?

No se preocupe. Yo se lo pasaré.

Cuando dejó de llover, Lloyd cogió el escobón del patio, la pala y trapos y regresó a la caseta. James iba detrás con un par de cubos, una botella de limpiador y un termo de té.

Voy a tener que inventarme un lavabo, James. Un hoyo en el suelo no es muy agradable.

Siempre puede sentarse en un cubo, dijo James.

Eso sí.

Pero el metal está frío. Especialmente de noche.

Eso también hay que tenerlo en consideración, James.

Barrieron y limpiaron, y a primera hora de la tarde caminaron cerca de un kilómetro, hasta una pequeña cala de piedras donde recogieron agua salada del mar.

Podría lavar aquí, dijo Lloyd.

En esta no, señor Lloyd.

¿Por qué no?

Mire las corrientes.

Soy buen nadador.

Pues mándenos una postal desde América.

Lloyd se sentó junto a James a ver cómo las olas se estrellaban en la orilla.

Tengo tíos y tías en América, dijo James.

¿Te gustaría ir?

Demasiado rato en barco.

Podrías ir en avión.

Demasiado rato en avión.

Lloyd se echó a reír.

Te quedarás aquí, entonces.

Viviré en la caseta cuando se vaya.

Micheál querrá cobrarte alquiler.

Seguro. Pero no le pagaré.

James se rio.

Usted es el único que hace eso, señor Lloyd.

Contemplaron el remolinear del mar.

Me llama la atención Londres, eso sí, dijo James.

Es una buena ciudad.

Las olas batían contra la orilla y arañaban la arena.

¿Qué hará para comer?, preguntó James.

Alubias, huevos, esas cosas.

Le enseñaré dónde encontrar agua dulce.

Gracias.

James se recostó, apoyado en los codos.

Mi abuela cree que se presentará usted todos los días para cenar y tomar el té.

Iré a veces.

No le hará gracia.

Estará encantada de deshacerse de mí.

Eso puede ser, pero no quiere que se quede flaco. Que los suyos

piensen que no le daba de comer.

¿Qué te parece, James? «Una irlandesa mata de hambre a un artista inglés».

El chico reía.

Lo sacarán a todas horas en la BBC, James. *The Times* mandará a un reportero para que localice a tu abuela. La malvada abuelita irlandesa que mató de hambre al gran artista británico.

Exacto, señor Lloyd.

Dile que no se preocupe, James. Soy más fuerte de lo que cree.

¿De lo que parece?

Lloyd suspiró.

Eso espero.

James se echó cuan largo era en la hierba.

Entonces, ¿eso es usted, señor Lloyd?

¿El qué?

Un gran artista británico.

Aún no. Pero espero serlo. Quiero serlo.

¿Y cómo llega uno a serlo?

Mudándose a una caseta de hormigón al borde de un acantilado.

James se rio.

Debería funcionar.

Lloyd se rio también, sentado en la hierba.

¿De verdad que se va a quedar aquí hasta finales de verano, señor Lloyd?

Me quedaré hasta que Masson se marche.

Eso es el resto del verano.

Los ancianos de la isla ayudaron a Micheál y Francis a reparar las ventanas y la puerta, a arreglar el tejado y limpiar la chimenea. Fabricaron una cama rudimentaria pero en condiciones, levantaron estanterías y colocaron madera en la base de la puerta para que dejara de colarse la lluvia. Cuando terminaron el trabajo, el resto de isleños y Masson fueron a ver la caseta.

Se va a volver loco aquí, dijo Masson.

Los isleños estuvieron paseándose por la caseta, dentro y fuera. Mairéad, con el pañuelo verde entrelazado en los cabellos, dejó un paquete de comida sobre la mesa y fue a sentarse con los demás en la hierba, compartiendo taza para beber el té que había preparado Lloyd con agua del manantial y plato para el pan de pasas que había llevado Bean Uí Néill. Le dijo algo al oído a James.

Le preocupa que se sienta solo, señor Lloyd.

Dile que es muy amable, James. Pero estaré bien. Estoy acostumbrado a mi propia compañía.

James tradujo.

Ahora quiere saber si está usted casado, señor Lloyd.

Sí.

¿Cómo se llama su esposa?

Judith.

¿Dónde está? ¿No puede venir a hacerle compañía?

No sería lo suyo. Ella está en Londres. Es marchante. Compra y vende cuadros.

¿Compra los suyos?, preguntó Masson.

Ya no. Nuestros gustos han ido divergiendo.

Pero ¿siguen casados?

De momento sí. ¿Y usted?

No.

Lloyd se dirigió a los isleños.

¿Y usted, Micheál?

Sí, respondió. Con una mujer del otro lado. De allá.

¿Qué significa eso?

Que no es de la isla, señor Lloyd.

¿Qué diferencia hay?

Las mujeres isleñas están conformes sin tiendas, ¿verdad que sí, Mairéad?

Mairéad no contestó.

¿Y Francis?, preguntó Lloyd. ¿Está usted casado?

Micheál se rio.

Francis está esperando a Mairéad.

Francis soltó un silbido y miró al cielo. Mairéad se inclinó para envolver lo que quedaba de pan de pasas en un paño y recoger las tazas.

Ah, se acabará aviniendo, dijo Micheál. Al final.

Ella se levantó y entró en la caseta, y dejó las tazas y el pan de pasas sobre la mesa murmurando, mascullando, renegando, contra ellos, contra sus planes, contra su madre, ahí fuera, sentada en la hierba dando instrucciones, diciéndole a Lloyd que cubriese el jamón con un cuenco, mandándole a James que tradujese lo que decía, ordenándoles a Francis y a Micheál que se llevasen las herramientas de vuelta a la aldea. Haz esto. Haz aquello. Por la mañana. Por la tarde. Y por la noche. Enjuagó las tazas, las dejó en el estante y se secó las manos, pero no salió de la caseta, se demoró caminando despacio, sin hacer ruido, tocando el caballete, sus pinceles, sus pinturas, hojeando sus blocs, sus libros de arte, se demoró en aquellas mujeres pintadas al óleo, dibujadas con carboncillo, pintadas con tinta. Mujeres muertas que siguen vivas, que me hablan a través de la mano del artista. Salió de la caseta y bajó el promontorio, por delante de los demás, y dejó a Lloyd en el acantilado. Él cogió el bloc y se puso a dibujar, con lápiz, y a tararear.

La caseta del artista I

Un único estante entre la chimenea y la ventana, con cuatro tazas, cuatro platos, dos cuencos, dos cacerolas, dos cuchillos, dos tenedores y cuatro cucharas; la luz cayendo sobre una esquina de la pequeña mesa con su silla debajo.

La caseta del artista II

Dos estantes sobre la encimera en la pared que separa la cocina del dormitorio, con comida: una lata de té, latas de alubias y sopa, dos

botellas de leche, copos de avena, pan envuelto con holgura en un paño azul y blanco, patatas, nabos, col, azúcar en un tarro, pan de pasas en un paño verde y blanco y un pedazo de jamón glaseado a la miel, con la grasa reluciendo a la luz de la tarde.

La caseta del artista III

Velas, cerillas, botas de agua y un cubo junto a la puerta; la gorra y el abrigo colgados de dos ganchos clavados detrás de la puerta. Sumidos en sombra.

La caseta del artista V

Pinturas, lápices, carboncillos, papel, estuches, la mochila y el caballete formando una fila en la pared que va de la puerta a los pies de la cama. Luces y sombras.

La caseta del artista V

Una cama y dos estantes a cada lado de la ventana, ropa cuidadosamente doblada, libros cuidadosamente apilados. Todo entre sombras.

Los firmó, Lloyd, y salió a dibujar el exterior, la puerta destartalada, las ventanas ajadas y el hormigón picado, el tejado de chapa ondulada y los pájaros en lo alto, rodando y dejándose llevar por los vientos del Atlántico.

John Hannigan es protestante y padre de tres hijos. Tiene treinta y tres años y es el encargado del cementerio de Omagh, en el condado de Tyrone. Es además miembro a tiempo parcial del Ulster Defence Regiment.

La mañana del martes 19 de junio se dirige caminando al trabajo. Son las 7.30. Hace una parada en la confitería local. Cuando sale de la tienda, un miembro del IRA baja de un Volkswagen naranja y dispara contra él: dos tiros en la cabeza y cinco tiros en el torso que acaban con su vida.

Masson dio unos golpecitos en la puerta y la empujó con cuidado, sonriendo mientras se acercaba, mientras se agachaba para besarla, para cogerle de la mano y acariciar la piel surcada de venas azules, más fina y suave que el verano anterior, la sonrisa más laxa, arrugas en los labios, en su día tensos por los dientes. Ella lo despachó con la mano, reprendiéndolo por sus besos.

Francés tontaina.

Él sonrió, aliviado al ver que seguía ahí, en esa casa, en ese sillón, tal como la había conocido cuatro años antes, bebiéndose un té oscuro y espeso y fumando en la pipa de arcilla ennegrecida, con la labor en un cesto junto al sillón. Él le dio otra palmadita y le alisó el chal negro sobre los hombros.

¿Está usted bien, Bean Uí Fhloinn?

Todo lo bien que cabe esperar.

Se la ve bien, al menos.

A ti también, JP.

Desenfundó la grabadora, sacó cuadernos y bolígrafos de la bolsa. Sirvió dos tazas de té. Ella dio una calada a la pipa.

Veo que has largado al inglés a los acantilados.

Masson asintió.

Parece que la aldea no es lo bastante grande para los dos, Bean Uí Fhloinn.

Dos gallos en el mismo corral.

Se arrimaron el uno al otro riendo.

¿Está contenta de empezar?

Ella dejó la pipa y se aclaró la garganta. Masson encendió la grabadora. La mujer empezó a hablar, con un irlandés más gutural que el suyo.

Ahora ya soy una anciana, el cuerpo débil pero la memoria robusta. Nací aquí, en esta isla, hace ochenta y nueve años. Ha pasado mucho tiempo desde mi nacimiento, y el mundo es un lugar distinto. Mejor en algunos aspectos, peor en otros. Mi padre era pescador, salía a

faenar todos los días menos los domingos, y mi madre se quedaba en casa, en la orilla, igual que el resto de las mujeres, con las faldas arremangadas para recoger los alimentos que proveyera el buen Dios, caracolas y algas de las rocas y del mar, y mandándome a mí, de pequeña, que trepara a los sitios a los que ella no alcanzaba.

Él le dio una palmadita en la mano, animándola a seguir, engatusándola para que le contara una vez más la historia, como se la había contado los tres veranos anteriores.

Los hombres de la isla siguen pescando, pero las mujeres y los niños ya no bajan a la orilla, ya no recolectan, y es una verdadera lástima, me da mucha tristeza, porque lo de ahí abajo es muy nutritivo, las algas y los moluscos tienen muchos beneficios para ahuyentar enfermedades en la isla. Pero a mí nadie me hace caso. A una anciana como yo. Parloteando. Prefieren bajar corriendo al barco de Micheál, que trae chocolate y pasteles, pagar dinero por comida que ya viene hecha, comida llena de sal y de azúcar, nada que ver con la salud que nos ofrece la isla. Uno ha de conseguir su comida con esfuerzo, JP. Eso lo mantiene fuerte. Así es como lo veo yo, al menos.

Dio una calada a la pipa y un sorbo de té, y Masson de nuevo le tocó la mano, sonriendo, animándola a seguir, aunque sus palabras brotaban más despacio que antes, y su respiración era más leve, con un estertor rasposo al inhalar. Fragilidad. Nunca antes presente. En ninguna de las grabaciones. Le acarició la mano. Me está preocupando, Bean Uí Fhloinn. Me inquieta. Más que si fuese mi propia abuela quien respirara así. Mi madre. Porque pasé meses buscándola, Bean Uí Fhloinn, rastreando arriba y abajo la costa occidental, entrando y saliendo de las casas, de isla en isla, y no dejaban de repetirme que llegaba demasiado tarde, que todas esas mujeres, todos esos hombres, estaban muertos, enterrados, y la lengua con ellos, pero aquí está usted, Bean Uí Fhloinn, desafiándolos con su presencia, con su habla, con su rechazo a modernizarse, a plegarse a esta invasión inglesa, a aderezar su lengua con esa otra, a cobrar

relevancia, porque entiende la relevancia que posee, para el idioma, para la isla, para mí, la anciana como tótem, un recordatorio de lo que se ha perdido, de cómo era la vida antes.

¿Me estás escuchando, JP?

Sí, Bean Uí Fhloinn. Continúe.

No había ningún barco que nos trajese o se llevara cosas, así que la mayor parte del tiempo teníamos que apañárnoslas solos, dependíamos de lo que Dios, el mar y la tierra nos dieran, y a mí ya me iba bien, porque era feliz así y no me dedicaba a mirar de reojo a ver qué llegaba de allá, ni a preguntarme cómo sería la vida allí, tenía una visión limitada. No conocía nada más, y no anhelaba lo que no conocía, pese a que con el tiempo otros empezaron a estar locos por marcharse. Mis hijos, sin ir más lejos, no sabían hablar de otra cosa más que de América, mañana, tarde y noche, ansiosos, pero a mí me traía sin cuidado, JP. Porque mientras haya comida y un lugar en el que descansar, no veo qué sentido tiene recorrerse la tierra en busca de un lugar en el que hacer lo mismo. Sé que en otros tiempos la gente por estos lares no tuvo elección, era marcharse o morirse de hambre, pero yo nací en una época más afortunada, cuando todo eso ya había pasado y podíamos comer suficiente; no nos poníamos gordos, ojo, pero tampoco estoy segura de que eso sea muy bueno.

Masson le cogió la mano y la besó, atento a los giros, a su sintaxis, buscando indicadores de cambio en la entonación, la inflexión, la articulación, pero no encontró ninguno mientras ella le contaba su historia igual que el año anterior, y que los años previos, nada que socave mi estudio de los patrones lingüísticos de la isla, este estudio longitudinal de las cuatro generaciones de una misma familia, una labor que se irá al traste por culpa de este inglés si usted baja la barrera frente a él, Bean Uí Fhloinn. Frente a su lengua inglesa. Solo tiene que resistirse a su influencia, resistirse a sus incursiones dos meses y medio más. Entonces habré terminado, Bean Uí Fhloinn. Un libro, un doctorado y un puesto de profesor.

¿Estás bien, JP?

Sí. Muy bien. Continúe, por favor, Bean Uí Fhloinn.

Dio una calada a la pipa.

Te veo un poco pálido, JP.

Estoy algo cansado, nada más. Siga.

A veces bajo a la orilla con el chico, con James, me arremango las faldas como hacía mi madre y doy un paseo recogiendo caracolas de las rocas, las enjuago con agua dulce y me las como. Me sienta bien, no solo esa frescura, sino saber que estoy haciendo lo mismo que hacía mi madre, y su madre antes que ella, y así cientos de años atrás. Me gusta. Esa conexión con el pasado. Formar parte de algo más viejo que yo. Hace que no me sienta tan sola, JP, que no me angustie tanto pensando cuánto me queda, porque ya no encabezo yo el camino, sino que lo sigo.

Masson sirvió más té.

Solo he ido tres veces al otro lado: una para enterrar a mi madre, la segunda para enterrar a mi padre y la tercera para enterrar a mi marido. Pronto llegará el momento de volver a cruzar. No tuve que hacerlo por el marido de Áine porque se ahogó. Pero todo eso ya lo sabes, JP. Tres hombres buenos perdidos en un día de otoño. Mi yerno, mi nieto y el marido de mi nieta. Desaparecidos. Para no volver jamás. Ni siquiera para su funeral. Fueron tiempos difíciles, JP. Pero, como digo siempre, tiempos difíciles los hay estés donde estés. No se les escapa nadie. La isla tardó mucho en recuperarse. Te lo puedes imaginar. Lo peor fue ver a Mairéad, y verla con el niño. Tenía meses por aquel entonces. El marido muerto. El padre muerto. El hermano también muerto. Una Santísima Trinidad de hombres. Y nada que pudiera remplazarlos. De no ser por el niño, JP, no la tendríamos con nosotros. Esa es la verdad. Pero James es un buen muchacho. Es muy bueno con su madre. Y con su abuela. Y conmigo también. Y Dios es bueno con él. Dios es bueno con todos nosotros.

Se santiguó. Masson dio un sorbo de té.

Somos pocos, lo sé, los que queremos seguir viviendo así. Áine, Bean Uí Néill, es la única hija que me queda en la isla. Y ahora no tiene ni marido ni hijo. Sus hermanos están o en el fondo del mar, el pequeño Séamus, que resbaló en las rocas, que Dios lo guarde y lo tenga en su gloria, o sobre la tierra y viviendo en Boston. Ahora son americanos. Demasiado flojos para esta vida. El rigor de la vida aquí, JP, no todo el mundo lo puede llevar. En todas partes es duro, lo sé, en la ciudad y en el campo, pero aquí está más expuesto, al desnudo, por el clima y el aislamiento. Esa sencillez no es para mucha gente. Dicen que se aburren, pero yo los he observado. No es aburrimiento, JP. Es miedo. Esa aridez y esa pureza los asusta. Los lleva a embozarse en horarios, facturas, vacaciones y casas, en sofás, encimeras de cocina y cortinas, una vida de compras y posesiones que enmascare la aridez de la existencia. Que oculte su dureza. Que la haga más soportable. Tolerable. Pero ¿lo consigue?, me pregunto. Puede ser, porque James es el último joven que nos queda. El resto se han marchado, han huido, y nos han dejado con estos vejestorios desdentados.

Masson le sonrió. Ella siguió hablando.

En otros sitios, en sitios con árboles y abrigo, la sordidez de la vida es más fácil de disfrazar, es más fácil vestirla como algo más elaborado de lo que es. Los veo, aún hoy, ¿sabes?, aquí en la isla, cruzando el mar de aquí para allá, creyendo que será mejor al otro lado y descubriendo que echan de menos esto. Pero solo pueden regresar triunfantes, volver con algo que nadie más tenga: un sombrero nuevo, unos zapatos mejores, una panza más grande, un par de botas de agua. Mis propios hijos han vuelto así de América. Intentando demostrar que acertaron al marcharse. Que somos unos tontos por quedarnos. Con las maletas a reventar de ropa buena y de historias de los sitios en los que han estado, de las personas a las que han conocido, convencidos de que su posición en este mundo es más alta que la nuestra, más valiosa. ¿Y para qué? Si es para asegurarse de

tener comida y un techo, sí, lo entiendo. Pero lo que hay en gran parte es esta búsqueda de afirmación en un mundo que afirma poco, si es que afirma algo. Como si algún título le pudiera confirmar a uno quién es. Como si alguna casa o algún coche pudiera dar fe de su valía. Supongo que hay gente a la que le sirve. Los hombres creen que eso atrae a las mujeres, supongo, pero ¿qué clase de hombres son esos? ¿Y qué clase de mujeres son esas, JP? Da gracias a Dios por lo que te es dado, digo yo siempre, y no andes detrás de la última flamante novedad. Eso nos deja a la altura de las urracas.
Masson echó un vistazo a la grabadora, a la cantidad de cinta que quedaba en el carrete para capturar sus sonidos, pero también sus opiniones, su compromiso con la lengua. Porque ¿cómo la clasificaré? ¿Cómo la presentaré? ¿Le diré a mi director de tesis que es una estoica? Los estoicos estarían orgullosos de usted, Bean Uí Fhloinn. Y a Sócrates también le encantaría esta anciana sin dientes, acurrucada frente a un fuego de turba, aunque se aburriría enseguida de los límites que impone a su pensamiento. ¿Diógenes? Admiraría la sencillez de su vida, Bean Uí Fhloinn, pero desdeñaría su adhesión a las convenciones mientras que los dos cristianos, Agustín y Aquino, se cansarían irónicamente de su aceptación ciega de Dios. A Nietzsche, por supuesto, le horrorizaría su servil conformidad con la vida que tiene, una vida heredada de su madre, de su abuela, pero Schopenhauer la admiraría, Bean Uí Fhloinn. Le gustaría ese rechazo de lo superficial de la sociedad, el rechazo a ser una urraca.
Apagó la grabadora.
Igual en París les digo que es una existencialista de pura cepa, una Heidegger del oeste de Irlanda en pie contra la tecnología, contra el cambio. Bean Uí Fhloinn y su Dasein. Bean Uí Fhloinn, filosofía sin adornos. Antes de que cada tentativa generacional de responder lo irrespondible, lo aún por responder, la recubra de sus crípticos términos y condiciones.
Se le escapó una risa.

A ver, pues, ¿qué le hace tanta gracia?

Lo paso bien con usted, Bean Uí Fhloinn.

Tienes una forma muy curiosa de demostrarlo. Riéndote de tus propios chistes.

Sí, supongo.

Sirvió más té en las tazas. Ella añadió la leche, y bebieron.

Bueno, ¿y qué pasa con el inglés este, Bean Uí Fhloinn?

¿Qué pasa con él, JP?

¿Está bien que se quede aquí, hablando inglés como habla?

Ahora ya se ha marchado al acantilado. Lejos del peligro.

Volverá a la primera lluvia.

Ya veremos qué pasa, JP.

Masson se levantó y guardó la grabadora.

Mi director de tesis la ha estado escuchando, Bean Uí Fhloinn.

¿De verdad, JP?

No ha entendido nada, por supuesto, pero se ha quedado fascinado con la melodía, con la antigüedad.

Es una buena edad, JP.

Y muy hermosa.

También.

Hemos decidido el título para mi tesis. Para mi trabajo.

¿Y cuál es?

«¿Evolución o desaparición? Los patrones lingüísticos de la lengua irlandesa a lo largo de cuatro generaciones. Estudio comparativo quinquenal de una familia isleña».

No se acaba nunca, JP.

No.

Dio una calada a la pipa pero se había apagado. La llenó de tabaco.

El inglés te enseñará en un dos por tres lo que es la desaparición.

Sí, Bean Uí Fhloinn.

Se encendió el tabaco recién puesto y envolvió la llama en la palma de la mano, aspirando por la boquilla y chasqueando los labios hasta que

prendió el fuego en la cazoleta.

Solo usted puede detenerlo, Bean Uí Fhloinn.

Ella se recostó en el sillón fumando.

No hay muchas esperanzas si dependes de una anciana como yo, JP.

Masson le besó la mano y se echó la correa de la grabadora al hombro.

La dejo descansar, dijo.

¿Ya tienes bastante entonces, JP?

De sobra para seguir trabajando, Bean Uí Fhloinn.

Le sirvió más té, la besó en las mejillas y cerró la puerta sin hacer ruido. En el camino de vuelta a su cabaña se encontró con James.

¿En qué andas, Séamus?

Me llamo James. Y lo sabes.

Tu nombre irlandés es Séamus.

Yo uso mi nombre inglés.

Prefiero el irlandés.

No es decisión tuya, JP.

Francis Barney Sullivan está en su casa adosada de Bombay Street, en Belfast, próxima al muro que separa a católicos y protestantes. Es la hora del té del miércoles 20 de junio. Lo acompañan su mujer y sus dos hijos, un niño de seis años y una niña de cuatro.

Dos jóvenes llaman a la puerta y preguntan por él. Francis Barney Sullivan echa a correr. Los dos jóvenes cruzan el recibidor y persiguen al hombre, católico de treinta y cuatro años, hasta la cocina. Le disparan por la espalda delante de su mujer. Llega muerto al hospital, asesinado por la Ulster Defence Association.

Masson se sentó en una silla del patio con el sol de la tarde dándole en los párpados cerrados y los sonidos de Bean Uí Fhloinn rondándole la mente, sus inflexiones, entonaciones, expresiones, su respiración rasposa, su sintaxis, su risa ronca, veteada de humo. Su mente quería retenerlos, allí dentro de su cabeza, aferrarlos, analizarlos, procesarlos, categorizarlos, pero no se quedaban quietos, no se asentaban en ese patio mancillado de anglicidad; el interior de su mente, alterado por las moléculas de lengua extranjera que flotaban en el aire, adheridas aún a la superficie de la tapia, de la silla, de los terrones de turba, diluyendo su presencia hasta que, poco a poco, los sonidos de su voz se le escurrían y quedaban solo los sonidos de la isla, del mar estrellándose en las rocas, de los pájaros graznando, de los hombres hablando junto al muro de la aldea, de las mujeres ocupadas todavía en las casas, Bean Uí Néill y Mairéad en la recocina hablando de lo que quedaba por hacer antes de que terminara el día, de los suelos por barrer, los cacharros por fregar, la chimenea por vaciar, el fuego por cubrir, con la radio sonando de fondo, los locutores divagando en acentos más suaves, sureños, sobre la recurrencia de los asesinatos, la violencia aparentemente irresoluble ahí arriba, al otro lado, cruzando la frontera, Mairéad sumándose a la conversación, respondiéndoles, pisándolos, preguntándose en voz alta si esa mujer que había presenciado cómo disparaban a su marido lo superaría alguna vez, si los niños habrían oído los tiros y habrían visto a su papá en el suelo de la cocina cubierto de sangre, muriéndose, mamá, vieron a su padre muriéndose, y que cómo iban a poder superar eso, y que si la noche en la que su papá murió no les dejaría traumatizados de por vida, una pregunta detrás de otra hasta que Bean Uí Néill apagó la radio porque no está bien, Mairéad, enfrascarse en estos temas sobre la muerte una noche de verano, en una preciosa noche de verano como esta, y dirigió la conversación hacia la vida del inglés, allí en los acantilados, ¿tú crees que se siente solo, Mairéad? ¿Aburrido? ¿Hambriento? No lo sé, mamá. ¿Por qué crees que se ha

ido a vivir ahí? ¿Crees que será una forma de locura, ese tipo de aislamiento? No lo sé, mamá, pero él estaba la mar de contento de irse, de estar ahí solo, a su aire, lejos de JP y de su charla, y él estiró el cuello para escuchar mejor, pero las voces se trasladaron a la parte delantera de la casa, fuera del alcance de su oído, y lo dejaron con los sonidos del mar batiendo las rocas, de las focas ladrando en la playa, de los pájaros llamando a los que seguían en el mar, cormoranes, alcatraces y gaviotas avisando de que llegaba la noche, de que era hora de regresar a los acantilados, el graznido gutural, áspero, de su canción vespertina, muy distinto del de los pájaros de la casa de su abuela, en el sauce, sobre la mesa redonda de hierro forjado, jilgueros, herrerillos, golondrinas y palomas, mi madre señalando arriba para unir cada canto vespertino con su pájaro, reclamando mi atención para aquellos trinos y gorjeos, aferrándola para distraerme de los sonidos de la cocina, de las risas que no nos incluían, pese a que mi padre, su marido, estaba dentro riendo con ellos, con mi abuela, mis primos, mis tíos, mientras nosotros seguíamos fuera, en una penumbra casi negra, los invitados esperando el café y el postre, mi madre insistiendo en que era una maravilla estar ahí fuera escuchando a los pájaros como solía hacer ella de pequeña en aquella ciudad junto al mar, aunque con aves más exóticas que estas, respirando un aire más seco y caliente que el de la casa de mi abuela, mucho más seco y caliente que en nuestra casa, un apartamento sumido en las lluvias y la oscuridad del norte, un quinto piso desde el que se veía el océano, pero lejano y entreverado de vientos y tormentas que a veces la hacían llorar, así que deberíamos disfrutar de esto, amor mío, al calor de la tarde, bajo el árbol, escuchando a los pájaros, sin preocuparnos para nada de los ruidos que llegan de la cocina, ni de sus risas, pero entonces ve que me he puesto a llorar, porque a ellos les dejan ayudar, mamá, mis primos están ayudando y yo no, a ellos les dejan llevar el pastel y montar la nata y a mí no, porque la abuela me mandó que me quedara contigo, me mandó que no me moviera, que me quedase aquí

fuera contigo casi a oscuras mientras ellos están ahí dentro rodeados de luz, riendo, mamá, divirtiéndose, jugando a juegos a los que yo no puedo jugar porque tengo que quedarme aquí contigo, y ella me coge de la mano, la besa y me susurra, tú eres el príncipe de la familia, Jean-Pierre, el que un día será rey, demasiado valioso para echarte a perder en trabajos pesados, pero a mí me gusta trabajar, mamá, me gusta montar la nata y llevar el pastel, y no entiendo por qué la abuela es amable conmigo por las mañanas, antes de que se despierte nadie, por qué en ese momento le caigo bien, cuando estoy solo, sin ti, sin papá, sin los primos, entonces le caigo bien, pero ahora no, cuando está todo el mundo delante es mala conmigo, y dura, y mi madre me revuelve el pelo, me dice que no es culpa mía, que mi abuela está rara y se comporta de un modo extraño, cosas de la edad, dice, mientras me pasa la mano por el pelo, y me atrae hacia sí, y me abraza hasta que se vuelven a sentar a la mesa, mi padre, mi abuela, mis tíos, mis primos, todos hablando en un tono rural y acelerado que me cuesta comprender y que mi madre no tiene posibilidad alguna de descifrar, así que se queda sentada en silencio mientras charlan de funerales y candidatos a la presidencia, ella con los ojos oscuros mirando un poco hacia arriba, como si estuviese contemplando a los pájaros, que cerraban ya los suyos bajo las hojas oscuras, su marido soldado, mi padre, tocándole de rato en rato el brazo para que fuera con ellos, irritado cuando ella vuelve a explicarle que no entiende lo que dicen, por lo que mi padre les pide una vez más a su madre y a sus hermanas que hablen el francés que aprendieron en la escuela, el mismo francés que su mujer, mi madre, estudió en la escuela, en la universidad, el mismo francés que habla en casa con él, en el norte, pero no le hacen caso, la ignoran, y siguen con su patois hasta que mi padre soldado, su marido, está lo bastante bebido como para batirse por ella, y se enfrenta a su madre y a sus hermanas con la misma vehemencia y la misma pasión que mostró en su día como soldado, en el desierto, combatiendo en nombre de su país contra el pueblo de su esposa, la

ira en ascenso hasta que estalla contra su familia, contra el trato que dispensa su país a las personas como su mujer, mi madre, y entonces mi abuela se cansa, señala sorprendida lo rápido que ha pasado el tiempo y da por finalizada la reunión, nos manda a todos a la cama, pero la furia de mi padre sigue ardiendo, rebosa en el cuarto que compartimos con él y cae sobre nosotros, su mujer y su hijo, que no hemos hecho ningún esfuerzo, dice, por integrarnos en su familia, ahí fuera sentados debajo del árbol, esperando a que nos sirvan, negándonos a ayudar, como un principito y su reina, demasiado regios para montar nata o llevar el pastel, y que no la había traído a Francia para esto, no la había rescatado de ese agujero de país para que ahora se quedase ahí sentada esperando a que la sirvieran, actuando como si fuera superior a su familia, con su educación universitaria, pagada con impuestos franceses, como si fuera superior a él, pese a que sin él no sería nada, porque la había salvado de aquella casucha al lado del mar con las tripas bombardeadas, la había salvado de aquellos hombres que le ordenaban cómo vestirse, cómo vivir, y con él era libre de vivir como le diera la gana y escogía ser desagradecida, altiva con él y con su familia, y a él, el francés que la había rescatado, aquello le parecía intolerable, insistía en que debía disculparse, suplicar su perdón, y ella, arrodillándose delante de mí, desabrochándome la camisa, preparándome para meterme en la cama, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, se disculpa por no entender a su familia y promete esforzarse más la próxima vez, y él, satisfecho con las lágrimas, con verla arrodillada, vuelve abajo a seguir bebiendo, y nosotros nos metemos juntos en la cama, cerramos los ojos para no verlo hasta la mañana siguiente, cuando haremos las maletas y pondremos excusas para no volver en Navidad, pero sí luego en julio, y diremos adiós con la mano al alejarnos, con el recuerdo de sus labios en mis mejillas, de sus manos en mis brazos, desvaneciéndose mientras regresamos, solos los tres, al norte.

John Henry Scott conduce el camión de la leche, y todos lo llaman Jack. Va recogiendo la leche de granja en granja por el condado de Tyron, y sigue la misma ruta todos los días. Es protestante, tiene cuarenta y nueve años y está casado, con nueve hijos. También es reservista de la Royal Ulster Constabulary y le queda poco para celebrar sus bodas de plata.

Es la tarde del viernes 22 de junio, y circula por la orilla del Lough Neagh cuando el IRA abre fuego y le dispara varios tiros en la cabeza y el cuerpo. El camión se estrella contra el seto.

Lo despertó la lluvia del alba golpeteando en el tejado ondulado, la caseta envuelta en una bruma que se filtraba por las paredes de hormigón hacia el cuarto y enfriaba el interior. Lloyd se arrebujó en las mantas
luz sin vida
día perdido
Intentó conciliar de nuevo el sueño, pero la lluvia cayó con más fuerza, repiqueteando contra el metal. Se echó las mantas por encima de la cabeza. El ruido penetró, frío también. Se incorporó y se puso la ropa que había llevado el día antes, junto con un segundo par de calcetines, la gorra, los guantes y su abrigo encerado. Reavivó el fuego y contempló cómo las llamas fragmentaban el gris de la caseta
sanctasanctórum
pero
gris
aun así
Orinó en el cubo de la puerta, preparó té y gachas con lo último que quedaba de leche fresca, y se comió el desayuno en una silla delante del fuego, los hombros caídos, la cabeza hundida hacia el pecho.
autorretrato: solo
Echó los platos en el segundo cubo, añadió más turba al fuego y se puso a dibujar pájaros, unos trazos largos y curvos para las alas, pero movimientos más cortos para las cabezas, picos y ojos, su mano, ojo y mente concentrados en el sonido del lápiz rasgando el papel, ahuyentando el repiqueteo de la lluvia contra el metal, llenando hoja tras hoja de pájaros despegando, sobrevolando, ascendiendo, girando, planeando, revoloteando, escorando, zambulléndose, pájaros atravesando la superficie del mar, ojos amarillos sin pestañas henchidos de placer, trabajando hasta que se sintió de pronto famélico, con el cuerpo temblando de fío, los dientes castañeando. Cogió un cuenco, resbaladizo de manteca, pero se había terminado el jamón, y también la ternera. Rebañó los restos de grasa con los dedos

y se los chupó. Examinó los estantes, pero tampoco quedaban alubias ni pan. Desplegó un paño de cocina metido en una lata y descubrió un par de huevos. Sacó la sartén del cubo, la fregó un poco y la secó con un trapo sucio. Frio los huevos y se los comió directamente de la sartén, mirando por la ventana las densas franjas de lluvia.

autorretrato: expulsado del nido

Echó algo más de turba al fuego y remetió el trapo sucio en la rendija que quedaba debajo de la puerta, donde se había acumulado la lluvia

té, pan, mantequilla y mermelada

ese charlatán

el ojito derecho de la isla

acogido

el silencioso

medio muerto de hambre

casi artrítico

desterrado

Se sacó las botas y se volvió a la cama, con el abrigo y la gorra puestos. Cerró los ojos, evadiéndose de la caseta, de la bruma, de la lluvia en el tejado

la venganza de la hambruna

Un hombre que se dirigía en coche a la iglesia de Mountnorris, en el condado de Armagh, divisa el cuerpo de James Joseph Porter en el arcén de la carretera la mañana del domingo 24 de junio.

James Joseph Porter, granjero protestante de sesenta y cuatro años y miembro a tiempo parcial del Ulster Defence Regiment, está vestido, pero lleva los pies descalzos. Tiene la cabeza hecha pedazos, destrozada por tres o cuatro proyectiles de un arma de gran velocidad accionada por el IRA.

La lengua irlandesa se muere, pero no está muerta todavía.

Masson contempló su caligrafía cruzando la página de rayas azules. Espigada. Típicamente francesa, se dijo. Retomó la escritura.

La muerte ha sido una muerte lenta, prolongada durante siglos, a medida que sus hablantes abandonaban el irlandés en favor del inglés. En este estudio sigo los pasos de esta desaparición examinando la trayectoria de cuatro miembros de una misma familia a lo largo de cuatro generaciones, la más anciana de la cual, Bean Uí Fhloinn, habla únicamente irlandés, mientras que su bisnieto, Séamus Ó Giolláin, es fluidamente bilingüe.

El irlandés es una lengua celta, una rama de la familia de lenguas indoeuropeas, y sus parientes lingüísticos más cercanos son el gaélico escocés, el gaélico manés, el galés, el bretón y el córnico. El manés y el córnico son ya lenguas extintas, mientras que el resto lucha por sobrevivir, con la ayuda, o las trabas, en diversos grados, de políticas estatales e iniciativas públicas.

Es difícil saber con seguridad cuándo llegó a Irlanda la lengua irlandesa, pero los vestigios físicos más antiguos corresponden a unos monumentos de los siglos V y VI conocidos como piedras ogam, rocas con líneas y muescas que representan el alfabeto latino. La mayoría de estas piedras tienen inscripciones escolásticas o patronímicas, y se considera que la lengua no experimentó mayores transformaciones hasta la invasión vikinga de Irlanda, entre los años 900 y 1200. La lengua sobrevivió a la conquista, pero se adaptó y acomodó, al igual que tantos idiomas, incorporando términos nórdicos, como ancaire (ancla), bád (barco), stiúir (timón), bróg (zapato), pingin (centavo) y margadh (mercado).

Miró por la ventana, la lluvia, los isleños que entraban apresurados en la escuela para la misa de Bean Uí Néill. Hizo girar el bolígrafo. Bean Uí Néill. La guardiana romana de la isla. La lugarteniente del papa. Volvió a su tesis.

Una segunda invasión, esta vez por parte de los anglonormandos,

entre 1200 y 1500, tuvo un efecto similar, si bien más intenso. El irlandés incorporó términos normandos, lo que dio lugar a palabras como cóta (abrigo), hata (gorro), gairdín (jardín), garsún (niño), giúistís (justicia), bardas (ayuntamiento) y cúirt (corte); no obstante, la lengua inglesa ejerció solo una influencia moderada en el irlandés, y ambos idiomas coexistieron. Solo Dublín, Waterford, Cork y Dundalk pasaron a ser núcleos angloparlantes del país. La ciudad de Galway y la periferia de Dublín, Waterford, Cork y Limerick eran multilingües, mientras que en el resto del país se hablaba solo irlandés. Los propios anglonormandos empezaron a aprender y a usar el irlandés, y se convirtieron, como dijo en el siglo XVII el historiador y sacerdote católico John Lynch en su *Cambrensis Eversus,* en «Hibernicis ipsis Hiberniores», más irlandeses que los irlandeses, o «Níos Gaelaí ná na Gaeil iad fhéin».

El ascenso del rey Enrique VIII al trono inglés en 1509 tuvo consecuencias perdurables y devastadoras para la lengua irlandesa. Enrique VIII no solo se convirtió en rey de Irlanda, sino también en cabeza de la Iglesia de Irlanda, la nueva iglesia anglicana protestante. Disolvió los monasterios católicos, subyugó a los jefes irlandeses y a los señores anglonormandos, e impuso una nueva jerarquía social, una que ya no se basaba en el clan, la región y la lengua, sino en la religión. Dividió al pueblo en protestantes y católicos, división que perdura aún hoy.

Masson levantó la vista. Al otro lado de la ventana los isleños salían de la escuela tras la misa y corrían a sus casas bajo la lluvia.

Isabel I, que heredó el trono en 1558, siguió con la labor de su padre y extendió el protestantismo por toda Irlanda, derrotando de nuevo a los jefes irlandeses y a sus aliados anglonormandos bilingües. Los remplazó por colonos protestantes angloparlantes e instó al uso del inglés en toda cuestión administrativa y legal. La lengua irlandesa, al carecer de estatus administrativo, no servía ya a la hora de comprar o vender tierra, pagar impuestos o tratar con un número cada vez mayor

de arrendadores ingleses. El irlandés pasó a ser una lengua de segunda categoría, lo que fue atizando una callada guerra civil lingüística que, igual que la división religiosa, pervive en la Irlanda contemporánea.

James abrió la puerta. Dejó sobre la mesa una taza de té y un scone con mantequilla y mermelada.

Gracias, Séamus.

James se marchó sin cerrar la puerta.

Me llamo James, dijo.

Masson se levantó, cerró la puerta y continuó escribiendo.

Las condiciones para los hablantes católicos de lengua irlandesa mejoraron durante el reinado de Carlos I, anglicano moderado de la casa Estuardo que subió al trono en 1625, pero la tregua no duró demasiado.

Con la decapitación de Carlos I al término de la guerra civil inglesa, los parlamentarios de Oliver Cromwell infligieron su venganza contra los jefes gaélicos y los señores anglonormandos que habían apoyado al rey depuesto. El ejército de Cromwell mató a miles de ellos, deportó a otros miles y entregó las tierras confiscadas a sus soldados y prestamistas a modo de recompensa. Fue una época devastadora para la lengua irlandesa, ya debilitada, pero lo peor estaba por llegar.

James volvió.

He olvidado llevarme su colada.

Está en el dormitorio, Séamus. En una pila en el suelo.

Me llamo James.

Deberías alegrarte de que te llame Séamus.

Mi nombre es James.

Tras el Tratado de Limerick de 1691, un acuerdo que apuntaló la derrota de las fuerzas católicas de Jacobo II de Inglaterra y Luis XIV de Francia a manos del ejército protestante del rey inglés Guillermo III en el frente del río Boyne y en el de Aughrim, se implantaron las draconianas y devastadoras Leyes Penales. Los partidarios irlandeses de Jacobo II abandonaron Irlanda y cedieron el control del país y de la

lengua a la Inglaterra protestante. La mayoría de las tierras que seguían en manos católicas pasaron a los protestantes y, de acuerdo con las nuevas leyes, los católicos no gozaban ya de acceso equitativo a la educación ni de representación política, sus derechos de herencia quedaron bloqueados y se les prohibió portar armas, alistarse en el Ejército e ingresar en los estamentos profesionales.

James regresó con un bocadillo de jamón, pan de pasas con mantequilla y una taza de té.

Gracias.

¿Qué es lo que está escribiendo?

Una historia de la lengua irlandesa.

Qué emocionante, JP.

Masson sonrió.

Para mí sí.

Prefiero las obras del señor Lloyd.

Pues vete a verlo entonces.

Ah, no quiere que se le acerque nadie.

Quiere volverse loco solo.

Debe ser eso.

Venga, sal. Estoy trabajando.

Las Leyes Penales tuvieron unas implicaciones devastadoras para el idioma, dado que todas las escuelas, juzgados, arrendamientos, recibos de alquiler, mandatos y citaciones solo estaban disponibles en inglés; esto en un país donde el ochenta por ciento de la población hablaba irlandés. Solo en torno a una quinta parte de la población era bilingüe, y solía tratarse de hablantes que trabajaban como intermediarios, tenderos, posaderos, parteras, sirvientes, buhoneros y artesanos, todos ellos dispensando sus servicios a los protestantes angloparlantes, que eran arrendadores, jueces, abogados, procuradores, funcionarios, oficiales y agentes. Los que solo hablaban irlandés formaban el grupo más empobrecido de la sociedad y vivían en condiciones espantosas como aparceros, dependientes de la buena fe de los propietarios de las

tierras y del éxito de la cosecha de patatas, su única fuente de alimento. Además, los católicos tenían la obligación de pagar un diezmo al ministro local de la Iglesia Protestante de Irlanda.

Masson alzó la vista por la ventana. Lloyd estaba entrando en la aldea, sin afeitar, empapado, los hombros caídos. Siguió al inglés con la mirada mientras este cruzaba de lado a lado de la ventana, con los ojos clavados en el suelo. Oyó cómo Lloyd abría la puerta de su cabaña y entraba. Continuó escribiendo.

Excluida de los centros de poder, de la educación y del veloz desarrollo de la imprenta en la Europa continental, la lengua irlandesa quedó marginada y reducida, cada vez más, a ser la lengua oral de los pobres, y dependía de la poesía y los versos políticos para propagar ideas e ideales. La poesía irlandesa, hasta entonces lamentaciones acerca de la relación con la naturaleza y el paisaje, se politizó mediante la obra de numerosos poetas que anhelaban el día en que Irlanda se alzara de nuevo como un país católico orgulloso de su cultura gaélica.

Los poemas irlandeses monolingües fueron derivando progresivamente hacia el bilingüismo de la mano de poetas que empleaban irlandés e inglés en una misma frase, o que alternaban los versos en uno y otro idioma, lo que dio lugar a obras macarrónicas firmadas por poetas con cierta fluidez en ambas lenguas y que escribían para un público que, a mediados del siglo XVIII, tenía una mínima capacidad para entender el inglés; un bilingüismo receptivo como el que encontramos hoy en esta isla remota; el de Bean Uí Néill, por ejemplo, que entiende lo que se dice en inglés pero habla solo en irlandés.

Vio pasar a Lloyd otra vez por delante de la ventana, con ropa seca pero desaseado, sin afeitar, de camino a la cocina de Bean Uí Néill. Lloyd llamó a la puerta y entró. Mairéad se sobresaltó, todavía vestida de domingo, sentada junto al fuego escuchando la radio mientras tejía con una lana gris carbón sobre la falda. Le sonrió.

An bhfuil ocras ort?

Lloyd asintió.

Mairéad dejó a un lado la labor, apagó la radio y se puso de pie. Le señaló la mesa, y él se sentó. Preparó un plato de huevos revueltos, pan y scones. Le sirvió té.

Gracias.

Tá fáilte romhat, respondió ella. De nada.

Hablas inglés.

Giota beag. Un poco.

Bean Uí Néill entró en la cocina. Saludó a Lloyd pero se puso a hablar con Mairéad. Las dos mujeres salieron de la cocina y volvieron poco después, ya sin el vestido de los domingos, para preparar la comida, avivar el fuego. Lloyd bebió y comió, encantado con aquel calor que le invadía el cuerpo.

Gracias, dijo.

Salió de nuevo a la lluvia, volvió a su cabaña
humedades
el moho avanzando
sin tregua

Encendió el fuego y puso agua a hervir para bañarse y afeitarse. Colgó de nuevo las cortinas y se puso a dar vueltas mientras el agua se calentaba, examinando su obra en el caballete, la obra de otros en las paredes. Cogió el libro de dibujos de Rembrandt
acuarelas y tinta
tonos marrones
líneas sencillas
leves
mujer durmiendo
mujer leyendo
mujer bañándose

Llenó la bañera tarareando y se restregó la piel, se afeitó, los isleños cruzando por delante de la ventana, bajo la lluvia, cargados con cajas, Micheál y Francis detrás, chorreando agua al suelo de la cocina de

Bean Uí Néill.

Os tendríais que cambiar antes de sentaros, dijo Bean Uí Néill.
Señaló el dormitorio que había pegado a la cocina.

La ropa de hombre está ahí.
Francis dejó una caja sobre un extremo de la mesa y siguió a Micheál al cuarto. Mairéad le echó suero de leche a la harina y levantó la vista cuando Micheál regresó vestido con ropa de su padre, y Francis con la de su marido.

¿Qué tiempo dan para mañana?, preguntó Bean Uí Néill.

Tiene que despejar durante la noche, respondió Micheál. Parece que no habrá problema.

¿A qué hora os vais?

La novilla en la ensenada a las siete. Así iremos bien de tiempo.
Bean Uí Néill llenó la tetera de agua.

Necesito una buena venta, Micheál, dijo.

Te la conseguiré.

Para pasar el invierno.

Te conseguiré lo bastante para la primavera también, Áine.
Bean Uí Néill lo miró a los ojos, a ese hombre vestido con la ropa de su marido.

No, si sigues quedándote con nuestro dinero.

Vosotras sacáis más que yo, Áine.

Entonces no debes de ganar nada.
Mairéad le dio forma a la hogaza y la alisó con unas palmadas.

Horrible, lo que está pasando en el norte, dijo. Uno de esos hombres tenía nueve hijos.
Micheál negó con la cabeza.

Qué desastre.

Era protestante, dijo Mairéad. Con nueve hijos.

Eso no es nada habitual, dijo Bean Uí Néill.
Mairéad pasó el pan a la bandeja.

Imagínate ser esa mujer. Los nueve mirándote y esperando que

sepas qué hacer.

Su marido tendría que habérselo pensado mejor antes de unirse a la RUC, dijo Francis.

Era reservista, Francis.

Lo mismo da.

Igual lo hizo por los hijos. Por el dinero.

Es el precio que hay que pagar por los chelines de la reina.

Hizo un inciso en forma de cruz en la superficie del pan.

Pues tú pareces encantado de cogérselos al señor Lloyd.

¿El qué?

Los chelines de la reina.

No es lo mismo.

¿No?

¿No estamos en el Estado Libre, acaso?

Mairéad clavó cuatro veces el cuchillo en el pan.

¿Es este el mismo Francis Gillan que dice que Irlanda no será libre hasta que esté unida?

Coger el dinero de un inglés aquí no es lo mismo que trabajar para los británicos en contra del pueblo irlandés.

El dinero inglés es dinero inglés, Francis.

Metió el pan en una fuente al fuego, se lavó las manos y se sentó con ellos.

¿Y qué tal el inglés?, preguntó Micheál. ¿Cómo le va?

Acaba de volver, respondió Mairéad. Ha estado como una semana allí.

¿Con esta lluvia?

Lloviendo un día detrás de otro.

Qué mala vida.

Ella se rio.

Sí que olía mal.

Micheál señaló la ventana.

Hablando del rey de Roma.

Lloyd entró en la cocina, limpio, afeitado.

Querría un poco de té, si puede ser. Y tal vez algo más de comer.

Mairéad le sirvió té y le dio dos scones. Él los untó de mermelada y mantequilla.

Bueno, ¿cómo va por allí?

Bien, Micheál. El trabajo va bien.

Le ha tocado un poco de lluvia.

Lloyd frunció el ceño.

Mucha lluvia, Micheál.

Es muy duro aquello.

Sí. Mucho.

Pero ha sobrevivido.

¿Sí?

Bueno, aquí está.

Lloyd se encogió de hombros.

Entonces, sí, supongo que sí.

Se comió el primer scone.

¿Y qué le trae de vuelta por aquí, Micheál? En domingo.

El miércoles hay mercado. Mañana llevamos una novilla.

¿En el barco?

Es mucho tramo para que vaya nadando.

Lloyd le sonrió.

¿Puedo ir con usted?

Micheál negó con la cabeza.

No es viaje para usted, señor Lloyd.

Lo haré mejor esta vez, Micheál.

No es para usted, señor Lloyd. Mejor mirar desde la orilla.

Lloyd se comió el segundo scone.

¿A qué hora se marchan?

Pronto.

¿A qué hora?

A las seis en la ensenada.

Estupendo. Ahí estaré.

De acuerdo entonces, señor Lloyd.

Lloyd se volvió a su cabaña y durmió hasta que James llamó a la puerta para que fuese a cenar. Había dejado de llover. Comieron pescado, patata y col.

Gracias, señora O'Neill. Estaba muy bueno.

Bean Uí Néill le sirvió más. Masson se inclinó y anunció en voz muy alta.

Caithfidh muid Gaeilge a labhairt.

Se volvió hacia el inglés.

Lo siento, Lloyd, pero tenemos que hablar en irlandés.

Déjalo, JP, dijo Micheál.

No, Micheál. En esta casa se habla irlandés.

¿No basta con irme una semana?, preguntó Lloyd.

No, no basta. En esta isla se habla irlandés.

¿Cuánto tiempo más tendría que marcharme?

No deje que lo saque de quicio, señor Lloyd.

Prefiero oírselo decir, Micheál. ¿Cuánto tiempo tendría que quedarme al borde de un acantilado sin comida ni calor como es debido? Sin agua corriente.

Hasta que se marche, respondió Masson.

Esto es ridículo, JP, dijo Micheál.

No tendría que estar aquí para nada, Micheál. Habría que proteger esta isla de angloparlantes.

Micheál se echó a reír.

¿Como si fuera un museo, JP?

Más bien un proyecto de conservación.

¿Como un zoo entonces?

Una isla en la que se habla irlandés es algo valiosísimo, Micheál.

No se puede encerrar a la gente en la isla solo porque hablen irlandés, JP.

Sí se puede, si es para salvar la lengua.

Y tampoco puedes impedir a otros que vengan si no hablan irlandés.

Es tu isla. Haz lo que te parezca.

Ah, de verdad que estás siendo ridículo, JP.

¿Tú crees? Esta es la última oportunidad que tienes de salvar la lengua.

Lloyd se inclinó hacia Masson.

¿Usted es lingüista?

Sí.

Creía que la labor de los lingüistas consistía en observar.

Estoy observando.

No. Está usted influyendo. Haciendo campaña.

La lengua se muere delante de nuestros ojos. Por supuesto que hago campaña para salvarla.

Pero su trabajo no es ese, dijo Lloyd. Ese no es el trabajo de un lingüista.

Ahora sí.

Lloyd suspiró.

¿Me tengo que ir ya? ¿O me puedo terminar el postre? ¿Una taza de té?

Bean Uí Néill le puso delante un pedazo de tarta y le sirvió té.

Gracias, señora O'Neill.

Comió y bebió.

Bueno, ¿y cuánto tiempo le queda?, preguntó Lloyd. A esta lengua.

Si James se queda en la isla, sus hijos hablarán irlandés e inglés, y puede que también sus nietos.

¿Y si no?

Si se marcha, sus hijos seguramente hablarán inglés y tendrán conocimientos prácticos de irlandés. Sus nietos, sin embargo, ya solo hablarán inglés.

De modo que no hay esperanza.

Sí, sí la hay, pero hace falta un compromiso nacional para revertir este patrón.

Micheál suspiró.

Eso ya se ha intentado, JP.

Tenemos que proteger las áreas de habla irlandesa, dijo Masson, invertir en empleo para que los hablantes de irlandés no abandonen el oeste.

Nadie se queda, JP. Nadie quiere quedarse.

Haced que se queden, respondió Masson.

¿Cómo?

Pagadle a gente como James para que se quede en la isla, hablando en irlandés.

¿Y qué pasa si yo no me quiero quedar?, dijo James.

Tú no te vas a ninguna parte, James, respondió Francis.

Yo me voy si quiero.

Francis negó con la cabeza.

Eres el único hombre de la casa.

No puedes obligarme, Francis.

No puedes dejar a estas mujeres aquí solas.

Yo puedo hacer lo que quiera, Francis. Puedo ir adonde quiera.

Francis se recostó en la silla.

No, James. No puedes.

Mairéad se levantó para recoger los platos y tazas, cuchillos y tenedores.

¿Qué más da que la lengua desaparezca?, dijo Lloyd. ¿Que todo el mundo hable inglés?

Es su lengua, respondió Masson. Para ellos es única.

¿Y?

Es la portadora de su historia, de su pensar, de su ser.

Micheál empujó su plato y su taza hacia Mairéad y sacó un cigarrillo de la chaqueta.

Por Dios, JP, eres un romántico empedernido.

¿Sí?

Encendió el cigarrillo.

Es un idioma, JP. Una forma de hablar unos con otros. De comprar pan en una tienda. Nada más.

James se escabulló de la cocina y esperó fuera hasta que Lloyd se volvió a su cabaña y subió a acostarse. Y entonces echó a correr hacia los acantilados, hacia la caseta, y llegó cuando ya estaba casi oscuro. ¿Por qué no debería? Fui yo quien le hablé de este sitio. Los últimos vestigios de luz lo acompañaron aún mientras cruzaba por entre un reguero de latas en el suelo, de platos sucios, un hedor terrible a leche agria y orina acumulada. La cama estaba deshecha, como si el artista acabara de levantarse, y la ropa tirada por el suelo o en el estante, hecha un gurruño. James se agachó a recoger un par de pantalones, pero se detuvo, no es tu desorden, James Gillan. No, pero es mi caseta. En el caballete reposaba el comienzo de un cuadro de los acantilados, al óleo, y al pie un fajo de dibujos, todos en carboncillo o lápiz. Encendió los quinqués de queroseno y abrió un poco más la puerta para ventilar. Se sentó en el suelo y examinó los dibujos uno a uno, del mar y los acantilados, negando con la cabeza cada vez que pasaba al siguiente, son demasiado flojos, señor Lloyd, no está entendiendo para nada la luz, la ha puesto ahí posada sobre el mar, pero la luz no hace eso, ¿verdad que no? No, se esconde debajo, se sumerge entre las olas como se sumerge un pájaro, ilumina el agua desde abajo igual que desde arriba. Le enseñaré cómo hacerlo, señor Lloyd. Si me deja. Si me deja usar sus pinturas. Reavivó el fuego y puso agua en la tetera, aliviado de que Lloyd estuviese profundamente dormido y de que nadie fuera a seguirlo hasta el acantilado a esas horas, la mayoría no sale nunca de la aldea, son demasiado viejos y sosos para venir hasta aquí. Se sentó en la cama masticando pan de pasas seco, bebiendo té negro, examinando los dibujos de pájaros pegados con celo a la pared, gaviotas parecen, pero la cabeza es demasiado pequeña para el cuerpo, como una cabeza de charrán en un cuerpo de gaviota, así que aquí también hace falta más práctica, señor Lloyd. Se terminó el té, el pan de pasas y se tumbó, acurrucado con las rodillas

contra el pecho, con cuidado de no tirar los dibujos que había apilados a los pies de la cama, mirando por la ventana cómo se apagaba la luz, cómo llegaba la noche, como un Ricitos de Oro, aunque en realidad es mi caseta, y la cama con el tiempo será mi cama, con este olor que es distinto al mío, al de mi madre, al de su madre, al de la madre de su madre. Al de todas esas madres de las que tengo que cuidar. ¿Es así como huele un hombre? ¿Es así como olía mi padre? ¿Lo que olía mi madre cuando se tumbaba por la noche a su lado, lo que olía yo cuando me tumbaba entre los dos? Francis no huele así, no, así no, porque este es el olor del óleo y la pintura mezclado con sudor y cerrado, del papel, del lápiz, de la linaza. El de Francis no. Él huele a humo, a sudor, a sal y a mar. Y a pescado. Un olor a pescado que no se va nunca, aunque se acabe de lavar, y ese olor lo detesto, ese olor a pescado, pero este me gusta, su olor, señor Lloyd, el olor de un artista, de un inglés. Figúrate, Francis Gillan, gustarme el olor de un inglés, de la anglicidad. Con todo lo que nos han hecho, James Gillan, y va y te gusta el olor de un inglés. Traidor. Chaquetero. Que le corten la cabeza. Las piernas. Los brazos. Las rodillas. Un tiro en los sesos, porque me gusta este olor. Porque prefiero este olor al tuyo, Francis Gillan, y al de ese puñetero pescado, y al olor que haces suspirando por mi madre, persiguiéndola con esos ojos apestosos tuyos, esos ojos siempre lascivos, ¿por qué me iba a gustar tu olor a pescado, Francis Gillan, ese olor a suspiros-por-mi-madre? ¿Es posible dibujar un olor, señor Lloyd? ¿Pintarlo? ¿Ha probado alguna vez? ¿Pintará mi olor en el cuadro? ¿Y qué olor sería? ¿A qué huelo yo? ¿A conejo? ¿A gallina? Igual ya huelo a pescado. Igual ya nací oliendo a pescado. Hijo y nieto de pescadores que se ahogaron, que olerán eternamente a pescado en el fondo del mar. Se arrebujó en las mantas y rodó de lado a lado empapando su ropa y su piel en el óleo y el sudor del artista, en lápiz, carboncillo y pintura, rodando hasta que estuvo seguro de oler a algo que no fuera pescado, porque si huelo a algo que no sea pescado, si huelo a pinturas y a óleo, puede que todos vean que debería

marcharme, que yo no soy un pescador, que no soy un verdadero isleño, sino algo que tiene que estar en otra parte, en otra que no sea aquí cuidando de mi madre, de su madre, de la madre de su madre, y ahora también me encargan que cuide de la lengua materna, que salve a esa madre también, que la salve toda, y al resto de madres. Yo no quiero tener tantas madres.

Se quedó hasta que fue noche cerrada y luego regresó a la aldea. Pasó por delante del corral en el que estaba la novilla que se iban a llevar por la mañana.

Adiós.

Le dio una palmadita, la mano suavemente en el lomo.

Buena suerte.

Por la mañana, antes de las seis, Lloyd se vistió a todo correr y cogió lápices nuevos y un bloc por estrenar para adentrarse en la fresca mañana, el sol ya sobre el horizonte, pero envuelto en nubes, sin la calidez necesaria para secar la hierba, que le fue mojando los pantalones por el camino hasta la ensenada, vacía, vio al acercarse; solo las olas chapaleando contra las rocas y las focas durmiendo, roncando, en la playa.

Deshizo el camino en busca de Micheál, pero la aldea seguía dormida. Volvió abajo, a la ensenada, y se puso a dibujar difuminando todavía más el sol y convirtiendo el barco de Micheál en un buque de guerra a las puertas de la invasión.

serie isleña: las focas, las primeras bajas, a lo turner

De nuevo subió la cuesta del acantilado, pero se detuvo en la antigua aldea y empezó a deambular de una casa derruida a otra, sin tejado, los muros convertidos en piedras y fragmentos de tierra. Los hastiales, sin embargo, seguían en pie. Se sentó y dibujó.

autorretrato: primera hora en las ruinas

autorretrato: en un caldo de luz gris

En ese momento oyó a la novilla mugiendo, y la vio, el animal desconfiando del angosto camino, de los siete viejos con palos, James

detrás, también con un palo en la mano derecha. Estaban a punto de dar las siete, y la novilla era de un color rojizo claro, con una franja blanca bajándole por la cara y una cuerda atada a la cabeza a modo de ronzal. Otra cuerda le rodeaba la tripa, atada en un gran nudo en el lomo.

Lloyd se colocó detrás de James esquivando las boñigas, más sueltas y frecuentes a medida que se acercaban al mar. La novilla se plantó en lo alto de la grada y se negó a dar un paso más. Francis y Micheál pasaron de largo, cogieron un currach y fueron remando hasta el barco. Subieron a bordo. Tres de los ancianos y James se quedaron con la novilla al comienzo de la grada. Los otros cuatro llevaron dos currachs hasta el agua, montaron en ellos y los colocaron justo al otro extremo de la grada.

Micheál dio voces. Lloyd empezó a dibujar.

James y los hombres atizaron a la novilla en el lomo, y ella avanzó, cruzó al hormigón, mientras de debajo de su cola alzada iba chorreando estiércol líquido. Siguieron empujándola por la grada hacia el agua. Un gemido lastimero brotó de su pecho. Dio media vuelta para subir, giró, rotó, se tropezó consigo misma, pero ellos la enderezaron a golpes, los palos azotando con fuerza el lomo, los costados, las patas. Soltó un bramido y bajó a trompicones hasta el mar.

serie isleña: llevando la novilla al mercado I

La empujaron hasta la orilla. Ella giró sobre sus talones, intentando escapar, a la izquierda, a la derecha, buscando una vía entre los hombres.

serie isleña: llevando la novilla al mercado II

Pero ellos le cerraron el paso y la empujaron adelante, hacia las olas que lamían el hormigón. Giró una vez más, embistió a James y a los viejos, pero los palos descargaron sobre ella, una cascada de madera larga y densa en el lomo y los costados, aporreando su piel, una tunda implacable hasta que se metió en el mar

miedo del agua
miedo de los hombres
y los palos
la decisión de la novilla

Las heces tiñeron el mar, y los hombres de las barcas agarraron el ronzal de la novilla para torcerle el cuello, para que no hundiera el morro en el agua. Dos hombres la tenían sujeta, uno desde cada currach, mientras los otros dos remaban, tirando del animal hasta el barco.

serie isleña: llevando la novilla al mercado III

Micheál y Francis ataron unos cabos al nudo que tenía la novilla en el lomo, y a continuación los seis hombres izaron al animal por el costado del barco hasta la cubierta, donde le ataron rápidamente patas, cabeza y cuello entre ellos. Uno de los viejos se bajó del barco de Micheál y se llevó los tres currachs de vuelta a la orilla. Los demás se quedaron con la novilla, cuyos mugidos se fueron alzando entrecortadamente por encima del ruido del motor mientras se alejaban de la ensenada.

serie isleña: llevando la novilla al mercado IV

Los isleños se volvieron a la aldea, pero Lloyd se quedó ahí, dibujando todavía, contemplando el mar que bañaba la grada, cómo regaba el hormigón, arrastraba el estiércol al océano, lo mandaba a su viaje por toda la tierra.

serie isleña: llevando la novilla al mercado V

Cerró el bloc y subió por el camino. James estaba sentado en la cima del acantilado, mirando el mar desde lo alto.

¿Las vacas vomitan, James?

No lo sé.

Los caballos no. No pueden. Pero las vacas no lo sé.

Yo tampoco, dijo James.

¿Y se marean en el mar?

No lo sé.

Se tomó el desayunó, se volvió a la cama y siguió durmiendo hasta que lo despertó un golpe en la puerta. Era James, con un bocadillo, una taza de té y una rebanada de pan de pasas.

Le he traído comida.

Gracias, James.

¿Estaba dormido?

Sí.

Menuda vida se pega, señor Lloyd.

Supongo.

Mi madre quiere que le enseñe los dibujos que ha hecho de mí.

Lloyd meneó la cabeza para sacudirse el sueño de encima.

¿Por qué?

No lo sé. No me lo ha dicho.

James se encogió de hombros.

Solo quiere verlos, señor Lloyd.

No están terminados.

No le importará.

De acuerdo, entonces. Dile que venga.

¿Cuándo?

Ahora si quiere.

Lloyd los hizo pasar al taller con una taza de té en las manos.

Está desordenado. Estoy trabajando.

Ná bac, dijo ella.

No se preocupe, tradujo James.

Reunió los dibujos, repartidos por la estancia, y los colocó uno tras otro en el caballete, haciendo una pausa entre ellos para que Mairéad pudiese capturar la interpretación que había hecho de su hijo.

Tá siad go hálainn. Son preciosos.

Gracias.

Lloyd la miró con expresión curiosa.

¿Sabe Masson que habla inglés?

James se llevó un dedo a los labios.

No se lo diga. Se llevaría una decepción.

¿Cómo es que no lo sabe?

Mairéad se encogió de hombros.

Creideann muid an rud a oireanns dúinn.

Creemos lo que queremos creer, dijo James.

Lloyd se rio.

El estudio deja que desear, entonces, ¿no?

Observó a Mairéad mientras ella cogía cada dibujo y lo volvía para atrapar la luz

acuarelas y tinta

tonos marrones

líneas sencillas

leves

mujer durmiendo

mujer leyendo

mujer bañándose

Ella deslizaba los dedos por el lápiz, acariciando a su hijo, acariciando su obra, llevándose el carboncillo de la hoja.

Un momento, dijo Lloyd.

Fue a buscar su libro de dibujos de Rembrandt y lo abrió por la página de la joven dormida, la cabeza apoyada en el brazo, una sábana envolviéndole holgadamente el cuerpo. Se lo mostró.

¿La puedo dibujar?, preguntó. ¿Así?

Mairéad acarició a la mujer.

Pero con su pelo largo, dijo Lloyd. No recogido, como hace él aquí.

James tradujo. Ella cogió el libro y lo llevó hasta la ventana para examinar el dibujo a la luz grisácea del día.

Es precioso, dijo. Cén uair a rinneadh é? ¿Cuántos años tiene?

Más de trescientos.

Seanbhean óg.

Una anciana joven, dijo James.

Ella negó con la cabeza.

Una joven anciana, corrigió.

Lloyd le sonrió.

Deslizó los dedos por el dibujo, por la cara de la mujer y la tela del vestido, le habían concedido la vida eterna, y se me concederá a mí si le doy permiso a este inglés que no se parece en nada a Jesús. Permanencia, supongo. Algo así.

Tá go maith, dijo. Lo haré.

Él la miró a los ojos.

¿Está segura?

Mairéad se encogió de hombros.

He dicho que sí.

Sí, lo sé. No me lo esperaba.

Se echó a reír.

Daba por hecho que diría que no.

Ella cerró el libro y se lo devolvió.

Cén uair? ¿Cuándo?

Esta tarde.

No. En la caseta. Anocht. De noche.

Demasiado oscuro.

Amárach. ¿Mañana?

Sí, respondió él. Al amanecer. La luz es buena.

Mairéad sonrió a su hijo.

Mé féin is tú féin i pbictiúirí.

Lloyd miró a James.

¿Qué ha dicho?

Ha dicho que ella y yo retratados.

Lloyd sonrió.

Así es.

Lloyd regresó a la caseta para poner orden y prepararla para Mairéad. Primero organizó los dibujos, una pila debajo de la cama con los que quería conservar, y el resto en un fajo esperando junto al fuego para quemarlos. Recogió la ropa, limpió la mesa, despejó la chimenea,

barrió el suelo y se encaminó al mar con un cubo de metal en cada mano: uno de la cocina, lleno de vajilla sucia, y el otro, el que usaba de orinal, vacío pero salpicado de restos de excrementos y orina. Cargó con ellos por el camino de piedras y matorrales hasta la cala que había descubierto con James. Se quitó los zapatos y los calcetines y se metió con los cubos en el agua, que remolineaba furiosa en torno a sus tobillos, su gelidez invadiéndolo como una ráfaga hasta la columna y los dientes, las piernas y los pies rojos. Se encorvó y se puso a aclarar los cubos, pero paró de pronto.

autorretrato: lavando con mi propia mierda, a la dalí

Se rio

demasiado pueril

demasiado gracioso

demasiado dinero

Dejó el cubo orinal en la arena y sumergió el cubo de la vajilla, usando el agua salada como abrasivo contra las manchas incrustadas en cuencos, tazas y platos. Luego puso en remojo el cubo orinal y se quedó mirando cómo las olas arrancaban y diluían los restos.

autorretrato: la vuelta al mundo

Soltó una risita por la nariz.

autorretrato: artista internacional

Se sentó en la arena, a esperar que el viento y el sol le secasen los pies y las manos, los pies cortos y anchos, con un vello oscuro que se le rizaba en los dedos, las manos largas y elegantes, como si llevara hecha la manicura.

autorretrato: como manos y pies

autorretrato: como bella y bestia

Siguió con la vista el agua que circulaba por la cala, llegaba por la izquierda y trazaba un arco con tal fuerza a la derecha que era inútil creer que pudiera salir de ella, que pudiera nadar contra ella

aunque

quién

se enteraría
se daría cuenta
los favoritos de los marchantes
ajenos
la marchante favorita
indiferente
El aire era demasiado frío para secarle los pies, así que se los frotó con los dedos, las manos, los calcetines, y volvió a la caseta con las botas y los calcetines húmedos. James estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada en la puerta.

Quiero ser artista, dijo.

Lloyd dejó los cubos en el suelo.

¿Qué tal la tarde, James?

Quiero que me enseñe a pintar, señor Lloyd.

Lo siento, James. Hoy no. Estoy trabajando.

Los domingos no se trabaja.

Yo sí.

¿Mañana?

No. Nada de alumnos.

James lo siguió adentro.

Entonces, ¿me enseñará?

No.

Pero tiene que enseñarme.

En realidad no.

Por favor.

Había una caja de comida sobre la mesa.

Se la manda la abuela.

No sabía que me quedaba aquí.

Ella cree que sí.

Lloyd miró dentro de la caja.

Aquí hay mucha comida, James. Más de lo normal.

Debe de caerle bien.

Empezó a sacarlo todo. Ternera, más jamón que de costumbre y una docena de huevos en lugar de media.

Tiene que enseñarme, señor Lloyd.

Esto es de mala educación, James.

James se acercó a la pared.

¿Puedo preguntarle una cosa, señor Lloyd?

Adelante.

James señaló los dibujos.

¿Esto son gaviotas o charranes?

Gaviotas.

La cabeza es demasiado pequeña. Tienen cabeza de charrán.

De acuerdo.

Y no está entendiendo cómo cae la luz en el mar.

¿Eso crees, James?

La está viendo mal.

¿En serio?

Sí, señor Lloyd.

¿Y tú cómo lo sabes?

Me pasó todo el día mirando el mar, señor Lloyd. No hay otra cosa que hacer.

Lloyd descolgó de la pared uno de sus dibujos del mar. Se lo tendió a James.

Muy bien. Dime cómo la tendría que estar viendo.

Desde abajo, y no solo desde arriba.

¿Qué quieres decir?

La luz no se queda en la superficie del agua.

Supongo que no.

Se dispersa, y una parte acaba atravesándola.

¿Y?

Tendría que dar la sensación de que está iluminada desde abajo igual que desde arriba.

Eso es muy interesante, James.

¿Lo ve? Puedo ayudar. Ser útil.

Desde luego, James.

Ahora enséñeme a pintar, señor Lloyd.

Estoy trabajando, James.

Trabajaré a su lado.

No, James. Yo trabajo solo.

Bueno, ¿y puedo coger un poco de pintura y algunos pinceles? Papel.

Aquí no.

¿En la cabaña?

Lloyd suspiró.

De verdad que no quiero tener ningún alumno.

Le contaré a mi abuela que va a dibujar a mi madre.

Lloyd ahogó un grito con gesto teatral, llevándose la mano al pecho.

Tú no harías eso, James.

El chico se rio.

Sí que lo haría. Y también le contaré que mamá llevará solo una sábana encima.

Lloyd espantó a James en dirección a la puerta.

Venga, largo, James. Comienza con lápiz y carboncillo. Nada de pintura.

Sí, señor Lloyd.

Volveré en unos días a ver lo que has hecho.

¿Me deja una llave?

Estoy seguro de que encontrarás la manera de entrar, James.

James volvió a reírse.

Tiene razón. La encontraré.

Lloyd colocó los platos en el estante y terminó de vaciar la caja de comida, el pan, el pan de pasas, las alubias, las latas de sopa, en el resto de estantes, y las verduras, como siempre, patatas, col y nabos.

el artista inglés

exiliado

el lingüista francés
acogido
Llevó afuera la leche fresca y la mantequilla y las guardó, protegidas del sol con piedras y pizarra, en la cara norte de la casa. Luego volvió adentro y encendió el fuego avivando la llama con dibujos descartados y restos de ramitas, y más tarde con pedazos de turba, procurando no sofocarlo con un terrón demasiado grande o demasiado húmedo. Preparó té, comió pan y ternera, y se sentó delante de la chimenea a esperar a Mairéad, a dibujar gaviotas con la cabeza más grande, a dibujar el mar iluminado desde abajo y no solo desde arriba, siguiendo las instrucciones de ese chico isleño que comprendía la luz mejor que el artista, que en ese momento estaba cogiendo una llave de la cocina de Bean Uí Néill para abrir la puerta de la cabaña del inglés, que estaba entrando en el taller, el aire cargado de pintura y aceite de linaza, de partículas diminutas de carbón y carboncillo. James inhaló profundamente, impregnó sus pulmones de esa otredad que podría pasarme el día entero respirando, no saldría nunca. Haré que la abuela me deje el desayuno, la comida y el té en la puerta para quedarme dentro, respirando este aire, solo, lejos de ellos y de su olor a pescado, lejos de ellos y de sus planes para el resto de mi vida, aquí, toqueteando pinceles, óleos, carboncillo y lápices, abriendo tubos de pintura, roja, amarilla, untándome los colores en los dedos y dibujándome líneas amarillas y rojas en las mejillas, en la frente, un iniciado, un aprendiz, la forja de un artista.
Puso pintura en la paleta, azul turquesa, azul Francia, azul miosotis, naranja cadmio, amarillo limón, amarillo dorado, rojo claro de rubia, rojo oscuro de rubia, rojo rubí, escarlata persa, verde cinabrio, verde mar, verde aceituna, verde oscuro y blanco. Mucho blanco.
Cogió pinceles, finos y gruesos, y pintó un barco grande en alta mar, la red echada y los peces brincando, Micheál y Francis a bordo, sonriendo. Empezó otro. Una barca. Un currach. Más cerca de la playa. Micheál y Francis sentados en él, pero ceñudos, esta vez

llevando a Lloyd a remo hasta la isla, tres pinceles en la mano derecha del artista, que los alzaba hacia el cielo, una ofrenda a los dioses del arte. Pintó la isla como una montaña salpicada de cabañas, su abuela y su madre en la puerta de casa, con una tetera y un plato de scones en las manos, Masson en su cabaña, con su grabadora, Bean Uí Néill algo más arriba, cerca de la cima, apoyada en su bastón con una sonrisa beatífica, un resplandor amarillo envolviéndola, envolviendo la cabaña. En la esquina inferior derecha, bajo el mar, pintó un barco volcado y escribió sus iniciales, JG, en el casco. James Gillan. Artista. No pescador.

Pintó otros cuatro cuadros, y luego cambió al lápiz y al carboncillo y siguió hasta que empezó a oscurecer, hasta que oyó a su madre fuera hablando con JP. Salió por la puerta de atrás y llegó a la cocina antes que ella.

Te has saltado el té, dijo su madre.

Dejó un cesto de colada sucia encima de la mesa.

Sí.

Tocó el cesto.

Este JP no te deja descansar.

Le gusta tener la ropa limpia.

Se va a volver a ensuciar igualmente.

¿Tienes hambre, James?

Estoy que me muero.

Cogió un plato tapado con otro plato de la vera del fuego y lo dejó en la mesa, delante de su hijo, que llevaba la cara y las manos salpicadas de pinturas de distintos colores.

El plato quema, James.

Gracias.

¿Qué has estado haciendo?

Nada.

Has estado mucho rato haciendo nada.

Supongo. ¿Qué hacías tú en la cabaña de JP?

Nada.

Os he oído hablar.

Debías de estar cerca, pues.

James le sonrió.

Supongo.

Ella le revolvió el pelo.

Deberías ir a la cama.

Sí, debería.

Se levantó. Mairéad lavó los platos y los cubiertos y atizó el fuego. Se sentó y cogió la labor gris carbón de un cesto junto a la silla. Era el comienzo de un jersey para James. Oscuro para disimular las manchas. Extendió la labor en la falda y contó. Ocho hileras, quedaban dos, una del derecho y una del revés. Listo para la escuela, James. Si es que vuelves. Con esos curas y sus costumbres. Comenzó a tejer deslizando una aguja sobre la otra y enroscando la lana. Cómo te acallan, James. Como te amansan. Y los dedos como muñones de morderte las uñas. Terminó el bajo del jersey y añadió seis puntadas a cada lado. Siguió tejiendo, hileras del derecho y del revés para asentar la base del futuro dibujo, su dibujo, su diseño, igual que tejía para Liam, y ahora para James, que no me cuenta nada, solo repite que no me preocupe, no les caigo bien porque soy un chico isleño, pero no te preocupes, mamá, porque ellos a mí tampoco me caen bien. Contó los puntos. Ciento treinta y cuatro. Como era en el principio, ahora y siempre. La oración de la tejedora. Continuó, tres hileras más, derecho, revés, derecho. Extendió la labor sobre los muslos, contó los puntos una vez más y comenzó con el dibujo, punto garbanzo, ochos, punto bobo, rombo en el centro, y al otro lado a la inversa, bobo, ochos, garbanzo. Tejió el primer garbanzo, sacando tres puntadas de una, las recogió en un punto del revés y, al sacarlo, nació un garbanzo que daría textura al jersey. Sonrió y acarició el nudo de lana, un engrosamiento que serviría para abrigar a James, como me abrigaban a mí los que tejía mi madre, pero no mi abuela, que sigue llamándolo

la labor inglesa, la jugada inglesa, el sentimiento de culpa por la hambruna, por la usurpación de tierras. Nos roban nuestras tierras, dice, nos matan de hambre y luego, para mitigar la pobreza, para calmar su sentimiento de culpa, nos ponen a tejer. Haced jerséis así y vendedlos, dicen. Ganaos así la vida, dicen. Pagad así el alquiler, dicen, aunque a nosotros nos gustaba ganarnos la vida como antes, con las tierras que eran nuestras tierras, con el mar que era nuestro mar. Pero nos dicen que tejamos, y tejemos. Bueno, pues yo no voy a tejer, dice Bean Uí Fhloinn. De esa manera no. Esa es la suya. La labor escocesa, inglesa, irlandesa. Yo lo haré a la mía. Tejeré como tejía mi madre. Como tejía mi abuela. Mairéad se rio. De Bean Uí Fhloinn ahí sentada junto al fuego, con su pipa, su té y su labor, desafiante, haciendo calcetines que ya nadie se quiere poner, calcetines con dibujos mucho más enrevesados que los de estos jerséis, calcetines de olas y zigzags, de vueltas y revueltas, calcetines que están metidos en un cajón porque mi padre, el marido de su hija, fue el último isleño en llevarlos, docenas de calcetines en ese cajón, esperando que vuelva del mar. Mairéad sonrió. Al menos no tendrá los pies fríos cuando regrese y abra el cajón de los calcetines. Siguió tejiendo, doce puntos del derecho, la base de los ochos que subirán por los dos costados del pecho de James, de las caderas a las clavículas. Y luego el punto bobo, del derecho, del revés, del derecho, del revés, la labor relajante en la quietud de la casa dormida, la aldea dormida, las agujas de metal deslizándose una sobre otra para montar la base del dibujo de rombos que cruzarán justo por el centro del jersey, recorriendo el pecho de James, todavía flaco, aunque ya ha empezado a cambiarle la voz, y se ha afeitado un par de veces, la barbilla nada más, furtivamente, los pelos por el desagüe, la cuchilla escondida, la cuchilla de su padre sin el consejo de su padre, sin el consejo de un hombre, porque los curas no le sirven, esos hombres con hábitos, y de Micheál no quiere saber nada, y de Francis, su tío, todavía menos, aunque el inglés le cae bastante bien. Igual habla con él inglés como habría hablado con su

padre, un hombre que ahora no le es de mucha ayuda, en el fondo del mar, con uno de esos jerséis, oscuro como este, que ahora será una cama para los peces, una manta para los cangrejos, la lana más duradera que su piel y su carne, que su pelo negro negro. Pero ¿tus huesos, qué, Liam? ¿Y el tuétano de tus huesos? ¿Y tú? ¿Qué queda de ellos? De ti, mi amor, ahí abajo, en el sepulcro del mar, el mar sepulcral. ¿Queda algo o has desaparecido por completo? ¿Devorado? ¿Atomizado? Diluido y disperso. Llevado de un océano a otro. Partículas diminutas de ti viajando por todo el mundo. Mi marido en Australia, en África, en Sudáfrica, recorriendo el mundo sin mí, aunque me prometió que iríamos juntos, que nos marcharíamos juntos, los tres. Pero te fuiste sin mí, Liam. Sin nosotros.

Dio un sorbo de té y siguió tejiendo.

¿Cuánto dura un hueso, por cierto? ¿Y un cráneo? ¿Más o menos que un jersey? Mi hermano también llevaba un jersey puesto. Oscuro, también, como este, pero tejido por su madre, mi madre, con menos punto de garbanzo, para poder distinguirlos al hacer la colada. Aunque apenas hace falta lavarlos estos jerséis, porque absorben los olores igual que las ovejas. ¿Tú has visto alguna vez una oveja que apeste, Liam? Vacas sí, pero ¿ovejas? Los chivos sueltan un pestazo horrible, pero ¿las ovejas? Si se las deja a su aire, son animales limpios. No como el francés, que solo es limpio porque lo limpio yo.

Llegó al otro lado de los rombos y empezó con el dibujo a la inversa, bobo, ochos, garbanzo.

Mi padre, sin embargo, no se ponía jamás jersey, ni en pleno invierno. Llevaba los calcetines y las camisas de Bean Uí Fhloinn, y el chaleco y los pantalones rasposos que le hizo el sastre que venía a la isla dos veces al año. A misa iba con una chaqueta como es debido, pero aquel día, aquel día de otoño, aquel último día, llevaba la ropa tradicional, insistía en que no pasaba frío, pero debió tenerlo cuando el agua le entró dentro y le empapó la piel, los pulmones, cuando penetró su piel, sus pulmones, mi padre, mi marido, mi hermano. Esa Santísima

Trinidad de hombres. Amén. Adiós. En un tranquilo día de otoño. Lastrados por el peso de la lana. Por la densidad de la labor. Por la densidad de mi labor. Mi amado ahogándose en mi labor, ahogándose en mi labor inglesa.

Extendió la franja de jersey sobre la falda, la base sentada, el dibujo encarrilado. Clavó las agujas en la lana, lo dejó todo en el cesto y se levantó, y luego, moviéndose casi en silencio, salió por la puerta y se metió en casa del francés, en su cama, y se quedó hasta que el gris oscuro de aquella noche de verano empezó a clarear, y entonces se vistió de nuevo y salió camino de los acantilados, del inglés, que andaba arrastrando el colchón, las sábanas, mantas y almohada hasta el espacio diminuto que quedaba delante de la chimenea, la almohada colocada allí donde pudiese conseguir la máxima cantidad de luz de la ventana y del fuego, y luego esperó a que llegara, dudando de si vendría, esa mujer que iba a ser su mujer durmiendo. Llamó con unos golpecitos a la puerta. Él abrió y alargó la mano.

Gracias por venir, dijo.

Ella asintió y se la estrechó. Lloyd atizó el fuego y añadió más turba. le tendió el libro, abierto por la página de la mujer durmiendo.

Así.

Sí, respondió ella.

Esperaré fuera.

Ella se desnudó y se envolvió en la sábana, con los pies y las piernas al aire, y luego descansó la cabeza en el brazo imitando la imagen del libro.

Lloyd entró en la caseta.

Gracias, dijo.

Le recolocó la cabeza ligeramente y se sentó en el suelo, los ojos saltando de un lado al otro, de arriba abajo, examinando, escudriñando, lúcidos y azules, entornados bajo un pliegue de piel caída, pese a que era todavía un hombre razonablemente joven, unos cuarenta, mayor que Francis, más joven que Micheál, con la piel más

blanda que los hombres de la isla, hombres de mar, y sin tantas manchas, y el cuerpo también más blando, más redondeado, nada acostumbrado al trabajo, un perro de compañía más que un perro de trabajo.

Mairéad sonrió.

Yo prefiero los perros de trabajo.

Se rio.

Lloyd dejó de dibujar.

Perdón, ¿has dicho algo?

Ella se rio y negó con la cabeza.

Por favor, Mairéad, cierra los ojos. Se supone que estás dormida.

Céard a dúirt tú?

Él cerró los ojos.

Tuigim. Sí. Ya entiendo.

El lápiz empezó a moverse con rapidez, y sus ojos escarbaron más a fondo, hurgando en mí, impregnándose de mí, absorbiéndome, pero no como hacía Liam, no como hace JP, ni Francis, Francis con la lengua colgando. No. De un modo distinto.

Mairéad.

Ella abrió los ojos.

¿Sí?

Lloyd entrecerró un ojo y ella se rio.

Dormida, dijo.

Sí.

Dormida. No con los ojos entrecerrados.

Como no podía ver, escuchó los movimientos del lápiz por la hoja, los trazos lentos, rítmicos, una suave cadencia que la calmó, la alejó como un arrullo de la aldea, lejos de James, de Bean Uí Néill, que ya estaría despierta, bullendo de rabia por mi ausencia, porque no he puesto la tetera al fuego, los platos en la mesa, el día en marcha, porque esa es mi tarea, poner el día en marcha, sostenerlo en pie, mantenerlo así, en marcha, todo el día, todos los días, hacer igual que hace ella, igual

que ha hecho toda la vida, sin preguntas, sin preguntas que yo haya oído, al menos.

Levanta, por favor.

Lloyd cogió la sábana y le cubrió los hombros, el cuerpo y los pies, de modo que solo su cara quedase a la vista.

Tenemos suerte esta mañana, dijo. Luz filtrada.

Ella asintió, aunque no entendió muy bien sus palabras. Miró la luz que entraba por la ventanita, difusa por las nubes y el cristal, fragmentada en rayos que iluminaban partes distintas del suelo.

Échate un poco atrás, por favor.

Lloyd empujó el aire con las manos, y Mairéad se echó atrás.

Y gira la cabeza.

Ella la giró.

A este lado.

La giró de nuevo.

Se sentó delante de ella, más cerca que antes, el cuello estirado, la cara tan pegada a la suya que sentía su aliento, le llegaba su olor, lavanda, pintura y trementina. Mairéad se apartó un poco, pero él se movió también, persiguiéndola con los ojos, con el lápiz, sujetándome inmóvil, dibujando sin dejar de aferrarme, mirando una y otra vez el papel, las líneas y curvas de la hoja, y luego a mí, mi cara, mis ojos, raspando y rasgando, como si quisiera atravesar mis ojos y penetrar dentro de mí.

Sonrió.

Creo que prefiero cómo penetra el francés dentro de mí.

No te muevas, Mairéad.

Ella asintió.

Quédate quieta.

Beidh, dijo. Lo haré.

Gracias.

Alan John McMillan está de ronda por la plaza del mercado de Crossmaglen, en South Armargh, cerca de la frontera irlandesa, el domingo 8 de julio, que es su segundo día de servicio en Irlanda del Norte. Tiene diecinueve años y es soldado de los Queen's Own Highlanders.

No ve el cable que sale del buzón de una casa en la plaza del pueblo. Al tropezar con el cable, detona la bomba del IRA instalada dentro de la casa. Muere en el hospital a causa de las heridas, con sus padres, escoceses, a su lado.

Masson preparó una cafetera y la dejó en la mesa junto con una taza limpia y una jarrita de leche. Se sentó y revisó algunas hojas para ver en qué punto había dejado su relato de la historia de la lengua, que serviría de introducción y contexto para el estudio analítico y comparativo que iba a escribir también durante los meses del verano. Dio un sorbo de café, echó un breve vistazo al paisaje marino y empuñó el bolígrafo.

La severidad de las Leyes Penales se redujo a partir de 1770, lo que permitió el surgimiento, lento pero progresivo, de una clase media católica, si bien continuó ejerciéndose una discriminación extraoficial y a menudo implacable en el día a día, una discriminación que perdura todavía hoy, más de doscientos años después, en la zona noreste del país ocupada aún por Gran Bretaña.

Por medio de controles violentos, económicos y legales, los ingleses presionaron a los irlandeses para que se adaptaran a ellos, a sus normas y regulaciones: una política y una actitud que tuvieron un impacto enorme en la lengua irlandesa, en su uso y estructura. Presento a continuación un breve ejemplo, aunque proporcionaré más detalles en el transcurso de esta tesis.

La lengua irlandesa no contaba con ningún tratamiento de cortesía neutro con el que dirigirse a los desconocidos o a las personas de más edad, como serían el vous en francés o el Sie en alemán. En el siglo XVI, durante el reinado anglonormando, comenzó a despuntar una versión del vous, pero desapareció de nuevo a medida que el irlandés pasaba a ser una lengua de uso doméstico y privado, sin necesidad de un tratamiento neutro. Sin embargo, la necesidad de jerarquía social de Inglaterra, incluso en el lenguaje, empujó a los hablantes de irlandés a adaptarse e incorporar el sir o sor para dirigirse a hombres angloparlantes en puestos de poder, lo que generó una capa de desigualdad lingüística y social que no existía hasta entonces.

Así, reforzando lingüísticamente las divisiones creadas por medio de la violencia y la economía, los ingleses pudieron mantener el control y

recompensar a los que acataban y encajaban en el nuevo sistema jerárquico, un sistema de colonización que ejercieron también otras potencias europeas, incluida la francesa. Los irlandeses que aceptaron los cambios impuestos por los ingleses prosperaron más en términos económicos y sociales. Si hablaban inglés y anglicanizaban sus nombres, los católicos tenían más posibilidades de que los contratasen unos patronos ingleses poco interesados en aprender nombres irlandeses. Los mejor parados, de nuevo, fueron los católicos que hablaban inglés y se convirtieron al protestantismo.

El irlandés, con el tiempo, se convirtió en la lengua de la gente de campo, los pobres, los iletrados; una marginación que le dejaba pocas posibilidades de conservar su posición de lengua dominante o de gozar siquiera de igualdad frente al inglés. En lugar de convertirse en una sociedad bilingüe, como Bélgica o Luxemburgo, en Irlanda surgió una diglosia, en la que el irlandés era la lengua privada y se hablaba solo en el hogar y en comunidades pequeñas y eminentemente rurales, y el inglés, la lengua pública, la lengua del comercio y la educación, la lengua de los desarrollos sociales y económicos. Los padres optaban por pagarles a sus hijos clases de inglés y recibían cada vez con más desdén los esfuerzos de los maestros de irlandés por preservar la lengua nativa, pues el inglés era la puerta de acceso al empleo, la prosperidad y la emigración, una necesidad clave en Irlanda tras la hambruna devastadora que causó la muerte de un millón de irlandeses entre 1846 y 1848 y llevó a un millón y medio más a emigrar. El irlandés, en consecuencia, se convirtió en la lengua inferior, la lengua de los que no progresaban social y económicamente en el seno de la nueva estructura.

Los políticos y académicos contratacaron. En 1843, Thomas Davis, escritor protestante y miembro de la Joven Irlanda, declaró el irlandés «lengua nacional», y en 1893 se fundó la Conradh na Gaeilge, la Liga Gaélica, con el fin de promover un movimiento de masas en defensa de la lengua irlandesa.

Pero los daños eran profundos. Aunque el irlandés se seguía hablando, había perdido su categoría de lengua principal, y la gente no acudió en tropel a defenderla, como se esperaba, lo que derivó en un abandono gradual pero constante.

En esta isla la lengua sobrevive, de momento. Bean Uí Fhloinn, la representante más veterana de este estudio lingüístico intergeneracional, es hablante de irlandés monolingüe sin conocimiento alguno de inglés, mientras que su hija, Áine Uí Néill, y su nieta, Mairéad Ní Ghiolláin, son bilingües receptivas: ambas comprenden el inglés, en grados diversos, pero solo se comunican por medio del irlandés. El bisnieto de Bean Uí Fhloinn, Séamus Ó Giolláin, es el primer miembro bilingüe de la familia. Recibió la educación primaria en la isla, en irlandés, pero su educación secundaria, en tierra firme, es en inglés. Es el primero que emplea regularmente la versión inglesa de su nombre, James Gillan.

Oyó al inglés en la cabaña de al lado, hablando. Y a James también, el artista y su pupilo comentando el cuadro al óleo que Lloyd había alzado del caballete.

Te dije que dibujaras primero.

Me gusta pintar.

Lloyd examinó la representación de la aldea, en tonos grises y azules.

Es muy bueno, James. Tienes buen ojo.

James se rio.

¿Qué es mal ojo, señor Lloyd?

Lloyd colocó de nuevo el cuadro en el caballete.

Sigue trabajando, James.

Lo haré, señor Lloyd.

Ahora tengo que lavarme.

Ya lo creo, señor Lloyd.

¿Tan grave es?

James se echó a reír.

Huele a todo menos a pescado.

Lloyd se pasó la mano por la cara barbuda.

Han pasado muchos días.

El verdadero precio del arte, señor Lloyd.

En efecto, James.

James encendió el fuego y trajo la tina del fregadero.

¿Cómo avanza el trabajo, señor Lloyd?

Bien. Me cunde estar allí.

No se lo diga a JP.

No. Me desterraría para siempre.

Se sentaron uno a cada lado de la tina esperando a que el agua hirviera.

¿Ha trabajado en mis retratos?

Un poco. Y he practicado con los pájaros. Y con el agua reflejándose en el mar.

Me alegro, señor Lloyd.

Tus cuadros son buenos, James. Tienes un ojo innato.

¿Eso es lo mismo que tener buen ojo?

No hay que enseñarte a mirar. Ves, sin más.

Es muy útil.

Sí que lo es.

Porque no quiero ser pescador.

Yo tampoco querría ser pescador.

Sería una birria de pescador, señor Lloyd.

Podría mejorar.

James se rio.

Lo dudo.

Lloyd miró el agua, que todavía no hervía.

Igual Micheál podría enseñarme. Cogerme de aprendiz.

James negó con la cabeza.

Micheál no se vuelve a subir en una barca con usted en la vida.

Pues Francis.

Aún menos.

Tendrás que enseñarme tú entonces.

James volvió a negar con la cabeza.

Yo voy a ser artista.

No es un camino de rosas, James.

Mucho más que lo de pescador.

Es duro en otros aspectos, James. Aspectos que no se ven.

Prefiero esos aspectos que no se ven a lo que veo cuando pesco.

Lloyd miró la olla al fuego, el penacho de vapor que se alzaba del agua.

¿Me enseñará, señor Lloyd?

Yo no soy profesor, James.

¿Y quién me enseñará a dibujar como usted?

Tendrás que ir a la escuela de Bellas Artes.

¿Dónde está eso?

En Dublín, supongo. O en Londres. O en Glasgow.

¿Y cómo llego hasta ahí?

No lo sé, James.

James se levantó antes de que el agua arrancara a hervir y la echó en la tina.

Con esto debería llegarle, señor Lloyd.

Supongo que sí, James.

El chico se metió de nuevo en el taller y cerró la puerta que los separaba. Dibujó el mar plagado de peces y un barco en la superficie. Un chico de pie en cubierta, con un pincel en una mano y una red en la otra. Debajo del barco, en el lecho marino, dibujó un currach volcado y tres cuerpos desperdigados alrededor. Lo firmó, JG.

Lloyd entró en el taller, vestido, sin barba, el pelo limpio y peinado.

¿Sabe tu madre lo bueno que eres?

No sabe que estoy aquí.

¿Por qué no?

James se encogió de hombros.

Montaremos una exposición para ella, James. Una exposición

conjunta.

No quiero.

Los cuadros son buenos.

No quiero que se entere de lo que hago.

¿Por qué no?

James continuó dibujando.

¿El baño estaba lo bastante caliente, señor Lloyd?

Sí, James. Gracias.

Lloyd se apoyó en el alféizar.

Enséñame qué más has hecho, James.

El chico fue a la otra punta del taller y volvió con una pequeña pila de cuadros. Le pasó a Lloyd uno del propio taller, visto desde el suelo junto a la puerta.

¿Cómo se te ocurrió?

Vi entrar una hormiga.

Lloyd se echó a reír.

Lo llamaremos *Lo que vio la hormiga.*

Echó un vistazo al resto de cuadros.

Vamos a necesitar más pintura, jovencito.

Sí.

Y pinceles.

Y carboncillo, señor Lloyd.

Pediremos que nos manden.

Lloyd barrió la estancia con un gesto de la mano.

Aquí, a la colonia de artistas en los confines de Europa.

James se rio.

Yo creo que no tiene pérdida.

Micheál Kearney es católico y miembro del IRA. Tiene veinte años y vive en Glenveagh Drive, en Belfast Oeste. El miércoles 11 de julio otros miembros del IRA se lo llevan de la ciudad, lo torturan y le pegan un tiro en la cabeza. Abandonan su cuerpo cerca de Newtownbutler, en el condado de Fermanagh, a unos cincuenta metros de la frontera irlandesa.

Mairéad sirvió whisky, el líquido blanco amarillento manando a los vasos. Brindaron y bebieron.

Es bueno, Micheál, dijo Mairéad. Mejor que el de costumbre.

Sirvió otra ronda.

Bueno, ¿qué tal le está yendo, señor Lloyd?, pregunto Micheál. Allí en los acantilados.

Va muy bien, Micheál. Mejor de lo que esperaba.

¿Hay mucho que pintar?

Los acantilados. He tenido buena luz.

¿Y ya está?

Más que nada, sí.

¿Los acantilados una vez detrás de otra?

Lloyd asintió.

Quiere ser Monet, dijo Masson.

¿Ese quién es?

El pintor de acantilados más famoso del mundo.

Supongo que es francés, dijo Micheál.

Por descontado.

Rieron y bebieron.

¿Y la escritura cómo va, JP?

Va bien, Micheál. He terminado la historia de vuestra lengua.

¿Tiene final feliz, JP?

Eso aún está por ver, Micheál.

¿Ya has acabado entonces?

Masson negó con la cabeza.

Ahora empiezo con el estudio, el trabajo comparativo.

Lloyd apuró la copa.

Bueno, pues, ¿y luego qué, Masson?

Mairéad les volvió a servir, una tercera vez.

Como ya he dicho, si no hay una inversión importante, la lengua muere, como el manés o el nórdico.

¿Y qué hay tan de malo en ello?, preguntó Lloyd.

Es una forma de verlo.

Yo soy utilitario, Masson. Un pragmático.

¿Y?

En lugar de gastar dinero en una lengua moribunda, que construyan casas y camas de hospital.

En una lengua antigua con una historia antigua.

Igual que el manés. Igual que el nórdico. Y el mundo sigue adelante perfectamente sin ellos.

¿Con eso se conforma, Lloyd? ¿Con seguir adelante?

Lloyd se encogió de hombros.

Tenemos que seguir adelante. Progresar.

No se trata solo de eso, Lloyd.

Tiene razón, Masson. Se trata del bien común.

¿Y?

Si el inglés sirve mejor al bien común, hablemos inglés.

¿Qué es el bien común? ¿Quién lo define?

Casas mejores, escuelas mejores, hospitales mejores.

Se pueden tener esas cosas y hablar irlandés.

¿Seguro? Aquí, en esta isla de habla irlandesa, no veo que pase. Lo único que pasa aquí es pobreza. Y escasez de oportunidades.

Masson bebió un trago de whisky.

¿Cómo puede un artista ser tan indiferente a algo tan antiguo, tan hermoso?

Si me pongo enfermo, quiero un buen hospital.

¿Y ya está? ¿Es para la único que vale la lengua, para que tenga usted un buen hospital?

Y para explicar mis síntomas.

Masson alzó los brazos al cielo.

Esta actitud lo pondrá enfermo.

Mairéad sirvió una cuarta ronda. Bebieron.

Este país fue colonizado, dijo Lloyd.

Lo está, dijo Francis.

Lloyd se encogió de hombros.

La lengua es una víctima de la colonización. India. Sri Lanka. Los franceses en Argelia.

Hay similitudes, dijo Masson.

El francés se impuso en Argelia, en Camerún. El inglés en Irlanda, en Nigeria. Para progresar, uno aprendía la lengua del colonizador.

¿Y?

Lloyd volvió a encogerse de hombros.

Que pasó. En todo el mundo.

¿Y?

Que el daño está hecho. Supérelo. Invierta en los vivos.

La lengua sigue viva, repuso Masson. Aquí en esta isla.

Hablada por un grupo de ancianas.

Mairéad no es ninguna anciana. Bean Uí Néill es de mediana edad. La lengua no está tan muerta como querrían los ingleses.

Yo no quiero nada.

Siempre han odiado la lengua, continuó Masson. Los hace sentir amenazados. Los suyos la sometieron a un trato brutal. Salvaje.

Lloyd se cruzó de brazos y estiró las piernas.

Sí, desde luego, me olvidaba. Los franceses adoran las lenguas de Argelia, han promovido y fomentado las de los bereberes y los árabes.

Se lo toma a risa, Lloyd.

¿Ah, sí?

Sí.

¿Por qué no está usted en Argelia deshaciendo el daño causado por los franceses? ¿Por qué viene aquí a echarles la bronca a los ingleses por todas sus tropelías cuando ustedes han hecho exactamente lo mismo?

Soy un lingüista intentando ayudar.

Pues vaya allí a ayudar.

Masson cogió la botella y trató de apaciguar su mano, sus pensamientos, porque a ti te gustaría eso, madre, ¿verdad que sí? Tu

hijo en Argelia. Tu hijo lingüista trabajando para ti, para tu lengua, tu legado. Te encantaría eso.

Rellenó la copa de Bean Uí Néill, pero despacio, un hilo de whisky cayendo de la botella.

Y, sin embargo, aquí estoy, lejos de ti, madre, en un peñasco remoto, estudiando una lengua que no es la tuya. No es el resultado que querías, madre. Después de tantos años. De tantas batallas. No podría estar más lejos de ti, más lejos de aquellos días en los que, con tu mano envolviendo la mía, recorrimos las calles de ese pueblo que era casi una ciudad, más mi hogar que el tuyo, aunque tú me llevaras, convencida de que en los callejones estrechos que salían de las avenidas principales habría un profesor que me enseñaría la lengua de tu infancia, de tu pueblo, de esa gente que decías que era mi gente, pese a que yo no sabía quiénes eran, no los había visto jamás, los conocía solo por las fotos, y en ellas vi que su sonrisa era la tuya, todos juntos, felices, sentados a la sombra de los árboles junto al mar. Avant la guerre, decías. Acariciabas sus caras y los volvías a guardar en la cartera. Caminamos, día tras día, descartando profesores que te parecían demasiado informales, demasiado centrados en la conversación, ya hablamos en casa, decías, buscando por todas partes hasta que encontraste justo lo que querías, en una calle aún más estrecha, subiendo las escaleras de una casa llena de polvo, junto a ventanas que daban a lo que en su día fue un jardín, aunque ahora habían arrancado las plantas y las habían remplazado por una pragmática capa de hormigón, subimos y subimos, hasta la tercera planta, y entramos en un aula con veinte pupitres, manchados y desastrados pero dispuestos en cuatro hileras, un ordenado deterioro. Había un hombre sentado al frente, vestido con un traje ajado en una mesa igualmente destartalada. No se levantó hasta que llegamos a su lado. Nos invitó a tomar asiento, cada uno en un pupitre mientras hablaba de mi futuro aprendizaje, del acierto de escogerlo como profesor para mí, porque él me expondría a los rigores y exigencias

del árabe. Pero también a los gozos, madame Masson. Los gozos. Y es un acto de valentía, madame, porque la mayoría de los padres, especialmente de las madres, son unos peleles, unos cobardes que permiten que sus hijos pasen apenas rozando la superficie de este gran idioma y se conformen con un conocimiento coloquial, sin un verdadero aprendizaje y una verdadera comprensión, por lo que esos niños, esos jóvenes, se quedan a medio saber, medio inmersos en sus raíces, medio inmersos en su historia, y este medio conocimiento, esta media inmersión, a menudo era, decía él, más peligrosa que la ignorancia. Medio conocedores que creen que lo saben todo, madame Masson. Pero no saben casi nada y entienden aún menos. No quiere ser usted la madre de uno de ellos, madame Masson. Y tú negaste vigorosamente, madre.

El whisky goteó por el vaso de Bean Uí Néill.

El profesor me estrechó la mano y me dio la bienvenida a las clases bisemanales, que comenzarían el lunes y durarían dos horas. Aquel primer lunes me senté junto con otros nueve alumnos, todos chicos, todos con una piel que era más oscura que la mía, más como la de mi madre que como la mía, el maestro paseándose entre nosotros, exigiendo respuestas, a veces con la voz, otras atizándome en la cabeza con el dorso de la mano, con tanta fuerza que se me humedecían los ojos y a veces se me caían las lágrimas, mientras tú, madre, esperabas sentada fuera en el pasillo, con un metacrilato separándonos, yo dentro aprendiendo un árabe que no usaría nunca, tú fuera leyendo una novela en francés y bebiendo té del termo, termo que cuando salía de clase, con las mejillas y los ojos rojos, estaba ya vacío. Tú me apuntabas con la barbilla, madre, me mandabas que creciese, que me endureciera, que me hiciese un hombre, y el silencio caía entre nosotros mientras volvíamos a casa caminando por la oscuridad del invierno.

Francis agarró la botella.

La que estás liando, JP.

Se encargó él de rellenar las copas.

Sláinte, dijo.

Bebieron.

Más te valdría poner orden en tu casa primero, dijo Lloyd.

Masson suspiró ruidosamente.

A un inglés se le ha atravesado que intente salvar el irlandés.

¿Qué sentido tiene?, dijo Lloyd. ¿Qué trata de demostrar? Está casi muerto, de todas formas.

La clave es convencer a los irlandeses y a los europeos de que esta es una lengua preciosa que debería protegerse.

¿Por qué proteger una lengua que la mayoría de la gente no quiere hablar?

Para responder a eso, señor Lloyd, me remitiré a su poeta isabelino, Edmund Spenser. Decía: «Si las palabras son irlandesas, el corazón será necesariamente irlandés».

Lloyd bostezó.

Menudas chorradas sensibleras.

No es sensiblería, Lloyd.

¿Ah, no? James y Micheál no son menos irlandeses por hablar en inglés.

Micheál se volvió hacia las mujeres.

¿Queda algo de té, Mairéad?

Ella se levantó y se acercó al fuego.

¿A ti qué te parece, Micheál?, preguntó Masson. ¿Eres menos irlandés cuando hablas en inglés?

Yo no me meto en política, Masson. Ya lo sabes.

Estamos hablando del idioma, Micheál.

Lo mismo es.

Mairéad cogió un cárdigan de detrás de una puerta.

Ná bac leis an tae, dijo.

Salió de la cocina y se marchó afuera.

¿Qué ha dicho?, preguntó Lloyd.

Que nos olvidemos del té, respondió Micheál.

Bean Uí Néill descolgó un pañuelo del gancho.

Tá mé ag gabháil amach ag siúl.

También ella se marchó.

¿Qué ha dicho?, volvió a preguntar Lloyd.

Que se va a dar un paseo, respondió Micheál.

Se levantó.

Y yo también.

Mise chomh maith.

Siguieron los dos a las mujeres, y echaron a andar los cuatro, rápido y en silencio, hasta que llegaron al extremo de la aldea donde crecían las verduras.

Me han echado de mi propia casa, dijo Bean Uí Néill.

Un desahucio, dijo Francis.

De mi propia cocina.

Los colonizadores han invadido tu cocina.

Bean Uí Néill se abrochó el cárdigan y se envolvió la cabeza en el pañuelo.

Bah, no se puede decir que JP sea un colonizador.

Los franceses son igual de malos, mamá, dijo Mairéad.

Pero aquí no vinieron, respondió Bean Uí Néill.

Se encaminaron a los acantilados, en dirección opuesta a las gallinas que volvían al gallinero picoteando el suelo, un lento meandro bajo el atardecer inminente.

Espero que no se beban todo el whisky, dijo Mairéad.

Te traeré otra botella, dijo Micheál. Una mejor.

Micheál y sus promesas, soltó Bean Uí Néill.

¿Qué significa eso?

Siempre andas prometiendo cosas, ¿o no, Micheál?

¿Adónde quieres ir a parar, Áine?

No te preocupes por ellos, me dijiste. Se avendrán. Todo irá bien. Se llevarán estupendamente. Y ahora, mírame, Micheál. Expulsada de mi

propia casa.

Se calmará.

Ella soltó una risita desdeñosa.

Y dale, Micheál. Siempre hablando en futuro.

Bean Uí Néill apretó el paso y se separó del grupo adelantándose hacia los acantilados.

Los dos están bien a su manera, dijo Mairéad. Pero de uno en uno.

Se calmará.

No estoy segura, Micheál. No puede haber dos gallos en el gallinero.

La batalla de los colonizadores, bromeó Francis.

Déjalo ya, Francis, dijo Mairéad. Solo falta que estés tú echando leña al fuego.

El camino se fue empinando y frenó a Bean Uí Néill. Los demás la alcanzaron y caminaron a su lado por la hierba, seca y espinosa por el sol y el viento del día, hasta que el rocío la empapara y suavizase. Siguieron hacia los acantilados, hacia el mar batiendo las rocas, con el cuerpo encorvado contra el viento, aunque no soplaba demasiado, porque era su inclinación natural, inherente, incluso en una tarde tan tranquila como para que los mosquitos asomaran de la hierba y les mordiesen las manos, la cara, aunque ellos no se dieron cuenta, iban los cuatro centrados en llegar a los acantilados, en el aire elemental, en el pulso del mar contra la roca.

Bean Uí Néill inhaló profundamente.

Esto le hace bien a uno, dijo.

Desde luego, respondió Micheál.

Se sentaron y contemplaron el sol, que se iba hundiendo en el mar, un derroche de rosas y rojos.

Esto es mejor que misa, dijo Mairéad.

Qué comentario tan horrible, le reprochó Bean Uí Néill.

¿De verdad?

De verdad, Mairéad. Horrible.

El ostensorio en el que se coloca la hostia tiene la forma del sol,

mamá.

¿Y?

Unos hombres con faldones lo sostienen en alto como si fuera el sol.

Eso es horrible, Mairéad.

Lo adoran. Se supone que debemos adorarlo.

Lo adoro, Mairéad.

Pero lo tenemos aquí mismo, delante de nosotros, mamá. El sol. Sin un solo cura a la vista.

A veces dices unos disparates, Mairéad.

¿Tú crees?

Igual eres una adoradora del sol, Mairéad, dijo Francis. Una antigua piel roja.

O una diosa griega, Francis.

Él se rio.

Los griegos no son pelirrojos, Mairéad.

Podrían serlo. ¿Cómo ibas a saberlo?

He visto postales griegas. Ni rastro de pelirrojos.

Mairéad asintió.

Ahí te doy la razón, Francis.

Un momento trascendental.

Bean Uí Néill estiró las piernas sobre la hierba.

¿Cuándo volvía el cura, Micheál?, preguntó Bean Uí Néill. No me vendría mal comulgar.

No han dicho nada.

Y confesarte, mamá. Por tus pensamientos homicidas.

Se echaron a reír.

Perdóneme, padre, porque he tirado al inglés por el acantilado, dijo Francis.

Un avemaría, dijo Micheál.

Perdóneme padre, porque he tirado al francés por el acantilado, dijo Francis.

Un padrenuestro y dos avemarías.

Rieron y luego se quedaron de nuevo en silencio, contemplando el mar y escuchando a los pájaros, la estridencia habitual de las gaviotas, pero también a los visitantes estivales, la bocina del rey de codornices, el graznido del frailecillo.

¿Tú volverías, Micheál?

Creo que me he vuelto demasiado flojo, Áine.

¿Y tú, Francis?

Yo sí, Bean Uí Néill, en las circunstancias adecuadas.

Nos vendría bien un hombre, Francis.

Me doy cuenta, Bean Uí Néill.

Mairéad cerró los ojos, se abrazó las rodillas contra el pecho.

Es duro en invierno, dijo Bean Uí Néill.

Un hombre seguro que ayudaría, dijo Francis.

¿Y tú volverías, Francis?

Sí, Bean Uí Néill. Como he dicho, en las circunstancias adecuadas.

Bean Uí Néill le dio un codacito a su hija.

Está bien saberlo, ¿eh, Mairéad?

Nos las arreglamos perfectamente, mamá.

No, Mairéad. En invierno no.

Mairéad abrió los ojos y estiró las piernas sobre la hierba.

Ya estamos bien como estamos, mamá. Y James se está poniendo fuerte. Cada vez es más mayor.

Bean Uí Néill replicó a su hija.

¿Hablas del mismo James que no quiere subirse a un barco de ninguna manera? No es que venga muy bien en una isla, ¿eh?

Se encarga de todo lo demás, mamá.

Menos de lo único que necesitamos que haga.

Eso no es justo, mamá.

Necesitamos a un hombre que pesque, Mairéad.

A mí el conejo me gusta.

Necesitamos a un hombre que pesque peces, Mairéad. Que venda pescado.

No, mamá. Ya estamos bien así.

No, Mairéad. No estamos bien así.

Micheál se aclaró la garganta.

Para ser justos, dijo, os las habéis arreglado bien vosotras solas.

Bean Uí Néill se rio. Una áspera risotada.

Eso prefieres pensar, Micheál.

¿A qué te refieres?

Esas mujeres, ahí en la isla, están la mar de bien con las migajas que les doy.

Eso no es justo, Áine.

Sí que es justo. Siempre me das menos de lo que deberías, Micheál. Ni siquiera me pagas el doble por tener a ese par en la mesa de mi cocina.

Se marcharán pronto.

Quiero que se marche uno ya.

¿Cuál de los dos, Áine?

No tengo preferencias.

Escoge uno y le diré que se vaya.

Escoge tú, Micheál, que los trajiste a los dos.

Quieres que se marche uno, Áine, decide tú cuál.

Yo puedo ayudar, dijo Francis.

Silencio, Francis, ordenó Mairéad.

Sabes que no lo haré.

Lo sé, Áine.

Siempre te sales con la tuya, Micheál.

O sea, que tiraremos como se pueda entonces.

Solo si me pagas más. Lo mismo por cada hombre.

Pero si el inglés casi no pisa tu casa. Casi no come.

Entonces, echo al francés.

Micheál se rio.

Muy bien, Áine.

Dieron la espalda a los acantilados y caminaron de vuelta, con el cielo

ya oscureciendo cuando llegaron a la aldea. Mairéad cerró el gallinero y dio dos golpecitos en la puerta de chapa ondulada.

A dormir, gallinitas.

Patrick O'Hanlon está tomando algo en el bar de su bolera habitual en Belfast Oeste la noche del domingo 15 de julio. Celebra su sexagésimo noveno cumpleaños. Se entera de que dos hombres han causado desperfectos en su coche. Sale disparado. Dos hombres en un Ford Cortina se han estrellado contra su vehículo aparcado. Se dirige a los hombres, ambos republicanos. Ellos le disparan. Patrick O'Hanlon, casado y padre de tres hijos, católico, mecánico jubilado y propietario de un taller, que había denunciado en dos ocasiones el robo con intimidación de su coche, llega muerto al hospital.

James se presentó en la caseta con huevos, leche fresca, jamón, dos piezas de pescado, scones, pan y pan de pasas. Llamó a la puerta. Lloyd estaba trabajando en el caballete.

Mi abuela le manda esto.

Gracias.

Abrió el paquete.

Creo que tu abuela tiene muchas ganas de que me quede aquí lejos.

James se rio.

Eso parece, desde luego.

Dale las gracias de mi parte.

¿Seguirá mucho rato?

Ahora más.

¿Y cómo va?

Bien.

Yo también.

Entonces, mejor que vuelvas, James.

¿Me puedo quedar aquí hoy?

No.

Le puedo contar las novedades de la aldea.

Nada de hablar, James. Nada de cotilleos.

También me puedo quedar callado. No contarle nada.

No, James.

¿Quiere que le enseñe los frailecillos?

No. Estoy trabajando. Ni charla. Ni cotilleos. Ni frailecillos.

Pero dijo que quería ver un frailecillo.

Lloyd soltó el pincel.

La hostia, James, vale. Vamos a ver un frailecillo.

Fueron hacia los acantilados por el camino que solía hacer Lloyd.

Por aquí no hay nada, James. Esto ya me lo sé de memoria.

Ya verá.

Siguieron andando. James iba examinando el suelo. Se agachó.

Hay una colonia debajo de sus pies, señor Lloyd. Moviéndose ahí sin

que se dé cuenta.
James metió la mano en un agujero y sacó un frailecillo que retorcía, a modo de protesta, la cabeza y el pico, naranja cadmio, los tarsos pateando el aire.

Es diminuto, dijo Lloyd. Más pequeño de lo que esperaba. Y qué uñas tan afiladas.

Perfectas para excavar.
Lloyd inspeccionó el agujero.

¿Hay un pollito dentro?

Puede que sí. Puede que no.
James metió la mano más al fondo y sacó una bola de plumas grises y suaves. Sostuvo a la madre en una mano y al pollito en la otra, riendo mientras la madre arremetía contra él con las uñas y el pico, mientras se retorcía y forcejeaba, luchando por recuperar a su pollito, que estaba inmóvil, con los ojos fijos en la madre.

Tendríamos que dejarlos otra vez dentro, James.

¿Quiere cogerlos?

No. Gracias.

Pasarán el invierno en el mar. Con la cara gris, dicen los pescadores.

Hoy ya se les ha puesto bastante gris, dijo Lloyd.

Están bien.

Ya basta, James.
James metió al pollito en el agujero y soltó a la madre, que corrió a buscarlo.

Está histérica, dijo Lloyd.

Está bien. No les he hecho nada.

Creo que el frailecillo no pensará lo mismo.

Usted quería ver uno, señor Lloyd.

Quería, sí.

Pues ya lo he visto.

Lo he visto.

No parece muy contento.

Me parece mal arrancarlos así de su casa.

James se encogió de hombros.

Es lo que usted quería, señor Lloyd.

Me vuelvo a trabajar, James.

James se marchó y Lloyd se hundió aún más en la soledad.

El IRA aparca un remolque para cerdos cargado de explosivos junto a una parada de autobús en Rosslea, en una zona rural del condado de Fermanagh. Tienden un cable desde el remolque hasta una casa prefabricada situada frente a la parada. En ella viven un hombre, su mujer y sus hijos. El IRA los retiene mientras espera dentro, vigilando la carretera, la parada y su bomba.

Cuatro personas se congregan en la parada la mañana del martes 17 de julio. Están esperando el autobús de los almacenes en dirección a Enniskillen. Su llegada está prevista para las 10.05. Todos son de Rosslea. Dos de ellos son hermano y hermana, y hermanos a su vez del hombre retenido en la casa prefabricada. Las otras dos personas son una anciana y su hija de treinta y dos años, Sylvia Crowe, protestante y empleada de las librerías de la Faith Mission.

Oyen un vehículo. Pero no es el autobús, sino un Land Rover, una patrulla del Ulster Defence Regiment. El Land Rover se aproxima a la parada. El IRA detona la bomba, que mata a Sylvia Crowe y deja heridas a las otras tres personas, así como a cuatro miembros del UDR.

Mairéad volvió a la caseta.

Gracias, dijo él.

Salió mientras ella se cambiaba y se cubría con la sábana igual que la otra vez. Lo llamó.

Tá mé réidh, señor Lloyd. Estoy lista.

Lloyd la recolocó, y también la sábana, y comenzó a dibujar.

Ella cerró los ojos.

Tengo que decirle, decirle a James que le diga que quiero que me coloque en un marco corriente, blanco o crema, nada dorado, nada lujoso, sino sencillo. Un marco sencillo para la mujer isleña. Y en una pared blanca, señor Lloyd. Blanca y nada más. Un marco sencillo en una pared blanca para la viuda, la viuda joven, aquí en los confines. La viuda joven de la isla, como me llaman en tierra firme. Como me llaman cuando camino por esas calles, entro en esas tiendas, esos ojos, esos dedos, esas bocas, mirándome, señalándome, hablando de mí, mírala, ahí, la que está entrando en esa tienda, la que está saliendo, es ella, la viuda joven de la isla, sabes quién es, sabes su historia, la viuda joven de la isla que perdió a su marido, a su padre y a su hermano el mismo día, todos en el fondo del mar en una tarde, es ella, dios la ayude, dios la guarde, dios la ame, aunque dios es bueno, porque antes le dio un hijo, un hijo que se parece a su padre, para que el marido siga vivo, démosle gracias a dios, démosle gracias a nuestro señor, un padre que sigue vivo a través de su hijo, a través de él, con él, en él, démosle gracias a dios, los ojos del padre, el pelo del padre, la barbilla del padre, el padre, el hijo y el espíritu santo, el espíritu santo de un hombre, un marido, un amante, un amigo, ni rastro de él en ninguna parte, en las rocas, en los prados, en las olas, en las nubes, en la lluvia, en las oraciones, en los rosarios, en las cruces, nada, ni el más mínimo rastro. He buscado, día y noche, noche y día, acechando, como James acecha a esos conejos, pero no he encontrado nada, así que solo quedan las fotos en blanco y negro, los ojos entornados al sol de la isla, una sonrisa cruzándole el rostro, pero nada más, porque el

mar se lo llevó todo, lo hizo pedazos, en fragmentos lo bastante pequeños para mandarlos por el mundo en un viaje de erosión y disolución, machacándolo en partículas aún más pequeñas, concedido el don de la eternidad atomizada, oh dios, pero nada más, nada que yo pueda abrazar de noche, contemplar por la mañana, aunque ella sigue viviendo, esta mujer dormida, trescientos años, incluso más, todavía joven, hermosa, a salvo de los estragos del mar, de la sal, y aún tan viva que estoy segura de que me llega el olor de su aliento, mustio solo por el sueño, la piel sin mancha, no maleada por la edad, a ella le concediste el don de la eternidad pintada, señor, pero a Liam no, porque de esas fotografías no emana ningún olor, ningún aliento, nada salvo mi recuerdo de él, de su piel almizclada, sus axilas, sus ingles, una dulce masculinidad que no he encontrado en ninguna otra parte, ni en Francis, con ese hedor repulsivo a pescado, ni en JP, con esa masculinidad comprada, ni en este inglés que huele a moho y óleo, a sudor rancio, puede que también a lavanda, pero ninguno de los olores que desprende él ni ningún rincón de la isla es de incienso ni de mirra ni de sándalo, esos olores fúnebres jamás flotaron sobre el cuerpo de mi hombre, sobre su ataúd, porque no había nada que enterrar, nada que velar, nada que vestir con su traje de novio, que limpiar, besar, abrazar. Nada. Nada de salitre ni de tabaco que probar por última vez de sus labios, de su lengua. Aunque ella sigue viviendo, esta mujer dormida, como si el artista acabara de besarla, como si estuviese a punto de besarla de nuevo, porque la conocía bien, tanto como yo conocía a Liam, como Liam me conocía a mí, como nos conocimos el uno al otro antes y después de la boda, allá en los acantilados, las noches de verano, y en la playa, y luego en mi cama, que se convirtió en nuestra cama, mi sueño tan satisfecho como el suyo hace más de trescientos años, un sueño que me elude ahora mientras me sacudo, doy vueltas, paseo de arriba abajo, recorro los acantilados, nunca volver a dormir como ella duerme, como yo dormía y me gustaría volver a dormir y nunca volveré a dormir,

aunque tal vez este artista, este artista inglés, me permita dormir como ella duerme, me dibuje como está dibujada ella para que yo también pueda seguir viviendo, seguir durmiendo, la vida eterna, el sueño eterno, concedidos.

Abre los ojos, Mairéad. Por favor.

Ella lo miró fijamente, el lápiz moviéndose por el papel, los ojos saltando de un lado al otro, la lengua mojando cada poco los labios, humedeciéndolos, como preparándose para un beso, para saborear, igual que aquel otro artista había saboreado a su mujer dormida, como si necesitara, este inglés, saborearme para dibujarme, conocerla como aquel artista la conocía a ella, y sin embargo yo no lo necesito, no necesito probar a qué sabe, lo único que necesito es que se me lleve de aquí, que se me lleve a vivir adonde sea, la viuda joven de la isla colgando de la pared en un lugar extraño, una tierra extraña, mientras yo me quedo aquí, poniendo el agua al fuego, los platos sobre la mesa, el día en marcha, inhalando los fragmentos de mi hombre muerto, viviendo con los pedacitos de él que el mar no logró llevarse. Igual que hará esa mujer, esa pobre madre, cuando vuelva a la casa en la que vivía su hija y coja bocanadas de aire con la esperanza de absorber parte de ella, algo de ella, algo que haya dejado olvidado la bomba, esa bomba que hizo saltar a su hija en fragmentos diminutos. ¿No los vieron en la parada de autobús? ¿No los vieron, ahí plantados, a esa mujer con su hija, a los hermanos del hombre que tenían retenido? Pero detonaron la bomba igualmente. Tiraron del cable. Estallaron esa bomba oculta detrás de una parada de autobús. ¿Quién coloca una bomba en una parada de autobús? Ahora será usted como yo, señora. Cuando vaya al pueblo, cuando camine por esas calles y entre en esas tiendas. Esos ojos la mirarán. Esas bocas hablarán de usted. Esos dedos la señalarán. Es la anciana madre de la hija de la parada. Es ella, que dios la ayude, que dios la guarde, que dios la ame. Y se volverá a casa, señora, igual que yo, y ahí se quedará, impregnándose de los fragmentos de la hija que le arrebataron.

Suficiente por hoy, dijo Lloyd.

Se levantó.

Puedes vestirte.

Go maith.

¿Cómo?

Bien. Está bien.

¿Té?

Sí, por favor.

Lloyd prendió el gas y puso la tetera al fuego.

No tengo leche, dijo.

Ella se encogió de hombros.

Gan bainne, mar sin.

Lloyd se puso de espaldas y Mairéad se vistió. Dobló las sábanas y las mantas y colocó la almohada encima. Salió de la caseta, y él la siguió después y le tendió una taza de té negro.

Gracias, Mairéad.

Tá fáilte romhat. De nada.

Se quedaron allí de pie, uno al lado del otro, envueltos en la frescura de la mañana, el sol reluciendo en el agua, las olas batiendo contra las rocas, las gaviotas lanzándose en picado, estridentes ya de buena mañana, el cielo teñido todavía de rosa.

¿Volverás?

Un conejo brincó delante de ellos, y unas gotas de rocío saltaron de las briznas de hierba y trazaron un arco iluminadas por el sol.

Sí.

¿Mañana?

Sí.

Mairéad le devolvió la taza, se recogió de nuevo el pelo y se marchó, de vuelta a la aldea, a su madre.

¿Dónde estabas?

Paseando.

Me alegro por ti.

Me ha sentado bien.

Vamos retrasadas con el desayuno. JP ya anda rondando.

Puede esperar.

Te veo cansada. ¿Has dormido algo?

No pasa nada.

¿Has recogido los huevos?

No.

Ve a por los huevos.

Cuando volvió con la cesta de huevos, Masson estaba sentado a la mesa. Le guiñó un ojo.

Maidin mhaith, a Mhairéad

Buenos días, JP.

Eso es inglés, Mairéad. Tú no hablas inglés.

Ella se encogió de hombros y se puso frente al fuego al lado de su madre.

¿Cuántos traes?

Once.

Con eso llega. Podemos hacer huevos para comer.

¿Y para cenar?

Le pediré a James que vaya a cazar conejos. Tú corta el pan. Las gachas ya están.

James se sumó a los tres en la mesa.

Tienes cara de cansada, mamá.

¿Sí?

Sí, Mairéad, dijo Masson. ¿No has dormido?

Él le sonrió. Mairéad miró a su hijo.

He salido temprano a pasear, James. Será por eso.

¿Adónde has ido?

Fuera. A los acantilados.

¿Cómo está el señor Lloyd?

Ella le sostuvo la mirada.

He ido hacia el otro lado, James.

¿Y a la vuelta?

Era pronto. Debía de estar durmiendo.

Yo iré hoy, dijo James. Le llevaré comida.

Le hará falta leche, dijo Mairéad.

Y más huevos, añadió Bean Uí Néill.

Yo no lo molestaría, Séamus, dijo Masson. Se marchó allí para estar solo.

Necesita comida. Y no me llames Séamus.

Bean Uí Néill sirvió el té recién hecho.

Puede que tenga razón, dijo Mairéad. Tendríamos que dejarlo solo.

Pero tendrá hambre, mamá.

Ya volverá si tiene hambre, respondió ella.

James cogió los lápices, los carboncillos y el bloc del taller y se dispuso a cruzar la isla; las telarañas todavía intactas, el rocío tal cual había caído, reposando tranquilo en las briznas de hierba.

Qué mal mientes, mamá.

Examinó la superficie de la isla alrededor en busca de hierba recién aplastada por patas de conejo, y las pisadas lo llevaron a un agujero en cuya entrada la tierra estaba removida. Colocó la red sobre la madriguera, se sentó al lado y esperó a que saliera un conejo, y salió al poco de sentarse. Apretó la red en torno al animal, lo sujetó por las patas, lo alzó en el aire y le estrelló la cabeza contra una roca. Sacó al conejo de la red ensangrentada, lo tendió en la hierba y dibujó sus ojos espantados y su lengua rosada colgándole por un lado de la boca, la sangre que goteaba por entre los dientes colorados. La muerte de un conejo, más recién muerto que los suyos, señor Lloyd. Lo recogió del suelo y siguió adelante, rondando hasta que atrapó y mató un segundo conejo. Los dejó a los dos en el suelo, con las patas enredadas, y se puso a dibujar, primero con el lápiz, luego con el carboncillo, repasando y repasando para capturar ese momento de muerte, repentina en este caso, cuestión de segundos, una sacudida, pero lenta para mi padre, mientras el mar penetraba en su jersey, en sus

pantalones, se le colaba en las botas, con los cordones tan apretados que era imposible quitárselas, esas botas de pescador tan pesadas que no merece la pena aprender a nadar, porque la muerte, una vez en el agua, es inevitable con ellas. Mejor no llevarlas. Mejor no ser pescador. Mejor ser artista, dibujar la muerte en lugar de estar muerto.

Cogió los conejos y regresó a la aldea. Micheál y Francis estaban en la cocina, tomando té con su madre y su abuela. Dejó los animales sobre la mesa.

Igual pasamos aquí la noche y nos quedamos para el festín, dijo Francis.

Os vais a quedar de todos modos, respondió James.

Su abuela le sirvió té. James se sentó.

Cuando terminemos, vamos a salir a pescar, James, dijo Francis. ¿Te vienes con nosotros?

Yo he cazado los conejos. Hoy con eso pasamos.

Te daremos una parte de la captura.

Él negó con la cabeza.

Tienes que empezar a ganar dinero, James.

Estoy bien así, Francis.

Bean Uí Néill le dio a James una rebanada de pan, con mantequilla untada, pero sin mermelada.

Tendrías que ir con ellos, James, dijo.

Hoy no, abuela.

James se echó leche en el té.

Necesitamos que empieces a ganar algo de dinero, James, dijo Bean Uí Néill.

Se bebió el té. Se comió el pan.

Lo haré, abuela. Pero no de la pesca.

Su abuela apretó los labios y asintió muy despacio.

¿Y qué tenías pensado, James?

Él se volvió hacia Micheál.

¿Volveréis después de pescar?

Sí, James.

¿Y os quedáis a dormir?

Sí.

¿Le darás algo de pescado a mi abuela?

Sí, respondió Micheál.

¿Y dinero, por encargarse de los dos hombres?

Eso también, sí.

James apuró la taza de té.

Gracias, entonces ya estamos bien por hoy.

Mairéad se levantó a recoger la mesa.

No estamos bien, James, dijo ella.

Tenemos comida, mamá.

Sí. Para hoy. Pero no para el invierno.

Ya nos preocuparemos por el invierno en invierno.

Ella negó con la cabeza.

Deberías ir con ellos, James. Aprender a pescar.

La miró a los ojos y dejó la taza en la mesa muy despacio. Se levantó y salió de la cocina, camino del taller, con la respiración entrecortada, jadeante mientras empujaba la puerta, y se aseguró de dejarla bien cerrada para que nadie le viniera detrás con un par de botazas y un jersey de punto. No quiero ningún jersey de esos, mamá. Esos jerséis con los que uno se ahoga. Yo no, mamá. No pienso hacerlo. No seré ese pescador. No seguiré esa tradición. Esa tradición de ahogarse. Cogió una hoja en blanco y se puso a dibujar con el lápiz dos conejos muertos sobre la hierba, tres pescadores muertos en el fondo del mar.

Yo no, mamá, dijo.

Los graznidos de las gaviotas atravesaban los finos cristales llamándose unas a otras, pero menos estridentes que antes, porque ahora tenían la panza llena, y la ansiedad del hambre del comienzo del día había remitido lo bastante para que pudieran descansar, retozar, jugar, con las necesidades saciadas. Como quiero yo. Los

conejos capturados, la comida del día asegurada, las horas ya libres de prolongarse sin obligaciones. Como con Bean Uí Fhloinn, ahí arriba en la colina. Pero no contigo, ¿verdad, Micheál? Porque tú siempre quieres más, tener más, poseer más, un pez más grande, una casa más grande, un barco más grande, puede que incluso dos algún día, y dos casas, como tu hermano en América, para demostrarle que hiciste bien en quedarte, que tú también puedes echarle las migajas a hombres como Francis, a chicos como yo, y que Francis las quiere, esas migajas tuyas, las quiere para seducir a mi madre, para cortejarla con tus migajas y erigir sus propias migajas dentro de ella, en la cama de su hermano. Pero yo no las quiero. No quiero nada de ti. No quiero un barco más grande. Ningún barco, ni grande ni pequeño. Comenzó a pintar, naranjas, rosas, amarillos, colores que Lloyd no usaba, no echaría de menos. Pero como use todos los grises, verdes, marrones, azules, me dará la patada. Pintó la aldea inspirándose en las postales que enviaba la hermana de la abuela que se había marchado a América, y que prefiere el azul y el blanco de las islas griegas al verde y el marrón de esta. Asintió. Seguramente tiene razón. Igual debería irme allí. Vivir allí. Aunque ese sitio también está plagado de barcos. Copió la forma de cubo de las casas griegas, pero las plantó en su isla y las pintó de naranja, rosa y amarillo. Pintó la tierra de un verde chillón y el cielo de un gris plata, una mezcla de lluvia, nubes y sol. Trabajó hasta que oyó a su madre llamando a todos a cenar y le sorprendió encontrar a Lloyd sentado ya a la mesa.

No lo esperaba aquí, dijo.

Los conejos me han contado los estragos.

Seguro que es eso.

Bean Uí Néill puso sendos platos delante de los cuatro hombres. Ellos recibieron la mayor parte de la carne. James, su madre y su abuela, restos de carne y salsa.

Tendría que haber cazado tres, dijo James.

O haber pescado algún pez, replicó Francis.

Empezaron a comer.

¿Qué ha pasado estos días?, preguntó Lloyd. ¿Me he perdido algo?

La vida ha seguido su curso habitual, respondió Micheál.

Han matado a una mujer que estaba esperando el autobús, explicó James. Era más joven que mamá.

No hablamos de política, James, dijo Micheál.

No es política. Es un hecho. Han matado a una mujer que estaba esperando el autobús. La han reventado con una bomba.

Qué forma tan espantosa de morir, dijo Lloyd.

Qué forma tan espantosa de vivir, dijo Francis.

¿Esperando el autobús?, preguntó James.

Lloyd le señaló las manos.

Veo que has estado pintando.

James se miró las manos salpicadas de pintura.

Sí.

Qué colores tan curiosos has escogido.

Se llevó usted todos los decentes.

Lloyd examinó sus propias manos.

Supongo que sí.

Masson tamborileó con los dedos en la mesa.

B'fhearr liom dá labhraíodh sinn Gaeilge, dijo.

¿Qué dice?

Que preferiría que hablásemos en irlandés.

Lloyd suspiró.

He vuelto para conversar. Para hablar con gente. No puedo hacerlo en irlandés.

Entonces aprenda.

Masson cambió de idioma. Lloyd miró a Mairéad, sus ojos distantes

replegados

en otra parte

una enmienda

obras actuales

obras futuras

Terminó de comer, hizo una reverencia agradecida y se marchó a su cabaña, el fuego encendido, tazas usadas en la mesa, hojas por el suelo, el cuadro de James todavía en el caballete

isla irlandesa

griega psicodélica

como quiere de mí

la esposa marchante

la medio esposa

pero nunca consigue

nunca conseguirá

James entró detrás de él.

Lo siento, señor Lloyd, no esperaba que volviera.

Me gusta, James. Es original.

¿De verdad?

Y a mi mujer también le gustaría.

Qué amable.

No es nada amable.

¿Qué es entonces?

Dirige una galería. De arte moderno. Pero no le gusta mi trabajo.

¿Por qué?

Demasiado anticuado.

A mí sí me gusta.

Gracias. Eres muy amable. Por desgracia, no eres mi mujer y no diriges una famosa galería de Londres.

James se rio.

¿Por qué no le gusta?

Cree que todo eso ya está hecho. Que las fotografías ya hacen lo que yo hago.

Tiene algo de razón.

¿Sí?

Usted copia algo que ya existe.

Eso dice ella.

Pero se le da muy bien, señor Lloyd.

Inclinó la cabeza.

Gracias, James. Eres muy amable.

Cogió el cuadro de James y lo examinó detenidamente.

Pero este sí que le gustaría.

Eso ha dicho, señor Lloyd.

Le gustaría la ingenuidad. Pero también la modernidad.

¿Eso es bueno, señor Lloyd?

Podría serlo, James. Tráeme el resto.

James repartió sus pinturas y dibujos por el suelo del taller. Lloyd estudió su trabajo, la osadía de fundir la isla griega y la irlandesa, la originalidad de ver el taller como lo veía la hormiga, la frescura de la obra del chico en rotundo contraste con la suya. Cerró los ojos y los abrió de nuevo.

Vale, esto es lo que vamos a hacer, James.

James se quedó inmóvil, aguardando.

Presentaremos una exposición conjunta, en la galería de mi mujer.

James dio una palmada.

Genial, señor Lloyd.

Tú prepara seis cuadros, James.

Lo haré.

Buen chico.

¿Cuántos pintará usted, señor Lloyd?

No lo sé aún. Puede que veinte.

Pero a ella no le gusta lo que hace.

No me puede rechazar si vas conmigo. Tú, el artista moderno, joven, naíf, a mi lado, el tradicionalista, viejo pero experimentado.

No es usted tan viejo, señor Lloyd. Todavía tiene todos los dientes.

Lloyd se echó a reír.

En el mundo del arte sí que lo soy. Tienen una obsesión por la juventud. Por la novedad.

Ese soy yo, pues, dijo James.

Exacto. Y yo me subiré al carro, James.

Así no tendré que hacerme pescador.

Adiós a la pesca, jovencito.

James sonrió.

Es increíble, señor Lloyd. Aunque mi abuela soltará sapos y culebras cuando se entere.

Seguro, James.

Tendré que salir de la isla. Marcharme. Emigrar.

Sí.

Viviré en Londres.

Serás demasiado famoso para vivir ahí. Las adolescentes te acosarán por las calles.

Me esconderé en su casa, señor Lloyd.

Lloyd soltó una risita.

Pero te encontrarán, James.

Lloyd juntó las manos y se dio unos golpecitos en la frente con los dedos.

Nuestra exposición se llamará *Los isleños.*

Pero usted no es isleño, señor Lloyd.

Ahora sí.

Lloyd reunió algo de ropa limpia y el libro de dibujos de Rembrandt.

Me vuelvo a los acantilados. Tú sigue pintando, James.

Pero si acaba de llegar.

Masson me ha prohibido hablar, así que tanto me da quedarme en la caseta.

Cogió más pinturas y papel, y también lápices. Habían gastado casi todo el carboncillo.

Tendremos que ser cuidadosos con los materiales, James.

Igual su esposa podría mandarnos más. De la galería.

No es esa clase de esposa, James.

James buscó en el cajón.

Haré una lista de lo que necesitamos, señor Lloyd, y se la daré a Micheál.

Hazlo, James.

Salió del taller silbando
bilingüe
trilingüe
lengua de nadie
ni tuya, masson
ni mía

Llamó a la puerta de la cocina y entró. Mairéad estaba en la recocina lavando una cazuela.

¿Puedo llevarme algo de comida a los acantilados?

'Bhfuil tú ag gabháil siar arís? ¿Ya se marcha? ¿Tan pronto?

Él asintió, y Mairéad se secó las manos.

Cén uair? ¿Cuándo?

Ahora. ¿Vendrás otra vez a la caseta?

Sí.

Mairéad metió comida en una caja y se la dio, y también una botella de leche fresca.

Mi té, dijo ella.

Lloyd sonrió.

Ven cuando quieras. Aunque esté dormido. La puerta no cierra.

Iré.

Fue a verlo de nuevo, al amanecer, bajo la lluvia, y cuando lo despertó le goteó el agua encima.

Estás empapada.

Le dio una toalla y se vistió mientras ella se secaba.

No estoy seguro de que haya valido la pena que vengas. La luz es malísima.

Ella señaló el fuego.

Más grande, dijo.

Avivó el fuego, y Mairéad se desvistió y se tumbó en el colchón,

cubierta con la sábana. Lloyd se arrodilló a su lado y le enseñó otro retrato de Rembrandt, la espalda y las nalgas desnudas de una mujer, vuelta hacia la pared.

¿Así?, preguntó él.

Mairéad contempló el dibujo. Callada.

Nadie sabrá que eres tú.

Ella apartó la sábana y se sentó.

Gracias, Mairéad.

Mientras él dibujaba, ella miró el suelo de la cocina, el polvo, la suciedad, los restos de sus comidas, de su piel, de su pelo, de sus uñas. Cerró los ojos. No es responsabilidad mía. Nada de responsabilidades, nada de obligaciones, solo estar aquí sentada escuchando su lápiz moviéndose por la hoja, su pecho alzándose y hundiéndose, su respiración adentro y afuera, un ligero estertor al final de la exhalación, como si tal vez le fuese a faltar salud en la vejez, una irrelevancia para mí, llevada por el roce de la mina sobre el papel, que se aparta y vuelve, movimientos leves, pesados, líneas, curvas y círculos, una hoja y luego otra, la luz densa de la mañana inmutable ante el paso de los minutos, aunque yo sí, yo sí estoy mutando, me están transformando, la viuda joven de la isla se está convirtiendo en otra cosa, pero qué es no lo sé, qué será no lo sé. Quizás él sí lo sabe. El artista. El inglés. Quizás él sí sabe en qué me convertiré mientras dibuja mi pelo, la espalda, las nalgas, las caderas, los muslos, los pies, sin mancillar aún por la edad, como lo está ella, la mujer dormida en la gelatina del artista. Y eso es lo que quiero yo, señor Lloyd. Que me alcen, me eleven, a otro lugar en el que perdure y viva más allá de la fugacidad de lo cotidiano, una permanencia que otros alcanzan por medio de dios, del otro mundo, de la promesa del cielo, pero yo ya he buscado ahí, en eso, y no hay nada, solo un vacío que una vez visto ya no se puede borrar. Necesito una cura contra esa crudeza, señor Lloyd. Contra esa desolación. Mi propio más allá. Un más allá que trascienda estas partículas atomizadas de polvo por el suelo de la cocina. Un más

allá de la mano de un inglés de ojos tristes y boca triste, asediado por la necesidad de dibujar, de pintar, de vivir aislado al filo de un acantilado, un monje ermitaño, las pinturas y pinceles, una ofrenda a su dios del arte.

Date la vuelta, por favor, Mairéad.

Ella lo miró a los ojos, a este artista que me elevará sobre la isla. Solo perduraré si usted es bueno, señor Lloyd. Si es usted tan diestro como el artista que pintó a la mujer dormida y puedo vivir como vive ella, inmune a los vientos helados y a la lluvia punzante que me desgarran la cara todos los inviernos, hasta que un día mi piel ceda a la presión y se agriete y estropee como se ha agrietado y estropeado la cara de mi madre y la de mi abuela.

Hacia mí, dijo él.

Se volvió. De cara a él. Con sus ojos, su boca, pechos, vientre, caderas, su vello púbico, sus rodillas y pies.

Gracias.

Ella inclinó la cabeza, solo un poco, y cerró los ojos.

Los ojos abiertos.

Lo miró mirándola, absorbiéndola por los ojos, por el lápiz. Trabajó frenéticamente, con un ligero tarareo escapándose de los labios.

serie isleña: mairéad I, cara y cabello

serie isleña: mairéad II, hombros y pechos

serie isleña: mairéad III, vientre, caderas y vello púbico

serie isleña: mairéad IV, piernas y pies

serie isleña: mairéad V, espalda y nalgas

serie isleña: mairéad

Tiró el lápiz y el bloc al suelo, y, entre resuellos y quejidos, se levantó y salió de la caseta. Mairéad se envolvió en la sábana y recogió el bloc para verse a sí misma fragmentada en distintas partes del cuerpo, una hoja tras otra de sus hombros, espalda, nalgas, pechos, vientre, muslos, vello púbico, rodillas, pies, y luego esbozos detallados de su cara, su barbilla, entera y difuminada, su nariz, abandonada tras tres

intentos, como si fuera demasiado difícil o careciera de interés, y luego sus ojos, a docenas, hoja tras hoja de ojos tristes, solitarios, más tristes que los suyos, como si se estuviese dibujando a sí mismo en lugar de a mí, porque sus ojos son unos ojos tristes, solitarios, pero los míos no, no tan tristes, al menos no tan tristes y solitarios como los suyos.

Lloyd volvió, y ella dejó el bloc.

¿Qué te parecen?

Ella se encogió de hombros.

¿No puedes decirme lo que piensas?

Tá sé go maith, respondió Mairéad. Buenos.

Él sonrió.

Gracias.

Vio que tiritaba.

Perdona, debes de tener frío.

Echó más turba al fuego mientras Mairéad se vestía.

Ojos, dijo.

¿Qué pasa con los ojos?

Ojos tristes.

Tienes los ojos tristes, Mairéad. Bonitos, pero tristes.

Preparó té y se sentaron fuera, uno al lado del otro sobre el abrigo encerado, escuchando a los pájaros en su canto matutino.

Jim Wright y su hija, de veintiún años, están sentados en su coche la mañana del viernes 27 de julio.

Él tiene cuarenta y ocho años, casado con cuatro hijos. Es protestante, miembro activo del King William’s Defenders Orange Lodge y exreservista de la Policía. Canta gospel y también colabora con el Ejército de Salvación.

Va a dejar a su hija en el trabajo antes de dirigirse a su puesto como encargado de un taller mecánico en Portadown, en el condado de Armagh. Su esposa está fuera, de vacaciones.

Enciende el contacto y el coche explota. Wright muere, y su hija sufre heridas de gravedad.

El Irish National Liberation Army reivindica el atentado.

Y esa pobre mujer, que estaba de vacaciones, se lamentó Mairéad.

Bien por ella, dijo Bean Uí Néill.

Ah, mamá. Para.

Al menos consiguió irse de vacaciones antes de que su marido muriera. Ya es más de lo que yo conseguí. Y tú.

Ah, mamá, eso es horrible.

Ya lo sé.

¿Estás bien, mamá?

Supongo que nosotras nunca nos iremos de vacaciones, Mairéad.

Seguramente no. Pero, en fin, ¿qué ibas a hacer tú con ellas, de todos modos?

Me lo pasaría estupendamente. Lejos de aquí.

Para nada. No te estarías quieta.

Lo podría intentar.

Te pasarías todas las vacaciones preocupada por las gallinas. Por si James estaría recogiendo los huevos.

Bean Uí Néill se echó a reír.

Supongo que es verdad.

Suspiró.

Pero ¿tú no querrías unas vacaciones, Mairéad? ¿Para ir a Grecia, como tu tía?

Ya voy servida de isla aquí, mamá.

¿Una ciudad entonces?

La ciudad me queda grande.

Bean Uí Néill asintió.

A mí también me queda grande.

Además, podrían volver mientras estoy fuera.

¿Quiénes?

Liam, papá y Séamus.

Bean Uí Néill miró fijamente a su hija.

¿De verdad crees eso, Mairéad?

Mairéad sonrió.

No, en el fondo no. Pero hace que se me pasen las ganas de vacaciones.

Bean Uí Néill asintió lentamente.

Supongo. ¿Les has limpiado la casa?

¿A las gallinas? Sí.

¿Algún huevo más?

No. Los tenemos todos.

James Joseph McCann camina por Obins Street, en el sector predominantemente católico de Portadown, en el condado de Armagh, el sábado 28 de julio. Tiene veinte años y es católico. Un Ford Escort rojo se detiene a su lado. Es la Ulster Volunteer Force. Le disparan. James Joseph McCann consigue llegar tambaleándose hasta la puerta de un pub cercano, todavía consciente, pero sangrando en abundancia. Muere poco después en el hospital de Craigavon.

Más de diez mil personas en ese funeral en Portadown, mamá.

Súbelo, Mairéad.

Dejaron de cocinar para escuchar al locutor.

Un funeral enorme.

Es la mitad de la ciudad, Mairéad.

¿Cuántos se presentarán en el del pobre católico ese? Y lo único que hizo fue ir andando por la calle.

La mitad de la ciudad seguro que no.

En esa ciudad no, mamá.

Masson pasó por delante de las ventanas con la grabadora colgando del hombro. Las saludó con la mano.

Va a ver a Bean Uí Fhloinn, dijo Mairéad.

¿La has oído, Mairéad, en las cintas?

Sí, mamá.

Parece un vejestorio.

Mairéad se rio.

Algún día serás tú, mamá.

No.

Sí. Dentro de veinte años. Y algún francés de la universidad se arrimará a ti proclamando haber descubierto a la última hablante de irlandés en Irlanda.

Se rieron y prepararon el té mientras Masson subía por la pendiente y llamaba a la puerta de Bean Uí Fhloinn. Ella le sonrió cuando se inclinó para besarla.

Francés tontaina.

Masson la besó en ambas mejillas.

Un placer ser un tontaina con usted.

Mira que eres encantador, JP.

Chasqueó los labios en la boquilla de la pipa.

Tienes suerte de que no sea más joven, JP.

Se rieron los dos. Masson sirvió té para ambos y tomó asiento.

Pero Mairéad sí que lo es, dijo Bean Uí Fhloinn.

En efecto.

Y también hermosa.

Sí que lo es.

Bean Uí Fhloinn dio un sorbo de té.

El inglés también lo piensa.

No me cabe duda.

La veo volviendo de allí, a primera hora, cuando salgo a dar mis paseos.

¿De su caseta?

Asintió.

No se le escapa nada, Bean Uí Fhloinn.

Nada de nada, JP.

Él se recostó en la silla.

Bueno, ¿y qué cree que hace allí? Con el inglés.

Ni idea, JP.

¿Entra en la caseta?

Eso me parece, JP.

¿Y qué hace allí dentro?

Se lo tendrás que preguntar a ella, JP.

Ah, eso no es asunto mío, Bean Uí Fhloinn.

Ella le sonrió.

¿No, JP?

Masson asintió lentamente.

Como he dicho, no se le escapa nada, ¿verdad?

No, JP, nada.

¿Lo sabe su madre?

¿Lo tuyo o lo del inglés?

Las dos cosas, supongo.

De lo tuyo está más que al tanto, respondió Bean Uí Fhloinn.

Masson dio un sorbo de té.

Aunque vete tú a saber, JP. Áine tampoco ha sido nunca la más avispada. Es fácil de engañar.

¿Y lo del inglés, que va a la caseta?

No. De eso no sabe nada.

¿Y Francis? ¿Está enterado él?

Él espera agazapado entre los arbustos, JP. Ya lo sabes. Lo sabe todo el mundo.

Masson apoyó los codos en los muslos, las manos entrelazadas.

¿Y qué hago?

Nada. Seguir tal cual. Ver qué pasa. Si es que pasa algo.

Aprecio su consejo, Bean Uí Fhloinn.

Ella dio una calada a la pipa.

El inglés ese también le ha llenado la cabeza de pájaros al chico, JP.

¿A James?

Bean Uí Fhloinn asintió y echó una bocanada de humo al cuarto.

Ha venido aquí diciendo que se va a hacer artista, que va a presentar una exposición en Londres.

Qué ambicioso.

Y que se irá a vivir con el señor Lloyd.

La mujer negó con la cabeza muy despacio.

No habrá nadie que salga a cazar conejos cuando se vaya.

No, respondió él.

Adiós al conejo estofado.

Masson sirvió más té.

¿Y cómo va la escritura, JP?

Va bien, Bean Uí Fhloinn.

Espero que te hagan profesor.

Masson exhaló ruidosamente.

Yo también, Bean Uí Fhloinn.

Dejó la taza en el hogar, adelantó un poco más la espalda y la cogió de las manos asintiendo, sonriendo, convencido de que su trabajo sería digno de un doctorado, de un puesto de catedrático, pero digno también de un público más amplio, de artículos en la prensa, de noticiarios, de programas de radio. Se llevó sus manos a los labios y

las besó, porque invitaré a periodistas franceses a que vengan a conocerla, Bean Uí Fhloinn, la última hablante pura de irlandés, la última mujer que vive así, el chal sobre los hombros, la pipa de arcilla, los calcetines de punto, y los convenceré de que la entrevisten, de que la escuchen hablar esta lengua antigua ajena a la modernidad, incólume a la invasión del inglés, tal como la hablaban sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, una estirpe lingüística que se remonta a cientos, a miles de años. Apoyó las manos de Bean Uí Fhloinn en su regazo. Y cuando hayan hablado con usted, cuando la hayan grabado, fotografiado, filmado, se fijarán en mí, el lingüista francés que la encontró y que capturó los últimos momentos de esta lengua antigua, el gran lingüista francés que vivió al lado de esta mujer en condiciones primitivas, en los confines de Europa, a lo largo de cinco años, sin electricidad, sin agua corriente, a base de pescado y patatas, entonces, queridos lectores, queridos oyentes, queridos espectadores, el presidente lo honrará con la Légion d'Honneur por su servicio a la cultura, por su compromiso con esta lengua moribunda, esta antigua maravilla. Le dio una palmadita en las manos. Pero ahí surgirá la pregunta, como surge siempre, Bean Uí Fhloinn. ¿Por qué la lengua irlandesa? ¿Por qué no la lengua del País Vasco? ¿O la lengua bretona, profesor Masson? ¿No creció usted en la Bretaña? ¿Qué opinan sus padres? Estarán muy orgullosos, ¿o tal vez habrían preferido que se quedara en la región y estudiara su lengua? Preguntémosles. Y de pronto una estampida en la escalera, un torbellino de grabadoras, cámaras y libretas subiendo en tropel al quinto piso, y ella todavía en la ventana con vistas al Atlántico lejano, contándoles a los periodistas que no entiende por qué se ha ido a Irlanda a salvar la lengua irlandesa cuando podría estar en Argelia aprendiendo la suya, la de su madre, aprendiendo árabe clásico, árabe literario, la lengua que intentó enseñarle cuando era niño, semana tras semana de clases con un hombre profundamente comprometido con la lengua, con Argelia, un hombre que, semana tras semana, fue siendo cada vez más

consciente de mi indiferencia hacia su pasión, y consciente también de que mi padre era francés, un soldado francés, un soldado colonizador francés que se había llevado a mi madre de Argelia a Francia, mi piel más clara que la suya, mi nombre más francés, y por ese motivo me pegaba, mucho más fuerte de lo que pegaba a los otros chicos al pasar entre los pupitres, la mano abierta contra el cogote, un capirotazo ardiente en la mejilla, con los ojos clavados en mí mientras recitaba una y otra vez las fechorías que los franceses habían perpetrado contra los argelinos, las mezquitas convertidas en catedrales, las tierras usurpadas y vendidas por una miseria a europeos egoístas, la lengua degradada, la religión prohibida y, peor, abandonada por obligación para convertirse en franceses. Y la hambruna. No olvidemos jamás la hambruna, chicos. Especialmente tú, Masson. Una colleja extra. No olvides jamás la hambruna, Masson. Debes recordar siempre cómo sufrió nuestro gran país a manos de los franceses, franceses que nos convirtieron en una versión de Francia, pueblecitos, viñedos, torres de relojes, cuando nosotros éramos nómadas, pastores, un país propio con orgullosas tradiciones, con nuestras lenguas antiguas, pero nada de eso se toleró, había que desecharlo todo, eliminarlo, ¿lo entendéis, muchachos? Entended que debéis proseguir con la gran lucha que supone ser hijo de argelinos.

Yo levanté la mano.

Pero mi padre es francés, dije.

Me arreó en el cogote, más fuerte de lo normal. Miré a mi madre, al otro lado de la mampara de plástico. Estaba leyendo y bebiendo té, con un pañuelo cubriéndole la cabeza.

George Walsh es un policía protestante de cincuenta y un años, casado y con un hijo. El martes 31 de julio está sentado en un coche sin distintivos frente a los juzgados de Armargh. Dos pistoleros del Irish National Liberation Army se acercan en otro coche y abren fuego. Walsh muere acribillado.

¿Has oído al cardenal, mamá?

No.

Exigiéndoles que detengan la matanza.

¿Tú crees que le harán caso?

No.

Yo tampoco.

Supongo que tiene que intentarlo, dijo Mairéad.

Supongo que sí.

Bean Uí Néill le pasó a Mairéad un canasto con ropa limpia.

Llévaselo a JP, ¿quieres? Lo oigo ahí con la grabadora.

Va a acabar loco de tanto escucharla, la cinta adelante y atrás, adelante y atrás.

Bean Uí Néill negó con la cabeza.

Un loco en la aldea, un loco en el acantilado, menudo veranito.

Mairéad cogió el canasto. Lo dejó en la silla de al lado de Masson.

Esto está listo.

Gracias, Mairéad. ¿Te apetece un café?

Claro.

Masson puso agua al fuego.

Se te ve cansada, Mairéad.

¿Ah, sí?

Ella sonrió.

Será culpa tuya.

Será.

Se recostó en la silla y encendió la grabadora.

Le gustas, JP, la atención que le prestas.

Disfruto haciéndolo, Mairéad.

La escucharon, la voz quebradiza, desgastada.

Está más delicada de lo que pensaba, dijo Mairéad. Más mayor.

Sí.

Y su lenguaje también es más viejo.

El irlandés está cambiando muy rápido, Mairéad.

Ella le dio una palmadita en la mano.

Ya está caliente, JP.

El agua burbujeaba, hirviendo. Masson preparó el café y dejó la jarra y un par de tazas en la mesa.

¿Lo quieres con leche, Mairéad?

Sí. Y azúcar.

Echó el azúcar y la leche y volvió a encender la grabadora. Escucharon mientras bebían.

Sabe muchísimo, dijo.

Bah, son chismes y disparates. Un cuento detrás de otro.

Es una testigo fiable, Mairéad.

Eso es verdad, JP. No se le escapa una.

Él alargó la mano y le recogió el pelo por detrás de la oreja.

Me ha dicho que has estado yendo a la caseta del inglés.

Mairéad dio un sorbo de la taza, agradecida de la dulzura del café.

He estado allí, y más allá, en los acantilados.

¿Y qué hacías?

¿Qué te importa a ti?

Me interesa.

¿Por qué?

Él sirvió más café. Ella se añadió su propio azúcar, su propia leche.

Estoy buscando a Liam, JP.

Masson se llevó la taza a los labios.

Por supuesto.

Bebió.

¿Y bien?

Y bien, ¿qué?

¿Lo has encontrado?

No, aún no.

¿Cada cuánto vas hasta allí, Mairéad, a buscarlo?

Depende. Más en verano que en invierno. En invierno no me alejo demasiado. Bajo a la ensenada, a la playa.

Siempre buscando.

Siempre.

¿Cuándo dejarás de hacerlo?

Cuando lo encuentre. O algún rastro de él.

Mairéad se puso de pie.

Gracias por el café, JP.

Masson vació el canasto de la colada y se lo devolvió.

¿Vendrás esta noche?

Como tú mismo has dicho, estoy cansada.

Él retomó su trabajo, invadió de nuevo la estancia con los sonidos de Bean Uí Fhloinn, protectora de la lengua, custodia, desafiante e indiferente a las convenciones de los estudios lingüísticos, esas que afirman que las mujeres cambian de idioma antes que los hombres para mejorar las oportunidades de sus hijos, para que estos tengan más opciones de ascender socialmente. Bean Uí Fhloinn no. Era una fiel de la lengua. Una guerrera lingüística. Tampoco mi madre, insistiendo en aquellas crípticas lecciones de árabe clásico cuando yo quería francés, hablar francés, leer francés, ser francés. No como era ella. Como es. Todavía ahí, en la quinta planta, frente a la ventana con vistas al mar lejano. Una mujer en tierra de nadie.

Cuando volvíamos a casa después de las lecciones, me contaba historias del resto de niños y de sus madres, con el cuerpo más tapado que el suyo y el francés menos pulido, de modo que hablaban el árabe de las calles de su infancia, y contaban cómo habían llegado a Francia, o dónde compraban la comida, o cómo lidiaban con el frío del norte, la lluvia del norte, cuando ellas estaban acostumbradas a la luz y al calor, pero a mí no me interesaban aquellas historias ni esos niños, esos compañeros de clase, porque yo ya tenía a mis compañeros, los que hablaban francés, niños con los que quería jugar, a los que quería conocer mejor, pasar tiempo con ellos en el parque, en el campo de fútbol, hablando francés como hablaban ellos, pero mi madre no me dejaba salir a jugar sino que insistía en esas lecciones, en esos niños,

esos niños buenos que estaban en clase y no por los parques jugando al fútbol entre palabrotas. Yo no quería a esos niños, esos niños suyos, pero era incapaz de decírselo a mi madre ya triste, a mi madre ya sola, no le podía decir que detestaba el árabe clásico, que detestaba a ese maestro, a esos niños, a esas mujeres con su ropa oscura, que era un niño de diez años demasiado débil para cargar con el peso de su decepción. Caminaba a su lado, callado. Plegándome al relato reiterado de su infancia, de los tiempos de antes de conocer a mi padre, de cuando estudiaba Literatura Francesa en la facultad católica, una argelina joven, hermosa, francófona, francófila, a punto de caramelo para cuando mi apuesto padre llegó con la guerra, con esa semilla de mí que sembró en su seno y que al crecer proclamó que había dejado de ser argelina, que ya no era uno de ellos, que ya no estaba a salvo porque era distinta, francesa, pensó ella, cuando embarcó para marcharse, para cruzar el Mediterráneo, para arribar al país de sus sueños, a punto de caramelo para Francia, como lo había estado mi padre para ella, con las lecturas y las ideas listas para los cafés plagados de intelectuales, para la política a pie de calle, para las conversaciones y debates en torno a la mesa, en la cena, en el almuerzo, en el desayuno, para hablar de libros, de películas, de teatro, pero solo encontró silencio, aislamiento, en ese apartamento de la quinta planta que él, el soldado francés, había conseguido para su nueva familia. Aunque ya no era soldado, sino un mecánico que reparaba coches, un experto en la limpieza profunda de carburadores, lo que la convirtió a ella en una experta en la eliminación de manchas de aceite del mono de trabajo, uno limpio cada día, con su nombre en el bolsillo de la pechera, y el de mi madre en ninguna parte más que en las cartas que iba recibiendo, pocas, de su familia de Argelia, una mujer de la periferia, esperando a que su hijo comenzara la escuela para conocer al fin a mujeres francesas, entrar en casas francesas, formar parte de vidas francesas, comidas y veladas francesas, pero lo único que encontró fueron las conversaciones correctas en la puerta

del colegio, sobre niños y deberes, sobre torneos de natación y fiestas de cumpleaños, nada de libros, ni de teatro, ni de política, y eso la fue reduciendo, y a mí con ella, a la colonia argelina en Francia, a los periódicos y los libros árabes, a los pañuelos y las faldas largas para poder hablar de política con los tenderos, con los ancianos y con sus hijos tras la caja registradora, intercambiar noticias sobre política, historias y recuerdos del hogar, riendo y sonriendo con ellos como no había sonreído nunca con mi padre, que ya no era mecánico de coches sino empleado de Correos, un funcionario del Estado francés que le decía a gritos que se acortase las faldas, que se quitase el pañuelo, que estaba casada con un francés, que ese matrimonio la convertía a ella en francesa. Pero yo no soy francesa, respondía ella. No soy nada. En ninguna parte. Una mujer en tierra de nadie. Estás en mi país, en mi casa, nada de faldas largas, nada de pañuelos. Mi madre acortó las faldas, pero siguió entrando con pañuelo en esas tiendas en las que los hombres le recomendaban clases de árabe para su hijo, en las que los hombres me hablaban en árabe y yo les respondía en francés.

Paul Reece, radioperador de diecinueve años, y Richard James Furminger, artillero también de diecinueve años, forman parte del destacamento del Ejército enviado a South Armargh para inspeccionar el vehículo calcinado que se usó en el atentado contra el agente de Policía George Walsh.

Es el jueves 2 de agosto. Paul Reece, natural de Crewe, Inglaterra, y Richard James Furminger, de Colchester, Inglaterra, llevan nueve días en Irlanda del Norte.

El IRA ha instalado una bomba con 180 kilos de explosivos en una alcantarilla próxima al vehículo calcinado.

Una vez finalizada la investigación, el Ulster Defence Regiment escolta al destacamento por la carretera que une Armagh y Moy, cerca de la frontera irlandesa. Los jovencísimos soldados viajan en un Land Rover en el centro del convoy. La bomba del IRA estalla. El Land Rover cae en el cráter provocado por la bomba. Los pistoleros del IRA abren fuego contra los ocupantes del Land Rover y acaban con la vida de los dos adolescentes.

No le están haciendo mucho caso al cardenal, dijo Mairéad.

No, respondió Bean Uí Néill. Igual se lo hacen al papa cuando venga el mes que viene.

Puede que sí, mamá. Puede que no.

Mairéad restregó las patatas.

¿Tú irás a verlo, mamá?

Bean Uí Néill negó con la cabeza.

Demasiado lejos para mí, Mairéad.

Se dio unas palmadas en el pecho, en la cabeza.

Yo ya lo llevo dentro, Mairéad. Mañana, tarde y noche.

Una mujer de Belfast Oeste llama a la Policía el jueves 2 de agosto diciendo que han entrado en su casa a robar. Cuenta que acaba de volver de vacaciones y está alterada por el descubrimiento. La Policía verifica la identidad de la mujer y manda a dos agentes a investigar.

Los agentes llegan a la casa, en Clondara Street, que hace esquina con Falls Road. Están bajando del Land Rover cuando el IRA abre fuego desde la ventana superior de un domicilio en la acera contraria y mata al agente Derek Davidson, de veintiséis años, protestante, casado, padre de una niña de cuatro años y natural de Edimburgo.

Lloyd se levantó temprano, despertado por la luz que se colaba en la caseta. Se vistió deprisa y salió a atrapar el sol que se alzaba en ese momento del océano, la bola de fuego rojo despuntando sobre la superficie del mar quieto, esparciendo carmesí, escarlata, bermellón, despertando a los pájaros de los acantilados rocosos
monjes emplumados
en su coro catedralicio
Dibujó a lápiz
los paganos en los maitines
anunciando
al cristo sol
Dibujó hasta que el sol se encaramó sobre el mar y los colores se aposentaron en azules, amarillos y blancos poniendo fin a la interpretación matutina. Se quedó un rato más, respirando hondo, el aire fresco limpiándole los pulmones, y luego regresó a la caseta, vacía de Mairéad, a pesar de la intensidad de la luz. La dibujó de todos modos, imaginando cómo habría caído la luz sobre su cara, sobre los contornos de sus pechos, de sus caderas.
Desayunó té y gachas, leche suficiente para ambas cosas, reunió sus bártulos y se marchó a los acantilados. James ya estaba allí, tumbado con la tripa asomando por el filo, bloc y lápiz en mano.
Qué pronto, James.
Quiero esta luz, dijo.
Hoy es buena.
La forma en que centellea el sol en las rocas, señor Lloyd.
Lloyd plantó el caballete con un lienzo pequeño y pintó el sol sobre el mar, los pájaros, la hierba. Luego cambió al lápiz y dibujó a James tumbado bocabajo con el bloc y el lápiz.
serie isleña: el aprendiz del artista
Trabajaron en silencio, cada uno aislado en sus intentos por dibujar, y luego pintar, y luego dibujar otra vez la caída de la luz sobre el agua, las rocas, el ondular del viento en los matojos de hierba, por entre las

alas de las gaviotas y los cormoranes que remolineaban en el cielo.

A las once James sacó un termo de té, ya con leche, dos tazas y pan con mantequilla y mermelada. Se sentaron juntos y contemplaron el mar, los pájaros escorando y zambulléndose.

No te importa, ¿verdad, James?

¿Importarme qué?

Que pinte a tu madre.

James se encogió de hombros.

No soy yo quien tiene que preocuparle.

¿Tu abuela?

No, ella no sabe lo de mamá. Todavía no, al menos.

Entonces, ¿de quién tengo que preocuparme?

De Francis.

Lloyd sirvió más té.

¿Y eso por qué? ¿Qué tiene que ver con él?

Más de lo que cree.

Francis me da igual.

No debería.

¿Por qué?

Es el hermano de mi padre.

Lloyd negó con la cabeza.

Francis no me importa, James. Pero tú, como hijo, ¿qué piensas?

Yo soy irrelevante.

¿Cómo vas a serlo?

Yo tengo mi vida y ella la suya.

Eso es muy maduro por tu parte.

¿Sí? Ella me deja en paz y yo la dejo en paz.

Yo nunca conseguí eso con mi madre.

Igual es que tenían una casa grande. En una casa pequeña de una isla pequeña no hay más remedio.

Puede que eso tenga algo de cierto.

¿Aún vive?

Sí, los dos, pero casi no los veo.

¿Y su mujer? ¿Cuándo la verá?

Haces muchas preguntas, James.

Usted lo sabe todo de nosotros. Ahora me toca a mí preguntar.

Es justo.

Bueno, ¿y cuándo verá a su mujer?

La veré cuando vuelva a Londres.

¿Ahora está en casa?

Puede. Seguramente no.

¿Dónde está entonces?

Vivimos juntos por temporadas.

¿Y las otras?

Está con otro hombre.

Ah.

La cosa no acaba aquí.

¿Qué más, señor Lloyd?

Prefiere su trabajo al mío.

James negó con la cabeza.

Eso es chungo.

Se rieron los dos.

Yo prefiero su trabajo.

No has visto el del otro.

Prefiero el suyo igualmente.

Eres muy amable, James.

Y leal, señor Lloyd.

Sí, eso también, James. Muy leal.

Pero creía que estaba usted casado.

Yo también lo creía.

¿Y no lo está?

Sí y no.

Me he perdido, señor Lloyd. Mi madre estaba casada. Ahora ya no. Las personas o están casadas o no lo están.

Igual estoy medio casado. A veces lo estoy. Otras no.

Entonces su mujer también está medio casada.

No, James. Ella siempre está casada. Medio casada conmigo, medio casada con él. O sea, que siempre está casada.

¿Y usted qué prefiere? ¿Estar medio casado o medio no casado?

Buena pregunta, James.

Lloyd se sacudió las migas del pecho.

No lo tengo claro, James. A veces echo de menos estar casado y otras veces no.

James se puso de pie y se acercó al caballete.

Es muy bueno, señor Lloyd.

Eso espero.

Ahora entiende la luz mucho mejor.

Tienes razón, James. Así es.

¿Lo ve?, soy útil.

Sí que lo eres, James.

Tendría que incluir este en la exposición, señor Lloyd.

Puede. Veremos al final del verano. Ya decidiremos entonces.

James se echó a reír.

¿Qué pasa?

Por eso montará la exposición, señor Lloyd.

No lo entiendo.

Su mujer.

¿Qué quieres decir?

Una media exposición para un medio marido.

Lloyd sonrió.

Tienes razón, James. Por eso la montará.

James guardó el termo y las tazas, el paño en el que había traído envuelto el pan, y volvieron los dos a su trabajo, a su silencio.

William Whitten, de sesenta y cinco años, fallece en el hospital el viernes 3 de agosto a causa de las heridas sufridas en junio, cuando el IRA atentó con bombas contras cinco hoteles en Irlanda del Norte. Este hombre de negocios, protestante, ya jubilado, nacido en el condado de Clare, en la República de Irlanda, estaba de vacaciones con su esposa en el hotel Marine de Ballycastle, en el condado de Antrim, cuando estalló la bomba el 19 de junio.

Mairéad abrió la puerta de la caseta. Lloyd seguía en la cama.

Gabh mo leithscéal.

Él sacudió la cabeza para desperezarse.

Perdón, dijo ella.

Está lloviendo.

Sí.

No hay nada de luz, Mairéad. Tienes que venir cuando haga sol.

Ella se encogió de hombros, con la lluvia goteándole del pelo.

Tá mé anseo anois.

Lloyd se vistió.

¿Qué quiere decir eso?

Estoy aquí ahora.

Sí. Sí, aquí estás.

Se puso las botas, pero en lugar de atarse los cordones comenzó a dibujar mientras la lluvia goteaba todavía de los cabellos a los hombros de Mairéad. Pasó la página y colocó una silla en mitad de la cocina, bajo la ventana, con los cordones chasqueando contra el suelo al caminar.

Siéntate aquí.

Ella se sentó.

Y quítate la ropa. Solo la parte de arriba. Déjate la falda puesta.

Ella negó con la cabeza.

Ní thuigim. No entiendo.

Lloyd se llevó las manos a la cintura y luego las alzó por encima de la cabeza.

Á, tuigim.

Dibujó las gotas de lluvia cayéndole en los pechos, la luz gris escindiéndose en las perlas de agua. Dibujó su pelo apelmazado por la lluvia. Y su cara, humedecida.

serie isleña: mujer después de la lluvia

Trabajaba rápido, pero terminó tirando el bloc al suelo. Se ató los cordones y salió. Volvió con tres plumas de gaviota y se las dio a

Mairéad.

Sostenlas, dijo. En la mano derecha.

Ella las cogió, y entonces él dio un tironcito de su falda, esa antigua prenda de lana roja de su madre. Mairéad se levantó. Lloyd soltó los broches de los lados y le subió la falda hasta que la cinturilla quedó por debajo de los pechos. Le indicó que colocara la espalda hacia el lado derecho de la silla, y ella se sentó. La inclinó apoyada sobre la cadera izquierda y le colocó la mano del mismo lado, plana sobre el asiento.

¿Estás bien?, preguntó.

Bien, respondió ella.

Dibujó.

serie isleña: mujer con plumas, a lo gauguin

Ya puedes vestirte.

Mairéad recogió la ropa y sacó un frasco lleno de leche de un bolsillo.

Para nuestro té.

Buena idea. Gracias.

Se sentaron en dos sillas a tomar el té y miraron el retrato de Mairéad con plumas.

Es precioso.

Gracias.

Señaló el nombre de Gauguin.

Céard é sin? Cé hé sin?

Es un pintor. Francés. Te enseñaré sus obras. En la cabaña.

Ella asintió.

Nuair a bheas tú ar ais. Cuando vuelvas.

Mairéad se marchó y él siguió dibujando, ignorando el hambre, agradecido por la lluvia que mantenía a James alejado

no era para él

para los ojos del hijo

mientras dibujaba las curvas de sus pechos, de sus caderas, los rizos de sus cabellos, y extraía de ella, de sí mismo, una belleza que no había

anticipado, que no había sentido corriéndole por los dedos desde hacía muchos años, por lo menos diez, cuando dibujó por última vez a Judith, cuando ella era más joven, tan joven como Mairéad, los dedos y el cuerpo latiéndole mientras creaba sus contornos y se afanaba en cada porción de ella, el pelo, los ojos, nariz y labios, los hombros, pechos, vientre y nalgas, el vello púbico, las uñas, las caderas, muslos, pantorrillas, los tobillos, pies y dedos, abriéndose camino por su cuerpo, internándose en ella, una hora tras otra de dibujo y luego pintura, ajustando los colores a su piel, a las pecas, a las manchas, a su belleza, concentrado nada más que en el trabajo durante semanas, prohibiéndole verlo hasta que estuviera acabado, a la esposa artista, conocida por su habilidad con los patrones y las formas, mientras que él era conocido por el dibujo, por los colores y los tonos, convencido de que ese retrato de su esposa artista les reportaría atención, fama, dinero, lo bastante para sacarlos de ese sótano en el que reían, echados en la cama, él dentro de ella, una sola entidad, decía Judith, el artista perfecto, decía Lloyd, las dotes de ambos fusionadas en uno, en una pareja de artistas que dominaría la escena artística, ese cuadro suyo, una presentación, una tarjeta de visita que al fin, por último, terminó, tras semanas de trabajo, y le mostró, tumbado en el suelo a sus pies; pero ella negó con la cabeza, lo despachó con la mano, aseguró que era demasiado convencional, demasiado tradicional para el impulso que necesitaban crear. Demasiado predecible. Demasiado aburrido. Un retrato, sí, pero nada más.
Nada más que una fotografía
la condenó
a mí
a nosotros
Se pasó a los paisajes
que se guardaban
sus opiniones
y ella se fue alejando, aburrida de esa sutileza suya, del discreto matiz

de su trabajo, y se quedó con el arte escandaloso, asertivo, osado, llamativo que había empezado a venderles a los ricos, a los de los áticos y las casas reformadas, rediseñadas y remodeladas de Knightsbridge. Y empezó a buscar también un marido más escandaloso, un hombre que quisiera lo mismo que quería ella, uno detrás de otro hasta que lo escogió a él, un modernista, comprometido, destinado a un éxito seguro, el nuevo medio marido, protagonista de la primera exposición individual de su nueva galería, el antiguo medio marido desterrado de la ciudad del arte y viviendo solo, aislado, en una isla, comiendo patatas y pescado, dibujando a una mujer que no era su esposa, ni su medio esposa, ni su nada esposa, y con la que iba creciendo sin embargo una intimidad con cada toque y cada giro de su muñeca, del lápiz, del carboncillo, el medio marido alumbrando obras para desconcertar a su medio esposa

belleza revelada

suya

mía

Eamon Ryan trabaja como funcionario en Dublín y ha regresado a pasar las vacaciones a su ciudad natal, Tramore, en el condado de Waterford, con su mujer y sus dos hijos. Tiene treinta y dos años.

El martes 7 de agosto entra en el banco con su hijo de dos años y medio. Cuatro hombres del IRA, armados y enmascarados, irrumpen en el banco exigiendo dinero.

Eamon Ryan intenta salir del banco con su hijo y otros clientes. Un pistolero lo empuja de nuevo adentro y le dispara a bocajarro. El niño se queda a su lado, sentado junto al cuerpo de su padre mientras continúa el asalto.

James le llevó a Masson una taza de té y una rebanada de pan.

Go raibh maith agat.

De nada, respondió James.

Deberías hablar en irlandés conmigo, James.

¿Por qué debería, JP?

Es la lengua de tus antepasados.

Igual que el inglés. Desde hace siglos, JP.

En esta isla no.

James se encogió de hombros.

De todas formas, yo me marcho. Me voy a Londres.

Ya me he enterado.

Voy a hacer una exposición con el señor Lloyd.

Serás mundialmente famoso, Séamus.

Sí. Y me llamaré James.

Se fue. Masson volvió a su trabajo, al abandono del irlandés en la isla, acelerado por la llegada del artista angloparlante, los cambios más evidentes, los de Mairéad y James, dado que la primera ahora habla inglés esporádicamente y James lo usa de manera regular en respuesta a preguntas y comentarios en irlandés, como hacía yo en aquellas tiendas, los padres y los hijos tras la caja registradora, mi madre enojada al oírme responder en francés, enfadada por la insolencia de su hijo con esos hombres amables, educados, que solo pretendían incluirme en la conversación mientras yo, por el contrario, solo quería parecerme a los franceses de ese café por el que pasaba todas las mañanas camino del colegio, mi padre entre ellos, apoyado de lado en la barra de cara a la calle, con el café de la mañana servido, un cigarrillo colgando del gesto torcido del labio inferior, saludando a la gente al pasar, con la cabeza, la mano, un hola, según estimara la relación, conocido, vecino, amigo. A mí me saludaba con la mano. Su hijo medio francés. A mi madre, con la cabeza. Su mujer no francesa, de la que despotricaba por las noches, después del trabajo. De cómo cocinaba, cómo vestía, cómo olía, cómo leía, le decía gritando que se

avergonzaba demasiado de ella para llevarla con sus amigos, con su familia, vestida así, hablando así, oliendo así, que le estaba cerrando puertas en Correos, sus posibilidades de ascender, porque los puestos de gestión se los daban a los cagados que se habían quedado en casa y se habían casado con mujeres francesas mientras él iba a la guerra, a los cagados que trepaban a los despachos de arriba, a coches más grandes, a nóminas más altas, que se ponían gordos y se volvían engreídos, indiferentes a su posición de soldado condecorado, indiferentes, cuando tendrían que darle las gracias de rodillas por su servicio al país, por poner su vida en peligro contra los salvajes en Argelia, esos nómadas sucios que salieron de las arenas del desierto para exigir la independencia de Francia cuando era Francia la que había asfaltado sus calles, educado a sus hijos, construido sus ciudades, sus ayuntamientos, sus escuelas, hospitales, casas, la que los había provisto de agua, de instalaciones sanitarias. Todo eso lo había construido Francia. Y ahora le gritaba. A ella. A mí. Gritos. No había nada antes de que llegase Francia, nada, ni váteres, su furia clavándome al suelo, en un lugar a medio camino entre él, sentado a la mesa de la cocina, y mi madre, en el fregadero lavando platos, y sus ojos cerrados me decían que no hablase, que me guardara lo de los padres y los hijos tras la caja registradora, lo del árabe que estaba aprendiendo, lo de ese hombre argelino que me estaba enseñando gramática, historia y política, que me guardara lo de las lecciones bisemanales de las que mi padre no sabía nada, porque mi madre procuraba que estuviésemos en casa antes de las siete, en casa antes que él, el frío del invierno evaporado ya de nosotros, de los abrigos, de nuestra piel, la cena preparada, lista para comer a las siete, cuando entraba rezumando bilis, y los ojos cerrados de mi madre diciéndome que me quedara quieto mientras cargaba contra ella, la puta del pueblo que se había lanzado a los brazos de un soldado tras otro, usando su belleza para cazar a un francés, un francés tonto que se enamorara de ella y la sacara de aquel agujero de país. Yo soy ese

idiota, gritaba. El tonto que se arrastró entre tus piernas. Yo soy ese pringado. Me pringaste bien. Y ahora esto soy, así vivo, un hombre sin porvenir, un hombre casado con una puta de ese agujero de país.

Tengo que hacer los deberes, decía yo, y me metía en mi cuarto a hacer los deberes que ya tenía hechos.

William Arthur McGraw está en el pub la noche del viernes 10 de agosto. Es protestante y vive a las afueras de Garvagh, un pueblo situado en South Derry. Tiene veintinueve años y es albañil. Tres de sus hermanos son miembros del Ulster Defence Regiment. Otro es funcionario de Prisiones.

Alguien se ofrece a llevarlo en coche. Acepta. Se detienen frente a la casa. Cuando sale, uno de los hombres lo llama desde dentro del coche. Se da la vuelta y recibe diez disparos en la cara, el pecho y el resto del cuerpo.

Su padre lo encuentra muerto en la puerta.

Mairéad llevó la ropa limpia a la cabaña de Lloyd. La dejó sobre la mesa de la cocina y se puso a curiosear los libros porque James estaba en los acantilados y el inglés en su caseta. Encontró a Gauguin, abrió el libro y se tambaleó, sin aliento casi por la vitalidad de las obras, de las mujeres, de sus cuerpos, tan cómodas consigo mismas, con la mirada del artista pintándolas. Apoyó el libro sobre la mesa y fue pasando las páginas para contemplar los cuadros, los dibujos, fascinada por los amarillos, los naranjas, azules, rosas, rojos, por la hierba azul y el cielo amarillo. Llegó al final y empezó de nuevo. Devolvió el libro al estante, pero al día siguiente temprano lo cogió y se lo llevó a la caseta, y al llegar, aunque la luz era otra vez gris, lo despertó. Preparó té mientras él se vestía y avivaba el fuego. Se sentaron juntos delante de la turba ardiendo, mirando los cuadros, bañándose en su calidez, mezclándola con la calidez de las llamas, del té.

Lloyd levantó la vista a las ventanas.

La luz está mejorando, Mairéad.

Go maith. Bien.

Cogió el colchón de la cama. Mairéad se desvistió y se tumbó, medio tapada con la sábana.

Bien pensado, ponte de pie, dijo él.

Mairéad apoyó las manos en el suelo y se levantó. Lloyd señaló sus bragas, el algodón blanco grisáceo por los lavados, por años de uso.

No queda bien.

Retiró la funda de la almohada y se la acercó.

Tengo las manos frías, se disculpó.

Le envolvió las caderas con la funda de almohada y la remetió en la cinturilla de las bragas.

No es perfecto, pero servirá.

Ella negó con la cabeza.

No. No bien.

Alargó la mano hasta su ropa y cogió el pañuelo verde. Se lo echó en

torno a las caderas. Lloyd aplaudió.

Perfecto.

Le puso las manos en las caderas para colocarla ligeramente de lado, en un ángulo que dejaba la derecha más cerca de él que la izquierda. Levantó los brazos.

Así, como cogiendo una manzana del árbol, Mairéad.

Alzó los brazos, y él comenzó a dibujar.

serie isleña: mujer cogiendo una manzana, a lo gauguin

Y levanta la barbilla, Mairéad. Para mirar la manzana.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás.

Eva en el Jardín del Edén, dijo.

Ní thuigim.

Eva. Jardín. Manzana.

Mairéad sonrió.

Tuigim. Entiendo.

Se miró las manos, agrietadas y enrojecidas de limpiar, las cutículas abiertas, la piel inflamada en sarpullidos, sensible, a veces dolorida, la crema de manos del tubo amarillo un simple barniz al final del día, una capa de lustre, cuando yo lo que necesito es una loción que repare, que penetre bajo la piel, como penetra él ahora con el lápiz, más a fondo que antes, y su respiración más profunda, los ojos más concentrados.

Levanta un poco más los brazos, Mairéad.

Ella lo hizo.

Pero sin estirar los codos.

Mairéad dobló los codos.

Así. Perfecto. Gracias.

Penetrando. Hurgando. Más y más adentro. Y quiero que dé con ella, Liam. Que la encuentre. Esta cosa mía. Que no sé lo que es, solo que está. En alguna parte. Enterrada en lo más hondo de mis pechos, de mi vientre, de la ingle. Quiero que la descubra, esta cosa, esta cosa que soy yo, más allá de la belleza que todo el mundo ve, más allá de eso,

más allá de lo que ve mamá, de lo que ve James, de lo que ve Francis, de lo que ve JP, de lo que JP cree que ve, más cerca de aquello que tú viste, Liam, hace tantos años, la verdad de lo que yo era entonces; quiero que lo descubra, que se haga con ello y se lo lleve. Lejos de aquí.

Lloyd echó tres pedazos de turba al fuego para aplacar la piel de gallina de Mairéad.

Solo diez minutos más, Mairéad.

Ella asintió, aunque le dolían los brazos.

Lejos de aquí, a las paredes blancas de una galería de Londres, hombres y mujeres, con vino blanco, vino tinto, gin-tonic, un toque de limón, se detienen delante de mí, el último tema del artista, su motivo, una hermosa criatura descubierta en una isla irlandesa remota, un lugar tan alejado de la civilización que tuvo que cruzar a remo en un bote artesanal, un viaje traicionero tras el que no esperaba encontrar más que feos vejestorios con sus maridos desdentados, pero sin embargo encontró belleza, la joven dormida, Eva en el jardín, la mujer sentada, la mujer echada, la mujer después de la lluvia, y ellos, esos hombres y mujeres tan sofisticados de Londres, brindarán por él, por su valentía, por su atrevimiento, le besarán las mejillas, le estrecharán la mano, al gran pintor, este gran pintor inglés, este gran pintor inglés de mujeres irlandesas, y esta obra que condensa la exótica espiritualidad de los irlandeses en esa extensión de mis brazos hacia la manzana imaginada, mis pechos, mi vientre y las vetas plateadas de la gestación de mi hijo alzándose y extendiéndose conmigo.

Lloyd cogió otra hoja en blanco.

serie isleña: mujer cogiendo una manzana

Hurgue más a fondo, señor Lloyd, aunque se pondrán rabiosos, Francis y mi madre, furiosos cuando sepan que he posado así para usted, para un inglés. Posando en bragas, Mairéad, con los brazos levantados para coger una manzana imaginaria. ¿Cómo has podido? Tumbada, tapada

con una sábana, los ojos cerrados, vulnerable en ese sueño, pero adorada por el artista, vigilada mientras dormías, protegida, eso lo podríamos tolerar, podríamos hacer la vista gorda, como la hacemos con lo tuyo con JP, pero posar así como has posado, con un pañuelo de nada encima de las bragas, eso es otra cosa, Mairéad. Posar así para un inglés, para un público inglés, eso pasa de castaño oscuro, Mairéad.
Lloyd tiró el bloc al suelo. Luego el lápiz. Se levantó.

Ya está, dijo. Se acabó.

Ella se agachó y pasó las páginas para verse como la veía él.

Es bueno.

Quedará magnífico, Mairéad.

Ella pasó más páginas.

Pero todavía no. No listo.

Lloyd negó con la cabeza.

Estoy de acuerdo. No está listo aún. No te tengo todavía.

Ella recogió la ropa y empezó a vestirse. Él puso agua a hervir.

¿Tomarás té?

Sí.

Se sentó en una silla y se subió las medias mientras Lloyd se ponía a silbar. Salió de la caseta y él la siguió y le tendió una taza. Se sentaron uno al lado del otro, de nuevo contemplando el mar de la mañana, los pájaros de la mañana.

Esta podría ser mi mejor obra, Mairéad.

Tá áthas orm.

¿Qué significa?

Me alegro. Pero más por hacer.

Lloyd sonrió.

Sí, Mairéad. Más por hacer.

Ella le devolvió la taza.

Gracias por venir hoy, Mairéad.

Se dio la vuelta, camino de la aldea.

Mañana, dijo ella. Aquí.

Él se echó a reír.

Sí, Mairéad. Mañana. Aquí.

Y luego, cuando ella empezó a alejarse, le gritó.

Dile a James que me avise cuando llegue Micheál.

Ella se despidió con la mano.

Tengo que hablar con él, con Micheál.

Mairéad volvió por el acantilado, por entre la hierba saturada de rocío y de hebras de telaraña recién tejida reluciendo al sol matutino. Soltó a las gallinas y entró a por los huevos, algunos calientes, la mayoría ya fríos. Los fue colocando en el faldón del cárdigan, una docena en aquella hamaca de lana tejida con punto de garbanzo y diamantes, mientras el aire frío de la mañana empezaba a refrescarle la tripa.

Llegas tarde, Mairéad.

No me he dado cuenta de que iba tan lejos.

Bean Uí Néill resopló.

Un poco más lejos y terminas en el mar.

He perdido la noción del tiempo.

Pon la mesa, Mairéad. Corta el pan.

Una docena de huevos hoy, mamá.

Al menos las gallinas sí que hacen lo que les toca.

Mairéad se sacó los huevos del cárdigan y los puso en un cuenco de madera.

Son buenas gallinas, desde luego.

Bean Uí Néill echó agua en la tetera.

¿Has visto al inglés?

No, he ido hacia el otro lado.

¿Cómo ha ido el paseo?

Había una luz preciosa, mamá. La forma en que cae en el mar.

Bean Uí Néill dejó la tetera en la mesa.

Empiezas a hablar como el inglés ese.

Mairéad se encogió de hombros.

JP llegará enseguida, dijo.

Muerto de hambre, para variar, respondió Bean Uí Néill.

Come mucho.

Y ni un gramo de grasa.

No.

Es todo piel y huesos. No tiene nada más.

Nada de nada, mamá.

Mairéad repartió los platos, cuencos, tazas y cubiertos por la mesa. Desenvolvió el pan y empezó a cortarlo, primero el blanco, luego el negro. Cogió la mantequilla, la mermelada y la leche y llamó a James. El chico llegó a la mesa vestido, pero con el pelo revuelto, con restos de pintura en un lado del cuello. Mairéad se mojó el dedo de saliva y se la restregó. James se apartó.

Para, mamá. Da igual.

Tienes que asearte como es debido.

¿Para qué? Si hoy me voy a volver a manchar.

Masson se sentó en su sitio habitual del desayuno, al lado de James y enfrente de Mairéad. Bean Uí Néill sirvió cuatro cuencos de gachas. Comenzaron a comer.

¿Qué plan tienes para hoy, Séamus?

Me llamo James, y no tengo ningún plan.

¿Y tú, JP?, le preguntó Bean Uí Néill.

Yo trabajaré y luego iré a dar un paseo por los acantilados.

Tendrías que ir a ver al señor Lloyd, le dijo James.

Hoy no estoy de humor para enfrentamientos, Séamus.

Mairéad sirvió el té y bebió.

¿Estás bien, Mairéad? Te veo pálida.

Estoy bien, JP. Solo cansada.

Mairéad siempre está cansada, dijo Bean Uí Néill. Se acuesta demasiado tarde, se levanta demasiado temprano.

Debe ser eso, respondió Mairéad.

¿Qué tiempo dan para hoy, Bean Uí Néill?

Hoy bueno, JP, pero luego, esta semana, se pondrá feo. Yo creo que

Micheál y Francis estarán aquí hoy o mañana.
Mairéad recogió los cuencos vacíos, las cucharas usadas.

Tienes que ir a buscar al señor Lloyd cuando aparezca Micheál.

¿Por?

Quiere verlo.

¿Cómo lo sabes?

Mairéad recogió la loza.

Lo ha dicho él.

¿Cuándo?

Se volvió a la recocina, al fregadero, el francés se volvió a su cabaña, a su mesa, y James se volvió al taller, a trabajar en el caballete. Su quinta pieza para la exposición. Un retrato de tres mujeres, su madre a la derecha, con la labor, la abuela en el centro, con la tetera en las manos, y su bisabuela a la izquierda, con su pipa. *Mná na hÉireann.* Mujeres de Irlanda. A lo Rembrandt. Las tres mirándome como los síndicos de los pañeros, rojo en las faldas, negro en los pechos, tocadas con chales oscuros, aunque mi madre lleva el pelo al aire. Las tres clavándome la mirada, el único hombre de la casa y está a punto de irse, de salir por patas para vivir como quiere vivir, una vida que no tenga nada que ver con las suyas, nada que ver con cazar comida, preparar comida, comer comida, dormir, levantarse por la mañana y hacer lo mismo, cada día igual que el siguiente, abandonado en un peñasco gris, repitiendo el ciclo una y otra vez, sin parar. Me marcho. Lejos de la joven viuda isleña, de la viuda isleña de mediana edad, de la viuda isleña anciana, tres viudas isleñas tejiendo, bebiendo té, fumando en pipa. Y esperando. Esperando a que sus hombres salgan del mar. Que sus vidas echen de nuevo a andar.

Micheál y Francis pasaron por delante de la ventana del taller cargados con cajas, las mujeres detrás. Francis miró adentro y dio unos golpecitos en el cristal. Llamó con señas a James. Él negó con la cabeza. Francis golpeteó más fuere. James suspiró, dejó el pincel y fue con ellos a la cocina. Francis tenía dos libros en la mano, uno de

dibujo y el otro de arte europeo.

Supongo que son para ti, James.

El de dibujo.

Francis se quedó parado, todavía con los dos libros en alto.

¿Solo uno?

James cogió el libro sobre dibujo.

Entonces, ¿para quién es el otro?

Mairéad se acercó.

Para mí, dijo.

Francis se echó a reír.

¿Para ti?

Sí, Francis. Para mí.

Francis abrió el libro.

¿Y para qué quieres tú un libro como este?

Dámelo, Francis.

Tú no sabes nada de este rollo, Mairéad.

Pasó las páginas, despacio, una y luego otra.

Aquí salen mujeres desnudas, Mairéad.

Dame el libro, Francis.

¿Sabías que salían mujeres desnudas?

Es arte, Francis.

Él la imitó, burlón.

Es arte, Francis.

Pasó de un plumazo las páginas del libro.

¿Tú lo sabías, Bean Uí Néill, que tu hija está trayendo retratos de mujeres desnudas a la isla?

No, Francis.

Él negó con la cabeza.

Esta no es manera de hacer las cosas, Mairéad.

Cerró el libro. Se lo tendió.

Espero que no le estés lamiendo el culo a ese artista inglés.

Ella cogió el libro. Lo dejó en el aparador y sacó el resto de la compra.

Mandó a James a buscar a Lloyd.

Quiere hablar contigo de algo, Micheál.

Los dos hombres se sentaron a la mesa de la cocina a esperar. Bebiendo té. Fumando cigarrillos. Las mujeres pelaron patatas y lavaron col en la recocina. James volvió con Lloyd. Se sentaron. Mairéad sirvió té recién hecho.

Necesito un lienzo, Micheál, dijo Lloyd.

¿Para pintar?

Sí.

¿Y dónde encuentro eso, señor Lloyd?

Hay una tienda en Dublín.

Micheál se echó a reír.

No he estado jamás en Dublín, señor Lloyd.

Estoy seguro de que pueden mandarlo. He anotado el nombre de la tienda.

Le pasó un pedazo de papel.

Llamaré cuando vuelva a cruzar.

Gracias.

¿Qué tipo de lienzo, señor Lloyd?

Grande, sin bastidor, para óleo. El mejor que tengan.

¿Qué es grande?, preguntó Micheál.

Metro cuarenta por tres setenta y cinco.

Micheál dejó la taza en la mesa.

Eso va a ser imposible, señor Lloyd.

Le pagaré un cincuenta por ciento más de lo que cueste en la tienda.

Micheál sonrió.

Me parece justo, señor Lloyd. De acuerdo entonces. Haré lo que esté en mi mano.

Y también necesito madera. De dos y medio por cinco. Lo bastante para enmarcar el lienzo y reforzarlo con seis o siete montantes. Y una caja de clavos cortos. De los finos.

Eso no es problema, señor Lloyd.

Gracias.

Lloyd se levantó.

Lo necesito para la semana que viene.

Se marchó, y Micheál hundió la cabeza entre las manos.

Este tipejo.

Bean Uí Néill se rio.

Mucha suerte con ello, Micheál.

Entiendes el inglés mejor de lo que pensaba, Bean Uí Néill.

Lo bastante para reírme de ti.

Demasiado bien te lo estás pasando, Áine Uí Néill. ¿Dónde se supone que voy a encontrar un lienzo de ese tamaño? Es enorme.

Puedes ir en bus a Dublín, Micheál. Y llevarlo a la espalda hasta casa.

Le podría decir que no lo he encontrado.

¿Y perder todo ese beneficio? Tú no vas a hacer eso, ¿a que no, Micheál?

No, Áine. No voy a hacer eso.

Francis abrió el libro sobre dibujo, que seguía en la mesa. Pasó las páginas lentamente.

¿Qué va a hacer con el lienzo, James?

No lo sé.

Estás todo el día con él.

No tengo ni idea de lo que está haciendo, Francis.

¿Y tú, Mairéad? ¿Qué sabes?

Ella se encogió de hombros.

¿Qué iba a saber yo, Francis?

Alguna vez lo tienes que ver. Por allí. En tus paseos por los acantilados.

Yo voy hacia el otro lado.

Francis señaló los dibujos enmarcados que se extendían por dos de las páginas del libro.

Los dibujos que salen aquí son pequeños, dijo. El lienzo que quiere

él es enorme.

Cerró el libro y dejó la mano derecha apoyada encima.

Este plan no me gusta.

Igual está pintando los acantilados, dijo Micheál. Como dijo que haría.

Tendría que pintarlos desde una barca, dijo James. Para tener perspectiva.

Francis resopló con desdén.

Perspectiva, los huevos.

James estaba callado.

Con la perspectiva no se pescan peces, dijo Francis. No les da de comer a tu madre y a tu abuela.

Bean Uí Néill le sirvió té y dejó una rebanada de pan en su plato. Él le sonrió y dio un bocado.

¿Qué daño va a hacer?, dijo Micheál.

Mucho daño, respondió Bean Uí Néill.

Pintura en un lienzo, no es más que eso.

Ella negó con la cabeza.

Es más que eso, Micheál. No sabemos qué se trae entre manos.

Venga, Áine. Ha venido con un pincel, no con una pistola.

Se puede hacer mucho daño con un pincel.

Micheál suspiró.

Eso son disparates, Áine.

¿Tú crees? Mira los cuadros del libro ese que Mairéad ha metido en casa.

Ay, Jesús, Áine, no está ahí encerrado en la caseta pintando mujeres desnudas.

Ya lo sé, Micheál, pero se marchará con un lienzo enorme que será su visión de nosotros. De la isla.

JP está escribiendo un libro sobre nosotros. Y te da igual.

Eso es otra cosa, respondió Bean Uí Néill.

Sí, Áine. Pero también es lo mismo.

Lo que está escribiendo JP no lo entenderé. Pero sí que entenderé el cuadro.

Mairéad se levantó y se fue a la recocina.

Igual nos hace famosos, dijo Micheál. La gente vendrá desde todo el mundo a vernos.

No me gusta, respondió Bean Uí Néill.

Él se encogió de hombros.

Lo más seguro es que no encuentre el lienzo, de todas formas.

Ah, y tanto, Micheál. Y nos dejarás a nosotras con el follón.

Bean Uí Néill fue con Mairéad. James se puso a toquetear la compra, que seguía sobre la mesa.

Les llevo los encargos a JP y al señor Lloyd, dijo.

Los dos querían cuchillas y espuma de afeitar, explicó Micheál. JP pidió jabón. Y para el señor Lloyd hay una caja de lápices y carboncillo.

James le hizo la entrega primero a Masson, que estaba paseando por ahí, y luego a Lloyd, que estaba en el taller ordenando el cajón de las pinturas.

Está causando revuelo, dijo James.

¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso?

Nadie entiende para qué quiere usted un lienzo tan grande.

Y te han mandado a averiguarlo.

No. Yo venía igualmente.

Entonces no quieres saber para qué quiero ese lienzo grande.

Yo no he dicho eso.

Es para una sola obra, James. Puede que la mejor pieza que haré en la vida.

Qué emocionante, señor Lloyd.

Es la versión irlandesa de un cuadro de Gauguin.

¿Lo puedo ver?

No. Aún no.

No se lo diré a nadie.

No estoy listo para enseñártelo. Ni a ti ni a nadie.

¿Y cuándo estará listo?

No lo sé.

James dio media vuelta para marcharse.

No te vayas. Tienes que ordenar este jaleo. Te has convertido en un trabajador descuidado, James. Los tubos destapados, la pintura secándose, los pinceles medio sucios.

No esperaba que volviera, señor Lloyd.

Me parece muy bien, pero limpia esos pinceles y pasa la escoba.

Sí, señor Lloyd.

James fue al fregadero de la recocina y frotó los pinceles con aguarrás hurgando entre las cerdas, deshaciendo la pintura, lanzando salpicaduras de blanco, gris, azul, negro y rojo por la pila. Luego los secó con un trapo y empezó a barrer.

¿Puedo quedarme en su casa en Londres, señor Lloyd?

Ya veremos, James.

¿Hay mucho trozo de su casa a la escuela de arte?

No. No mucho.

Puedo ir a la escuela de arte y ser su ayudante.

Solo si limpias tus pinceles y pasas la escoba.

Sí, señor Lloyd.

Y tapas los tubos de pintura.

Sí, señor Lloyd.

Antes eras cuidadoso, James.

Mi arte mejora cuando soy desordenado, señor Lloyd. Cuando me olvido de ser cuidadoso.

Un verdadero artista, pues.

Exacto, señor Lloyd.

Terminó de barrer y volvió a su *Mná na hÉireann.* Lo colocó sobre una silla y se arrodilló delante de las tres mujeres.

Hoy no, James.

Tengo que terminar esto, señor Lloyd.

Hoy necesito trabajar solo.

Y entonces, ¿qué hago?

Lloyd se encogió de hombros.

Ve a los acantilados, James. A practicar el dibujo.

James se enderezó lentamente.

A cazar algún conejo también.

El chico cerró la puerta, y Lloyd unió con cinta adhesiva varias hojas de papel y las extendió sobre la mesa de la cocina. Cerró las puertas con llave

no para él

ojos de aprendiz

Dibujó a lápiz, Mairéad de pie, casi desnuda, algo a la derecha, cogiendo una manzana, el resto de isleños alrededor, James con un par de conejos, Bean Uí Néill con su tetera, Bean Uí Fhloinn vestida de negro, apoyada en el bastón, fumando su pipa, Micheál con su barco y un saco de dinero, Francis con dos peces, Masson con boina y la grabadora negra en la mano, todos dispuestos a lo largo del plano horizontal, lleno de prados, mar, acantilados, playas y roca, lleno de animales domésticos y salvajes, una gaviota, una gallina, un perro, una oveja, un cormorán, un cerdo, un gato, un pez, un frailecillo, una vaca, y luego dibujó los fantasmas y espíritus de la isla, los tres pescadores ahogados, medio en tierra, medio en el mar, su barco, sus redes, los peces muertos rebosando de un cubo, y a lo lejos un cura oscurecido con una cruz en alto, etéreo.

serie isleña: ¿de dónde venimos? ¿qué somos? ¿adónde vamos? a lo gauguin.

Enrolló el dibujo y se lo llevó arriba, al cuarto en el que dormía, y lo dejó en el suelo, en el lado opuesto de la cama, lejos de James, que estaba en el acantilado, los ojos siguiendo los movimientos de la luz, de izquierda a derecha, de arriba abajo, escudriñando la superficie en busca de cambios y disparidad, como si buscara conejos, registrando la caída de la luz en las grietas y hendiduras como registraba la

desaparición de un conejo en el suelo bajo sus pies. Se puso a dibujar, largas líneas verticales, ojos y manos trabajando a una, un tarareo escapándose de los labios mientras sombreaba e iluminaba, mientras dibujaba y redibujaba, hoja tras hoja. Y entonces se echó a reír. Me estoy convirtiendo en usted, señor Lloyd. Un loco, aquí en los acantilados, dibujando y tarareando, la mano tendida en el filo, bailando con mi cerebro, girando y remolineando, volteando y rodando, la mente y los dedos trabajando como uno solo, como no lo hacen jamás ahí, ahí matando conejos, pescando peces, arrancando coles, plantando patatas, desenterrando nabos, recogiendo huevos, limpiando cobertizos, ahí escuchando a Francis, a mi abuela, a mi madre, mirándola, mirándolos, mirándolos mirándome a mí.

Dibujó las olas batiendo las rocas, el mar aporreando el acantilado, el océano estrellándose contra la isla. Dibujó el agua espumando y burbujeando, el agua salpicando, el agua alzándose, hoja tras hoja, pero ninguna capturaba el rugido atronador del océano Atlántico en su camino al este desde América, al sudeste del círculo polar ártico. ¿Cómo se dibuja el ruido, señor Lloyd? ¿Cómo pinto el fragor de la batalla entre el océano y la tierra, rajando el aire? ¿La estridencia de las gaviotas, de los charranes? Yo los dibujo con el pico abierto, pero siguen callados.

Se replegó aún más en sí mismo, y dibujó cormoranes con la boca abierta, fulmares y charranes en corrillos de parloteo cacofónico, pero fue incapaz, una y otra vez, de recrear la energía de su griterío. Ese chisporroteo explosivo. Como las grabaciones que tiene JP de Bean Uí Fhloinn. Eso quiero, señor Lloyd. Esa energía en mi pintura. Esos sonidos del océano y los pájaros rezumando de mi cuadro, colgado en una pared blanca de la galería de Londres. *Sinfonía de ave y ola,* de James Gillan. Sí, lo pinté yo solo. Sí, a mi edad. Una obra extraordinaria, jovencito. Gracias. Un talento prodigioso. Gracias. El Mozart del mundo del arte. Un talento en bruto. Un descubrimiento mundial. Gracias. Gracias. Gracias. El señor Lloyd con una sonrisa

radiante y orgullosa. Echándome el brazo por los hombros mientras nos fotografía la prensa. *The Times, The Guardian.* Hasta *The Irish Times* manda a un reportero a cubrir la inauguración para dar a conocer este gran vínculo artístico angloirlandés. Reportajes. Un artículo detrás de otro. Pese a todos los problemas que hay en Irlanda del Norte y las tensiones entre Dublín y Londres, esta maravillosa exposición que presenta la obra de un artista inglés y de su protegido irlandés demuestra que el arte está por encima de la política. El arte como agente conciliador, tendiendo puentes. Una nueva religión que no es ni católica ni protestante. Una experiencia espiritual sin sacerdote.

Se rio, encorvado.

Y ni un pez a la vista, Francis Gillan.

Cerró el bloc y se dirigió a la caseta, a poner orden, a dibujar, hoja tras hoja de pájaros, de conejos, de mar y acantilados, pero luego le entró hambre, demasiada hambre como para seguir allí más tiempo. Siguió a los conejos que brincaban por la hierba, montó tres trampas, reventó tres cráneos y se volvió a la aldea, con los animales al hombro y el bloc lleno de dibujos bajo el brazo. *Muchacho isleño triunfante,* de James Gillan.

Dejó los conejos y el bloc sobre la mesa de la cocina.

Esos conejos tienen buena pinta, dijo Mairéad.

Ahora los destripo.

¿Tienes hambre?

Me muero de hambre, mamá.

Te preparo algo.

Hizo unos huevos revueltos en la sartén y cortó un par de rebanadas de pan de soda.

Gracias, dijo él.

Mairéad se sentó frente a él y alargó la mano hacia el bloc.

¿Puedo mirarlo, James?

Solo si no dices nada.

No diré nada.

Pasó las páginas lentamente, deteniéndose en cada una para examinar el trabajo de su hijo.

Es muy bueno.

¿Tanto como el suyo, mamá?

Distinto. Los dos son buenos.

James se rio.

Qué vas a decir. Eres mi madre.

No estoy obligada a nada, James Gillan.

Siguió pasando las páginas mientras él comía.

Tengo la sensación de estar ahí, James. Es como si oyera el mar, los pájaros.

Él le sonrió.

Me he esforzado en eso, mamá.

Se nota. Es muy bueno.

Gracias.

Tus pájaros son mucho mejores que los suyos.

Los pájaros le salen fatal, mamá. En Londres no debe de haber.

¿Qué dice él? De tu trabajo.

No ha visto gran cosa. Últimamente. Está demasiado obsesionado con el suyo.

Así son los artistas, James. Obsesos.

Sirvió té para los dos, con la sangre de los conejos encharcada y coagulada a su lado.

Voy a marcharme a Londres con él, mamá.

Lo sé.

A hacer arte allí.

Mairéad le dio unas palmaditas en la mano.

No pensaba que fueses a ir a pescar, James.

El chico se rio.

¿Estarás bien, mamá? ¿Estarás bien si me marcho?

Ella se encogió de hombros.

No habrá conejos, mamá.

Ya lo sé, James.

Mairéad cerró los ojos un instante y los volvió a abrir.

Algo se le ocurrirá a tu abuela, James. Como siempre.

James usó lo que le quedaba de pan para rebañar el plato.

Voy a montar una exposición con él, mamá. Seis cuadros serán míos.

¿Y cuántos has hecho?

Tengo cinco listos. O casi. Me queda un poco aún.

Te deseo suerte, James.

Puedes venir a visitarme. Ver mi trabajo.

Tal vez.

Mairéad recogió la loza.

¿Me echarás de menos, mamá?

Sí, James, pero por aquí estamos acostumbrados a echar de menos.

Es verdad, mamá. Somos unos expertos.

Ella se levantó.

Hoy es día de camas.

Pronto me encargaré yo de la mía. En Londres.

Sí.

Menos trabajo para ti.

Desde luego. No me reconoceré. La dama ociosa.

Le revolvió el pelo a su hijo.

Tendré el jersey terminado antes de que te vayas.

Gracias, mamá.

Se llevó la loza y se derramó algo de té en la ropa.

Qué tonta.

No pasa nada, mamá.

¿Limpiarás el gallinero cuando termines con los conejos?

Sí.

Cuando su madre terminó de lavar los platos, James se llevó los conejos a la recocina, junto con el cuchillo de su abuela y la macheta de carnicero. Abrió la panza, de la que salió una vaharada de calor, y

seccionó las vísceras. Separó el corazón, el estómago, los intestinos, los riñones, el hígado y los pulmones, los recogió en el hueco de la mano y los echó en un cuenco, y luego puso aparte los riñones y el hígado, en el escurridero. Hizo una incisión justo por debajo de la cabeza y, presionando la carne con la hoja del cuchillo, retiró el pellejo con la mano izquierda y dejó al descubierto el cuerpo blanco rosado del animal. Cortó la cabeza y los extremos de las patas con la macheta y enjuagó la cavidad que había ocupado el estómago. Pasó al conejo siguiente. Y luego al tercero. Echó las cabezas y las patas al cuenco y aclaró el fregadero.

Su madre se plantó a su lado con el canasto de mimbre de la ropa de cama.

¿Has terminado, James?

Sí.

Tiró las sábanas al suelo.

Los conejos se ven muy bien, James. Carnosos.

Están bien alimentados, desde luego.

Troceó los tres conejos en doce piezas.

Perfecto, dijo ella. Ahora los pongo a hacer.

James cogió el cuenco de las vísceras.

Le echo esto al cerdo y limpio el gallinero.

Gracias, James.

Mairéad colocó los riñones y los hígados en un plato y limpió del fregadero los restos de sangre y carne que había dejado su hijo. Retiró del fuego una olla de agua hirviendo, la vertió en la pila y sumergió el primer juego de sábanas con una cuchara de madera. Llenó otra vez la olla con agua fría y echó el conejo, los riñones, los hígados, y luego zanahoria, rábano, cebolla, sal y pimienta. Lo llevó todo a la cocina principal y colgó la olla sobre el fuego. Era mediodía. Seis horas a fuego lento. Las patatas a las cinco. El perejil al final. Trabajo hecho. Hombres alimentados.

Volvió con las sábanas. Las de JP primero. Antes de que aparezca

mamá. Inspeccionando el fregadero. Husmeando. La sabueso Bean Uí Néill. Fi fa fo fum, huelo la sangre de un inglés. Se rio y removió las sábanas, y luego añadió el detergente y batió con la cuchara para hacer espuma. No, mamá. Error. Sumergió las sábanas. Es el francés, mamá. Eso es lo que hueles. Su olor. Y el mío. Me estás oliendo a mí, mamá. A tu propia hija. Su lujuria. Su lujuria en la cama del francés. Eso es lo que hueles, mamá. Aunque ya lo sabes. Sabuesa Bean Uí Néill. Y finges que no. Te haces la ciega. Una ciega que ve perfectamente. Que ve lo que quiere ver. Como quiere verlo. Esto. Un divertimento de verano para Mairéad. Algo pasajero. Ya está. Nada más. Y Dios no quiera que salga un niño de esto. Dios no lo quiera. Un niño. Un niño como James, pero hablando francés. Un niño que nacería de mis entrañas para balbucear en un idioma que no entiende nadie. Porque JP ya se habrá ido. Hace mucho. El desaparecido. Pero no te preocupes, mamá. Hay condones. Franceses. Se echó a reír. El escritor, con sus cartas francesas. Traídos expresamente, mamá. Importados. Ilegalmente. Expresamente. Expresamente para follarme a mí, la viuda joven de la isla. Sacó las sábanas del agua y las volvió a meter agitando las manchas. Si fallara, mamá, si fallasen esos condones franceses, ese escritor con sus cartas francesas, siempre quedará Francis. Francis listo y preparado. Esperando. Agazapado entre los arbustos. Esperando a que me estrelle de morros para recogerme del suelo y hacerme suya. Francis el Salvador. Y modelarme tal como desea. Siempre me ha deseado. Antes de Liam incluso. Modelarme, poseerme y convertir a cualquier niño que salga de mí en un pescador que hablará irlandés. Nada de inglés ni francés en su barco. Un hombre decente como él. Un hombre decente dispuesto a acoger a mujeres como yo, la viuda joven de la isla. Un hombre decente listo y preparado para cuando falle el condón, para cuando se marche el francés. Para cuando se marche mi hijo. Un hombre decente que acogerá con gallardía a esa loca que sigue esperando que su marido ahogado salga del mar. Sacó las sábanas del

agua con ayuda del cucharón y las dejó en el escurridero. Añadió más detergente en polvo y removió las diminutas perlas blancas y azules hasta que hicieron espuma. Metió el siguiente juego de sábanas en el agua aún caliente. Las del señor Lloyd. Las hundió sujetándolas en el fondo para que el agua impregnara las fibras, ahogándolas como mi padre ahogaba a los gatitos, estrujando las burbujas de tela que levantaba el aire ascendente, frustrando toda escapatoria, saturando cada fragmento que huela a él, al hombre que se va a llevar a mi hijo, que me lo va a arrebatar, a cambiarlo de tal modo que volverá solo como un visitante, cada año menos visitas que el año anterior, hasta que se conviertan en anuales, o bianuales, o desaparezcan, como pasa con mi hermana, con mis hermanos, la familia de Boston que ahora prefiere ir a otro lado, ver otros lugares del mundo antes que este pedazo de roca, arena y esquisto, y James con el tiempo se volverá como ellos, me mandará cartas y postales, fotos de sus cuadros, de sus hijos, de su esposa, de sus vacaciones en otra parte, mientras yo me quedo aquí, la viuda joven de la isla, esperando a que regrese su padre, esperando que regrese él, esperando hasta que sea la viuda de mediana edad de la isla, y luego la viuda anciana de la isla. Quitó el tapón y aclaró las sábanas en agua fría. Las escurrió, retorciendo y estrujando la tela, el agua derramándose por sus manos rojas y escaldadas hasta el desagüe. Llevó las sábanas afuera y las colgó de la cuerda de tender que se extendía desde la casa al muro de piedra que delimitaba la aldea. Se volvió a la recocina. Su madre estaba en el fregadero.

Ya termino yo, dijo.

No hay agua caliente, mamá.

En invierno es peor.

Voy a ayudar a James con el gallinero. Que me dé un poco el aire.

Abrió con el pie la chapa ondulada añadida a la tosca construcción de piedra del gallinero. Un cordel azul mantenía la puerta sujeta.

¿Te ayudo, James?

Ya casi estoy.

¿Irás a pintar cuando termines?

Qué va. Leeré un rato.

¿Por qué no vas a ver al señor Lloyd?

No me quiere por ahí ahora mismo.

¿Por qué?

No lo sé. Esperaré hasta que se vuelva a la caseta.

¿Qué está haciendo?

No lo sé, mamá. No me lo quiere decir.

¿Para qué necesita ese lienzo tan grande?

No lo sé.

¿No te entran ganas de espiarlo alguna vez, de ver lo que está haciendo?

Me echaría de una patada.

¿Has visto alguna obra suya?

Alguna. He visto unos retratos tuyos a lápiz y carboncillo.

¿Tumbada?

James se rio.

Sales dormida, mamá. *Joven durmiendo.* ¿Recuerdas? Como el Rembrandt.

Ella bajó la vista.

A no ser que duermas de pie, mamá.

Mairéad se rio.

Soy medio caballo, James.

Será eso.

¿Te parecen buenos?

Sí. Mucho.

Salió del gallinero y le pasó dos huevos a su madre.

Te has dejado estos.

Gracias.

Volvieron hacia la casa. James señaló un barco en el horizonte.

Ya vuelven.

Suerte que tenemos ese estofado de conejo, James.

Me preguntó si Micheál habrá encontrado el lienzo.

Voy a poner agua al fuego. Avisa al señor Lloyd.

¿Y a JP?

Mairéad se encogió de hombros.

Él vendrá sí o sí.

Micheál y Francis soltaron el lienzo enrollado en la mesa. Aterrizó de golpe, envuelto en papel de estraza.

Vas a romper la mesa con ese trasto, dijo Bean Uí Néill.

Francis dejó apoyados en el aparador los listones de madera.

¿Dónde está este?, preguntó Micheál.

No está en la cabaña, respondió James.

Lo he visto salir, dijo Masson. Hace como media hora.

Habrá ido a dar un paseo, dijo James.

Esperemos.

Yo creo que tendríamos que abrirlo, dijo Bean Uí Néill.

No podemos hacer eso, mamá.

Tenemos derecho a saber lo que entra en la isla, Mairéad.

Ah, mamá, son sus cosas.

Es nuestra isla. Mi casa. Tengo derecho a saber lo que está pasando.

No puedes hacer eso, mamá.

Masson le dio una palmaditas en el brazo a Mairéad.

Deja a tu madre a su aire.

Ella siempre va a su aire.

Francis empezó a abrir el paquete.

¿Tenéis cinta adhesiva?

Le pondremos un cordel, respondió Bean Uí Néill.

Francis cortó la cinta con un cuchillo y retiró el papel de estraza.

Tú vigila fuera, James.

Aún tardará.

El lienzo era un blanco gris cremoso, capa sobre capa de tela enrollada.

Es enorme, dijo Mairéad.

¿Para qué es?, se preguntó Bean Uí Néill.

Al mismo tiempo, sin decir palabra, Bean Uí Néill y Francis levantaron el lienzo y lo desenrollaron de punta a punta de la estancia, mudos al ver que se extendía desde la chimenea hasta la puerta.

James, dijo Francis. ¿Qué sabes tú?

Nada.

Esto no me gusta.

A mí tampoco, dijo Bean Uí Néill.

Es solo un poco de lienzo, dijo Micheál.

No se lo tendrías que haber traído, le reprochó Bean Uí Néill.

Micheál suspiró y cruzó los brazos.

Ni haberlo traído a él, Micheál. Con su inglés y su arte.

Venga, mujer, cálmate.

No me digas que me calme cuando es culpa tuya.

Es solo un poco de lienzo, Áine, para echarle un poco de pintura.

¿Un poco?

Micheál se rio.

Vale. Mucho.

Pero ¿para qué, Micheál?

Yo sé lo mismo que tú, Áine.

Tú tienes que saber algo, Mairéad.

¿Por qué iba yo a saber algo, Francis?

Pediste el libro ese. El de las mujeres desnudas.

¿Y?

¿A qué viene que te interesen las mujeres desnudas así de repente?

Es arte, Francis.

Bueno, pues yo no lo quiero aquí.

Díselo al papa, entonces. Su casa está llena de obras de arte.

Pero las mujeres no salen desnudas.

Los ángeles sí, Francis.

Francis dejó caer al suelo su punta del lienzo. Señaló a James.

Tú tienes que saber algo.

Él se encogió de hombros.

No.

Mairéad, con ayuda de Micheál, volvió a enrollar la tela.

¿Qué más da?, dijo. Se irá dentro de nada y todo volverá a la normalidad.

Sea lo que sea eso, respondió Bean Uí Néill. Ya me he olvidado a estas alturas.

Envolvieron otra vez el lienzo en el papel de estraza, juntaron las dos franjas de cinta adhesiva y ataron el paquete con cordel blanco.

Ya está, dijo Micheál. Se ve perfecto.

Se dará cuenta, dijo James. Él se fija en los detalles.

Francis resopló.

Ya se lo dirás tú igualmente, James. El pequeño mayordomo.

James salió y se sentó fuera en el muro, esperando a que regresara Lloyd.

Ha llegado su paquete, anunció.

Fantástico. Gracias, James.

Es muy grande.

¿Lo habéis abierto?

Sí.

Lo imaginaba.

Pero Micheál lo ha embalado otra vez. No se nota nada.

Solo que me lo has dicho.

Cierto.

Me preguntó por qué.

No lo sé.

Ve tú a buscarlo, ¿quieres? Estoy en el taller.

James entró de nuevo en la cocina y cogió el paquete. Francis aplaudió muy despacio.

Así me gusta, pequeño mayordomo.

James fue hasta el taller cargado con el lienzo, la sangre latiéndole en

las sienes, el sudor acumulándose en las axilas. Soltó el paquete sobre la mesa, llevaba también los listones de madera y se colocó al lado del artista, a examinar con él el cuadro del caballete.

El mar le va quedando mejor, dijo James.

Gracias.

Ahora la luz viene de abajo.

Son tus buenas lecciones, James.

Será eso, señor Lloyd.

Como ya he dicho, James, tienes buen ojo.

¿Mejor que el suyo?

Lloyd sonrió.

Podría ser. Si te esfuerzas lo suficiente.

James se echó a reír.

Y limpio los pinceles, señor Lloyd.

Sí, James. Y dejas los tubos de pintura tapados.

Y paso la escoba. Lo sé.

Lloyd revolvió el pelo del chico.

Abre el paquete, James. Vamos a echarle un vistazo a ese lienzo.

Lo desenrollaron en el suelo.

Es perfecto, dijo Lloyd.

Acarició la tela entre los dedos.

Ya viene imprimado.

Más tiempo para pintar, señor Lloyd.

Montaremos el bastidor después de la cena.

Del té, corrigió James.

Lloyd sonrió.

Del té, James.

Guardó el papel de estraza y el cordel y retomó el trabajo mientras James, callada, discretamente, se arrodillaba delante de su silla hacia el caballete para seguir trabajando en *Mná na hÉireann.* El silencio envolvió el taller, la cabaña y la cabaña de al lado, en la que Masson estaba de nuevo escribiendo, con tinta azul, una taza de café caliente

al lado, un descanso de los infinitos tés, de la tensión de la cocina, oculto en su refugio de libros y bolígrafos, igual que en la infancia, en mi cuarto, con libros y bolígrafos, lejos de mi padre, de mi madre, reconfortado por el silencio del cuarto, por la soledad del escritorio, de los libros de texto, francés, inglés, clásicas, filosofía. A veces latín. Incluso griego. Pero árabe nunca. En el colegio no se hablaba del árabe, ni de Argelia, ni de cosas argelinas, de manera que los textos que me daba el profesor argelino los dejaba en un rincón, extractos de prensa, del Corán, tratados políticos y religiosos que a mí no me decían nada porque no sabía nada del país de mi madre, me traía sin cuidado, así que lo de tener la traducción lista para su lección de los jueves era algo que se me escapaba y me desconcertaba. Intenté explicárselo a mi madre. Explicarle mi indiferencia por las clases, el profesor, la necesidad del árabe. Ella suspiró, se cubrió con el pañuelo y se puso a hablar con los hombres y sus hijos tras la caja registradora, hombres que me ponían aún más libros en las manos, y octavillas también, algunas en francés, la mayoría en árabe, léete esto, hijo, aquí están todas las explicaciones, y yo me las leía, lo mejor que podía, libros infantiles sobre la historia de Argelia, sobre la relación con Francia, pero ninguno explicaba nada de nada, ninguno explicaba cómo era ser hijo de un francés, de una madre argelina, cómo era ser medio francés, medio argelino, medio algo, medio nada, un niño en tierra de nadie.

James se levantó y contempló el cuadro mientras se frotaba las rodillas.

No tengo ningún futuro como cura, dijo.

Un día triste para la Iglesia, James.

Lloyd miró también su trabajo.

Es bueno, James. Para la exposición, clarísimamente.

Gracias.

¿Cuántos llevas hechos?

Este es el quinto terminado.

Uno más, James.

¿Cuántos lleva hechos usted, señor Lloyd?

No estoy seguro, James. Los míos los seleccionaré cuando esté en Londres. Antes no.

¿Por qué no?

Me esfuerzo más si creo que todos estarán incluidos.

Tiene su lógica, señor Lloyd.

Mi esposa no está de acuerdo.

Su medio esposa.

Lloyd asintió. Sonrió.

Ella cree que debería centrar el objetivo. Tomar decisiones antes.

Tiene muchas opiniones sobre lo que debería hacer usted.

Se echó a reír.

Ah, y que lo digas, James.

¿Tendrá también opiniones sobre mi trabajo?

Le gustarás. Le encantará tu trabajo.

Siguieron pintando en silencio hasta la hora de la cena. Bean Uí Néill sirvió el estofado de conejo. Comieron. Francis se aclaró la garganta y habló, en inglés.

¿Para qué quiere el lienzo grande, señor Lloyd?

Lloyd dejó en la mesa el tenedor, el cuchillo.

Para pintar.

Sí, pero ¿qué?

Escenas de la isla.

¿Qué clase de escenas?

¿Por qué?

Deberíamos saber lo que está usted haciendo.

Con todo el respeto, Francis, mi arte no tiene nada que ver contigo.

Sí lo tiene si afecta a los isleños.

Lloyd se encogió de hombros.

Tú no eres un isleño.

Nací aquí, señor Lloyd. Y paso mucho tiempo en la isla.

Me doy cuenta.

Así que tengo derecho a opinar.

Sigue siendo mi arte, Francis. Como he dicho, no tiene nada que ver contigo.

Francis se echó hacia delante.

Ahí se equivoca, señor Lloyd.

Siguió comiendo, y Lloyd también, en silencio. Bebió té, comió tarta y se marchó. James fue tras él.

Ese Francis es todo un personaje, James.

Sí, señor Lloyd.

¿Quién es?

El hermano de mi padre.

Aparte de eso. ¿Qué le da tanta autoridad sobre la isla?

James se encogió de hombros.

La tiene y punto.

Lloyd tendió el listón de madera en el suelo del taller.

Necesitamos un martillo y una sierra, James.

El chico volvió con las herramientas y se pusieron a trabajar hasta que tuvieron nueve tramos de madera, dos listones largos de punta a punta del lienzo, uno arriba y otro abajo, y nueve listones más cortos para enmarcarlo y reforzarlo.

¿Siempre ha sido así?, preguntó Lloyd. ¿Con Francis al frente?

Desde que tengo uso de razón.

Desplegaron el lienzo sobre la madera.

Yo creía que era Micheál, dijo Lloyd. Que era él quien mandaba.

Da esa impresión. Con el barco y demás.

Sí, respondió Lloyd.

James sujetó el lienzo para que no se moviera mientras Lloyd fijaba los clavos con el martillo.

Micheál le paga a Francis, ¿verdad?

Sí, señor Lloyd.

Pero Micheál no es el jefe, en realidad.

No. En la isla no.

Vives en un sitio muy extraño, James.

Por eso me marcho con usted, señor Lloyd.

Yo también me marcharía, James.

Terminaron con los clavos del primer tramo horizontal.

Va a ser enorme, señor Lloyd.

Sí, James.

¿Alguna vez ha pintado algo tan grande?

Lloyd negó con la cabeza.

Será mi mejor obra, James. Estoy seguro.

Se colocaron al otro lado del lienzo

prensa extasiada

alegría de la medio esposa

genio del arte británico

alegría de la esposa completa

Doblaron de nuevo el borde de la tela en torno al listón y la sujetaron con clavos.

Yo diría que tiene mucho genio.

Ah, y tanto, señor Lloyd.

No me gustaría meterme en una pelea con él.

Perdería, señor Lloyd.

Clavaron la tela a los listones cortos de cada lado del lienzo y colocaron los siete montantes a una distancia uniforme a lo largo del marco.

¿Cómo entraré en la escuela de arte, señor Lloyd?

No habrá problema. Me conocen bien.

Lloyd clavó unos tramos cortos de madera en la diagonal de cada esquina.

Esto aguanta el lienzo derecho, James. Impide que se pliegue sobre sí mismo.

Ya me lo imaginaba, señor Lloyd.

No te puedo contar gran cosa, ¿eh, James?

No mucho, no.

Colocaron el lienzo sobre cuatro sillas de cocina.

Es impresionante, dijo James.

Será mi obra decisiva.

¿Sobre qué?

Te la enseñaré cuando esté terminada.

Si la termina algún día.

Lloyd se rio.

El verano que viene aún seguiré aquí, James.

Yo no.

James recorrió el lienzo de punta a punta.

¿Cómo se pinta en algo tan grande, señor Lloyd?

Un diez por identificar el problema, James.

Lloyd cogió los pinceles más grandes del cajón.

Es cuestión de escala.

Se metió en el cuarto de al lado.

Ven a ayudarme, James.

Descolgaron la puerta de espejo del armario y la apoyaron contra la pared del taller, enfrente del lienzo.

Miro el cuadro en el reflejo del espejo. Voy controlando la escala a medida que avanzo.

¿Puedo verlo trabajar?

No, James. Me quedaré aquí solo. Tú puedes usar la caseta.

Pero tengo que dejarlo todo listo para la exposición.

Los dos, James.

Me gusta esto.

A mí me gusta aquello, pero hay que acostumbrase.

¿Cuánto tiempo me tengo que quedar allí?

Lloyd se encogió de hombros.

Coge lo que necesites, James.

El chico reunió papel, lápices, pintura y pinceles y emprendió el camino a la caseta, hacia el sol que se hundía ya en el mar.

Las cestas para el pícnic están preparadas y brilla el sol, el día perfecto para ir de excursión en familia a revisar las nasas de langosta. Es la mañana del lunes 27 de agosto.

La familia Mountbatten sale de Classiebawn Castle y recorre en coche la corta distancia hasta el muelle de Mullaghmore, en Sligo, donde tienen amarrado el Shadow V, un viejo barco de madera verde que mide casi diez metros de eslora, lo bastante grande para acomodar a lord Mountbatten, de setenta y nueve años, su hija, su yerno, sus nietos gemelos y la abuela paterna de estos, de ochenta y tres años. El mar está tranquilo.

Paul Maxwell, un estudiante de quince años de Enniskillen, ayuda a la familia a embarcar. Es amigo de los nietos de catorce años de lord Mountbatten, y lo han contratado para que cuide del barco durante el verano y lo mantenga en orden para lord Mountbatten, primo de la reina Isabel II y antiguo oficial de la Marina.

Una vez a bordo pasajeros y pícnic, encienden el motor. Lord Mountbatten dirige el barco hacia la embocadura del puerto, sin saber que el IRA ha colocado una bomba con más de veinte kilos de explosivos en los bajos del barco, sin saber tampoco que hay un hombre del IRA apostado en el acantilado que se alza sobre la cala, con un control remoto en la mano.

Lord Mountbatten supera el muro del puerto.

El hombre del IRA pulsa el interruptor. La explosión hace saltar el barco en pedazos y acaba con la vida de Paul Maxwell y de Nicholas Knatchbull, uno de los nietos gemelos de lord Mountbatten. Lord Mountbatten muere también en el lugar del atentado, por las heridas sufridas en las piernas.

¿Has oído, mamá?

Sí, Mairéad.

Dos chicos, de la edad de James.

¿Dónde está?

En los acantilados, mamá.

Déjalo que se quede ahí.

Ahí fuera. Lejos de esto.

Mairéad agachó la cabeza, cerró los ojos.

Aléjate de esto, James.

Un convoy del Ejército británico circula por una zona lacustre y aislada cerca de la frontera irlandesa a las 16.40 del mismo día, el lunes 27 de agosto. Todavía luce el sol.

El convoy, formado por un Land Rover y dos furgones, transporta a soldados de una base militar a otra a través de Narrow Water, cerca de Warrenpoint, en el condado de Down.

El IRA espera el convoy, y ha escondido 360 kilos de explosivos en un remolque cargado de fardos de heno, aparcado en un costado de la carretera. El convoy pasa junto al remolque. La bomba explota y mata a seis miembros del Regimiento de Paracaidistas que viajan en el segundo furgón.

Los soldados supervivientes corren para ponerse a salvo. Los pistoleros del IRA abren fuego desde la otra orilla del lago, ya en la República de Irlanda. Los soldados británicos responden y alcanzan a Micheál Hudson, un veraneante inglés aficionado a la ornitología. Los soldados británicos piden ayuda por radio.

Los refuerzos del Ejército británico llegan en varios Land Rover y helicópteros y se parapetan tras un muro de piedra. El IRA detona entonces una segunda bomba con 360 kilos de explosivos, colocada tras ese mismo muro de piedra, y acaba con la vida de otros doce soldados. Sus cuerpos quedan esparcidos en pedazos por la fuerza de la explosión. No queda ni rastro del teniente coronel David Blair, que había llegado en helicóptero, y lo único que encuentran del conductor de diecinueve años Anthony Wood es su pelvis, soldada al asiento del furgón por el calor de la primera detonación.

Dieciocho soldados pierden la vida en las dos explosiones; dieciséis de ellos, miembros del Regimiento de Paracaidistas:

Donald Ferguson Blair, veintitrés años, soltero, de Kilsyth, Escocia

Nicholas John Andrews, veinticuatro años, casado, de Bromyard, Inglaterra

Gary Ivan Barnes, dieciocho años, soltero, de Ipswich, Inglaterra

Raymond Dunn, veinte años, soltero, de Swindon, Inglaterra

Anthony George Wood, diecinueve años, soltero, de Londres, Inglaterra

Micheál Woods, dieciocho años, soltero, de Blackburn, Inglaterra

John Christian Giles, veintidós años, casado, de Stockton-on-Tees, Inglaterra

Ian Albert Rogers, treinta y un años, casado, de Bishopstoke, Inglaterra

Walter Beard, treinta y tres años, casado, dos hijos, de Borehamwood, Inglaterra

Thomas Robert Vance, veintitrés años, prometido, de Belfast, Irlanda del Norte

Robert Nevis England, veintitrés años, casado con un hijo, de Aldershot, Inglaterra

Jeffrey Alan Jones, dieciocho años, soltero, de Gwent, Gales

Leonard Jones, veintiséis años, casado, un hijo, de Mánchester, Inglaterra

Robert Dylan Vaughan-Jones, dieciocho años, soltero, de Corwen, Gales

Christopher George Ireland, veinticinco años, casado, un hijo, de Bedford, Inglaterra

Peter James Fursman, treinta y cuatro años, casado, de Crick, Inglaterra

Dos soldados de los Queen’s Own Highlanders:

David Blair, cuarenta años, casado, dos hijos, de Edimburgo, Escocia

Victor MacLeod, veinticuatro años, soltero, de Inverness, Escocia

James fue girando el dial de la radio hasta que el locutor de las noticias hablara en inglés. Lloyd escuchaba, con la cabeza gacha, mirando la taza, la capa de nata que se iba formando en el té templado, viendo cómo se espesaba, cómo se solidificaba la grasa.

Se me ha enfriado el té, dijo.

James apagó la radio.

Lloyd cogió la cuchara y removió para disolver la grasa de nuevo en la leche, en el té. Bebió, y ese trago fue el único ruido que se oyó en la mesa, porque el resto estaban callados, con los ojos clavados en la mesa o mirando al techo.

Dejó la taza en el platillo.

Cuánta muerte, dijo. En un solo día.

Sí, respondió Masson.

Lloyd giró la taza en el platillo, en el sentido de las agujas del reloj.

Cuánta muerte.

En sentido contrario.

Es difícil de entender.

¿El qué?, preguntó Masson.

Esa cantidad de odio.

Masson soltó un suspiro.

¿Usted cree?

¿Con todo lo que hemos hecho por este país?

Con todo lo que le han hecho a este país.

Eso fue hace mucho tiempo.

¿Seguro?

Sí.

Es una cuestión sin resolver, Lloyd. Una frontera que no debería estar ahí.

Mairéad se levantó y recogió las tazas.

¿Queda algo de whisky?, preguntó Lloyd.

Mairéad negó con la cabeza.

Se lo bebió usted, señor Lloyd, dijo James.

Sí, ¿verdad? Fue un error.

Lo fue, dijo Masson.

Usted también se lo bebió.

Error de los dos, pues.

Qué extrañamente conciliador por su parte, JP.

Es un día extraño.

Lady Brabourne, de ochenta y tres años, muere en el hospital de Sligo el martes 28 de agosto por las heridas sufridas cuando estalló la bomba del IRA en el Shadow V.

James llamó a la puerta de Lloyd y la abrió.

La abuela me manda que le traiga esto.

Dejó té, leche y pan con mantequilla en la mesa. Lloyd salió del taller y cerró la puerta tras de sí.

Gracias, James.

Lloyd cogió la tetera.

¿Te apetece un poco?

Sí.

Vale. Ve por tazas.

Lloyd sirvió el té, aún de pie.

Echará de menos las sillas, ¿no, señor Lloyd?

Podríamos sentarnos en el suelo. Fuera hay humedad.

Dentro también, señor Lloyd.

Es verdad.

Se quedaron de pie, con las caderas apoyadas en la mesa mientras comían y bebían.

¿Cómo marcha el trabajo, señor Lloyd?

Va bien, James.

¿Lo puedo ver?

Todavía no.

¿Cuándo?

Puede que pronto.

La mujer murió.

¿Qué mujer?

La del barco. La señora mayor.

Qué lástima.

James bebió más té, comió más pan.

Debe de ser raro, señor Lloyd.

¿El qué, James?

Ser inglés aquí. Ahora. En este momento.

Supongo.

¿Tiene miedo?

Lloyd se encogió de hombros.

¿De qué?

De que haya bombas explotando y usted aquí solo.

No creo que vayan a por artistas ingleses.

No creo, no, señor Lloyd.

No es que sea un gran titular, ¿no, James? «El IRA atenta con bomba contra un paisajista inglés».

James se echó a reír.

No, no mucho.

Lloyd se arrimó a James y le susurró al oído.

A no ser que creas que Francis va a por mí.

James le respondió también en un susurro.

Francis va a por todo el mundo.

Se rieron los dos.

Igual también va a por ti, James. Por pintar con un inglés.

Me la tiene jurada, desde luego.

Lloyd recogió las tazas y platos y se lo dio todo a James.

¿Puedo pintar hoy, señor Lloyd?

Hoy no, James.

¿Puedo ver lo que está haciendo?

Hoy no, James.

John Patrick Hardy está cenando con seis de sus diez hijos en su domicilio de Belfast Norte el martes 28 de agosto. Son casi las cinco de la tarde, y alguien llama a la puerta. Recorre el pasillo que va de la cocina al vestíbulo y abre la puerta. Un hombre le dispara en el pecho. Cae de espaldas. El pistolero de la Ulster Volunteer Force dispara una segunda vez y mata a John Patrick Hardy, católico de cuarenta y tres años, mecánico en paro.

Cogió el esbozo que tenía junto a la cama y lo extendió sobre la mesa. Empezó a dibujar sobre el retrato de Francis sosteniendo un par de peces, lo oscureció, le puso un pasamontañas en la cara, una pistola en la mano izquierda, un detonador en la derecha, un remolque cargado de fardos de heno a su espalda, un furgón del Ejército británico avanzando hacia el remolque. Pintó al redibujado Francis en el lienzo usando grises y grises oscuros entre el rojo, amarillo, azul, rosa y verde, y giró los hombros y la cabeza del pistolero hasta que sus ojos, detrás del pasamontañas, quedaron mirando de frente al artista, a la mujer, al hombre que se paseaba por la galería de Londres copa en mano.

Gerry Lennon está llenando los expositores de fruta del colmado Levy's, de Antrim Road, en Belfast Norte. Son las 9.30 del sábado 1 de septiembre. Un joven de la Ulster Volunteer Force entra en el local y dispara a este católico de veintitrés años en la cabeza y la espalda. Gerry Lennon muere en la tienda.

James llevó la tetera, la jarrita de leche y el cuenco de gachas a la cabaña de Lloyd bajo el sol matutino. Estaba abierta. Entró con la idea de dejarlo todo en la mesa para poder llamar a la puerta del taller con la mano en lugar de con una patadita. Pero la mesa estaba ocupada. Por un dibujo enorme. A lápiz. Un dibujo que no había visto nunca. Lo contempló boquiabierto, todavía con la tetera, la jarrita de leche y el cuenco en las manos, haciendo esfuerzos por asimilar la escala del dibujo, el retrato de Bean Uí Néill con su tetera, Bean Uí Fhloinn con su pipa, Micheál con su barco, Masson con su grabadora negra. Como los retraté yo. En mi obra.

La tetera comenzó a pesarle, la dejó en el hogar rascando el metal contra la piedra. Miró de nuevo el dibujo, a sí mismo, con un conejo y pinceles. Lo examinó más de cerca, la sombra bajo el lápiz, el dibujo borrado en el que salía con dos conejos.

Lloyd salió del taller.

Te dije que llamaras, James.

Corrió a enrollar el dibujo.

Ya lo he visto, señor Lloyd. Llega tarde.

Lloyd se volvió despacio, con el dibujo contra el pecho.

Gracias por traer el té, James.

Me ha robado la idea, señor Lloyd.

¿Qué idea es esa, James?

Mi idea para la representación. Darle a cada isleño un objeto simbólico.

Lloyd le sonrió.

Te he enseñado bien, James.

También he estado leyendo, señor Lloyd.

Eso está bien, James. Eso es importante.

Así que lo sé todo sobre el simbolismo, señor Lloyd. Sobre la representación.

Lloyd dejó el dibujo enrollado otra vez en la mesa y fue a coger la tetera.

¿Te apetece un té, James?

Me ha robado, señor Lloyd. Me ha robado la idea.

Lloyd se echó a reír.

¿Eso he hecho, James?

Sí, eso ha hecho.

Lloyd sirvió té en dos tazas. Añadió leche y le tendió una a James.

Puede ser, James, que tú elaboraras lo que yo había hecho primero.

¿Qué quiere decir?

James con dos conejos. Lo viste, lo tomaste y lo desarrollaste.

Me ha robado igualmente. La parte que desarrollé.

Lloyd empezó a comerse las gachas.

Eso es lo que hacen los artistas, James. Toman cosas unos de otros, aprenden unos de otros. Eso es lo que estamos haciendo aquí, en nuestra pequeña colonia de artistas.

James toqueteó su taza.

No parece justo, señor Lloyd, que pueda usted quedarse con mi idea así tal cual.

Lloyd se encogió de hombros.

Nos alimentamos el uno del otro, James. Sacamos ideas el uno del otro.

James dio un sorbo de té. Estaba tibio, casi frío.

¿Me lo reconocerá, como mínimo, señor Lloyd? ¿Les dirá que fue idea mía?

Será evidente, en la exposición, que yo aprendí de ti, que tú aprendiste de mí.

Supongo que sí.

Lloyd apuró el té.

Bueno, ¿quieres verlo, James?

Eso creo.

No está terminado aún.

Señaló el taller.

Adelante, James.

Le cogió la taza de las manos.

Nada de comida. Nada de bebida.

James entró a una estancia llena de color, azules vibrantes, rojos, verdes, amarillos, su madre en el centro, con el pañuelo verde en las caderas, cogiendo una manzana por encima de su cabeza, la piel brillante, reluciendo a la luz de la isla, su desnudez un contrapunto chocante frente al resto de isleños, repartidos de lado a lado del lienzo con ropa oscura, iluminada por toques de azul, rojo, amarillo y rosa.

Es precioso, señor Lloyd.

James se acercó al cuadro y lo recorrió lentamente de punta a punta, absorbiendo su vitalidad, el mar y el cielo de un azul exuberante, las gaviotas y los charranes escorando y abatiéndose, los animales de la isla vagando despreocupadamente entre los humanos, sueltos, conviviendo, rodeados también de los fantasmas y espíritus de la isla.

Es una maravilla, señor Lloyd.

Él sonrió.

¿Te gusta, James?

Sí, señor Lloyd. Mucho.

Es una mezcla de Gauguin y Manet. De su *Déjeuner sur l'herbe.*

Y de mi obra, dijo James.

Lloyd se echó a reír.

Sí, de la tuya también, James.

El chico señaló un punto del cuadro.

¿Ese es Francis, el del pasamontañas?

Sí.

No le va a hacer gracia.

No, James.

Señaló de nuevo. A los hombres muertos junto al barco, con sus redes y sus peces.

¿Ese es mi padre?

Lloyd asintió.

¿Te importa, James?

¿Acaso tengo elección, señor Lloyd?

James siguió avanzando y se detuvo delante de su propia figura, con un conejo muerto en una mano y tres pinceles en la otra.

¿Cuándo me quito el conejo de encima, señor Lloyd?

Cuando te gradúes y dejes de ser mi aprendiz.

¿Cuánto tiempo será eso?

Ya lo veremos.

James se volvió a mirar el cuadro en el espejo.

Es una auténtica maravilla, señor Lloyd.

Gracias, James. Ahora tengo que ponerme otra vez a ello.

Lloyd cogió los pinceles y la paleta.

Cierra la puerta al salir, James. Las dos.

James cruzó la isla dando zancadas, mascullando, farfullando, maldiciendo, blasfemando, soltándoles patadas a las hierbas, era mía, señor Lloyd, era mi idea y me la ha robado, para utilizarla como si fuera suya.

Llegó a los acantilados y se tumbó bocabajo para mirar por el borde, para ver de nuevo cómo el sol y las sombras revoloteaban por las rocas, distinguiendo los rosas, rojos, naranjas, azules y amarillos, colores que era imposible borrar una vez vistos. Aporreó el suelo. Me los enseñó usted, señor Lloyd. Los colores, la luz. Me enseñó a mirar, a ver lo que no se ve. ¿Para qué? ¿Para robármelo después? ¿Para quedarse con mis ideas? Me descubrió también la sensación del lápiz y el carboncillo en el papel, de la pintura en el lienzo. Y el olor de la pintura. Del aceite de linaza. Del aguarrás. La sensación de la pintura secándose en mi piel. Salpicaduras de gris, verde, azul y blanco esparcidas por las manos al final del día de trabajo, más agradables que las escamas negras y plateadas de un pez. Más agradables que su olor apestoso. Mi olor, si me quedo. Mi olor, si no me marcho con un inglés que me roba.

Hundió la cabeza entre las manos y se quedó allí, al borde del acantilado, mientras llegaban las nubes, y luego la lluvia. Volvió con

paso desganado a la aldea, indiferente al agua que lo iba calando, y se detuvo en casa de Bean Uí Fhloinn. Ella le sonrió y le señaló una silla junto al fuego. Le sirvió té.

Te has mojado.

Sí.

Bébete el té.

Se levantó y le echó su chal sobre los hombros.

Así te calentarás.

Gracias.

Volvió a sentarse con su labor, y no apartó la vista de ella mientras hablaba.

No falta mucho para que te vayas, James.

No.

¿Tienes ganas? Es un lugar espléndido, según dicen.

Él se encogió de hombros.

Tenía, Bean Uí Fhloinn.

¿Y ahora ya no?

No me acabo de fiar del señor Lloyd.

Es difícil fiarse de un inglés, James.

Se ha portado muy bien conmigo, Bean Uí Fhloinn.

Sí, James.

Pero me ha robado.

La anciana se echó a reír.

¿Qué te va a robar? Tú no tienes nada.

James soltó un suspiro, su cuerpo se desmoronó.

Me ha robado mi idea, Bean Uí Fhloinn. Y la ha metido en su trabajo.

Es un robo feo, James.

Sí.

Dio un sorbo de té.

Dice que, en el arte, pasa continuamente.

Bean Uí Fhloinn dejó la labor y cogió la pipa. La llenó de tabaco y se

la colgó de la comisura de los labios.

Es una urraca, James.

¿Y?

Eso es lo que hacen las urracas.

¿Quieres decir que está en su naturaleza?

Es inglés y es artista.

James se rio.

O sea, que solo está siendo él mismo.

Exacto, James. Eso es él. Eso es lo que es.

James se llevó la taza a la boca y bebió.

Henry Corbett, católico de veintisiete años, está con su esposa en casa, un pequeño adosado en Belfast Norte. Es la medianoche del lunes 3 de septiembre. Irrumpen en el domicilio cuatro pistoleros de la Ulster Defence Association. Huye de ellos, pero abren fuego y le disparan diecinueve tiros. Muere en su casa.

Bean Uí Néill sacó una botella de whisky de entre las cosas de la compra. Jameson.

La que te prometí, dijo Micheál.

Servirá, respondió ella.

Fue a buscar cuatro vasos al aparador.

El inglés andaba pidiendo la otra noche, dijo. Después del lunes aquel.

Supongo que querría celebrarlo.

Seguro que era por eso, Francis, dijo Mairéad.

Bean Uí Néill abrió la botella.

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Brindaron y bebieron.

Menudo horror ahí arriba desde entonces, dijo Bean Uí Néill. Ese pobre hombre colocando fruta.

Daños colaterales, respondió Francis. Nada más.

¿Y los niños qué, Francis?

¿Qué pasa con los niños, Mairéad?

Esos dos niños que mataron en el barco.

Como he dicho, daños colaterales.

Uno era irlandés, Francis. De la misma edad que James.

Un verdadero muchacho irlandés no trabajaría en el barco de un lord británico.

Era un crío, Francis. Con un trabajo de verano.

Francis se encogió de hombros.

Tendría que haber pensado un poco mejor de dónde salía ese trabajo.

Dios, Francis. Estás fatal.

Él se encogió otra vez de hombros.

Así son las cosas, Mairéad.

¿Así cómo, Francis? ¿Qué cosas?

La guerra, Mairéad. Así es la guerra.

¿Contra ancianas y niños de excursión en barco?

Francis apuró el whisky.

El barco de un caudillo colonialista.

El barco del abuelo de esos niños, Francis.

Él se recostó en la silla.

Es un objetivo legítimo, Mairéad.

Me he perdido, Francis Gillan. ¿Me explicas cómo un anciano y su familia pueden ser un objetivo legítimo?

Era un miembro de la familia real británica. Primo de la reina.

¿Y el chico de Enniskillen?

Francis se sirvió otra copa.

Como he dicho, así son las cosas.

¿Así que James podría ser el siguiente porque pinta con un artista inglés?

Podría ser.

Y luego irán a por ti, porque cogiste el dinero de un artista inglés. Tú lo trajiste a una isla irlandesa, remando con tus propias manos.

No seas tonta, Mairéad.

¿Tonta? ¿Dónde acaba esto, Francis?

En una Irlanda unida, Mairéad. Libre del dominio británico.

Y volaréis a niños inocentes en pedazos para conseguirlo.

Mairéad dio el último trago de whisky.

Eres patético, Francis Gillan.

Cogió el desodorante, el café y los bolígrafos que había encargado Masson, y el papel, los lápices y los periódicos que había pedido Lloyd.

Ya lo llevo yo.

Entró en la cabaña de Masson. Estaba escribiendo.

Aquí estás, Mairéad.

Aquí estoy.

Dejó la compra en el borde de la mesa, lejos de sus papeles.

¿Café?, ofreció él.

Mairéad se sentó y señaló con la cabeza atrás, hacia su casa.

Francis está ahí sacándome de quicio.

Masson se rio.

Francis siempre te está sacando de quicio, Mairéad.

Ella se rio también.

Tienes razón, JP. Siempre.

¿Qué ha hecho esta vez?

Defender el asesinato de esos niños. Y de la anciana.

Una mancha en un día por lo demás perfecto para él.

No creo que le importe, JP. Daños colaterales, lo llama.

Correcto y neutral.

Recogió el desodorante, el café y los bolígrafos, pero dejó el papel, los lápices, las pinturas y los periódicos en la mesa.

¿Esto es para Lloyd?

Sí.

Mairéad se echó a reír.

De hecho, creo que es para James. Pero paga el señor Lloyd.

¿Qué colores, esta vez?

Mairéad apartó los papeles.

Más azul. Y verde.

Está muy callado últimamente, Mairéad.

¿El señor Lloyd?

Masson asintió.

Igual tiene miedo de salir.

Se rio.

Por si lo pilla Francis.

Podría ser, respondió Mairéad.

Masson le puso la taza de café delante, una cucharilla, azúcar y leche.

El último café que me quedaba.

Qué honor.

Bebieron.

Está bueno. Gracias.

Masson le cogió la mano y se la besó.

Bueno, ¿y qué hace ahí metido todo el día, Mairéad?

Lo mismo te podríamos preguntar a ti, JP.

Podríais. Aunque a estas alturas ya me conocéis de sobra.

Sí, estás aquí encorvado sobre la grabadora esa como un loco.

Masson sonrió.

Ese soy yo.

Mascullando tú solo. Mascullando lo que masculla Bean Uí Fhloinn.

Él se echó a reír y le besó la mano, la mejilla, le pasó los dedos por el pelo.

¿Y cómo va el trabajo?

Bien. Ya casi he terminado el estudio comparativo.

¿Qué significa eso?

Analizar si el abandono de la lengua se ha acelerado mucho a lo largo de los últimos cinco años. Si los isleños hablan ahora mucho más inglés.

¿Y?

Algunos sí. Algunos no.

¿Quién ha cambiado?

Bean Uí Fhloinn no ha cambiado en absoluto.

No me sorprende.

Mi alumna estrella.

Tozuda como una mula.

Masson dio un sorbo de café.

Pero tú sí has cambiado.

¿En qué sentido?

Tus inflexiones son distintas, como si estuvieses oyendo inglés.

Qué raro.

Como si estuvieses oyendo mucho a Lloyd. Incorporando su inglés.

Mairéad bebió también.

Como si lo estuvieses aprendiendo. De algún modo.

Masson se echó un poco de leche y removió.

¿Qué estás haciendo con Lloyd, Mairéad?

Ella negó con la cabeza.

Nada.

La miró a los ojos y luego se levantó.

Tengo que seguir trabajando, Mairéad.

Recogió las tazas.

¿Cuánto tiempo más te quedarás, JP? Llevas más que de costumbre.

No me puedo marchar antes que Lloyd. Necesito ver su influencia en la lengua.

Asegurarte de que no empiezo a parlotear en inglés.

O peor, respondió él. Bean Uí Fhloinn.

Eso nunca, JP.

Mairéad cogió el papel, los lápices, las pinturas y los periódicos.

¿Vendrás esta noche?, preguntó Masson.

No lo sé. Ya veremos.

Ya no nos vemos tanto como antes, Mairéad.

Están pasando muchas cosas. James no va a volver al colegio.

Eso he oído.

Irá a la escuela de arte en Londres. Vivirá con Lloyd.

Menudo cambio para él. Para ti.

Se puso a juguetear con las esquinas del periódico.

¿Tú qué opinas, JP? ¿Crees que James debería irse?

Masson se encogió de hombros.

Yo no entiendo de eso, Mairéad.

Arrancó una punta y el papel de periódico cayó al suelo.

Espero que no nos equivoquemos. Con todo lo que está pasando. Que esté a salvo, JP.

Serán tiempos difíciles para un irlandés en Londres, Mairéad.

Para un irlandés en Londres siempre son tiempos difíciles.

Abrió la puerta.

A ver si descubres qué está haciendo con ese lienzo, Mairéad.

¿Quieres que lo espíe?

Ella se echó a reír.

Sí, Mairéad. Tráeme información privilegiada.

No veré nada. Tiene las cortinas echadas.

¿Qué dice James?

Nada. Él está en la caseta.

¿Desterrado?

Mairéad sonrió.

Se pasa todo el día ahí dibujando.

Esos dos van a acabar locos.

Eso todos, JP.

Dio unos golpecitos a la puerta y empujó, pero estaba cerrada con llave. Llamó. Lloyd descorrió la cortina, la vio y fue a abrir. Mairéad le tendió la pila de papeles, pinturas y lápices.

Gracias.

Ella dio media vuelta para irse.

¿Quieres verlo, Mairéad?

Sí, señor Lloyd.

Se escurrió por la puerta a medio abrir y lo siguió hasta el taller, cuatro quinqués se sumaban desde el suelo a la luz mortecina del día. Lloyd se hizo a un lado para que Mairéad pudiera contemplarse a sí misma, desnuda salvo por el pañuelo, cogiendo una manzana imaginaria, con su hijo y su madre a sendos lados, y más allá, su abuela, con Francis y Micheál, y al fondo, un cura, una cruz y un barco volcado, tres hombres tirados alrededor. Inspiró con fuerza, y luego cerró los ojos. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Conjuro. Abrió los ojos.

La isla, dijo.

Miró de nuevo el cuadro, a Mountbatten y a los niños del Shadow V, los soldados muertos en la playa, junto a las focas.

¿Qué piensas?

Es una maravilla. Precioso.

¿Y Liam?

Mairéad inclinó la cabeza.

Él siempre está conmigo, señor Lloyd.

Recorrió el cuadro de un extremo al otro, empapándose de los azules, grises, verdes, marrones y negros, pero también de las pinceladas de colores vibrantes, amarillo, naranja, rosa, rojo y dorado, imbuyéndose de aquella inclusión de gallinas, perros, gatos, peces, pájaros y focas, de la cerda y su camada, de la vaca lechera de la isla. Y la novilla también. Nadando ella sola en el agua. Un mar teñido aquí y allá de rojo. Rojo sangre.

Es muy muy bueno.

Él hizo una leve reverencia.

Gracias, Mairéad.

Alargó la mano para tocar el cuadro, la mano atraída por el resplandor de su propia piel, la viuda joven de la isla como jamás me han visto, mi piel, mi cuerpo, titilante de energía, de intensidad, de un aliento que volaría de un plumazo para vivir en Londres, en París, en Nueva York, la vida que íbamos a vivir Liam y yo, vibrante, vital, saltando de galería en galería, del teatro a la librería, con copas de vino en la mano, tinto para mí, blanco para él, aunque no habíamos probado ni uno ni otro, y el día de la boda bebimos whisky y té, y nos reímos pensando que pronto serían vino y champán, en Boston, donde vivía su hermano, donde su hermano había ganado lo suficiente para comprarle el billete a Liam, a mí, a nuestro hijo, así que solo quedaba el visado, el visado que llegó poco después de que se ahogara, el visado del que Francis quiso apropiarse, y de mí con él, pero yo no estuve dispuesta a aceptarlo, ni a aceptar a Francis, y así el tema de Boston se desvaneció, y el vino, el champán, el teatro, las galerías, se los llevaron consigo las lluvias del invierno. Pero ahora puedo irme, Liam. Marcharme. Largarme de este peñasco. Escapar. Y quedarme también, poner el agua al fuego, el día en marcha, esperando que salgas del mar, que entres en nuestra cama, en mí.

Lloyd puso la mano sobre la mano de Mairéad, con delicadeza.

No está seco todavía.

Ella dejó caer el brazo y de nuevo recorrió el lienzo de punta a punta, arriba y abajo, varias veces, con una sonrisa, y luego riendo, la viuda joven de la isla como jamás me han visto, esas mujeres de tierra firme, allí en la otra orilla.

Estrechó la mano de Lloyd.

Gracias, dijo. Es perfecto.

Él sonrió. Y luego la besó en la mejilla derecha.

Es mi mejor obra, Mairéad.

Se marchó, evitando acercarse a la ventana de Masson con la esperanza de que no la viera. Pero salió tras ella. La llamó.

Bueno, ¿qué has averiguado, Mairéad?

¿De qué?

¿De lo que está haciendo ahí dentro?

Ah, nada.

¿Y qué estabas haciendo tú ahí dentro?

Me ha pedido que recogiera. Que lavara las tazas.

¿Lo has hecho?

Lo he hecho, respondió. Y he barrido el suelo. Es un hombre desordenado.

Masson se quedó donde estaba, apoyado en el marco de la puerta, viendo cómo se alejaba, rápida, apresurada, y frenando el paso después, cuando se acercó a su propia casa, a su propia puerta, esos cambios en los andares, los mismos que mi madre cada vez que se despedía de los ancianos y los hijos tras la caja registradora y salía a toda prisa de sus tiendas, de sus calles, temiendo que mi padre pasara en una furgoneta de Correos, o en una bicicleta de Correos, y la descubriera donde no quería que fuese, vestida como no quería que vistiera, apretando el paso, al trote, corriendo hasta que llegaba de nuevo cerca de nuestro vecindario, de nuestro bloque, y entonces frenaba, el cuerpo pesado, sombrío, los hombros hundidos camino del edificio, y mientras subíamos las escaleras de hormigón, y mientras giraba la llave de la puerta, y aliviados cada vez que encontrábamos

aquel hogar compartido libre de su presencia, y con tiempo suficiente para cambiarse las faldas largas por faldas más cortas, los colores oscuros por los colores más vivos que prefería él, pese a que cada vez se sentía más cómoda con las piernas tapadas y un pañuelo colgándole holgadamente detrás de la cabeza. Como el que llevaba aquella tarde, la tarde en que llegamos a casa y nos lo encontramos ya allí. Empapado en cerveza y televisión francesa, exigiendo saber dónde habíamos estado y por qué ella, mi madre, iba vestida con esa ropa oscura y ese pañuelo cuando él le había dicho que no lo hiciera. Y ella le respondió. Sin rodeos. Tu hijo está aprendiendo árabe. Árabe clásico. Árabe literario. La lengua de mi pueblo, mi cultura, mi historia. Él saltó disparado del sillón y la empujó, a mi madre, contra la pared, gritando que su hijo era francés y se criaría como un francés. Hablaría francés. Leería francés. Jugaría con niños franceses. Que su hijo no aprendería árabe jamás. Y que además ya estaba harto de toda esa mierda árabe, de toda esa mierda argelina, del puto cuscús que se pasaba horas cocinando, hasta que el piso terminaba tan lleno de vapor que la condensación goteaba por los cristales de las ventanas. Yo lo único que quiero es un estofado de conejo decente y flan de manzana. Comer como comen mis amigos. Como comen los jefes del despacho. Y entonces se abalanzó sobre sus libros. Sobre sus periódicos. Y los rompió. Los desgarró. Y luego sobre ella. Sobre mi madre. Bofetadas. Cruzándole la cara. Puñetazos. En el estómago. En el pecho. Hasta tirarla al suelo. Patadas. Mi hijo es francés y comerá comida francesa. Se desabrochó el cinturón, lo soltó de un tirón de las trabillas de los vaqueros. Alzó el cuero negro en el aire, sobre ella, mi madre, mi querida madre, encogida de miedo en un rincón de la cocina, junto al cubo de la basura, que había vaciado antes de irse, una bolsa limpia ya colocada. El cinturón cayó, atravesó el aire y descargó en su espalda. Ella chilló. Alzó el cinturón de nuevo. Descargó una segunda vez, en sus piernas. Y mi padre gritaba. Eres una puta mora. El cinturón alzándose otra vez. No me tendría que

haber casado contigo en la vida, puta mora. El cinturón descargó en la cadera. Te tendría que haber abandonado allí con ese niño dentro, en ese país dejado de la mano de Dios. El cinturón se alzó, el cinturón cayó, mi madre hecha un ovillo, tapándose con manos y brazos para protegerse la cara, la cabeza. Tendría que haberme casado con una francesa. Se acabó esta mierda árabe. El cinturón descargando en su espalda. Mi hijo hablará francés. En las piernas. Leerá francés. Otra vez en la espalda. Latigazos. Piernas. Cadera. Espalda. Nalgas. Hombros. Mi. Hijo. Será. Francés.

Paró, entonces, y, jadeando, recogió el cinturón en la mano. Mi madre sollozaba, flojito, tan flojito como era capaz, y alargó la mano hacia mi pie. Yo la miré desde arriba, con la boca abierta, el cuerpo inmóvil, silencioso, sin hablar ni en la lengua de mi madre ni en la de mi padre, viendo cómo él se ponía de nuevo el cinturón, sabiendo, mientras se volvía a su cerveza y a su televisión, mientras mi madre me soltaba el pie, que mi lengua paterna se había convertido en mi lengua materna, y mi lengua materna en un silencio, porque mi madre apenas volvió a hablar después de aquello. Tampoco a leer. Se quedaba sentada en la ventana contemplando el mar lejano, y no salía más que a comprar comida, conejo y manzanas todos los jueves. Mi padre alababa sus platos. Y sus faldas, más cortas. Y los colores vivos de la ropa. Me dijo que era libre de ser tan francés como lo era él. Un niño francés de verdad, dijo, que comía comida francesa de verdad.

Vio a James, que volvía de los acantilados con un conejo en cada mano y el bloc bajo el brazo.

Te ha cundido el día, James.

Se apartó del marco de la puerta.

Voy contigo. A ver si me dan una taza de té.

James tendió los conejos en la mesa y dejó el bloc.

Un buen par, dijo Micheál.

Francis cogió el bloc y se puso a hojearlo. James se quedó quieto, con las manos a los costados.

Dicen que te marchas a Londres a hacerte artista.

Sí.

Esperemos que se te dé mejor que lo de pescar.

James se echó a reír.

Eso espero, tío Francis.

¿Cuándo te vas?, preguntó Micheál.

Muy pronto. En cuanto se seque el cuadro del señor Lloyd.

¿En qué está trabajando, James?, quiso saber Masson.

James se encogió de hombros.

No sé a qué viene tanto misterio, dijo Masson.

No es ningún misterio, respondió James. Está trabajando solo, nada más. Es lo que hacen los artistas.

Francis soltó el bloc sobre la mesa.

Te vas a hartar de hacer eso en Londres.

¿De qué?

De estar solo. De cosas de chico irlandés solitario.

¿Qué sabes tú de eso?

Lo bastante, respondió Francis.

Apenas has salido de aquí.

James bebió té, se comió un par de scones y le llevó un par a Lloyd, con el bloc bajo el brazo. Llamó a la puerta con el pie. Lloyd abrió y lo hizo pasar.

Gracias, James.

De nada, señor Lloyd.

Lloyd cogió la comida y señaló con la cabeza el taller.

Ve. Echa un vistazo. Dime qué te parece.

James lo recorrió de nuevo de punta a punta.

Me gusta más cada vez que lo veo.

Eso es bueno.

Lloyd se quedó de pie en la puerta comiendo y bebiendo.

Me muero de ganas de verlo a la luz del día, dijo James.

Será un gran momento.

¿Puedo abrir las cortinas?

No, James. Demasiados ojos censuradores.

La lista es larga, desde luego.

Lloyd sonrió.

Tu abuela me tirará de cabeza por el acantilado si lo ve.

Seguro, señor Lloyd.

Y Francis me pegará un tiro.

También. Lo dejarían seco entre los dos.

Lloyd se colocó a su lado.

Igual a Francis le gusta. Toda esa sangre de soldado vertiéndose al mar.

Lo único que verá es a mi madre. Y luego a él.

Tienes razón, James.

El chico se echó a reír.

Le saldrá humo por las orejas, señor Lloyd.

Hablas como si fueses a disfrutar con ello.

Ah, pues claro.

¿Y qué me dices de tu bisabuela?

A saber. No está tan atada a la forma de pensar de los curas como mi abuela.

¿Pero reza?

Ah, y tanto. Día y noche. Pero a Dios. Ella no tiene tiempo para los curas y sus reglas.

Línea directa, pues.

No le van los intermediarios, señor Lloyd.

James retomó su cuadro, y Lloyd se quedó plantado frente al lienzo escrutando a Mairéad, el brillo de su piel y el resplandor reflejado en los isleños que la rodeaban, en los animales, en la roca, en la hierba quemada por el viento. Fue recorriendo el lienzo, examinándolo, analizándolo y mirándolo a través del espejo para comprobar la escala y la nivelación, musitando mientras inspeccionaba su trabajo, para sí, para James, va a ser mi mejor obra, James, mi obra maestra, esta obra

descomunal será una vuelta a las tablas, la que me abrirá las puertas y captará la atención de la medio esposa, la que convertirá a un artista olvidado, desechado, ignorado, en una celebridad, a la altura de Freud, de Auerbach, de Bacon. No. Se echó a reír. No. Mejor. Mejor que todos ellos. Mejor que esos favoritos de los marchantes. Esta obra seminal los relegará y hará que su trabajo, que ellos mismos resulten tan insignificantes que mi medio esposa pasará a ser mi esposa completa, y esta esposa completa me promociona, cuelga esta obra revolucionaria en las paredes de su apreciada galería, ese espacio codiciado, y la noche de la inauguración me ensalza como al Gauguin del hemisferio norte, como al existencialista del arte británico que vivió en una remota isla irlandesa durante casi cuatro meses, solo, aislado, un ermitaño, en una caseta sin electricidad, sin agua corriente, alimentándose a base de pescado y patatas, alabándome como el gran artista británico que ha vuelto a las raíces para plantear las mismas preguntas que Gauguin, *D'où venons-nous? Que sommes-nous? Où allons nous?* ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos? Y aquí lo tienen, damas y caballeros, con sus pañuelos de seda y sus Rolex, damas y caballeros de la prensa, *The Times, The Telegraph, The Guardian,* la BBC, este gran artista británico nos las plantea una vez más. Pero no en la colonia francesa de Tahití en la que pintó Gauguin. Más cerca de casa. Más cerca de todos nosotros esta noche. Las preguntas que él nos plantea atañen a Irlanda. Nos atañen a nosotros. A la relación británica con Irlanda. La antigua colonia británica de Irlanda. Lloyd, al igual que Gauguin, aviva las preguntas todavía sin respuesta sobre nuestra coexistencia en esta tierra, en estas islas, humano, animal, espíritu, todos atravesando las mismas fases de nacimiento, vida y muerte, uno al lado del otro, hombro con hombro, entrelazados en esta existencia común, esta codependencia que alcanzó a comprender perfecta, plenamente, viviendo en la isla, en una roca rodeada de océano donde la existencia queda de nuevo reducida a lo esencial, una isla remota en la que también las

relaciones quedan al desnudo, y por medio de esta obra magnífica nos invita, no, nos reta a reflexionar sobre nuestra relación con la tierra, con el otro, y sobre la relación entre Gran Bretaña e Irlanda, el mar que hay entre nosotros teñido todavía de la sangre de gente corriente, de hombres lavando los platos en su casa, de mujeres que iban con sus madres de compras, de niños en barco con su abuelo, la sangre también de soldados ingleses adolescentes y de jóvenes irlandeses que se hacen llamar «Luchadores por la Libertad», la violencia y el caos de esas muertes, de ese derramamiento de sangre, conviviendo con la belleza de las gentes, del paisaje, un Jardín del Edén subvertido, trastocado, un estado en suspenso, un estado de cuestión pendiente en el que los fantasmas del pasado siguen proyectando su tenue resplandor en el presente. Una salva espontánea de aplausos de esos hombres y mujeres con sus pañuelos de seda y sus Rolex, de los hombres y mujeres de la prensa. Lloyd ha creado esta obra magnífica, damas y caballeros, inspirándose no solo en Gauguin, con un guiño de pasada al *Guernica* de Picasso, sino también en el arte primitivo y en el naíf, intereses constantes en su carrera que se han visto avivados por su relación con James Gillan, un muchacho isleño cuya asombrosa obra naíf se expone también aquí hoy. Lloyd trabó amistad con James, también conocido por su nombre irlandés, Séamus, y quedó impresionado con su talento natural para el arte. Con su capacidad innata para ver como un artista, para interpretar como un artista. Desde el comienzo, la obra del chico le recordó a Lloyd la de los antiguos artistas chinos, cuya perspectiva lineal otorgaba una representación igualitaria a todos, a las personas, a los animales, a los espíritus, una perspectiva abandonada en el arte europeo del Renacimiento, cuando la narrativa lineal que observamos también en las antiguas pinturas rupestres quedó desplazada para permitir que el artista se centrara, por el contrario, en un único punto, una única persona, creando así una posición dominante en el cuadro. Una posición dominante en la sociedad. Lloyd, este gran artista británico,

está desgranando todas esas premisas y hábitos en nuestros modos de ver y devolviéndonos a las raíces, más igualitarias, del periodo naíf. Damas y caballeros, por favor alcen sus copas conmigo esta noche para brindar por Lloyd, este gran artista británico cuya obra es tan radical hoy en Londres como lo fue la de Manet en París cuando presentó *Le Déjeuner sur l'herbe* en el Salón. Del mismo modo que Manet mezcló lo clásico con lo moderno, Lloyd ha mezclado radicalmente arte primitivo, naíf, impresionista y posimpresionista para crear algo por completo nuevo y original.

Lloyd sonrió. Y luego se echó a reír.

¿De qué se ríe, señor Lloyd?

A mi esposa le encanta decirle a la gente lo que tiene que pensar.

Su medio esposa.

Mi esposa.

Lloyd cruzó el cuarto en dirección al caballete. Contempló el cuadro de los acantilados de James, los rosas y azules destellando al sol.

Es bueno, James. Yo creo que habría que incluirlo.

Será el sexto cuadro, entonces.

James lo puso a secar en una esquina y volvió a colocar *Mná na hÉireann* en el caballete.

A este le falta un poco.

Me gusta mucho, James.

No lo pondré a la venta.

Entonces este será el que querrá comprar todo el mundo.

James se puso a trabajar en su madre, en los ojos, en los visos que hacían las arrugas bajo la superficie de su piel y que pronto emergerían, cruzarían a través.

¿Cómo de grande es la galería, señor Lloyd?

El tamaño perfecto para lo que tú haces. Y muy céntrica. A la gente le encanta ir.

¿Yo también estaré?

Por descontado. Es tu trabajo.

¿Necesito un traje? ¿O una chaqueta?

Tal como eres, James, está perfecto.

Podría ponerme el jersey que me está tejiendo mi madre.

Ideal.

Lo estrenaré.

Perfecto.

Me pasearé por la galería como el chico isleño con su jersey isleño.

Se te dará muy bien.

Sí, señor Lloyd.

¿Tu madre vendría a Londres, James? Para la exposición.

No saldrá de aquí.

¿Nunca?

Está esperando a mi padre.

Lloyd se sobresaltó.

Pero está muerto, James. Se ahogó.

Ella espera igualmente.

James señaló su cuadro.

Están todos esperando, dijo. Todos esperando a que los hombres salgan del mar.

Igual tendrías que cambiarle el nombre y llamarlo *La sala de espera.*

James miró de nuevo su obra.

Igual sí, señor Lloyd.

Lloyd regresó a su cuadro.

Creo que lo voy a dar por terminado, James. Dejaré que se seque del todo.

¿Cuánto tardará?

Unos días.

¿Y luego nos iremos, señor Lloyd?

Sí, James. Luego nos iremos.

Lloyd volvió a contemplar la obra del chico.

Me has servido de inspiración, James. Con tus narrativas lineales.

Eso no es lineal, señor Lloyd.

Sí que lo es, James.

Mi madre sigue estando en el centro. Todos los demás son actores secundarios.

Te equivocas, James.

Parece la portada de un disco, señor Lloyd.

James se echó a reír.

De los Boomtown Rats, señor Lloyd. Bob y los Rats. Mairéad y los Isleños.

Lloyd negó con la cabeza.

No no, James. Es mucho más que eso.

Puede, señor Lloyd. Pero no se parece en nada a lo que hago yo.

Yo creo que sí, James.

En mis cuadros todo el mundo es igual, todo el mundo tiene una historia. En el suyo no. Mamá es la jefa.

Es muy hermosa.

Eso no le da más valor, señor Lloyd.

Para mí sí.

Entonces no está pintando como yo, dijo James. Está pintando como usted. Como un inglés en una isla irlandesa.

¿Qué significa eso?

Que está convirtiendo la isla en algo que no es.

Me he perdido, James.

Mamá no es el centro de las cosas. Ella no es la jefa.

¿Y quién lo es, entonces?

Va cambiando. Continuamente. Invierno. Verano. La tarea que haya por delante.

Lloyd negó con la cabeza.

Te estás engañando a ti mismo, James. Francis es el jefe.

Solo cuando está aquí, señor Lloyd.

Pero viene cada dos por tres.

Cierto.

En fin, James, es mi interpretación de la isla.

Y eso está muy bien, señor Lloyd. Solo que no tiene nada que ver con mi trabajo. Mi trabajo es muy distinto. El suyo es como el de todo el mundo.

Eso no es muy amable, James.

Una mujer hermosa en el centro. Todo lo demás, esparcido alrededor. Cuadro listo. Hecho. Es lo que hacen todos. Desde hace siglos.

Sabes muy poco de arte, James.

He estado leyendo, señor Lloyd. Observando. Sé lo bastante.

La verdad es que tu tono me parece ofensivo, James. Esta obra es absolutamente original.

¿Sí, señor Lloyd?

Sí, James, lo es.

Para mí es una versión de cosas que han venido antes. Una amalgama.

Se echó a reír.

Arte de urraca, señor Lloyd.

¿Y el tuyo será mejor, James?

Supongo que lo descubriremos cuando llegue a Londres.

Supongo que sí, James.

Hugh O’Halloran, católico de veintiocho años y padre de cinco hijos, muere en el hospital el lunes 10 de septiembre a causa de las heridas sufridas dos días antes, cuando una banda de republicanos lo apaleó con un bate de hurling y el mango de un pico.

Ahí arriba se está yendo de madre.

Sí, Mairéad. Atacando y matando a los suyos…

Mairéad fregó por donde su madre había barrido.

Francis diría los tuyos.

Él sí, Mairéad.

Pero tú no.

Mairéad pasó la fregona por debajo de las sillas.

Antes lo decías.

Sí.

¿Y ya no, mamá?

Yo ya no sé qué pensar, Mairéad.

Alguien dio unos golpecitos en el aparador. Era Lloyd. Bean Uí Néill apagó la radio.

Tengo una pregunta, dijo él.

Bean Uí Néill empezó a dar voces llamando a James, pero Mairéad la detuvo.

Fág é mar a bhfuil sé, dijo. Diga, señor Lloyd.

¿Cuándo volverá Micheál?

Amárach. Mañana. B'fhéidir. Quizás.

Gracias. Me marcharé entonces. Me volveré con él.

¿Y qué hay de James?

Él quiere venirse conmigo, Mairéad.

Ella pasó la fregona por debajo del aparador.

Tuigim. Entiendo.

¿Me lo llevo, Mairéad?

Fregó de izquierda a derecha, una sola pasada, y luego volvió al suelo despejado en dirección a la puerta, donde seguía plantado Lloyd.

¿Quieres que se venga conmigo, Mairéad?

Empujó la fregona hacia él.

Idir, respondió.

¿Qué significa?

A medias.

Fregó alrededor de sus pies.

A medias usted y James, señor Lloyd.

Encajó el mocho de la fregona entre sus pies.

Su decisión, señor Lloyd. No mía.

Lloyd se apartó y salió de la casa camino de los acantilados, siguiendo la misma ruta de aquella primera tarde, por el huerto, el lago y luego colina arriba, pero sin sentir ya la pendiente en las pantorrillas, el viento por entre los cabellos, el cuerpo aclimatado y ligeramente encorvado por las caderas para andar como los isleños. Llegó a lo alto y se dejó caer de rodillas, se tumbó bocabajo, asomado al borde para contemplarlo una vez más, una última vez, la roca rielando a la luz de la tarde, los pájaros preparándose para la noche

como era

en el principio

ahora

Se echó a reír.

autorretrato: encontrando a dios

Se quedó allí hasta que se fue el sol, impregnándose de las grietas, los huecos, recordándolos, y también las últimas luces que revoloteaban por la roca, el tumulto del mar, de ola tras ola estrellándose contra las rocas, carcomiendo la tierra, una fuerza y una potencia que retumbaba por el acantilado y se le colaba en los huesos

y siempre

Empezó a tiritar y se levantó. Se encaminó a la caseta y llegó ya de noche. Encendió los quinqués y fue de aquí para allá entre luces y sombras, la caseta más ordenada de como la había dejado, los dibujos colocados en cuatro cuidadosas pilas, la almohada, la manta y el colchón en su sitio, la mesa recogida. Encendió el fuego, agitó la lata del té, dentro repiquetearon la cucharilla y las hojas secas. Miró dentro. Suficiente para una última taza. Probó el agua del cubo

todavía reciente

agradecido, james

Puso agua a hervir y se sentó con los dibujos delante del fuego aún titubeante. Cogió un fajo. Pájaros. Charranes con la cabeza demasiado grande, gaviotas con la cabeza demasiado pequeña. Los echó al fuego, y una bocanada de calor y luz eliminó esa temprana ignorancia, esa necesidad suya de instruir al chico de la isla, ahora grosero, chulesco, con esas alusiones a amalgamas y urracas.

Se echó a reír

niñato descarado

Cogió otro fajo de dibujos, de la luz en el mar, de los acantilados, y arrojó una hoja tras otra a las llamas.

autorretrato: jugando a ser dios

El agua rompió a hervir, preparó el té y volvió junto al fuego, bebiendo aquella negrura caliente mientras hojeaba los dibujos de Mairéad y se guardaba la mayoría para llevárselos de vuelta consigo, para incluirlos en cualquier exposición futura sobre la evolución de su obra. Se fijó entonces en la cuarta pila, retratos de James, de James con los conejos. Fue pasando las hojas, satisfecho con ellas, con la frescura de la vida y la muerte, encantado con el vigor, la vitalidad, pero de pronto se detuvo. No era obra suya. Examinó una de las hojas. Era un dibujo de James. Era su mano. No la mía. Sus dibujos intercalados con los míos, sus dibujos de conejos recién muertos, desprendiendo un vigor ausente en los míos. Estrujó el papel. Y luego otro. Seis hojas. Siete hojas. Las arrojó al fuego y se quedó mirando cómo las llamas ahogaban y devoraban la obra del chico, su arte, un arte mejor que el mío.

Reunió los esbozos de Mairéad, apagó los quinqués y dejó la puerta de la caseta bien encajada al salir, su última visita al promontorio. Echó un vistazo alrededor, pero solo un instante, por encima, y apretó el paso de vuelta a la aldea, mascullando, murmurando, maldiciendo al caminar, dándose puñetazos contra el muslo, contra James, el aprendiz que había superado al maestro.

Entró en tromba en la cabaña, en el taller, y encendió los quinqués

repartidos por el suelo. Echó pintura fresca en la paleta y pintó sobre el retrato de James, que ya no llevaba un conejo y pinceles en las manos, sino cuatro peces, dos en cada una.

autorretrato: siendo dios

Apagó los quinqués y se metió en la cama, aunque Mairéad seguía levantada junto al fuego, cosiendo la espalda del jersey a la parte delantera, lana gris enhebrada en la aguja, puntadas prietas, cerrando los huecos para que no entrara el viento, la lluvia que arremete de través a los isleños. Y luego añadió las mangas, primero la derecha, después la izquierda. Extendió el jersey terminado sobre el regazo y acarició los garbanzos que lo abrigarán cuando cruce el mar de Irlanda, los diamantes que le arroparán el centro del pecho mientras espera en mitad del viento el tren que lo llevará a Londres. Lejos. De aquí. De mí. Pero yo iré contigo, James. Sentada a tu lado en el barco, en el tren, a tu lado en las paredes blancas de las que colgaremos juntos en Londres, madre e hijo, una exposición, una celebración, mi belleza capturada antes de que se desvanezca, la tuya, mientras crece, mientras florece, de niño artista irlandés a gran artista irlandés, porque tus conejos son mejores que los que pinta él, James. Y tus pájaros también. Sus movimientos por el aire, más vivos en tus dibujos. Como si tú los entendieses más. Como si los hubieses estudiado más. Dobló las mangas a la espalda y el jersey por la mitad. No eres mejor que él, James. Pero lo serás. Con el tiempo. Sonrió. Y lo sabe, James. Sabe que serás mejor que él. Con el tiempo. Y tienes tiempo. Muchísimo tiempo. Tiempo que tu padre nunca tuvo. Se rio. Él tampoco quería terminar de pescador. James. Odiaba el mar. Odiaba los barcos. Pero era lo único que conocía. Lo único que tuvo oportunidad de conocer.

Guardó la lana, las agujas de tejer y la de coser en el cesto que tenía junto a la silla, y se levantó. Dejó el jersey encima de la mesa de la cocina para que James lo viera por la mañana y salió al aire de la noche, las estrellas abundantes, la luna rozando la plenitud. Hacía

frío, se había terminado el verano, pero se demoró igualmente, tomándose su tiempo para llegar a la cabaña de Masson, la vista descansando en las estrellas y la luna, saboreando el silencio de la isla cuando los demás dormían y ella seguía despierta, el lugar todo suyo, como fue nuestro, Liam, allá en los acantilados, abajo junto al mar, tumbados en la caseta, en el suelo frente al fuego, donde me he tumbado para el artista, donde me tumbé contigo, donde hicimos a James. Sonrió. Nuestra pequeña obra de arte, Liam. Nuestra colaboración. Empujó la puerta de la cabaña de Masson. Pasó dentro, el moho sofocado por el olor de restos de café que ardían todavía en el hogar de piedra. Una última vez, JP, porque no volverás, y no volveré a verte, porque no habrá equipos de grabación ni reporteros de prensa, y nadie vendrá aquí corriendo para conocer a Bean Uí Fhloinn, la última que habla irlandés en la isla, porque a nadie le importará tu estudio, JP, sobre la lengua, su historia, su abandono, el paso al bilingüismo en el rincón más remoto de Europa. Los equipos de grabación, los reporteros de prensa, vendrán a esta tierra a hablar solo de soldados, pistolas y bombas, la noticia ahora, a escribir reportajes de muerte, de odio, de miedo, de ojo por ojo, represalia tras represalia, una espiral descendente y furibunda en la que los asesinos que acechan las calles en mitad de la noche no recuerdan ya de qué se están vengando.

Subió la escalera y se metió en su cama.

Por la mañana James vio el jersey.

Gracias, mamá.

Te abrigará, James.

Me lo pondré la noche de la inauguración.

Mairéad se abrazó a sí misma.

Irás muy elegante, James.

James Gillan, el Pintor Isleño.

Cogió el desayuno para Lloyd y llamó a su puerta. Lloyd no respondió. Estaba abierta, pasó dentro, la cabaña aquietada por el sueño. Dejó el desayuno en la mesa sin hacer ruido y fue al taller a comprobar si *Mná na hÉireann* estaba seco, a absorber los olores de aceite y pintura que pronto serán mis olores, el muchacho isleño, de Irlanda a Londres, que ya no olerá a agua salada, peces muertos y sangre de conejo pudriéndose, sino a limón ocre, a carmín, a azul de Prusia, a azul persa, a granadina, a gris de Payne, a verde oliva, a bermellón escarlata, a aceite de linaza y aguarrás. Se echó a reír. Mis nuevos olores. Mi nuevo camino. Adiós al colegio. Adiós a los curas. Adiós a Francis. Seco. Listo para el viaje. Uno de seis. Cinco por escoger. Los que me llevaré. Los demás los dejaré, aquí en este cuarto, para que mamá los encuentre cuando venga a limpiar, a rascar la pintura de las paredes, del suelo, a dejar esta habitación, la cabaña, como estaba al principio del verano, antes de que llegase Lloyd, antes de que yo supiera de pintura en lugar de saber de pesca.

Pasó por detrás del lienzo de Lloyd para coger los cuadros que estaban en el rincón. Se los llevó a la otra punta y los colocó en el suelo, debajo de la ventana. Veintidós cuadros. Hora de escoger, James Gillan. De escoger a los favoritos. Fue de un lado al otro del cuarto mirando abajo, escogiendo, pero siguiendo también el desarrollo de su trabajo, el súbito salto en un solo verano de un arte infantil, primitivo, a un arte representativo, destilaciones de la vida isleña. Examinó los cuadros de Bean Uí Néill, de Bean Uí Fhloinn, y se retiró unos pasos para escrutar el lienzo de Lloyd, para calcular cuánto le había copiado

el artista inglés. Se rio. Absolutamente. Completamente. La ropa, los gestos, las posturas idénticas, como si hubiese venido en mitad de la noche a copiarme. Y entonces se quedó parado. Delante de sí mismo. Su yo alterado. ¿Cómo no lo he visto antes, en cuanto he entrado en el cuarto? Un chico con peces. Un chico isleño con peces. Ya no un artista, ni un aprendiz. Ya no con pinceles en la mano, sino con peces. Soy un chico con peces. Un chico isleño. Cazador. Recolector. Proveedor. Pero artista no. No me ve como a un artista. No quiere que me vean como a un artista. Porque artista solo hay uno. Y no eres tú, James Gillan.

Oyó a Lloyd que bajaba por la escalera. Aplacó su respiración, su ira, y se escabulló de nuevo a la cocina, plantado junto a la mesa, las manos a la espalda, la cara estática. James Gillan, el pequeño mayordomo.

Buenos días, James.

Buenos días.

Lloyd sirvió té.

¿Te apetece un poco?

James negó con la cabeza y volvió la vista para mirar por la ventana, al mar.

Hace buen día, dijo Lloyd.

Sí.

Lloyd cogió entre las manos el cuenco de gachas.

La verdad es que echo de menos las sillas, James.

No me extraña, señor Lloyd.

Lloyd comió. James se quedó en silencio.

Bueno, ¿qué te parece?, preguntó Lloyd.

¿El qué?

Te he oído, James. En el taller.

James se miró los pies.

¿Por qué ha hecho eso, señor Lloyd?

Lloyd se metió otra cucharada de gachas en la boca.

¿He hecho qué?

Ha pintado encima de mi retrato. Me ha convertido en pescador.

Es mi cuadro, James.

James se volvió hacia él.

Es mi identidad, señor Lloyd. Y yo no soy un pescador.

Es una representación de la isla, James. Nada más.

Es mucho más.

No.

Es como usted quiere que sea. Como quiere que me vean.

Eso son tonterías, James.

Usted es el artista, señor Lloyd. Yo soy el chico isleño que pesca.

James, lo estás sobreinterpretando.

James levantó la cara, conteniendo las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

Un artista no puede sobreinterpretar, señor Lloyd.

Tú no eres artista, James. Todavía no.

Y no lo seré si me presenta así.

Cálmate, James.

Se supone que formo parte de la exposición. Un artista de la exposición.

Y lo serás.

James se pasó los dedos por el pelo y se sacudió las lágrimas de los ojos con el talón de la mano.

No, señor Lloyd. Soy una pieza de exposición. Un pescador.

Lloyd se encogió de hombros.

Es una representación de la isla. Nada más.

Se sirvió más té.

Soy yo como usted quiere que me vean, señor Lloyd. Como usted quiere que me interpreten.

Lloyd añadió leche y bebió.

Como he dicho, todavía no eres un artista, James.

Y no lo seré si me presenta como a un pescador.

Lloyd recogió la vajilla y la empujó por la mesa hacia James.

Hoy lo embalaré todo.

James negó con la cabeza.

Pero el lienzo todavía está húmedo, señor Lloyd.

Solo en algunas partes, James. No pasará nada. Pondré lienzo seco encima.

El chico respiró hondo.

¿Eso sirve, señor Lloyd?

Bastante. Impide que se pegue.

James recogió los platos de la mesa.

Plegaré el lienzo mañana, James. ¿Me ayudarás?

Depende.

Volvió a la casa, se metió en la recocina. Su madre y su abuela estaban cocinando.

¿Puedes traer algún conejo hoy, James?

James se salpicó agua en la cara.

Sí, abuela.

Hoy cruzan los hombres, dijo.

Eso he oído.

Y tú cruzarás con ellos después.

Ese es el plan.

Tú, el señor Lloyd y JP.

El barco va a estar animado, abuela.

Y la isla, tranquila, James.

El chico fue hacia la puerta.

¿Quieres dos conejos o tres?

Tres.

Se agachó en la hierba y aguardó, con el sol calentándole la espalda, los reyes de codornices no dejaban de llamarse unos a otros, pero los frailecillos ya se habían ido, se habían echado al mar rumbo al sur, el camino ya trazado. Como el mío. Mañana el barco de Micheál, con mis dibujos y mis cuadros, le diré adiós con la mano a mi madre, mi abuela, mi bisabuela, tres mujeres en la grada, con ropa oscura, en

corrillo, llorando, *Mná na hÉireann, En el muelle,* y luego adelante, cruzando el país hasta el otro mar, el mar más pequeño, el barco más grande. Un conejo se metió en la red. La agarró de un tirón, sujetó por las patas traseras al animal, debatiéndose, y le reventó la cabeza. Lo sacó de la red, volvió a tender la trampa y se sentó a esperar. Y luego en tren hasta Londres, a la casa de Lloyd, a vivir con el olor de la pintura y con la media esposa, que otra vez se estaba convirtiendo en la esposa completa. Salió otro conejo del agujero. Saltó adentro de la red. Lo atrapó. Un tercer conejo asomó, a pesar del alboroto. Putos conejos imbéciles. Putos conejos imbéciles. Agarró al tercer conejo con las manos, lo alzó en el aire y lo estrelló contra el suelo. Estoy harto de estofado de conejo. Estoy harto de comer siempre la misma puta cosa. Le pegó una patada al tercer conejo, aunque ya estaba muerto. Harto de ser el cazador. El recolector. Levantó al segundo conejo por encima de la cabeza y lo estampó también contra el suelo, la hierba salpicada de sangre. Harto de ser el proveedor. El mataconejos.

Se volvió a la aldea.

Menudo botín, James, dijo Mairéad.

Sí, mamá.

En Londres perderás la práctica.

No lo echaré de menos, mamá.

Sí. Más de lo que crees.

Pues ya los cazaré en Hyde Park.

Mairéad se echó a reír.

Te detendrán.

Siguió riendo, tapándose con las manos.

¿Te imaginas qué cara pondrían los niños? ¿Y las madres?

Pasaré el resto de mi vida en la cárcel, mamá. El Mataconejos Irlandés.

Se arrimaron el uno al otro.

Te echaré de menos, James.

Lo sé, mamá.

Llegaron Micheál y Francis. Soltaron la compra en la mesa, al lado de los conejos.

Otro festín, dijo Micheál.

Mi última cena, respondió James.

Será una buena cena, James.

Bean Uí Néill puso la mesa y sirvió té y scones. Se sentaron.

¿Estás nervioso, James?

No, Micheál.

Sera emocionante, dijo Mairéad. Una nueva vida.

Esta no tiene nada de malo, replicó Francis.

Sí lo tiene si no te gusta pescar, respondió James.

Mairéad le revolvió el pelo.

Bueno, ¿y cómo se llama esa escuela a la que irás?, preguntó Micheál.

No lo sé. No me lo ha dicho.

¿Y cuándo empiezas?

No lo sé tampoco.

No sabes gran cosa, ¿eh?, dijo Francis.

Lo sabré muy pronto.

Estás corriendo un peligro tremendo, James.

¿Cómo es eso, Francis?

Yéndote con un inglés al que casi no conoces.

James se encogió de hombros.

Lo conozco lo bastante.

Irte a Londres siendo irlandés.

No le pasará nada, dijo Mairéad.

La policía se pasa el día deteniendo a chavales irlandeses. Porque sí.

No llamaré la atención, dijo James. Casi ni se darán cuenta de que estoy allí.

Francis negó con la cabeza.

Se darán cuenta, James. Lo sabrán todo de ti.

No hay nada que saber, Francis.

Se lo inventarán, James. Aunque no haya nada que saber.

James se terminó el té y sus scones y se levantó.

Les llevo algo a JP y el señor Lloyd, dijo.

Salió con dos tazas de té y cuatro scones en un plato, y pasó primero por la cabaña de Masson, que estaba despejando el escritorio.

Perfecto, James. Justo lo que necesitaba.

¿Cuándo volverás, JP?

La primavera que viene. Cuando se publique el libro. Traeré a la gente de la televisión y de la prensa para que conozcan a Bean Uí Fhloinn.

Yo no estaré, JP. Me marcho a Londres.

Eso he oído. Qué emocionante para ti.

Gracias, JP. Aunque Francis está echando pestes.

Francis está siempre echando pestes.

Luego fue donde Lloyd. Estaba en el taller, tirando los lápices y los tubos de pintura usados del cajón al suelo. James le dio la comida, el té visiblemente frío.

He pasado antes por la cabaña de JP.

No te preocupes, James.

Lloyd comió, bebió. Las obras de James seguían en el suelo.

Voy a escoger mis seis, dijo.

Lloyd asintió.

James eligió *Mná na hÉireann* y cinco más, la mayoría sobre papel, de pájaros, de la aldea, de los acantilados, de los barcos en el mar, y *Lo que vio la hormiga.* Colocó las seis obras entre láminas de cartón y, con cordel blanco, las ató en un fajo que dejó en el suelo junto a la puerta del taller, al lado del caballete de Lloyd, ya desmontado y listo para embarcar.

Ya está, señor Lloyd.

Son buenos, James.

He empezado con buen pie, señor Lloyd.

James hizo una pila con el resto y lo volvió a dejar en el rincón más

alejado del cuarto.

¿Quiere que barra, señor Lloyd?

Lloyd negó con la cabeza.

Es demasiado pronto, James. Pero ve por el escobón y barreré cuando esté todo.

James regresó del patio con el escobón.

Será una buena exposición, señor Lloyd.

Formidable. Mi mejor exposición.

James señaló las obras de Lloyd, que seguían junto a la puerta.

¿Las guardo en la maleta?

Todavía no, James. Ya las meteré yo cuando prepare la mía.

James se marchó, con el platillo y la taza, y Lloyd retomó su labor vaciando el cajón y cargándolo todo en el baúl de caoba, pese a que la mayor parte de sus contenidos estaban usados o desgastados, las pinturas, la trementina y el aceite de linaza vacíos y secos, los trapos sucios y rígidos, la cinta adhesiva, las imprimaciones, los lápices, bolígrafos, tintas y carboncillos agotados. Los frascos y botellas, demasiado pringosos para molestarse, pero el caballete pequeño, la paleta, las espátulas y los pinceles estaban en buenas condiciones, con mucho trote pero aprovechables. El delantal negro seguía impoluto, sin usar.

Metió los dibujos entre las páginas de sus libros, y los libros en el baúl. Los cubrió con una capa de tela, y añadió los lienzos y pinturas, con láminas de papel y cartón entre ellos, rollos hechos de camisas y calcetines encajados en los huecos para que las obras de arte no bailaran. Bajó la tapa del baúl y lo cerró con llave.

Luego barrió el suelo, por encima, y juntó los restos de su estancia en una pila bajo la ventana, bolas de papel, tubos de pintura gastados, frascos, envases, trapos. Salió al patio a dejar el escobón. Masson estaba sentado en una silla, los ojos cerrados, fragmentos de turba esparcidos en torno a los pies.

Tengo entendido que se marcha usted mañana, dijo Masson.

Sí, respondió Lloyd. He terminado el trabajo.

Yo también. Excepto la conclusión, que redactaré en París.

¿Y cuál es? Su conclusión.

Que los ingleses son profundamente intolerantes con la lengua irlandesa.

Lloyd se echó a reír.

No hace falta ningún libro para saber eso.

Que los ingleses han hecho todo lo posible por retratar el irlandés como la lengua de los pobres, de los ignorantes.

Lloyd se encogió de hombros.

No es una idea muy original, ¿no?

Alguien tiene que decirlo.

Ya se ha dicho antes.

Hay que volverlo a decir.

Lloyd dejó el escobón en el cobertizo, al lado de la pala con cemento incrustado. Se detuvo al pasar junto a Masson de vuelta a la cabaña.

He terminado la obra, ¿la quiere ver?

¿El lienzo grande?

Sí.

Por supuestísimo.

Masson siguió a Lloyd hasta el taller. Se plantó delante de la tela. Asintió lentamente.

Es muy muy bueno, Lloyd. Más de lo que esperaba.

Un cumplido.

Masson se rio.

También los hay. A veces.

Aceptado, respondió Lloyd.

Pero es una obra derivada.

Lloyd negó con la cabeza.

Es una reinterpretación, pero no una obra derivada.

Es posible, dijo Masson. Eso les toca decidirlo a otros.

Estoy de acuerdo.

Le reportará mucha atención, Lloyd.

Eso espero. Y también a la isla. Que se convierta en un lugar turístico para ellos.

¿Cómo? ¿El Tahití del hemisferio norte?

Lloyd se encogió de hombros.

¿Por qué no?

Acabaría con este sitio. Arrasaría con la lengua.

Y traería dinero. Ingresos que no vengan de la pesca.

La lengua no sobreviviría a algo así.

Eso a mí no me concierne.

A mí sí.

Masson recorrió el lienzo de punta a punta, y luego se detuvo delante de Mairéad.

¿Lo ha visto la gente del lugar?

Lloyd negó con la cabeza.

Solo Mairéad y James.

Seguramente sea lo mejor.

Seguramente.

A Francis no le va a gustar.

Eso tengo entendido.

Y a las mujeres tampoco. A Bean Uí Néill. A Bean Uí Fhloinn.

Mañana por la mañana ya no estará aquí.

¿Y ya está? Pinta el cuadro de un plumazo y listo, los isleños tal como usted quiere.

Lo mismo que hace usted, Masson.

Él se encogió de hombros.

Peut-être. Puede que no.

El francés se marchó, y Lloyd retiró los clavos del marco con un cortaplumas. Extendió el lienzo en el suelo y lo enrolló, con un recuadro de lienzo seco encima de James. Lo envolvió de nuevo en papel de estraza y lo ató con cordel.

autorretrato: hora de partir

Masson subió por la cuesta que cruzaba la aldea, hasta la casa de Bean Uí Fhloinn. Dio unos golpecitos a la puerta antes de entrar, sirvió té y se sentó enfrente de ella. Le cogió ambas manos y se las besó.

Mi última visita. Mañana me marcho.

Ella le sonrió.

Así es.

¿Bajará a tomar el té luego?

No con tanto gallito.

Masson se echó a reír.

Es demasiado para mí, JP. Todos esos rifirrafes.

También es demasiado para mí, Bean Uí Fhloinn.

No has parado, JP. Todo el verano.

Esta isla es demasiado pequeña para que la compartan un francés y un inglés.

Me parece que el mundo en sí no es lo bastante grande para vosotros dos.

Él le tomó de nuevo las manos y se las besó, la derecha y luego la izquierda.

Me da dolor de cabeza oíros, JP. Áine me puede traer aquí la comida, como hace siempre.

Es una mujer sabia, Bean Uí Fhloinn.

Llevo mucho tiempo rondando, JP. Ya lo he visto casi todo.

Masson asintió despacio.

Pero no el cuadro.

¿El lienzo grande?

Ese mismo.

¿Tú lo has visto, JP?

Sí, Bean Uí Fhloinn. Es enorme. Y salimos todos.

¿Yo también?

Sí. Con la pipa.

La anciana negó con la cabeza.

Dijo que venía a pintar los acantilados.

No son los acantilados, Bean Uí Fhloinn.

¿No?

Es la isla. Los isleños.

Dijo que no haría eso.

Mairéad está en el centro. Posando para él.

Eso era lo que se traía entre manos.

Eso era.

Bean Uí Fhloinn dio una larga calada de la pipa.

No va muy tapada, Bean Uí Fhloinn.

¿No?

Él negó con la cabeza.

Solo ese pañuelo verde que tiene. Anudado a la cadera.

¿Y nada más, JP?

Nada más, Bean Uí Fhloinn.

Ella asintió lentamente.

Se lo tenía muy callado.

Sí, dijo Masson. Los dos.

Sabía que pasaba algo. Ahí en la caseta esa. Te lo dije.

Me lo dijo, Bean Uí Fhloinn. Eso mismo.

Dio otra calada.

¿Francis lo sabe?

Masson negó con la cabeza.

Es un gran secreto. Tiene las cortinas y las puertas cerradas.

Se pondría como loco si se enterara, JP.

Desde luego.

No lo permitiría.

No, Bean Uí Fhloinn.

Su propia cuñada. La esposa de Liam. Será mejor que no digas ni una palabra, JP. Ni una palabra.

No, Bean Uí Fhloinn. Ni una palabra.

La besó en la mejilla.

Bajaré a la grada mañana, dijo ella. Para despedirte.

JP la besó en la otra. Le sonrió. Le besó las manos.

Sé que puedo contar con usted, Bean Uí Fhloinn.

Cerró la puerta y bajó por la cuesta silbando. Se encontró a James de subida.

¿Vas a despedirte de tu bisabuela, Séamus?

Me llamo James. Y sí.

En Londres les encantará Séamus. Es un estupendo nombre irlandés.

Seguro que se conforman con James, JP.

Masson estuvo haciendo el equipaje hasta que fue la hora de cenar. Bean Uí Néill les puso los platos delante, más llenos que de costumbre. La porción más grande fue para James. Le revolvió el pelo.

Una buena última cena, James, dijo Micheál.

La última vez que comeré conejo, respondió James.

Cenaron, la mesa sumida en silencio hasta que Micheál habló.

Ya pronto llegará el invierno, dijo.

Un mes más, respondió Mairéad.

Qué pronto, dijo Lloyd.

Aquí llega antes que en otros sitios, explicó Micheál.

¿Cómo es el invierno en la isla?, preguntó Lloyd.

Micheál negó con la cabeza.

Duro, dijo. Lo único que hay es viento.

Beidh sé go hálainn, dijo Bean Uí Néill.

Se echaron a reír.

¿Qué ha dicho?, preguntó Lloyd.

Que va a ser maravilloso, dijo Mairéad.

Lloyd se rio también, pero Masson negó con la cabeza.

Qué buen inglés, Mairéad.

Ella le sonrió, con el pañuelo verde por entre los cabellos.

Gracias, JP.

Has aprendido mucho inglés este verano, Mairéad.

Vaciló, pero siguió respondiéndole en inglés.

Sí, JP.

Es una lástima.

Mairéad se encogió de hombros.

James se marcha, JP.

¿Y?

Caithfidh mé Béarla a labhairt. Tengo que hablar inglés.

Caillfidhear do theangaidh, respondió Masson.

Ella cerró los ojos.

Tu lengua se perderá, Mairéad.

Soy yo la que se perderá, JP.

Bean Uí Néill recogió los platos y dejó una tarta de manzana en la mesa. Y un cuenco de nata. Mairéad sirvió el té.

Saldremos a las ocho mañana, dijo Micheál. Para que lleguéis a tiempo de coger el autobús.

El desayuno a las siete, anunció Mairéad.

Masson se la quedó mirando. Ella se echó a reír.

Ar an seacht a chlog, JP.

Micheál y Francis salieron a fumar junto al muro de la aldea. Masson siguió recogiendo, y Lloyd se encaminó a la ensenada. James lo siguió.

Quiero verla una última vez, James.

La verá por la mañana, señor Lloyd.

Entonces estará llena de gente.

Eso sí.

Lloyd fue delante por el estrecho sendero de bajada.

¿Y el lienzo, señor Lloyd?

¿Qué pasa con el lienzo?

Tenemos que retirarlo del marco.

Ya lo he hecho. Está listo.

Lloyd torció a la derecha, hacia las ruinas de la antigua aldea, y se sentó en una pila de escombros. James lo acompañó.

Está usted en la escuela protestante, dijo James.

¿Cómo? ¿Aquí en la isla?

James asintió.

Había una escuela protestante y una escuela católica.

Me parece increíble, James. En un sitio tan pequeño.

Durante la hambruna. Si ibas a la escuela protestante te daban sopa.

¿Y si ibas a la escuela católica?

Nada.

Lloyd negó con la cabeza.

No fuimos demasiado amables, ¿verdad?

No lo fueron.

Pero eso es el pasado, James. Ahora las cosas han cambiado.

James se rascó la pintura de las manos.

Eso espero, señor Lloyd.

Lloyd contempló el mar, el cielo, los pájaros remolineando sobre el agua, un último aperitivo antes de la noche.

Es un lugar precioso. Va a costar marcharse.

No, no costará, replicó James.

El chico se arrancó una veta de pintura roja del pulgar izquierdo y la tiró al suelo.

Será facilísimo, señor Lloyd.

Lloyd se pasó las manos por los muslos alisando la pana de los pantalones.

En cuanto a eso, James.

¿En cuanto a qué, señor Lloyd?

No estoy seguro de que sea muy buen momento para que vengas a Londres.

James cerró los ojos.

Lo sabía.

¿Cómo?

¿Ha estado hablando con Francis?

No. Lo he estado pensando.

James se rascó la pintura de la mano izquierda. Azul cielo.

¿Pensando qué, señor Lloyd?

Que no es buena idea que vengas conmigo. No ahora mismo.

James clavó las uñas en la piel.

¿Y eso por qué, señor Lloyd?

Por todo lo que está pasando. Mountbatten, los soldados, no es buen momento.

¿Usted cree, señor Lloyd?

No es un momento seguro, James.

Nadie se fijará en mí, señor Lloyd.

Lloyd se encogió de hombros.

No es un momento seguro para ser un chico irlandés en Londres.

James cerró los ojos.

Tiene que llevarme, señor Lloyd. Déjeme hacer esto.

Lo siento, James. No puedo.

Abrió los ojos.

No me puede dejar aquí, señor Lloyd. No puede ayudarme a empezar como artista y luego abandonarme.

No tengo otra opción.

James se echó a reír, burlón.

Sí tiene, señor Lloyd. Tiene muchas opciones.

Tendrías que ir a Dublín, James. Estudiar arte allí.

James negó con la cabeza lentamente.

¿Cómo no se me había ocurrido, señor Lloyd?

No es mala idea, James.

James respondió muy despacio, pronunciando palabra a palabra.

No conozco a nadie en Dublín, señor Lloyd.

Ya conocerás.

No tengo dinero para ir a Dublín, señor Lloyd.

Lloyd se levantó.

Siento que ahora mismo no pueda ser, James, pero no está en mis manos.

Empezó a subir por el camino.

¿Y qué pasa con la exposición, señor Lloyd?

¿Qué pasa?

¿Seguiré estando?

Lloyd se detuvo y se volvió hacia él.

Sí, claro que sí, James.

De modo que la gente irá y verá mi trabajo.

Sí, James.

¿Puede que profesores de la escuela de arte?

Segurísimo.

Puede que vean mi trabajo y me acepten en su escuela.

Podría ser, James.

Lloyd echó de nuevo a andar. James gritó.

No piensa ni una palabra de lo que dice, ¿verdad, señor Lloyd?

Lloyd se despidió con la mano, pero sin volverse.

Haré cuanto pueda, James.

James apartó la vista de él y clavó los ojos en el mar, la tumba de mi padre, la tumba del pescador. Se levantó y trepó a lo largo del acantilado hasta la otra punta de la isla, lejos de Lloyd, lejos de la aldea, de su madre, que estaba en la recocina limpiando después de la cena, secando los platos, pasándole la bayeta al fregadero. Francis apareció en la puerta.

¿Cómo va eso, Mairéad?

Bien, Francis.

Él asintió.

¿Qué quieres?, preguntó Mairéad.

Dio unos pasos hacia ella. Muy cerca.

Dios, Francis, aparta.

No le dijiste eso al señor Lloyd.

¿De qué estás hablando?

Cuando te estaba pintando. Cuando te quitabas la ropa para él.

Ella lo rodeó y volvió al fregadero.

¿Cómo sabes tú eso, Francis?

Aquí no hay secretos, Mairéad.

Mairéad se encogió de hombros.

Pues ahora ya lo sabes.

Nosotros no aprobamos lo que estás haciendo.

Ella se rio.

¿Quiénes son «nosotros», Francis?

Nos hemos reunido. Y me han mandado a hablar contigo.

Siguió limpiando el fregadero.

Bueno. Pues habla.

Como he dicho, no aprobamos lo que estás haciendo.

Quiero una lista de nombres. De ese «nosotros».

Te has pasado de la raya, Mairéad.

Lo esquivó para coger la escoba.

¿Has terminado ya, Francis?

Se puso a barrer el suelo. Él le arrancó la escoba de las manos.

Como he dicho, te has pasado de la raya, Mairéad.

¿Qué raya es esa?

La mía.

Ella se echó a reír.

Lo que yo haga no tiene nada que ver contigo, Francis.

Tiene todo que ver conmigo.

Soltó un suspiro y fue hacia la puerta. Francis le cortó el paso con la escoba.

Eres mi cuñada. La mujer de Liam.

Como he dicho, Francis, lo que yo haga no tiene nada que ver contigo.

Él chasqueó los dedos en su cara.

Para, Francis.

Hicimos la vista gorda con tu divertimento veraniego, con el francés, Mairéad.

Eso tampoco es asunto tuyo, Francis.

Tu pequeño escarceo de viuda.

Volvió a chasquear los dedos en su cara.

Pero esto es pasarse, Mairéad. Posar desnuda para un inglés.

No tiene nada que ver contigo, Francis. No es asunto tuyo.

Ella apartó la escoba. Él la bloqueó con el brazo.

Sí es asunto mío, Mairéad.

¿Lo has visto, Francis?

¿El qué?

El cuadro, Francis. ¿Has visto el cuadro, siquiera?

No me hace falta, Mairéad.

Es una obra de arte, Francis.

¿Y?

Estoy en una obra de arte.

Él negó con la cabeza.

Eres la mujer de Liam.

¿Y?

Yo soy el hermano de Liam.

¿Y?

La mujer de Liam no se va a quitar la ropa por ningún inglés.

Mairéad se echó a reír.

Se puede follar a un francés, pero no se puede quitar la ropa por un inglés. ¿Es eso, Francis?

Eres una puta, Mairéad. Una puta que encima habla en inglés.

Ella se rio de nuevo.

¿Qué es peor en tu cabeza, Francis, follarse a un francés o hablar inglés con un inglés?

Liam era demasiado bueno para ti, Mairéad. Lo decíamos todos.

Ni se te ocurra, Francis. No sabes nada de Liam.

Era mi hermano.

Ella resopló con desdén.

Le parecías un puto idiota, Francis.

Él le pegó un tirón al pañuelo del pelo.

Puta.

Mairéad se llevó la mano al pañuelo antes de que cayera.

Estarías encantado de que fueses tu puta, Francis Gillan.

Su madre llegó entonces a la cocina. Mairéad suspiró y fue hacia ella.

Ya te puedes apartar, Francis. Déjame en paz.

Él se rio.

Bean Uí Néill se acercó a la puerta de la recocina y bloqueó la luz vespertina.

No lo vamos a consentir, Mairéad.

¿Consentir qué, mamá?

Tú. Así. Es demasiado, Mairéad.

Por la mañana, a las siete, James le llevó el desayuno a Lloyd. Lo dejó en la mesa. Lloyd se sentó.

¿Quieres un té, James?

El chico negó con la cabeza.

No, gracias, señor Lloyd.

Es una pena, James. Me gustaría que nos tomásemos juntos una última taza de té.

No va a poder ser, señor Lloyd.

James echó los hombros atrás y se metió las manos en los bolsillos. Miró al inglés a los ojos.

Teníamos un trato, señor Lloyd. Un acuerdo.

Las circunstancias cambian, James.

Solo si usted deja que lo hagan, señor Lloyd. Si usted quiere.

James se volvió a la cocina de su casa a desayunar, en la mesa con Masson, su abuela ocupada en el fuego, su madre todavía acostada.

¿Estás listo para el gran viaje, James?

No me voy.

¿Por qué? Ya has hecho el equipaje, ¿no?

Iré más adelante. Cuando me llamen los profesores de la escuela de arte.

Masson asintió.

Lo lamento, James.

Él cerró los ojos.

Nos veremos en primavera, James, cuando vuelva con los equipos

de grabación.

James negó con la cabeza, los ojos todavía cerrados.

No, respondió. Para primavera ya no estaré.

Entonces no te queda mucho, James.

No mucho, JP.

Se terminó las gachas, se bebió el té y se alejó de la aldea bordeando la isla, y vio desde el acantilado cómo Lloyd bajaba por el camino de la ensenada, llevando a medias con Micheál el lienzo enrollado, uno delante del otro. Masson iba a continuación, con su grabadora, y Francis y los ancianos justo detrás, cargados con las maletas, el baúl de caoba y el caballete. James hundió las manos en los bolsillos.

Fueron remando en tres currachs hasta el barco de Micheál. Lloyd subió a bordo y se sentó solo, con el lienzo sobre el asiento, a salvo de los restos acuosos de boñiga de novilla que daban vueltas todavía por el suelo del barco. Masson se sentó cerca de Francis, que estaba recogiendo cabos en popa.

Los viejos de los currachs los despacharon con la mano. Micheál arrancó el motor e hizo girar el barco hasta dejar la isla a su espalda, en dirección a tierra firme, y el ruido de su partida ahogó los graznidos de las gaviotas y los charranes de la ensenada.

Los isleños remaron de nuevo hasta la grada, izaron los currachs y se los llevaron bocabajo sobre la cabeza. Los dejaron en lo alto de la grada y subieron por el camino de la aldea con la espalda encorvada, las piernas arqueadas.

James se quedó en el borde, mirando hasta que el barco de Micheál desapareció de la vista. Luego volvió caminando por el acantilado hasta la cabaña y entró en el taller, en el olor que flotaba todavía en el aire, a pintura, a aceite de linaza, a carboncillo y aguarrás. Echó un vistazo al cuarto vacío, al marco del lienzo, esparcido en fragmentos por el suelo, a los seis cuadros para la exposición de Londres, envueltos en cartón y cordón blanco, aguardando aún junto a la puerta, como él los había dejado, como Lloyd los había dejado.

Gabriel Wiggins está lavando los platos en la cocina de su casa, en Belfast Oeste, poco después de la medianoche del miércoles 12 de septiembre. Tiene cincuenta y seis años, es católico y padre de catorce hijos.

Oye que alguien llama a la puerta. Enciende la luz del vestíbulo, pero enseguida la apaga de nuevo. No abre. El pistolero de la Ulster Volunteer Force dispara a través del cristal y mata a Gabriel Wiggins, jardinero en paro.

AGRADECIMIENTOS

Las cuatro obras siguientes fueron fundamentales en la escritura de este libro:

Lost Lives: The Stories of the Men, Women and Children Who Died as a Result of the Northern Ireland Troubles, de David McKittrick, Seamus Kelters, Brian Feeney, Chris Thornton y David McVea. Mainstream Publishing, 1999.

An Index of Deaths from the Conflict in Ireland 1969–1993, de Malcolm Sutton. Beyond the Pale Publications, 1994.

A History of the Irish Language, de Aidan Doyle. Oxford University Press, 2015.

Language Conflict in Algeria, de Mohamed Benrabah. Multilingual Matters, 2013.

Le estoy profundamente agradecida a Helen Nic Aodha, estudiante de posgrado del University College Dublin especializada en el dialecto irlandés de Dú Chaocháin, en el condado de Mayo, que es el empleado en este libro. Mi agradecimiento también para la catedrática Regina Uí Chollatáin, jefa de estudios de la Escuela de Irlandés, Estudios Celtas y Folclore del UCD, y para Caoimhe Ní Bhraonáin, del Departamento de Estudios Irlandeses y Celtas del Trinity College de Dublín.

Gracias asimismo a Peter Straus y al equipo de la agencia literaria RCW, a Louisa Joyner, Anne Owen y a todos en Faber, a Claire Gatzen, a Jenna Johnson y a todo Farrar, Straus and Giroux, a Sarah Bannan, directora de Literatura del Arts Council de Irlanda, a Sinéad Mac Aodha, directora ejecutiva de Literature Ireland. Gracias a todos

por vuestra confianza en mí y en esta obra.

Mi profunda gratitud para Maeve Magee, por apoyarme como escritora, y un sincero agradecimiento para Shibéal Megan, Duncan Fort, y para Sophie y Patrick Trane.

Por último, como siempre, Laurie, Anna, Sally y Johnny: gracias.

ÍNDICE